Un Verano (im)perfecto

Enara Ziaran



matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

Agradecimientos

Banda sonora

Biografía

Créditos

UN VERANO (IM)PERFECTO

Enara Ziaran



Esta es para mí.
Gracias por seguir soñando hasta hacerlo realidad.

Todo lo bueno, todo lo mágico, sucede entre los meses de junio y agosto.

JENNY HAN, *El verano en que me enamoré*

1



Savannah

«Esto no me puede estar pasando a mí.»

—Mamá, por favor, no me hagas esto.

Ni siquiera soy capaz de mirarla cuando pronuncio las primeras palabras de todo este eterno viaje, porque sé que me voy a enfadar aún más si cabe. Ella no responde, porque sabe que, cuando entro en este bucle, es mejor dejarlo estar, así que en su lugar canta más alto y sube el volumen de la música. Este es el momento en el que siento que mi paciencia se va a agotar.

Es como si mi vida fuera una película de bajo presupuesto cuyos guionistas hubieran agotado ya todos sus recursos y necesitaran sacar giros de trama de cualquier parte. Sí, tiene que ser algo así; si no, me costaría demasiado trabajo explicar qué hago metida en un coche con mi madre y mi hermano yendo a Holy Bay, donde tenemos una casa familiar que ya no es tan familiar porque mis padres se han divorciado. Por si fuera poco, apenas puedo mirar a mi padre a la cara desde que tiene una nueva novia a la que ha invitado a venir, sin tener en cuenta qué pensaríamos mi hermano y

yo, y por alguna razón totalmente ilógica mi madre se ha empeñado en obligarme a pasar el maldito verano con ellos. Es que parece la sinopsis de la peli de una tarde de domingo, pero no..., no es ficción. Es real.

Es el infierno y yo siento que estoy aporreando sus puertas cuando lo que debería hacer sería correr en dirección contraria.

«Esto solo me puede estar pasando a mí», me corrijo en mis pensamientos tras reflexionar sobre la cantidad de desgracias que me ocurren de forma habitual. Se acumulan y al final estallo, pero todo el mundo pretende que llegue y sonría como si nada; que disfrute de estas vacaciones como si todo fuera igual que siempre y nada estuviera fuera de su sitio, como si nada hubiese cambiado.

—Estamos cerca —informa mamá. La música está tan alta en este punto del viaje que si la he oído ha sido de puro milagro.

—Lo sé.

Estoy muy familiarizada con el trayecto, pues son muchos veranos viniendo aquí: todos salvo el anterior. Esa es nuestra única cruz en el historial estival en Holy Bay. Reconozco cada línea en la carretera, así como todos y cada uno de los carteles que anuncian que nos vamos aproximando. Este lugar ha sido siempre un refugio para mí, la razón de que fuese tan feliz cuando llegaba esta época del año. Me llenaba de vida, de risas y de ganas de lanzarme a la aventura. Este año, por el contrario, a medida que nos acercamos no puedo evitar apretar los brazos contra mi estómago en un intento fallido de frenar las náuseas. Nunca pensé que Holy Bay pudiera dejar de ser lo que era.

Ahora tengo dudas, tengo inseguridades.

Tengo miedo.

Respiro hondo mientras observo el paisaje a través de la ventana, en un intento de calmarme para no hacer estallar la Tercera Guerra

Mundial nada más llegar. Hasta hace unos meses estaba en fase de negación, pero ahora siento que empiezo a empaparme de la ira y me pregunto si sería mejor seguir explorando mis sentimientos y avanzar o quedarme estancada como modo de protección. Por cómo soy, diría que esta última opción, en realidad, está fuera de consideración, así que creo que solo queda avanzar hasta llegar a asumir todo lo que ha pasado en los últimos tiempos. Poca cosa: un divorcio, una lesión que me apartó de un deporte que daba sentido a mi existencia y acabar el instituto sin tener ni idea de lo que voy a hacer con mi vida a partir de ahora. La Santísima Trinidad.

Solo me queda fingir día tras día, tachando fechas en el calendario hasta llegar a la meta: el final de esta estación infernal. Creo que es la primera vez que el fin del verano me resulta apetecible.

Por un instante me veo como Eva en mitad del paraíso, sintiéndose tentada por la manzana..., solo que ni estoy en un paraíso ni el final de las vacaciones está al alcance de mi mano. Más bien soy una pobre alma atascada en el purgatorio.

—Aún no hemos llegado y ya me quiero ir —me quejo. Resoplo. Solo deseo que dé la vuelta.

—Tranquila, mi reina, todo va a ir bien. El verano va a estar *muy padre*, más de lo que crees.

Mientras recorremos la calle principal de nuestro tranquilo vecindario, ya soy capaz de vislumbrar la casa, con el tejado a dos aguas, las paredes blancas impolutas y esa puerta azul que tanto me gustaba. Hay tiestos con flores de colores diferentes atados a las vallas que rodean la casa para decorarla y darle un poco de vida: hortensias, dalias, margaritas... Es la primera vez que esta primera toma de contacto no me transmite nada bueno, porque ya no lo siento como un hogar. Lo que ven mis ojos es un edificio sin vida

que tiene la mala fortuna de estar lleno de muchos recuerdos que van a perderse.

Mamá aparca en la acera de enfrente, en lugar de hacerlo en el garaje como acostumbraba, y ese simple gesto duele más que una patada en el estómago: ella ya no pertenece aquí.

Nada más echar el freno, mi hermano hace amago de bajar del coche. Pongo los ojos en blanco. No entiendo por qué le emociona tanto venir y tampoco por qué parece no importarle todo lo que ha pasado desde que mamá y papá se separaron. A veces juraría que Bastian vive una realidad paralela muy diferente a la mía, y es en esos momentos en los que me tengo que recordar que somos hermanos, porque, salvo por los rasgos latinos que ambos compartimos por herencia de nuestra madre, no nos parecemos en absolutamente nada.

—¡Sebastian! —lo regaña mamá, un poco ofendida por su actitud despreocupada de siempre—. ¿Ni un beso?

—Perdón...

Se estira para darle un sonoro beso en la mejilla y se nota que esa sencilla acción la reconforta por la forma en la que sonríe.

—Pásatelo bien, cariño. Te quiero.

Bastian se frota las manos y pone morritos para lanzar besos al aire. No le hace falta esforzarse mucho, porque tiene unos labios bastante gruesos, además de unas facciones bien marcadas, unos ojos felinos que te atraviesan y una sonrisa muy picarona que le funciona para todo. El imbécil se llevó casi todo lo bueno para él en el reparto genético, a pesar de que yo fui la primera en llegar. Ventajas de hermano pequeño... Nada nuevo en el horizonte.

—Eso está hecho. ¡Y yo, mamá!

Esta vez sí, baja del vehículo como si tuviera un petardo a punto de estallar incrustado en el trasero y abre el maletero. Una vez que

ha sacado de dentro una única mochila enana en la que no me explico aún cómo le caben toda la ropa y pertenencias varias, se marcha sin mirar atrás.

Lo que decía: Bastian y yo somos totalmente diferentes.

—Qué mayores os estáis haciendo —susurra mamá.

—Unas más que otros...

Me reclino en el asiento, regocijándome un poco más en la seguridad que me da estar en el coche unos segundos suplementarios, alargando esta despedida lo máximo posible. Contemplo desde aquí la casa y me llevan los mil demonios cuando percibo un movimiento al otro lado de la cortina que cubre el ventanal derecho de la planta superior... en la habitación de invitados que, sin duda, debería estar vacía, como todos los años.

Está claro que a esta película aún le faltan giros de trama y los guionistas no se han quedado satisfechos con lo terrible que era ya la situación, puesto que han decidido añadir un personaje extra que solo va a complicarlo todo más: Benjamin Scott. El nadador. El sobrino de Jessica. Mi peor pesadilla a partir de hoy.

Cojo aire porque sé que no serán unas vacaciones normales.

Junio ya no es lo que era y este será, sin duda, el peor verano de mi vida.

2



Savannah

—Mamá, por favor, llévame de vuelta a casa. Te lo ruego.

Mi madre me mira y percibo en sus ojos una mezcla de demasiadas emociones: nostalgia, ternura, pena... Al mismo tiempo, la encuentro tan serena que no me puedo creer su actitud. No sé cómo no se le revuelven las tripas y los recuerdos estando de nuevo frente a nuestra casa de verano.

En especial sabiendo que va a tener que irse por donde ha venido.

Aquí hemos creado infinitos recuerdos bonitos. No puedo evocar ni un solo mal momento. Echo un vistazo al porche y me vienen a la mente todos los libros que he devorado en la hamaca que cuelga del techo. Oigo las risas cuando detengo la vista en la piscina, que asoma por el lateral de la casa, y por un instante parece que nada de eso ha desaparecido. Es como si esos recuerdos siguieran ahí, atrapados en el aire, esperando a que lleguemos un año más.

—Cariño, sabes que me da mucha pena separarme de vosotros, pero no quiero que dejes de disfrutar de estas vacaciones. Haz como tu hermano: ¡vive la vida! Holy Bay es lo mismo de siempre, nada

cambió. —Baja la ventanilla y respira hondo. Una sonrisa florece en sus labios—. ¿Ves? Huele igual.

—No, hemos cambiado nosotras. Y eso lo pone todo patas arriba.

—A veces los cambios son necesarios, lo sabes.

—Pero yo quiero estar contigo, mamá.

—Papá os cuidará bien. Siempre lo hizo.

—¿Ahora lo defiendes? —le recrimino, enfadada.

No llevo nada bien el tema del divorcio, aunque eso salta a la vista. Ha pasado más de un año y la herida sigue ahí, sin cicatrizar. Me hace preguntarme si algún día el dolor cesará, si tendrá un final.

Siempre soñé con ser la familia perfecta de las postales y me negaba a darme cuenta de que algo no iba bien. A pesar de que las discusiones se multiplicaban cada año y que se hacía cada vez más evidente con el tiempo que papá y mamá comenzaban a hacer vidas separadas, intenté no pensar en ello hasta que la realidad me golpeó.

Y ahora estamos así.

—Sabes que, a pesar de todo, quiero mucho a tu padre. Le guardo cariño por todos estos años juntos. —Me acaricia la barbilla y pienso en zafarme de su agarre, pero luego recuerdo que no volveré a verla en todo el verano y permanezco quieta. Intento controlar mi mal genio por una vez—. Compartimos el mayor tesoro que alguien podría tener: dos maravillosos hijos.

Es la primera vez que mamá no pasará estos meses en Holy Bay con nosotros y eso me parte el corazón. Aunque, en realidad, no es lo peor de todo.

—No quiero estar con ella.

—Es una mujer muy agradable, cariño. Dale una oportunidad.

Frunzo el ceño. No. Me niego a compartir el verano con Jessica. Apenas sé nada de ella y la verdad es que no estoy dispuesta a

conocerla tan de golpe. Cuando papá me dijo que había invitado a su nueva novia —¡y a su sobrino!— a pasar estas vacaciones con nosotros... estuve al borde de sufrir un infarto. No me desmayé de milagro.

Vale, es posible que sea un poco dramática a veces, pero yo soy así. No puedo ser de otra manera. Es un rasgo inherente a mi personalidad.

—Savannah... —Mamá me agarra las manos y las aprieta con cariño—. Por favor, sé que eres mayorcita, pero pórtate bien. Controla ese carácter. Aunque sabes que me gusta que tengas las ideas tan claras y que siempre sepas lo que quieres, ella no tiene la culpa de nada. ¿Tendrás paciencia?

—Sí...

Respondo de forma automática porque ignoro por completo lo que va a pasar. A veces soy una granada de mano. Un poco —demasiado— explosiva. Cuando algo se me mete en la cabeza, no hay marcha atrás.

Yo siempre lo doy todo hasta conseguir lo que quiero.

—Cuídate, mamá. Prometo no acosarte mediante llamadas por FaceTime cada dos minutos. Quizá cada media hora, como mucho.

Ella estalla en carcajadas. La miro mientras ríe y casi me contagia el buen humor, si no fuera porque en estos momentos es imposible que me ría. Mi madre es una mujer preciosa y joven, más que el resto de las madres de mis compañeras del instituto, ya que nos tuvo a ambos muy pronto. Tiene los labios carnosos —que ambos hemos heredado, aunque Bastian el que más con diferencia— y brillantes a causa del *gloss* rosa. Lleva el cabello largo y moreno recogido en una coleta lisa, y tiene las cejas bien definidas, la cintura bien marcada... Parece una modelo. Tiene un cuerpo de escándalo y sabe cómo moverlo cuando sale a bailar.

—*Ándate, mami.* —Siempre me llama así. Se siente muy orgullosa de sus raíces mexicanas y no es para menos. Con ella siempre hablo español, desde que era pequeñita, así que he conseguido cierta fluidez. Es lo único que se me da mejor que a Bastian—. Te quiero infinito.

—Y yo a ti.

Nos fundimos en un abrazo que desearía que no acabase jamás. Respiro hondo cuando me separo de ella y termino saliendo del coche. Abro el maletero del 4×4 y saco todas mis cosas, que, como era de esperar, multiplican por un millón las de mi hermano. Cruzo la valla principal, que ya está abierta porque Bastian la ha dejado así, y me dirijo hacia la casa sin mirar atrás, intentando adoptar la misma actitud que él. Avanzo despreocupada (mentira) y decidida (en realidad, no).

«Tú puedes, Savannah.»

Voy a abrir la puerta cuando, de repente, alguien sale a todo correr desde el interior de la vivienda y choca conmigo, haciendo que pierda el equilibrio y caiga al suelo. Las maletas también ruedan lejos de mí y una de ellas —que viajaba a medio cerrar porque no me cabe toda la ropa— se abre de par en par tras el impacto.

Estoy intentando levantarme cuando alguien me ofrece su mano.

—Joder, lo siento. ¿Estás bien?

Me llevo la mano al lado derecho de la cabeza, donde me he golpeado. Aún no he reparado en él, pero pronto lo hago.

Es Benjamin Scott.

Está de pie frente a mí, sin camiseta y con las gafas de nadar colgadas del cuello. Benjamin, el nadador, el popular, el tío más deseado. El arrogante, chulo y guaperas.

El sobrino de Jessica, la nueva novia de mi padre.

El tipo con el que voy a tener que compartir la casa todo el verano y al que, por supuesto, no soporto.

«Empezamos bien...»

3



Ben

La chica me mira furiosa, aún en el suelo.

Tiene unos ojos enormes que lanzan chispas en todas las direcciones posibles. La rabia que veo en ellos, no lo niego, da un poco de respeto. Reparo en su pelo largo, rizado y oscuro, como tampoco puedo evitar fijarme en lo bien que le queda el top blanco que lleva puesto. El tono claro de este contrasta a la perfección con el moreno de su piel. Los pantalones cortos de tela vaquera también parecen hacerle justicia, pero aún no la he podido evaluar de pie.

—Quita.

Evita mi mano y se levanta sola. Chequea el brazo que se ha raspado y descubre que tiene un poco de sangre en la piel. No dice nada, como si no le importara.

—Déjame ver... —musito.

Voy a acercarme para examinar la herida cuando vuelve a apartarse de forma muy brusca, como si mi tacto le diera alergia. No soy ningún experto, pero siempre me quedó la espinita de no haber elegido estudiar Enfermería, ya que el nivel que se exige es incompatible con la vida de un deportista y no quiero ser un profesional mediocre. Cuando hago algo, lo hago bien.

Lo único que me queda es la genuina curiosidad por este tipo de situaciones en las que alguien requiere cuidados. Además, ser nadador implica haber visto muchas lesiones en mi vida, algunas de ellas muy feas y con mala pinta.

—No te preocupes: con ayuda del botiquín que hay en el baño, en nada estarás como nueva. Perdona, en serio, no quería hacerte daño. Soy Ben.

—¡Que no te acerques! —grita. Está histérica—. Ya sé dónde está el maldito botiquín. Por si se te había olvidado, esta es *mi* casa. —Remarca el posesivo y me empiezo a dar cuenta de qué es lo que pasa aquí—. No sé qué es lo que no has entendido de que quiero que me dejes tranquila.

«¿Por qué hay una loca gritándome en el jardín?», me pregunto. Es como si de repente observara la escena desde fuera y alucinara con lo absurdo de la situación.

—Bueno, bueno... Como quieras, fiera. Hasta luego. Estaré en la piscina, por si luego vienes cuando se te bajen los humos.

—Me da igual. Estaré lo más lejos que pueda de ti, así que no me busques.

Da media vuelta y comienza la carrera contrarreloj para intentar cerrar la maleta, que continúa abierta en el suelo, antes de que yo sea capaz de ver algo inapropiado, como, por ejemplo, el sujetador de encaje rojo que se ha caído justo al lado y que mete a toda prisa en el interior. Se pone en pie, agarra como puede el resto de su equipaje y se marcha con la poca dignidad que le queda. Camina con altanería y trato de contener la risa ante todo lo que acabo de ver, aunque es complicado.

Me fulmina con la mirada mientras aporrea la puerta. Parece a punto de darle un yuyu. Sus mejillas están al rojo vivo.

«Qué graciosa... ¿Y si juego un poco a ponerla todavía más furiosa?»

—Bonito sujetador... Si pretendías impresionarme, vas por buen camino.

—Vete al infierno, Scott.

—Uf, yo creo que aquí ya hace demasiado calor, por eso voy a refrescarme un poco. —Me abanico con las manos y le guiño un ojo. Me ha llamado la atención cómo se ha dirigido a mí, por mi apellido. Ha dejado claro que sabe quién soy, que me conoce—. ¿No te vienes, entonces?

De pronto se abre la puerta y aparece Bastian, al que he conocido hace solo cinco minutos y me ha resultado mucho más agradable y alegre que su hermana, a juzgar por una simple primera impresión. Intuyo que no me equivoco y que este no va a ser el único encontronazo que tenga con Savannah este verano. Bastian no ha tardado nada en entrar en casa, cambiarse de ropa —tras dejar todo tirado por donde le ha convenido—, ponerse el bañador y volver al exterior para disfrutar de la piscina. Es de los míos. Se cuelga la toalla al hombro y deja paso a Savannah, que desaparece en cuanto tiene la oportunidad.

Bastian se acerca mientras niega con la cabeza. Cuando llega a mi altura, me da una palmada en la espalda y me ofrece una cerveza.

Sonrío.

—Algo me dice que tú y yo sí que vamos a ser buenos amigos este verano.

—No hagas caso a mi hermana, está desquiciada. De verdad, es insufrible.

Me encojo de hombros.

—¡El que llegue el último pone la mesa esta noche! —grito, y echo a correr, aprovechando que está despistado.

—Eh, ¡eso es trampa! —exclama Bastian, aunque sale disparado.

Llego a la piscina y me lanzo en bomba, salpicándolo todo.

—¡Al agua patos!

Así comienza el que posiblemente sea el verano más extraño de mi vida.

4



Savannah

Cierro la puerta de golpe e intento recuperar como sea el aire que ha desaparecido de mis pulmones. No tendría que haber venido, eso estaba claro desde el primer momento. Si ya tenía ganas de marcharme..., ahora lo único que pasa por mi mente es no volver jamás.

Mi padre y Jessica, su nueva novia, llevan ya un tiempo conociéndose. Mi padre, que ama el senderismo, decidió ir a visitar la Cordillera Azul, donde se unió a un grupo de caminantes entre los que se encontraba ella. Nos contó que fue amor a primera vista y que conectaron desde el primer cruce de palabras.

Todo lo que sé sobre ellos es que son de Asheville, que Jessica es bibliotecaria y que mi padre parece haber perdido la cabeza tanto por ella que se ha estado recorriendo el estado en incontables ocasiones para estar juntos. Y Benjamin es nadador. No negaré haber pasado horas viendo todas sus fotos en Instagram y siguiendo un poco su día a día como nadador universitario, pero no sé nada más sobre él porque todo su contenido se centra en la natación. De

hecho, debe de tener una competición importantísima aquí este verano. Por eso, a mi padre no se le ocurrió una mejor idea que invitarlos a pasar las vacaciones a nuestra casa, aunque a mí me vaya a dar un mal.

—¿Savannah?

Oigo la voz de mi padre llamándome desde la cocina. Debería contestar, pero soy incapaz. Contengo el aliento y continúo tratando de asimilar lo que acaba de pasar ahí fuera. Aceptar que lo mejor que podría hacer es conseguir un pasaporte falso y pirarme a la otra punta del planeta. Si pienso un segundo más en el estúpido sujetador rojo, colapsaré.

«Qué vergüenza...»

Supongo que no se puede empezar este verano con peor pie. ¡Vacaciones al estilo Savannah Springs, claro que sí! Tenía que encontrármelo nada más entrar, a este listillo que cree que conoce mi casa mejor que yo. Menudo... arrogante. E imbécil. Metiche, repelente y sabelotodo.

Un idiota de remate en toda regla.

Es que no hay más que verlo. Es el típico nadador cañón que solo necesita unas semanas para enrollarse con medio pueblo. Seguro que le encanta lucirse y mostrar a todo el mundo el gran atleta que es. Estará siempre rodeado de su séquito de colegas nadadores y de chicas que beben los vientos por él. Y también estoy convencida de que nunca va vestido.

Lo que está claro es que a mí no me impresionará con sus encantos, por muy guapo que sea o lo trabajado que tenga el torso. Y la espalda. Y los brazos. Y...

«Vale ya, tía —me regaño—. Piensa antes de pensar...»

Me llama la atención, de pronto, el golpeteo de unas patitas contra el suelo. Lo reconocería en cualquier parte, a mi perro

arañando la madera mientras corre para reunirse conmigo. Reconozco que ese jadeo incansable del único miembro de la familia a quien tengo ganas de abrazar en estos momentos me humedece los ojos por lo mucho que lo he extrañado durante estos meses.

—*¡Holland!*

No, su nombre no tiene nada que ver con mi pequeña obsesión con cierto actor llamado Tom Holland. Que yo reproduzca su actuación de *Umbrella* aproximadamente un millón de veces al año no quiere decir que estuviera tan mal de la cabeza como para nombrar a un perro en su honor...

Bueno, quizá un poco.

Vaaaleee... Sí, ¡lo reconozco! Culpable. Fue por eso.

Pero es que... ¿Tom Holland bailando *Umbrella*? Mi pasión absoluta. Podría haber llamado al perro *Styles*, por Harry Styles —más conocido como el amor de mi vida—, y no lo hice. Creí que *Holland* podría disimularlo mejor. *Styles* era demasiado obvio y no colaría ninguna explicación alternativa, por mucho que me esforzara en buscar una.

Nuestro juguetón golden retriever llega a mi vera y me agacho para achucharlo todo lo fuerte que puedo. No deja de lamerme la cara y saltar encima de mí, tan feliz que incluso me contagia un poco de su alegría, aunque no sea para nada una tarea fácil. No dejo de reír, porque así es la vida con *Holland*. Ríes y ríes y ríes. Nunca te da disgustos, siempre se alegra de verte, te sigue a donde vayas y te querrá toda la vida.

Holland: infinitos puntos; chicos: cero.

—Ay, *Holland*, me haces cosquillas... —Lo calmo con mis abrazos y poco a poco se va relajando.

Siempre he pensado que Bastian y él son almas gemelas: se sobreexcitan demasiado con cualquier estímulo. Tienen mucha

energía y, al mismo tiempo, son igual de cariñosos.

Sé que comparar a mi hermano con un perro no parece el mejor cumplido del mundo, pero *Holland* es un perro especial. No puede ser más bueno. Solo nos ha dado alegrías desde que llegó a la familia.

—¡Princesa!

Mi padre sale de la cocina con los brazos en alto. Tengo que reprimir la mueca de disgusto que se dispara de manera automática al reencontrarme con él. Lo hago por mi madre, que me ha pedido un poco de paciencia. He decidido que le daré un pequeño voto de confianza por ser el maldito primer día de esta desafortunada pesadilla, pero eso no significa que todo sea idílico de repente o que se vayan a solucionar los conflictos por arte de magia. Para nada, más bien lo contrario; necesito un poco de espacio para procesar y asumir cuánto han cambiado las cosas por aquí. Y, para eso, él también tendrá que aceptar que yo he cambiado. Todos lo hemos hecho en un breve lapso de tiempo, me temo.

Al final me levanto del suelo y así dejo que el perro corretee libre por la casa.

—Hola, pa... —No puedo terminar porque me estruja entre sus brazos, sin apenas dejarme respirar—. Papá, basta.

Se separa de mí y coloca ambas manos sobre mis hombros, al mismo tiempo que ejerce una ligera presión que pretende ser un intento de animarme. No surte efecto.

—Estás más alta que la última vez que te vi. ¿Cuándo pararéis de crecer?

—Ay, no, por favor... No empieces con eso tú también.

—Soy padre, no puedo evitarlo. Déjame, te ayudo a subir el equipaje y así puedes bajar a la piscina con nosotros.

Va a agarrar mis maletas, pero no se lo permito. Bastante bochorno he sufrido ahí fuera con el maldito equipaje de las narices, así que solo quiero dejarlas en su sitio de una vez. Cuanto antes, mejor. Necesito encerrarme en mi habitación y respirar hondo durante todo el tiempo que se me permita.

—No, déjalo. Puedo sola.

—De verdad, cariño, no me cuesta nada.

—He dicho que puedo sola —repito, esta vez más seria y cortante que la primera.

Creo que, por la manera en la que me mira, lo ha pillado.

—Oh... Claro, claro, como quieras. Pero baja un rato, ¿vale? Tengo ganas de estar contigo.

«No puedo decir lo mismo», pienso. No lo digo. No serviría de nada.

Asiento para que me deje tranquila y me dispongo a subir al piso superior. Sin embargo, me detengo para dar un repaso rápido al salón con la mirada antes de reanudar la marcha. Es bastante amplio y luminoso, ya que está decorado en tonos blancos y beiges, y una mezcla de madera que agrega un toque más rústico al minimalismo de la casa. Está todo distribuido de tal modo que el sofá queda en medio de la estancia, las butacas en los laterales y, centrado en la pared, el televisor de grandes dimensiones. Justo debajo, una franja de ladrillos desemboca en una chimenea, rompiendo la estética tan pura y perfecta del resto de las paredes. Me doy cuenta de que casi todo está igual que antes, así que respiro hondo cuando compruebo que sigue habiendo fotos nuestras enmarcadas, las de los cuatro. Me daba miedo llegar y descubrir que Jessica o mi padre hubieran cambiado los muebles de sitio o que se hubiesen deshecho de algo importante.

Temía llegar y sentir que la casa ya no era la mía, de alguna manera.

Siempre he tenido esa manía, la de ponerme en lo peor antes de que pase. Es un mecanismo de defensa. Imagino mil escenarios horribles y rumio hasta que me preparo mentalmente para lo que está por llegar. Como después lo que ocurre no suele asemejarse a lo que tenía en la cabeza, me relajo un poco.

Es una estrategia de mierda, pero es la única que conozco para impedir que me hagan daño.

—Voy a... —Señalo las escaleras de madera blanca que conducen a la planta de arriba.

—Sí, claro.

Apenas soy capaz de mirar a mi padre a la cara. Siento que todo es culpa suya y estoy furiosa con él. ¿Cómo se supone que debo comportarme si por su culpa mi verano se va al traste? Por fin tengo dieciocho años y voy a pasar las vacaciones amargada y triste, rodeada de personas con las que no quiero estar en un pueblo al que no me ilusiona nada haber venido.

Y encima esto va a ser largo; solo estamos a primeros de junio, por desgracia para mí.

Subo las escaleras a toda prisa, casi de dos en dos, arrastrando las maletas conmigo. Podría recorrer estos escalones con los ojos cerrados; son muchos veranos en esta casa. Ahora todo duele demasiado, porque falta todo lo que nos hacía ser una familia, falta mi madre, falta ilusión...

Venir a esta casa ya no tiene ningún sentido y eso no solo duele, sino que me parte el corazón en mil pedazos.

Cuando llego al primer piso, cuya estructura simula casi un semicírculo, cruzo en diagonal para alcanzar mi habitación: la segunda empezando por la izquierda. En el lado contrario, el

derecho, se encuentra la de Bastian, que está abierta de par en par como siempre, tal y como si fuera el museo del desorden. En el centro está la de invitados —antes terreno neutral para Bastian y para mí, que decidimos distribuirnos las habitaciones de esa manera para no tener que estar uno pegado al otro y disfrutar de nuestra limitada intimidad—, que ahora debe de pertenecer a Benjamin.

Y en el extremo izquierdo, más cercana a la mía, se sitúa la habitación de mis... Bueno, de mi padre. Y de Jessica también a partir de ahora. Aprieto los puños para controlar mis emociones.

—Oh, Savannah...

Esa voz...

Me giro y me encuentro con ella de frente, saliendo de esa habitación. Me quedo petrificada sin saber qué decir. Jessica es, cuando menos, una mujer sencilla. No se parece en nada a mi madre, a la que con cariño sus amigas llaman la Barbie latina. Mamá es muy guapa y despampanante; ya sea por sus rasgos exóticos, por sus curvas o por la sensualidad con la que se mueve y habla, llama la atención de cualquiera. Suele llevar vestidos atrevidos que se ciñen a su figura, su pelo es largo, muy largo, y luce unas ondas de peluquería casi todo el tiempo. Cuando suena la música, siempre baila y acapara todas las miradas de los presentes, esté donde esté.

Por su parte, Jessica pasaría desapercibida en cualquier lado. No quiero decir con eso que no sea guapa, porque lo es, pero de diferente manera: es más sutil, delicada y coqueta. Lleva una falda vaquera, simple pero bonita. No es especialmente mayor ni tampoco es muy joven. Aunque su pelo rubio ceniciento no destaca demasiado y quizá unas mechas o unos brillos le darían un toque de gracia, lo lleva bien cuidado y liso, con un corte a la altura de los hombros y un flequillo que esconde sus cejas. Me fijo en sus ojos verdes, que, sin duda, comparte con su sobrino.

—¡Qué bien que ya estéis aquí! Me moría de ganas de conocerte. He oído hablar tanto de ti... Tu padre está muy contento de que hayáis venido. ¡Y yo también!

Se acerca y me da dos besos. Yo me quedo tiesa y hago un amago de comportarme como una persona normal cuando lo único que quiero es huir. Su alegría y emoción me dan un poco de alergia.

Es como si pudiera oír a mi madre diciendo «Compórtate».

—Ah. Hola..., Jessica.

Finjo una sonrisa que ni siquiera sé si parece amable o todo lo contrario. No se me da bien ser falsa, se nota demasiado que no estoy siendo natural. Siempre he sido muy directa, quizá en exceso. No me vendría mal aprender a mentir mejor para salvar el culo en más de una ocasión.

—Por lo que veo, Bastian ha llegado antes —dice a la vez que señala su cuarto, donde está todo tirado sin cuidado—. No me ha dado tiempo a saludar.

Lo peor de todo es que parece simpática, pero hay algo en mí que no me permite seguir hablando con ella como si nada. Siento como si traicionara a una parte de mi vida, de mi familia y de mí misma... No me gusta en absoluto esa sensación.

—Sí, mi hermano no guarda ningún secreto, parece que es un personaje público.

Jessica se echa a reír. A mí no me parece un comentario tan gracioso. Doy golpecitos rápidos con una de mis Converse blancas en la madera, algo que suelo hacer frecuentemente cuando estoy nerviosa.

—Tu padre y yo hemos preparado tortitas para merendar. Si quieres, cuando hayas dejado las cosas, puedes venir a por ellas. O si prefieres bañarte en la piscina primero...

—No tengo hambre. Y conozco la piscina, tranquila.

Debería aprender a controlar el tono para que esto no se desmadre demasiado. Me está costando mucho trabajo no largarme de aquí y dejarla con la palabra en la boca. Sé que no puedo hacer algo así, por eso me quedo quieta en el mismo sitio, como si fuera una estatua.

—Oh. —Parece un poco abrumada y sé que es por mi culpa, pero no puedo evitarlo—. De todos modos, te guardaré un plato. Quizá más tarde te entre el apetito.

—Quizá, sí. Muchas gracias, Jessica.

—¡Puedes llamarme Jess! —exclama. Es muy enérgica. Me quedo mirándola queriendo marcharme a mi habitación y creo que, al final, se da cuenta de que no estoy de humor—. Imagino que estarás agotada; te dejo para que puedas descansar. Iré a... ¡a saludar a Bastian!

—Claro, genial. Hasta luego..., Jessica.

Por un momento creo que me repetirá que puedo llamarla Jess y que le haría muchísima ilusión que me dirigiera a ella por su diminutivo, pero se da por vencida y al final se marcha. Aprovecho para soltar el aire que estaba reteniendo en el pecho y me encierro en mi habitación. Es azul, azul por todos los lados.

El azul me da paz, siempre ha sido mi color.

Me siento en la cama y echo un vistazo a través de la ventana, que tiene unas buenas vistas a la piscina. Allí encuentro a Bastian y a Benjamin pasándoselo en grande. Ríen, se salpican, beben cerveza...

Rectifico lo dicho: las vistas eran buenas. Eran, del verbo «ya no».

¿Por qué todo el mundo hace como que no ha pasado nada, cuando yo me siento como si estuviera perdida en el centro del huracán?

5



Ben

La he pillado observándonos desde la ventana.

¿Y qué hago? Pues mirarla fijamente de vuelta hasta que aparta la vista. Cierra las cortinas de golpe y tengo que reprimir la carcajada.

—Qué graciosa es tu hermana, tío —comento, todavía mirando hacia arriba divertido.

—¿Graciosa? Uf, no, eso es porque no la conoces. Yo la quiero mucho, pero últimamente su mal genio me puede.

Da un trago a la cerveza y en ese mismo momento mi tía aparece con una bandeja llena de sus famosas tortitas caseras. La acompaña Rick Springs, el padre de Bastian y Savannah. Es un hombre alto y se nota que en el pasado fue deportista, porque su complexión es bastante atlética. Tiene el pelo castaño, muy corto, y una barbita de unos días bien cuidada. En cada mano sostiene un sirope diferente: chocolate en la derecha y caramelo en la izquierda. Como es habitual, se muestra sonriente y feliz. Me encanta este hombre, porque tiene todas las cualidades que pienso que debería tener un buen padre. Como nunca he tenido uno, me fijo mucho en otros.

He aprendido a convertir la envidia en admiración, tras mucho trabajo. No es nada fácil y menos cuando solo eres un niño. O peor,

un adolescente hormonado y enfadado con el universo por algo que jamás ha tenido y que debe asumir que nunca llegará.

Por suerte, a la tía Jess y a mí nos ha ido bien por nuestra cuenta y no hemos necesitado nunca a nadie más. Desde el accidente de mis padres, cuando era muy pequeño, se hizo cargo de mí. Y a raíz de eso, su marido, que no quería tener hijos, se largó. A pesar de las dificultades anímicas y económicas que tuvo que sortear, asumió su nuevo rol y siempre se ha comportado como una madre. Toda la vida hemos sido ella y yo contra el mundo y eso nada ni nadie podría cambiarlo, pero a veces viene bien un poco de compañía y creo que alguien como Rick es el compañero perfecto para ella. No hay más que verlos. Su complicidad es infinita. Conectaron desde el primer momento y me sentí muy agradecido de poder ser testigo de ello a través de la confianza de la tía, que fue contándomelo todo más emocionada que nunca.

—¿Quién quiere tortitas?

Esbozo una gran sonrisa. Bastian sale del agua con una rapidez asombrosa y nos salpica a todos. No le importa en absoluto.

—¡Yo! —grita.

¿Siempre será tan enérgico? La verdad es que parece un buen tío. He hablado poco con él, aunque lo suficiente para saber que también forma parte del club de amantes de la cerveza —aunque no debería beber porque no alcanza los veintiuno; de hecho, tiene diecisiete—, que ha venido con ganas de fiesta y que le gusta el deporte; él boxea, así que intuyo que le vendrá bien para descargar toda su energía.

—Tranquilo, hijo, primero...

—La comida va siempre primero. El resto es secundario.

—*Touché* —responde Rick, riendo—, pero por lo menos preséntate. Luego ya haces lo que quieras.

—Claro. Hola, Jessica, encantado de conocerte. No te abrazo porque te voy a empapar.

La tía Jess no le hace caso y lo estrecha entre sus brazos con alegría.

—Para algo está el verano, ¿no crees? Para divertirse un poco y, si es refrescándose, pues mucho mejor.

Bastian sonríe. Sé, a simple vista, que le hemos caído bien, así que me quita un peso de encima. Sobre todo por ella. A mí me da igual no caerle bien a todo el mundo, pero a mi tía le importa de verdad lo que el resto piense de ella.

Intento recordarle a menudo que lo que digan los demás está de más.

—Eh, chaval, déjame alguna, ¿no? —intervengo entre risas mientras salgo del agua.

Él ya se ha sentado al borde de la piscina con su plato repleto de tortitas, echando una ingente cantidad de chocolate. Y sirope de caramelo. Todo a la vez.

Bastian pone los puños en posición de pelea.

—No me obligues a patearte el culo, novato.

Le propino un empujón amistoso y agradezco a la tía Jess que me haya acercado la comida, ya que espera a que me seque un poco con mi plato en las manos. Rick se coloca de pie entre ambos y nos mira con cariño. Se ha portado de maravilla con mi tía y..., bueno, digamos que me ha desarmado. Las parejas de ella nunca habían sido del todo de mi agrado; siempre tenían alguna pega, algo que no me convencía, un defecto que no podía dejar pasar...

Pero Rick es distinto. Y estos meses a su lado han sido lo mejor que nos podría haber pasado. Me pregunto a menudo si Bastian y Savannah saben la suerte que tienen de tener un padre que se preocupe por ellos.

—Este va a ser un gran verano, lo presiento —dice Rick. Mira al cielo y extiende los brazos—. Con sol, buen tiempo e inmejorable compañía. ¿Se puede ser más feliz?

—Una buena barbacoa mañana seguro que lo mejora todo —propone su hijo.

—Gran idea, amigo —añado.

—Pues no se hable más. Marchando una barbacoa.

—Pero mañana tenemos el pícnic en el pueblo, ya sabes, la fiesta de inicio de las vacaciones —comenta la tía Jess.

—Oh, es cierto, cariño. Entonces, ¿qué os parece pasar la barbacoa a esta noche?

—¡Vamos! —grita Bastian agitando los puños—. Cuanto antes, mejor, no hay tiempo que perder.

Me percato de que Rick está mirando hacia arriba, a la habitación de su hija. Tiene el ceño fruncido y deja escapar un suspiro de resignación.

—Espero que Savannah esté de mejor humor...

—Savannah y el buen humor en los últimos tiempos son conceptos incompatibles, papá —opina Bastian.

Los miro sin saber qué decir. La verdad es que después de nuestro encontronazo no me he llevado la mejor impresión, que digamos. Amable, lo que se dice amable, no me ha parecido.

—Bastian, tenemos que hacer un esfuerzo.

—¿El mismo que hace ella?

Rick se sienta a su lado, al borde de la piscina, e introduce los pies en el agua. Su hijo hace rato que ha apartado el plato, porque ha engullido las tortitas a la velocidad de la luz. Yo estoy a punto de terminar las mías y mi tía se ha quedado en el mismo sitio, quieta. Sé que tiene miedo de decepcionar a Bastian y a Savannah. Lo que

no sabe es que es una mujer tan excepcional que sería incapaz de defraudar a nadie.

—Bueno, hijo, sabes que no ha llevado bien todo lo que ha pasado entre tu madre y yo desde el principio, aunque de eso ya haga más de un año. Por no hablar del tema de la lesión... Ese asunto le hizo mucho daño. Si el último año de instituto iba a ser difícil de por sí, eso fue un añadido que rompió sus esquemas. Todos querríamos tener un fin de curso perfecto y ella se ha tenido que despedir de todo lo que ha conocido, pero no de la manera en la que le habría gustado —nos explica—. Debemos tener un poco de paciencia con ella y estoy seguro de que pronto entrará en razón.

—Piensa que va a ser el peor verano de su vida.

—Pues le haremos darse cuenta de que eso no es cierto. ¿Me ayudarás?

Bastian asiente y Rick le da las gracias con la mirada. Ese hombre expresa mucho con los ojos y eso me flipa. Una vez más, no puedo evitar pensar en la suerte que tienen de tener esa relación tan estrecha y me llena de rabia que su hija no esté siendo capaz de apreciarlo.

—Bueno, nosotros nos vamos al pueblo a hacer unas compras para la barbacoa de esta noche. ¡Que os divirtáis!

—¡Hasta luego, Rick! —Me acerco a mi tía y le doy un beso en la frente—. Todo irá bien, ya lo verás —susurro para que solo ella pueda oírme.

Me mira con ternura y me acaricia un mechón de pelo mojado que me cae sobre la frente. Después, ambos se alejan en dirección al garaje.

Vuelvo hacia la piscina y, justo en ese momento, Savannah sale con una toalla al hombro, caminando como esas modelos de las pasarelas que parece que van enfadadas a todas partes, y la

extiende sobre una tumbona sin decir una sola palabra. Ni siquiera nos mira, así que hago lo propio e intento olvidarme de su presencia, aunque mi subconsciente me traicione y en algún momento le dedique una mirada furtiva. Lo suficiente para darme cuenta de que, en cuestión de minutos, se ha dormido. Debe de estar muy cansada, porque, por lo poco que sé de ella, es complicado pillarla con la guardia baja.

Savannah Springs siempre está alerta y eso, por más que lo niegue, me intriga. Ella, en general, me llama mucho la atención.

Cuando ya ha pasado casi una hora, en la que Bastian y yo no hemos parado de reír y lanzarnos a la piscina de mil maneras posibles, salpicando y haciendo ruido sin conseguir despertar a su hermana, este me lanza una mirada muy pícara. No hace falta que diga nada más, sé que está tramando algo.

Me fijo en sus rasgos: es moreno, muy moreno, con los labios gruesos, igual que las cejas, y tiene unos ojos pardos bonitos. Su hermana es igual de morena y también tiene una boca preciosa.

«¿Qué tal si te fijas en otra cosa que no sea su boca?», me digo. Sería una gran idea. Por muy besables que parezcan sus labios, no querría rozarlos con los míos ni aunque me pagaran.

«¿Y encima mientes?»

Sacudo la cabeza, como para quitarme el exceso de agua del pelo, aunque en realidad lo que estoy haciendo es intentar expulsar a esa voz interior que a veces me saca de quicio.

—Del uno al diez, ¿cuánto te apetecería ver a mi hermana perder los papeles?

Pienso en Rick y en mi tía. Pienso que es una idea pésima. Pienso que no deberíamos empeorar la situación...

Pero algo dentro de mí me pide a gritos un poquito de diversión.

Al fin y al cabo, el verano no entiende de límites.

—Te refieres a una broma, ¿no? O sea, no vamos a hacer nada que le haga daño de verdad.

Me pongo serio. No quiero ser mala persona. Cuando era un adolescente en plena ebullición de hormonas no pensaba en las consecuencias de mis actos, pero ahora es distinto.

—No, no, solo una bromita tonta de inicio de verano. Savannah a veces es como un grano en el culo, pero es mi hermana y la quiero a pesar de todo. Simplemente es una costumbre, nos hemos divertido mucho en esta casa gastándonos bromas.

—Ah, vale, eso es distinto. Entiendo.

—Entonces, ¿del uno al diez?

—¿Te soy sincero?

Asiente.

—Diez.

6



Ben

No sé si la idea de Bastian es la mejor o la peor del universo.

El caso es que nos estamos partiendo y aún no hemos hecho nada. Nos encontramos junto a la hamaca en la que está tumbada Savannah, dando vueltas a un plan que va a salir mal. No la conozco, pero intuyo que se va a poner histérica cuando le caiga un balde lleno de agua con hielo encima.

En realidad, tendrá todo el derecho, porque somos unos capullos de manual.

—¿Estás seguro de que no nos va a asesinar? —susurro.

—Segurísimo. —La maldad se refleja en sus ojos, esa pizca de mezquindad que solo sale a la luz cuando se trata de gastar una broma a un hermano—. Ya sabes lo que dicen, perro ladrador, poco mordedor.

—Es que me da pena, parece agotada, y eso que está dormida.

—Pues le ha quedado energía suficiente para gritarte nada más poner un pie en este jardín.

—Hummm... Pues mira, sí. Ahí voy a darte la razón. Me lo voy a pasar de cine vengándome un poquito.

Echo un vistazo al gran balde azul que Bastian tiene a sus pies y me entra un picor extraño en el cuerpo al hacerlo. Sé que esto no es una buena forma de empezar y que, de alguna manera, es posible que sea una declaración indirecta de guerra. Sin embargo, ya es demasiado tarde para echarme atrás.

Después me fijo en ella y en cómo su pecho se levanta con delicadeza, al mismo tiempo que parece hacerse pequeñita cuando exhala. Ahora que vuelvo a mirarla, no puedo evitar fijarme en sus curvas y recorrerla de ese modo con la mirada me pone tenso de repente, tanto que me sudan las manos. Está guapa incluso dormida. Parece más niña de lo que verdaderamente es, a juzgar por los rasgos dulces de su rostro —que, por lo que he podido comprobar, no concuerdan en nada con su personalidad—, como su pequeña nariz, un tanto respingona, o su piel tersa.

Intento apartar esos pensamientos y centrarme. Tenemos una misión por delante. Aun así, no puedo evitar hacer un comentario al respecto.

—Así parece un angelito.

—Sí, pues no te dejes engañar —me advierte—. ¿Estás preparado?

Asiento.

Se va a armar una buena, lo presiento.

—Tu hermana nos va a matar —le digo.

—Necesita un poco de diversión, Ben... —me recuerda en un nuevo intento de despejar mis dudas y convencerme de que esta es la mejor idea del mundo ahora mismo—. Hay que añadir un poco de emoción a la vida.

Bastian empieza la cuenta atrás al mismo tiempo que lo ayudo a alzar el balde.

—Tres, dos...

—¿Qué...?

Abre los ojos en ese preciso instante.

—¡No!

Se ha dado cuenta, pero ya es tarde. No le da tiempo a reaccionar.

—Uno...

Lo hacemos. Le lanzamos el agua congelada por encima. Uno de los hielos se le cuela a través de la ropa, que queda pegada a su cuerpo y se empieza a transparentar mucho más de lo que pensaba, y otro incluso le resbala por el escote. Uf, uf, uf. La llamarada de fuego que se aviva de pronto en mi interior es curiosa.

Se suponía que esto era una broma divertida, no el inicio de la fiesta de las hormonas.

—¡¡Os odio!!

El grito que nos llega, por su parte, es ensordecedor. Estoy seguro de que ha debido de oírlo todo el pueblo y no me extrañaría que alguien estuviera empezando a plantearse llamar a la policía.

Savannah intenta deshacerse de los pocos hielos que todavía no han caído al suelo y se me ocurre intentar ayudarla, pero meter la mano ahí ahora mismo sería una idea espantosa, dadas las circunstancias. En lugar de meter la pata con las manos decido hacerlo con la boca.

—Puedes quitarte la ropa mojada si quieres.

—¡Puedo hacer lo que me dé la gana si quiero! Pero si piensas, por un segundo, que voy a desvestirme para que me veas en ropa interior y puedas meneártela en mi honor luego por la noche, no te lo crees ni tú.

Su rostro refleja aturdimiento mezclado con una rabia feroz.

—¿Quién te dice a ti que te miraría por estar en ropa interior? Ni que fueras especial.

Se acerca a mí como quien busca pelea y sabe perfectamente dónde encontrarla.

—A juzgar por la forma en la que me estás mirando ahora mismo solo porque se me transparenta prácticamente todo, no hace falta ser un genio para saber que no podrías apartar la vista de mí ni aunque quisieras.

No me da tiempo a responder, porque es Bastian quien rompe la tensión que hay entre los dos, empujando a Savannah, que se encontraba al borde de la piscina, y logrando tirarla al agua.

—¡Feliz comienzo de verano, *linda flor*!

Pronuncia las últimas palabras en español con un acento mexicano que suena genial. Bastian coloca su mano en posición para chocar con la mía y, cuando lo hacemos, ambos rompemos en carcajadas por lo divertido que ha sido todo.

—Sebastian Springs, te voy a matar. Y tú... —Me mira y lanza fuego por los ojos. Casi puedo ver las llamas reflejadas en sus pupilas—. Os vais a enterar, os lo juro. Ayudadme a salir.

Alargo el brazo para que pueda subir y esta vez no lo rechaza. Por la fuerza con la que me agarra, soy consciente de lo que está a punto de hacer antes de detenerla. Caigo al agua de inmediato, pero al menos tengo la suerte de no llevar la ropa puesta, al contrario que ella.

—Jaque.

—Oye, que la idea ha sido de tu hermano... —digo mientras esbozo una sonrisa.

Ella intenta no reír, aunque sé que está dividida con respecto a sus sentimientos. En parte le ha hecho gracia, se ha divertido, pero por otro lado sigue furiosa con la vida.

—He dicho «jaque», no «jaque mate» —me susurra al oído.

Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando se acerca tanto y sus labios quedan a centímetros de mi oreja.

Su sonrisa lo dice todo: «Esta guerra no ha hecho más que empezar».

7



Savannah

Hay personas que nacen con estrella, otras simplemente llegan al mundo estrelladas.

Siempre he pertenecido al segundo grupo, el de las que no tienen demasiada suerte en general. Podría haber nacido en una familia perfecta, pero resulta que mis padres viven mejor por separado. También podría haber heredado un cerebro galáctico que me permitiera marcharme lejos, a una universidad muy prestigiosa. Pues no, tampoco es el caso; estudiar no es lo mío y me cuesta mucho concentrarme, por mucho que lo intente. No encuentro nada que me motive lo suficiente para decidir apostar por mis estudios. Incluso podría haber desarrollado algún talento durante estos años, más allá de la flexibilidad y la coordinación que me han permitido ser animadora durante media vida, y con ello hacerme famosa o asquerosamente rica.

Spoiler: no va a suceder.

De hecho, el único talento que tengo —tenía— también se ha ido a pique. He de reconocer que la lesión de la rodilla me dolió más a

nivel emocional que físico. Asumir que tienes que dejar de lado durante un largo período algo que te hace tan feliz... es duro.

Ver cómo el resto del equipo avanza sin ti.

Sentir que, quizá, no eres tan imprescindible como pensabas.

Sé que después del verano podría retomarlo, pero eso sería solo en caso de que eligiera ir a la universidad y no lo tengo tan claro. El instituto se ha acabado y ya no veo sentido a seguir dando vueltas a algo que terminó, aunque no como yo hubiera deseado. De hecho, podría haber seguido yendo a los partidos y apoyando al equipo, seguir en contacto con el resto de las animadoras, pero no. Me alejé de todo porque no podía soportarlo. Para mí se trataba de un todo o nada. Tengo la sensación de que no lo entendieron y es normal, lo comprendo. Cuando alguien se aleja y no compartes su punto de vista, si no entiendes sus razones, es muy complicado no enfadarse. Y, sí, me arrepiento de mis decisiones, porque de ese modo lo único que logré fue quedarme más sola y perderme no solo los partidos más importantes de la temporada, sino también la oportunidad de despedirme de una etapa importante de mi vida como me habría gustado.

No obstante, hubo algo más de por medio: el miedo.

Miedo a volver a caer, miedo al dolor, miedo a volver a quedarme atrás.

—Savannah, pásame las pinzas, por favor —me pide mi padre. Se las alcanzo, en absoluto silencio, para que pueda ir sacando la comida que está asándose en la barbacoa—. Gracias, cariño. Me acuerdo de lo mucho que te gustaban las barbacoas antes.

—Antes, tú lo has dicho.

—Oye, yo... —Me mira y sé que quiere decir muchas cosas y al mismo tiempo ninguna. Las palabras se le quedan atascadas en la garganta y yo solo quiero que calle. No quiero oírle decir que todo

irá bien—. Sé que estás pasando por un momento complicado y quiero que sepas que puedes contar conmigo. Puedes confiar en mí, Savannah. Puedes decirme lo que sientes o reprocharme lo que quieras, pero...

—No quiero reprocharte nada, simplemente no tengo ganas de fingir una felicidad que no siento —respondo. No pensaba hacerlo. Supongo que no puedo evitar ablandarme a veces.

—Pero puedes llegar a sentir esa felicidad, Savannah, solo debes relajarte y permitir que las cosas buenas lleguen a ti. No te olvides de que Holy Bay sigue siendo lo mismo que era, que hay muchas actividades que puedes hacer y llegar a disfrutar aquí con todos nosotros —insiste, a pesar de que para mí sus palabras no puedan estar más vacías. Nada de lo que dice tiene sentido ahora—. Aunque hoy solo sea un día más del verano, las mañanas, tardes y noches irán pasando. Una a una. Son oportunidades que es mejor no dejar escapar, porque, de repente, el verano terminará y... lo que habría podido ser un cúmulo de los mejores recuerdos puede quedarse en nada. El tiempo es oro y sé que lo acabarás valorando como lo que es: algo valioso que a veces se nos escapa de las manos con demasiada facilidad.

Quiero decir millones de cosas y no sé cómo ordenarlas, hasta que al fin encuentro una sola manera de resumirlo todo porque no tengo muchas ganas de hablar. Siento que, si empiezo, no podré parar hasta vaciarme por dentro.

—Todo ha cambiado, papá. No estoy segura de que pueda ser feliz aquí.

—«Todo cambia, nada permanece», dijo una vez un sabio. Debemos evolucionar, es parte de nuestra naturaleza.

—Si todo esto es para que sea amable con Jessica y su sobrino... —Bajo la voz para que no me oigan, porque solo nos separan unos

pocos metros. Benjamin, Jessica y Bastian charlan animadamente junto al fuego—. No soy un demonio, no voy a hacerles nada, pero no me pidas que los acepte en mi vida así porque sí, que de un día para otro todos seamos una familia feliz. No tienes derecho a pedírmelo.

—No necesito que los quieras y, por supuesto, no vamos a ser ninguna familia feliz perfecta. Ben necesitaba un lugar donde entrenar para la competición más importante de su vida. Y, en cuanto a Jess, durante el año hemos encontrado la manera de vernos, pero ahora que Ben, Bastian y tú estáis con nosotros, no queremos perder tiempo a vuestro lado para estar juntos. Era la solución ideal.

—Sí, no podría ser más ideal —replico con ironía.

—Venga, Savannah, sabes que los veranos aquí son geniales y que ellos nunca han vivido nada igual. Me encantaría que pudieras conocer mejor a Jess para que veas la gran mujer que es. Estaría bien que pudieras hacer un esfuerzo por ser amable, hija.

Asiento. La conversación empieza a cansarme. No quiero estar aquí, no quiero formar parte de esta farsa. Como no respondo, decide continuar él.

—Eres inteligente y siempre has sabido cuidar bien de ti misma, lo sé, pero necesito que me dejes cuidar de ti. Rompe las barreras que siento que nos separan, Savannah, te lo ruego. Solo quiero lo mejor para ti, porque, pase lo que pase, siempre serás mi pequeña.

—Si de verdad quieres lo mejor para mí, ¿dejarás que me marche de aquí dentro de unas semanas si no estoy a gusto?

No contesta, así que me lo tomo como un no o un «Ya veremos», como mucho, y eso no es garantía de absolutamente nada. Reprimo las ganas de llorar y doy media vuelta, porque no estoy preparada para tener esa conversación, no hoy.

No por ahora.

8



Ben

—Entonces, Ben, cuéntanos más sobre esa competición tan importante.

Desde que le he hablado a Bastian de mi pasión por la natación, no ha dejado de preguntar y curiosear durante la cena. Me gusta conversar sobre ello, así que tengo cero problemas en responder a todo lo que quiere saber. De hecho, me habría gustado poder preguntarle acerca de su andadura en el mundo del boxeo, solo que se me ha adelantado. Podría pasarme horas hablando de natación, porque es algo que realmente me encanta, un deporte que disfruto desde siempre y del que no puedo cansarme. Sin embargo, no me gusta demasiado ser el centro de atención; no porque esté incómodo hablando sobre mí, sino porque siento que hay demasiada tensión en la mesa por culpa de cierta morena de ojos grandes que no deja de ponerlos en blanco cada vez que abro la boca.

Más bien cada vez que respiro. Todo de mí le molesta.

—Es la competición final de la temporada, que, casualmente, se celebrará en Holy Bay. Será la primera vez en muchos años, ya que van rotando por diferentes lugares de Carolina del Norte, así que me

hace ilusión competir aquí. Tengo que mantener el nivel para conseguir la beca de la universidad.

Miro a Savannah, que ni siquiera parpadea mientras me examina con toda su atención. Lleva haciéndolo un buen rato, como mínimo desde que nos hemos visto obligados a sentarnos el uno frente al otro. Me desafía con la mirada y me hace saber que no soy de su agrado, lo cual solo nos lleva a esta situación en la que cada vez que nos encontramos me resulta más irritante. Entiendo que, por lo que parece, a ella le pasa lo mismo conmigo. Sin embargo, es bastante obvio que el sentimiento no es equitativo ni mutuo, porque el rechazo que siente Savannah es irracional. Va mucho más allá de un simple primer encontronazo y eso sí que no lo entiendo.

¿Ni siquiera merezco el beneficio de la duda?

—Pero tú ya estás en la universidad, ¿no? Este ha sido tu primer año.

Alzo las cejas. Para no querer ni verme sabe muchas cosas sobre mí.

—Veo que te has estudiado mis redes sociales.

—No eres tan importante. Me lo dijo Bastian, creo.

—Yo no...

Savannah dedica a su hermano una mirada asesina y por eso no termina la frase. Veo cómo sus mejillas se encienden a raíz de mi comentario y me muerdo el labio para contener la risa.

—Sí, estudio Educación Física.

—Ah... ¿Quieres ser profe?

—Algo así.

—No te pega —comenta.

—No me conoces.

—Tampoco me apetece.

Esbozo una sonrisa muy forzada.

—Savannah... —murmura Rick.

—¿Qué? Solo soy sincera. Entonces —se dirige a mí de nuevo—, ¿por qué no conseguiste la beca el año pasado?

—Bueno, es una historia un poco larga. Tal vez no te apetezca escucharla. Por cierto... —sé que me matará cuando lo diga—, te sienta bien el efecto piscina. En el pelo, me refiero.

Savannah se lleva un trozo de comida a la boca, muy despacio, intentando parecer calmada. Me mira con tanta rabia que creo que estallará de un momento a otro, o que sus pupilas se convertirán en fuego y todo comenzará a arder en cuestión de segundos. Ella también esboza una sonrisa falsa que nadie se tragaría. No he podido guardarme el comentario al percatarme de que su pelo está aún más rizado que por la tarde, intuyo que a causa de la humedad, y tengo que aguantar las ganas de echarme a reír al recordar la cara que he puesto cuando le hemos vertido el agua helada sobre la cabeza.

Todos guardamos silencio; supongo que los demás tienen miedo de que Savannah salte de un momento a otro. Yo no. Al contrario: me gusta llevar la situación al límite. Por eso siempre me ha gustado la natación. Me muevo como pez en el agua por el mundo de las competiciones, nunca mejor dicho.

Cuando algo me gusta, no me detengo hasta conseguirlo.

Y no estoy diciendo que ella me guste, que conste, sino el juego invisible que tenemos. Ese tira y afloja. La dinámica me cautiva de una manera que no logro explicar.

—No, no, adelante. Encandílanos a todos con tus logros.

—¡Savannah! Ya basta —la regaña su padre elevando la voz—. ¿Es que ya ni hablar contigo sirve? ¿Vas a seguir así todo el verano?

—Rick, no te alteres, es una manera de hablar entre ellos... —opina mi tía.

Posa su mano sobre el brazo de su pareja, intentando que se relaje y así quitarle un poco de hierro al asunto. Es paradójico, ya que la noto más inquieta de lo habitual. Me reafirmo cuando me fijo en sus piernas: no deja de menearlas.

—Está bien, Rick, no te preocupes. No me molesta —añado—. Pero creo que no es el momento de contarlo ahora, visto lo visto. —Aprovecho para cambiar de tema, aliviado por no haber tenido que hablar del infierno que viví el año pasado con el asunto de la beca. Fue muy doloroso para mí—. Bastian, ¿cómo te ha ido a ti la temporada de boxeo?

Guiño un ojo a Savannah, cuyo semblante permanece serio, y doy un trago a la cerveza que tengo en las manos. Cuanto más fría, más me gusta. Me relajo en el asiento mientras intento escuchar a Bastian hablar sobre lo exigente que le ha resultado este año a nivel físico, aunque en realidad sigo pensando en lo mucho que necesito esa maldita beca.

Ya perdí la oportunidad en una ocasión y no quiero volver a arrepentirme.

Esta vez voy a por todas y nada ni nadie me lo impedirá.

9



Savannah

Ayudo a recoger la mesa en silencio.

Llevo callada un buen rato, porque no se me ocurre qué decir ni tengo claro cómo debería comportarme. Sé que he hecho mal. Lo he detectado en los ojos de mi padre, que me miraba todo el rato con una mezcla entre enfado y decepción. Me he pasado, lo admito.

El problema es que me cuesta mucho rectificar. Soy de esas personas que siempre tiran hacia delante y van con todo, pero últimamente, cuando arraso con lo que hay a mi alrededor, no me quedo a lamentarme entre las cenizas. He de reconocer que no me gusta ser así y a veces odio en lo que me estoy convirtiendo. Antes era una niña mucho más risueña, de las que se preocupaba por el resto antes que por sí misma, y ahora creo que me preocupo solo por mí, lo que tampoco es positivo. Tengo que encontrar el equilibrio en todo este asunto y no sé cómo.

El móvil vibra en mi bolsillo en ese momento. Lo saco para leer el mensaje de mamá, ignorando los otros chats que tengo desde hace

días. Son mensajes de mis amigas de Holy Bay y sé que están cotilleando.

Sobre el innombrable que vive en mi casa.

Ey, mami, ¿cómo anda todo por allá?

Sácame de aquí, te lo ruego.
Todo va de mal en peor.

¡Ánimo, mi niña! Seguro que pronto estarás mejor. Ahora estás agotada.
Sal a divertirte y haz todo lo que tu mami haría o, bueno, casi todo. 😜

¡MAMÁ! No tiene gracia...

Vale, vale... Bueno, ¿es lindo el chico? Benjamin, se llamaba, ¿verdad?

Sí, ese... Es insufrible.

En mi pueblo, cuando aún vivía en México, decían que los que se pelean se desean... 🔥

Lo que me faltaba por oír hoy.
¡Buenas noches, mamá!

Ni siquiera espero a leer su contestación, sino que bloqueo el móvil de mala gana y me lo guardo en el bolsillo trasero del pantalón corto. ¿«Los que se pelean se desean»? ¿Quién ha inventado esa maldita tontería?

No me enrollaría con Benjamin Scott ni por todo el oro del mundo.

Mientras intercambiaba mensajes con mamá, todos han debido de entrar en casa y ni siquiera me he enterado. Observo la fachada desde fuera y tengo que reconocer que nuestra casa es preciosa. Es enorme y muy blanca, tanto por fuera como por dentro. El interior

parece muchísimo más espacioso y relajante gracias a eso y a la luminosidad de la vivienda. Los ventanales dan paso a la luz natural del día, que vuelve las estancias mucho más cálidas y hogareñas. Por no hablar del amplio jardín lleno de flores donde hay de todo, incluso colchonetas para saltar que cuando éramos pequeños nos alucinaban, y eso es lo que aporta el toque final a lo que una persona imaginaría como una casa de veraneo de ensueño. Una especial mención merece también la piscina, que resulta ser una bendición en los días calurosos.

De hecho, una de mis cosas favoritas del verano es poder bañarme por la noche, saboreando la quietud de Holy Bay. Por la mañana me gusta más gozar de la playa, cuando apenas hay gente y puedo estar sola. Me gusta sentirme diminuta en la inmensidad del océano, porque, al mismo tiempo, me regala una sensación de libertad de la que disfruto mucho.

Me desprendo de la ropa porque llevo el bikini debajo y rodeo la casa hasta llegar a la piscina, dispuesta a relajarme todo lo que pueda tras este caótico día. Es entonces cuando toda la paz se quiebra.

Benjamin está nadando.

De noche.

En mi piscina.

—Oh, no, no, ni de coña.

Él saca la cabeza del agua y se retira las gafas de natación para ver mejor. Enfoca la vista y, cuando me detecta, se queda callado. Recorre todo mi cuerpo con la mirada y siento la necesidad de taparme con algo, pero no tengo nada cerca.

«No tienes nada de lo que avergonzarte.»

Nunca he tenido mucho pecho, aunque tampoco me importa demasiado. Hace años sí, cuando todas las chicas del instituto

comenzaron a desarrollarse más y yo me quedé igual. Ahí todavía tenía la necesidad de impresionar a los chicos. Después me di cuenta de que tenía otras armas de seducción mucho mejores y que, si bien mi pecho no era el más llamativo de todos, sí que tengo un buen trasero donde agarrar.

No me hacía falta nada más que una autoestima férrea y seguridad en mí misma.

—¿Decías algo? —pregunta. Sacude la cabeza para retirarse los mechones de pelo mojado que hay sobre su rostro.

—Sí. Me preguntaba si te pasas el día entero nadando. Es que pareces un pez.

—Tengo que entrenar muchísimo, sobre todo cuando la competición está tan cerca. No puedo bajar la guardia ahora.

—Ya. Bueno, pues ya vendré en otro momento.

—No, ¿por qué? Hay sitio para los dos.

Trago saliva y para cuando me quiero dar cuenta ya estoy con medio cuerpo dentro del agua. No sé por qué lo hago, por qué me acerco, si en realidad no quiero estar aquí. No me apetece nada estar cerca de él y al mismo tiempo es como si me sintiera atraída por una fuerza magnética que me impide marcharme.

—Vamos, no muerdo. —Se encoge de hombros—. Salvo cuando alguien me lo pide.

—Si vas a contarme lo que te gusta hacer en la cama, te juro que me piro —amenazo.

Benjamin suelta una carcajada.

—Mira que eres sosa...

—Por lo menos no soy como un adolescente hormonado.

—Que sepamos —insinúa—. Quizá debajo de esa coraza se esconda algo sorprendente.

—Qué pena que no lo vayas a descubrir.

Me voy metiendo poco a poco en la piscina y él no deja de mirarme. No aparta la vista cuando empiezo a mojarme el cuerpo con la intención de ir acostumbrándome a la temperatura del agua.

Solo cuando me cubre hasta el cuello me doy cuenta de que me ha puesto un poco nerviosa. Y tensa. Aunque no tensa por el enfado, igual que en la cena. La de ahora es una sensación un tanto distinta.

Respiro hondo y creo que es casi peor, porque apenas he sido capaz de coger aire.

—Está genial —comenta. Después, se aclara la garganta—. La temperatura, me refiero.

—Sí, no está nada mal.

No sé hasta qué punto acercarme o alejarme, así que me quedo donde estoy. Muevo los brazos para mantenerme a flote y, por primera vez en todo el día, me permito observarlo mejor. Lleva el pelo lo suficientemente largo para no considerarse corto, pero lo suficientemente corto para no ser largo. El color se parece mucho al de su tía, un rubio oscuro que con el sol tiende a aclararse, a juzgar por algunos mechones más claros que otros, y que con la oscuridad deja de brillar tanto. Sus labios son gruesos, no como los de Bastian —marca de la casa, supongo—, aunque sí lo bastante para hacerlos apetecibles. Para los demás, claro, no para mí.

A mí no me interesa en absoluto.

—Voy a enseñarte una cosa —digo, al fin, rompiendo este incómodo silencio que nos envuelve. Ni siquiera sé por qué lo hago... ¿Un intento de ser amable?

Creo que son los nervios.

Pulso un botón en el borde de la piscina, que está un poco oculto, y las luces de esta comienzan a cambiar de color. Primero son azules, después verdes, rosas, naranjas... y rojas.

No tardo en arrepentirme de la decisión.

—Guau..., qué pasada —comenta.

—Sí, la verdad es que está muy chulo.

De repente lo veo nadar hacia donde estoy y me pongo aún más tensa. Me pego a la pared y, cuando llega, me percato de que no viene a por mí, sino que quiere ver cómo es el botón para otras ocasiones.

Sin embargo, nuestros cuerpos se rozan en el instante en el que se coloca a mi lado y me aparto como si me hubiera dado un calambre. Intento fingir que no he sentido un cosquilleo en el cuerpo, que no me pone nerviosa, que no me gustaría que volviera a rozarme sin querer.

Empiezo a pensar que me he vuelto loca y que jamás tendría que haberme metido con él en la piscina.

«Es guapo de remate, el muy imbécil.»

Mis pensamientos me delatan, no puedo evitarlo.

Tal vez esté delirando.

Tal vez me haya vuelto completamente loca.

10



Ben

Empiezo a nadar a su alrededor.

—¿Por qué estás tan a la defensiva conmigo? —pregunto. No me ando con rodeos—. Desde que has llegado no has hecho más que enseñarme las uñas.

—A lo mejor solo te estoy avisando de que, si me tocas las narices, al final te las voy a clavar.

—Ah, ¿sí?

Mi voz suena algo más grave que de costumbre, quizá algo entrecortada por el mero pensamiento de sus uñas clavándose en mi piel. Me aclaro la garganta en un pobre intento de disimularlo.

«Joder, Ben, controla las hormonas. No tienes quince años.»

—No de ese modo —replica.

Mantiene los ojos bien abiertos, como si estuviera siempre alerta. Incansable como un animal nocturno. A juzgar por su cara de susto, creo que teme haberse insinuado y me hace mucha gracia su reacción.

—Es una pena.

—De verdad, Benjamin, sé que estás acostumbrado a que todo el universo babee por ti, pero no es el caso —aclara. Se hace la

interesante—. Tú y yo no jugamos con las mismas reglas. Somos muy diferentes.

—Eso no es cierto. Hablas como si no fuéramos del mismo planeta y, ¡malas noticias!, te equivocas. Ambos vivimos en la Tierra y, por unos meses, en la misma casa. Me temo que tendrás que acostumbrarte.

—Benjamin, no me hace falta conocerte para saber cómo eres. Llamas la atención y lo sabes. Seguro que eres muy popular, te invitan a todas las fiestas y te enrollas con muchísimas tías de las cuales luego no recuerdas ni el nombre. Créeme: no nos parecemos en nada.

—Puede que fuera así hace un tiempo, pero ya no. Esos veranos han quedado atrás. No soy como tú piensas.

Me hundo en el agua para evitar que se note que ese golpe bajo me ha dolido. No me gusta recordar ciertas épocas. Es como si no fuera yo. Vuelvo a la superficie y me retiro el pelo hacia atrás con las manos, escurriendo así el exceso de agua.

—No te creo.

—No me conoces —repito, igual que he hecho durante la cena.

—No tengo intención —reitera ella.

Nos miramos y así, de pronto, me doy cuenta de que nos hemos ido aproximando cada vez más. Tanto que nuestros rostros están muy cerca. Ambos mantenemos la mirada fija en el otro, en una lucha invisible por no perder el orgullo que a ambos nos caracteriza.

A simple vista parece una buena rival, de las que no se achantan ante nada.

—Pues quizá deberías —susurro—. Ya que vamos a pasar todo el verano juntos, a lo mejor deberías hacer un esfuerzo por conocerme.

Savannah traga saliva.

Uf, ¿quién ha subido la temperatura del ambiente? ¿O soy yo el que está sudando por pensar en lo que no debería?

Las gotas de agua resbalan por su piel bronceada y siento la necesidad de acariciar su rostro para comprobar si es tan suave como parece. Obviamente no lo hago, me controlo porque paso de que piense que estoy loco. Además, ya ha dejado bastante claro que, en realidad, no le caigo bien.

No me importa en absoluto, así que me pregunto qué estamos haciendo. Por qué seguimos aquí mirándonos si está claro que no tenemos nada de lo que hablar. ¿Por qué estamos perdiendo nuestro tiempo como si no fuera valioso?

—Yo lo único que quería era pasar un verano tranquilo y tú te estás encargando de que no pueda —me acusa al final. Clava su dedo índice en mi pecho y lo mantiene ahí. El contacto inesperado, el piel con piel, me dispara el corazón.

Vuelvo a imaginar sus uñas en mi espalda y necesito que ese pensamiento abandone mi mente de una vez. ¿Cuánta cerveza he bebido para no poder apartarlo de mi cabeza?

«Es la hija de Rick —me recuerdo—. No te soporta y tú a ella tampoco. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte.»

—Eso no es cierto. Yo no he hecho nada.

—Ya, eso es lo que tú te crees. ¡Estás aquí, invadiendo mi espacio! ¡Estás por todas partes! —grita. Se lleva las manos a la cabeza—. Solo llevo un día en Holy Bay y ya siento que lo estás poniendo todo patas arriba, joder.

—Rick y Jess se quieren. —Me está invadiendo la rabia al oírle decir todas esas cosas. No entiendo por qué no se da cuenta. Por qué piensa que el universo debe girar a su alrededor en todo momento—. ¿No puedes aceptarlo porque aún no has superado el

divorcio de tus padres? Vale, genial, pero no nos culpes de todos tus problemas. No te hemos hecho nada.

—¿Tú en mi lugar no te sentirías igual?

—Tu vida y la mía son muy diferentes, Savannah. Divorciados o no, tienes unos padres que te quieren. Los míos murieron, joder. ¡Y el marido de Jess la dejó tirada porque yo era una carga con la que no contaba! Ella es la única familia que me queda y su amor es el mismo que el de una madre, así que, después de lo que ha hecho por mí, entiende que yo sí que me alegre de su felicidad.

Mis palabras suenan como el filo de un cuchillo y el ambiente se vuelve muy frío y cortante. Savannah se queda en silencio. Boquea para decir algo, unas palabras que nunca llegan. Percibo un cambio de expresión en su rostro, como si la ira se difuminara para dejar paso a la incomprensión. Después, a la pena.

No necesito su lástima. Con la tía Jess he tenido más que suficiente porque ella vale más que todo el oro del mundo; lo que sí que me importa es que, esté con alguien o sola, sea feliz. Y ahora lo es, así que no voy a permitir que una niñata caprichosa lo arruine todo.

—Lo siento, yo... Tengo que irme.

Se apresura a salir de la piscina, avergonzada.

—Savannah, espera.

No me hace caso y me deja con la palabra en la boca, aunque tampoco me sorprendo. Se marcha y termina la conexión que ha existido entre los dos.

Tengo la sensación de que Savannah es así, impredecible y escurridiza.

Vuelvo a lo mío, sin distracciones. Sin chicas complicadas y enfadadas con la vida. Ahora que se ha ido, me obligo a centrarme

en lo verdaderamente importante; lo único en lo que debería pensar este verano.

Comienzo a hacer largos de un lado a otro y, tratando de ser el más rápido, vuelco mis frustraciones en cada impulso. Me muevo como si el agua fuera mi casa, el único lugar donde puedo sentirme completo.

Hago lo único que he sabido hacer durante toda mi vida cuando las cosas han ido mal: seguir nadando.

11



Savannah

El sol se cuela por la ventana desde bien temprano.

Me gusta que la luz natural del día me despierte para poder ir a la playa. Aunque no tengo ganas de pasar en Holy Bay todo el verano, debo admitir que echaba de menos tener tan cerca la costa, el mar.

Me he vestido con un conjunto para hacer ejercicio, que consiste en unos *leggins* rosas y un sujetador negro deportivo que realza el poco pecho que tengo, así que me sube un poco el ego al verme tan favorecida en el espejo. Después de recogerme el pelo en una coleta alta, bajo las escaleras intentando no hacer mucho ruido y, antes de salir, me calzo unas deportivas blancas y negras. Silbo muy suave, aunque basta para que *Holland* lo oiga y acuda a mi llamada tan contento como siempre. Da saltitos a mi alrededor cuando se percata de que vamos a salir juntos a pasear un rato, como hemos hecho todos los veranos. No solo en vacaciones, en realidad, ya que vivíamos juntos todo el tiempo; de todos modos, *Holland* está mejor aquí, en Holy Bay, donde puede disfrutar del aire libre, y no en el

piso de mamá. Aunque me duela separarme de mi perro a lo largo del año, solo quiero lo mejor para él.

Me coloco en los oídos los auriculares y me dispongo a abandonar la casa, no sin antes dar al *play* en el móvil para que suene mi grupo favorito: 5 Seconds of Summer.

—¡Vamos, *Holland*! —susurro, invitándolo a salir cuando abro la puerta de la calle de par en par.

La brisa mañanera nos recibe y me acaricia la piel mientras comenzamos el paseo al ritmo de *Youngblood*; se agradece un poco de aire fresco, ya que, en ocasiones, el calor veraniego puede llegar a ser muy asfixiante.

Sin embargo, el momento es demasiado efímero, porque *Holland* echa a correr como un loco y me cuesta comprender por qué lo hace. No veo qué es lo que ha llamado tanto su atención hasta que doblamos la esquina de la casa, la contraria a la de la piscina, donde Bastian montó su pequeño gimnasio particular hace un par de años.

Allí está Benjamin practicando dominadas. A mi perro le han faltado segundos para salir disparado a sus pies y salta para intentar captar su atención. Cuando el nadador se percata de la presencia de su nuevo amigo perruno, desciende al suelo y permite que *Holland* le dé todos los lametones que quiera.

Se ríe tanto que, por un momento, incluso me parece tierno. Salvo que ese sentimiento que se abre en mi pecho se convierte después en una punzada extraña que me advierte: «No te dejes embaucar».

—*Holland*, no molestes. Venga —le ruego.

¿Me hace caso? Por supuesto que no.

—Hola, chico... Hola, hola...

Ríe mientras juguetean en el suelo. Pongo los ojos en blanco porque no tengo claro quién se lo está pasando mejor: el humano o el perro.

¿Es que tengo que encontrármelo en cada metro cuadrado de esta casa?

Al final repara en mí y preferiría que no lo hubiera hecho, porque su mirada me atraviesa sin quererlo. Es muy sutil, pero yo lo noto. La química amenazando con explosionar desde bien temprano.

—Buenos días, fierecilla.

Benjamin se pone en pie con intención de acercarse a mí y, no sé..., ¿saludarme? ¿Hacerse el simpático, tal vez? Es su especialidad, engatusar al resto. Por desgracia para él, es obvio que conmigo no funciona. Da igual lo que haga, lo tiene muy difícil, porque no quiero que cruce ese camino. Me gusta esta distancia que tenemos, literal y metafóricamente hablando. No tenemos que cruzar ningún puente que tenga peligro de derrumbe y el nuestro queda claro que apenas se sostiene.

Yo también lo observo, creándome un mapa mental de su rostro y sus gestos. Lleva una camiseta de un equipo de baloncesto que desconozco, muy ancha y sudada, que se pega a sus abdominales de buena mañana. Se seca el sudor de la frente y me mira, divertido.

—Primer aviso: no me llames así.

Agarra una pelota de baloncesto y comienza a botarla, acercándose cada vez más. Retándome. Me quedo quieta mientras él me rodea sin dejar de dar botes con el maldito balón. Me está poniendo tan nerviosa que creo que podría gritar ahora mismo. Incluso hace un amago de pasarme la bola, sin llegar a llevar a cabo el pase.

—No, no, lanza. ¿Quieres jugar? Pues juguemos.

—Uh... No me retes —responde. Me pasa la bola un poco a regañadientes y la cojo al vuelo bajo su atenta mirada.

—Tú me has retado antes.

—¿Eso crees?

Alza las cejas y esboza una sonrisa socarrona.

—Oh, Dios, no te aguanto.

Desde mi posición, incluso estando alejada de la canasta, lanzo el balón sin apenas mirar. No gasto demasiada energía porque no me hace falta. La pelota llega directa al recuadro blanco y pasa a través de la red.

Encesto casi sin esfuerzo y percibo la sorpresa en su mirada.

—Impresionante, Springs.

—Lo sé. Límpiate el rastro de babas que has dejado en el suelo, no vayas a resbalarte, corazón.

Coloco las manos en mis caderas y me sale una sonrisa de lo más forzada. Benjamin se lleva una mano al pecho, actuando de forma dramática.

—Ya te gustaría que babeara por ti.

—Uy... ¿Qué es eso que he oído? —Entrecierro los ojos como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano por detectar algo que no existe—. Ah, debe de haber sido la mayor tontería de la historia. ¡Vamos, *Holland*!

—¿A dónde vas?

—Por ahí.

—Ah, pues nada, que disfrutes... por ahí.

—Muchas gracias, guapo.

—Así que soy guapo, ¿eh? Interesante dato.

—No te lo creas tanto, era una forma de hablar. Engreído...

Benjamin me mira como si quisiera matarme y, entonces, la que tiene que reprimir la risa soy yo. Esta vez sí, *Holland* se coloca a mis pies. Me doy la vuelta para salir de allí, pero su voz me detiene en seco.

—¿Te veré luego? Hoy es el pícnic en el pueblo.

Me llevo la mano a la frente.

—Ah, es verdad. Lo había olvidado. Te odio por recordármelo. —Le lanzo una miradita asesina—. Ahora ya no podré fingir que no me acordaba.

—Una pena...

Se muerde el labio inferior y yo siento que quizá la brisa mañanera ya no es tan fresca como pensaba. Me han entrado los calores al tiempo que una gota de sudor frío me recorre la espalda.

Es hora de irme.

—Pues nada, hasta luego, supongo.

Salgo pitando de allí. Una vez que he dejado la casa atrás, me dirijo por un sendero cercano que es, más bien, un atajo que desciende directamente a la playa. Creo que podría hacer todo el recorrido con los ojos tapados, aunque prefiero no arriesgar porque una, ante todo, es torpe. Si sentirme atrapada en este pueblo me parece poco deseable, puedo asegurar que hacerlo con una pierna rota o algo peor es el último de mis deseos.

Bajo unas cuantas escaleras y, al fin, vislumbro el azul del mar a lo lejos. Es inmenso. Imponente. Está revuelto y se respira en el ambiente ese olor tan característico, impregnado de recuerdos especiales y experiencias que jamás podría olvidar. A esta hora en la playa solo estamos algunos surfistas y yo. Bueno, también *Holland*, que juega en la arena como si fuera el animal más feliz de todo el planeta. Me encantaría ser él, de verdad que sí. Lo daría todo por tener una vida tan sencilla, alegre y tranquila como la suya.

—Por fin un poco de calma... —susurro—. ¿Te apetece que nos demos un baño?

Holland ladra por toda respuesta y me sigue cuando comienzo a correr hacia la arena. Dejo mis cosas en la orilla. En este pueblo todo el mundo es tan respetuoso que no he tenido nunca miedo a

que me roben o a que me pase algo malo. En Holy Bay no ocurren esas cosas.

Por eso me gustaban tanto este lugar y la magia de su gente.

Nos adentramos en la orilla. *Holland* salta sin parar y chapotea, empapándonos a ambos. Puedo sentir que está emocionado de que haya vuelto, tras unos cuantos meses distanciados. Lo acaricio con cariño, porque a mí también me alegra que nos reunamos de nuevo por fin. Siempre está a mi lado y me comprende sin necesidad de palabras. Intenta animarme cuando me ve mal y me hace reír siempre que puede. *Holland* es, sin duda, la mejor compañía que se puede pedir. El único que me recibe como si su vida aún girara en torno a la mía.

Me dejo caer en el agua. Las olas me acarician, me mecen. Vuelvo a sentir esa conexión tan especial con el mar; hay algo más allá que me conecta con este lugar. Inexplicable, pero muy intenso. Me encanta sentirme libre aquí, lejos de los problemas.

Poder ser simplemente yo por unos instantes. Gritar, llorar, reír... En definitiva, dejar que mis emociones fluyan y se difuminen con el agua.

Esa ha sido siempre, para mí, la verdadera magia del verano.

La mejor forma de curar las heridas.

12



Ben

No sé por qué la sigo, pero no puedo evitarlo.

Me mata la curiosidad.

Siempre he sido una persona curiosa, quizá demasiado. Por meter las narices donde no debía, en más de una ocasión me he ganado alguna que otra bronca, y situaciones desagradables, como cuando descubrí a mi mejor amigo liándose con mi novia en el cuarto de la colada de mi casa en mi propia fiesta de cumpleaños.

Más bien mi exmejor amigo y mi exnovia.

Si soy sincero, lo de Charlotte me lo esperaba. No teníamos una relación seria ni mucho menos. Era algo pasajero, el típico rollito veraniego que ambos sabíamos que tenía fecha de caducidad. Sin embargo, creo que hay un límite, y enrollarte con el mejor amigo de tu novio en su puñetera fiesta de cumpleaños es bastante fuerte.

No me enfadé demasiado, ni siquiera con mi amigo, pero debería haberlo hecho. Debería haberme dado cuenta de cómo era y haberme desprendido de esa amistad tan tóxica cuanto antes. Es difícil aceptar algo así cuando te esfuerzas por no ver, porque eso es lo más cómodo, lo más fácil. Quieres pensar que tus amigos son

para siempre, que no te harán daño, que cambiarán. Pero algunos no lo hacen, nunca lo harán.

A veces hay que aprender a marcharse a tiempo. Ojalá hubiera sabido lo que sé ahora en aquel entonces.

Austin fue un capullo todo el rato, pero yo tenía un don: ignorar todas las *red flags* que me decían que, en realidad, mi amigo no era trigo limpio. En mi mente continuaba viva la imagen de cuando ambos éramos pequeños. Tengo que admitir que Austin siempre fue el mejor de los dos: el que nunca se metía en problemas, el de los sobresalientes, el de los buenos modales... No recuerdo exactamente en qué momento comenzó a cambiar y a tener actitudes tan dañinas hacia el resto, a arrasar por donde pasara. Supongo que me acostumbré a justificar sus salidas de tono hasta que fue insostenible.

«Tendrá un mal día, no creo que haya querido decir eso.»

«A lo mejor no se ha dado cuenta.»

Siempre había un «quizá»; aun así, sus actos seguían pesando. Se acumulaban. Después empezó a juntarse con malas compañías. Decidió confiar en ellos, dejarse llevar, y comenzó a olvidar quién había estado ahí siempre para él. Hacía tonterías, bebía demasiado... Me daba pena sentarme a ver cómo caía en una espiral de la que le sería difícil salir y no poder hacer nada para detenerlo.

Es más, seguía queriéndolo porque era mi mejor amigo y los mejores amigos están ahí para todo. Eso pensaba hasta que llegó un punto en el que fue inadmisible.

El día del accidente lo cambió todo.

Prefiero no pensar en ello ahora, pues son demasiados malos recuerdos los que me sobrecogen y no me gusta nada recordar ese momento. Si pudiera, si tuviera el poder de hacerlo, creo que lo borraría de mi mente. Sí, lo haría sin dudarlo. No porque quiera

recuperarlo, en absoluto, sino porque me duele tanto que quema y esa sensación me ahoga todo el tiempo.

En la actualidad Austin y yo no somos más que dos extraños con muchos recuerdos en común y, aunque a veces lo echo de menos, siento que ha sido lo mejor. Al menos para mí.

En ocasiones hay que ponerse como prioridad, por mucho que duela.

—¡Cuidado, jovencito, vas muy distraído! —me advierte un ciclista con el que casi me choco por ir caminando por el borde de la carretera, tan absorto en mis pensamientos que ni siquiera sé lo que estoy haciendo.

Bueno, sí, la estoy siguiendo a ella. Y no creo que sea buena idea.

Soy demasiado curioso y necesito saber qué es lo que tiene en mente. Es un poco terremoto, me he dado cuenta. Que yo no le guste en absoluto solo hace este verano un poco más divertido de lo que parecía. Aunque como se pase de la raya... Uf, no sé hasta qué punto podré aguantar. Bastian debe de estar curado de espanto, pero yo no.

Soy hijo único, así que no tengo un máster en aguantar hermanos enfurruñados con la vida. Y estas son mis vacaciones, ¡qué demonios! Ha surgido todo así, por lo tanto no es mi responsabilidad que ella esté a gusto o no.

Entiendo que es su casa y que somos extraños para ella, que siente que invadimos su territorio, pero ¿qué oculta tras ese muro infranqueable, esa coraza gruesa que ha erigido en torno a lo que la rodea? ¿Por qué no nos deja acercarnos, conocerla?

Me gustaría saber qué hay en su interior, descubrir esa fragilidad que sé que esconde en algún lugar.

No quiero hacerle daño, solo entenderla.

Me percato pronto de que se dirige a la playa. La observo en todo momento desde una distancia prudencial, no quiero que se dé cuenta de que estoy aquí. En primer lugar, porque entraría en cólera. En segundo, porque no soy ningún acosador y no quiero que piense que la he seguido por algún motivo inquietante. No. O sea, es muy guapa y seguramente, si no fuese la hija de Rick —y, en consecuencia, no me odiase—, quizá podríamos haber tenido algo. Nunca habría dicho que no a una chica tan preciosa como ella, eso está claro.

Sí, puedo imaginarme bailando con Savannah en una fiesta, colocando mis manos en sus caderas y...

«¿Otra vez, Ben?»

Va corriendo al agua y, en cuanto llega a la orilla, se lanza de cabeza. Se empapa entera mientras *Holland* corretea a su alrededor. Apenas distingo su figura desde la lejanía, pero... parece feliz.

No suena música en el aire, aunque sí en mi imaginación. *As It Was*, de Harry Styles, invade mi mente mientras ella baila en el agua. Esa es la melodía que cosería para siempre a este recuerdo. Me descubro a mí mismo riendo bajito, sin poder evitar la sonrisa que se dibuja poco a poco en mi rostro, ensanchándose cada vez más. Una ola la atrapa tras pillarla desprevenida y, aunque no soy capaz de oír su risa desde aquí, también llego a imaginármela.

Joder, es que nunca la he oído reír, en realidad. Me da rabia porque tiene una sonrisa bonita y eso solo puede acompañarse de una risa sonora y contagiosa.

Apenas la conozco, pero me entristece que esté tan enfadada con el mundo.

Y sé que no debo meterme, que no es mi problema. Somos totalmente diferentes y hemos tenido la mala suerte de colisionar este verano en la misma situación, aunque con puntos de vista muy

dispares. Eso no me da ningún derecho a meterme en su vida y supongo que es lo suficientemente mayorcita para saber cómo gestionar sus problemas.

O sus emociones.

Yo no puedo ni debo arreglar a nadie. Cada cual sabe la pieza que es dentro del puzle. Algunas encajan antes que otras, sin necesidad de girarlas o mirarlas desde otra perspectiva; simplemente están donde deben estar. Otras personas, como nosotros, necesitan dar vueltas. La vida nos revuelca una y otra vez como lo hacen las olas en el mar y, algún día, logramos encontrar nuestro lugar.

Cueste lo que cueste, se supone que tenemos que intentarlo.

El problema ahora mismo es que la miro y siento ese pequeño cosquilleo en el estómago porque sé que es un reto, uno de los grandes. Por eso una voz en mi interior me grita que me aleje de ella todo lo posible, que cada uno haga su vida y punto. Serán solo unos meses. En un pestañeo el verano se habrá acabado y el río volverá a su cauce.

Pero una parte de mí lo sabe: me voy a enganchar.

Tal vez fue exactamente eso lo que me pasó en aquella piscina cuando todo se oscureció y pensé que me perdería para siempre. Cuando todo daba vueltas y yo era incapaz de encontrar el camino de vuelta a casa; ahí fue cuando me di cuenta de que hay impulsos momentáneos que no merece la pena seguir.

Y que hay guerras que es mejor no empezar nunca.

13



Savannah

Si mi primer día en Holy Bay fue insufrible, lo de hoy va a ser un infierno.

«Agárrate, amiga, que vienen curvas.»

Ha llegado el inevitable pícnic anual, la reunión que organizan los habitantes para dar la bienvenida al verano, la época en la que Holy Bay se repuebla y se llena de vida. Cualquiera podría pensar que es muy divertido y que tiene que ser una maravilla reencontrarte con las personas a las que hace un año que no ves. Algunas cambian y otras no, así que es interesante saber qué ha sido del resto. Al menos antes me lo parecía, cuando estábamos todos. De hecho, creo que es la primera vez que no me siento emocionada por estar aquí. Los veranos anteriores estaba deseando llegar y colocar nuestra manta gigante, repartir la comida que habíamos preparado e ir a buscar algo refrescante para beber como excusa para juntarme con mis amigas y cotillear.

Ay, mis amigas... Qué pocas ganas tengo de verlas ahora mismo. No es que hayamos tenido ningún problema, solo que este año he

estado muy distante y apenas he escrito por el grupo. Cuanto más crecemos, más complicado se vuelve continuar en contacto durante el curso escolar. Al fin y al cabo, cada una vuelve a su vida, a una rutina completamente distinta. No es que te olvides de tus amigas, es solo que te centras tanto en tu día a día que el verano queda demasiado lejos, tanto que duele recordarlo, sobre todo cuando tu vida se cae a pedazos de repente. Tus padres se divorcian y ya nada vuelve a ser como era.

Es triste, ¿verdad? Que dos personas no sepan seguir queriéndose.

No me he parado a pensar demasiado en lo que debe de doler tener que decir adiós a una parte tan importante de tu vida, cerrar ese círculo para siempre. Cuando pienso en ir a la universidad me siento así, como un pajarillo asustado que aún no se atreve a echar a volar, pero sabe que debe hacerlo. La vida sigue y no puedes quedarte atrás. Es como una rueda que nunca deja de girar, así que no queda otra que aceptar que te haces mayor y que las cosas cambian.

Por si no fuera evidente, no soy una gran fan de los cambios. Más bien los detesto.

El caso es que he dedicado más tiempo a ignorar los mensajes de las chicas, especialmente desde que he llegado a Holy Bay, porque todo el tema de Benjamin viviendo en mi casa ha suscitado más interés del que me gustaría. Ha sido... ¿abrumador?, ¿horroroso?, ¿insufrible? Sí a todo. Sé que han estado cuchicheando mucho estos días; no me hace falta haber estado con ellas para tenerlo claro, ya que he podido leer por encima algunas palabras que no me gustan y que sé que van por mí.

«Nadador», «cañón», «meneo», «piscina».

Cuando leí esas palabras en una misma línea ya no pude seguir. Estuve a punto de marearme solo con pensar en cómo iba a ser el resto del verano, anticipando por un lado lo espantoso que iba a tener que ser compartir casa con extraños, entre ellos un engreído sin gracia, y por otro sabiendo que mis amigas me coserían a preguntas.

«Que termine ya esta tortura», pensé mucho antes de que comenzara.

Ya no solo se trata de lidiar con el divorcio de mis padres, la lesión, el no saber qué hacer con mi vida el próximo curso o el pesado de mi hermano...; es que además tengo que soportar al imbécil de Benjamin Scott allanando mi casa, mi piscina, ¡incluso engatusando a mi perro! Y, para colmo, mis amigas son como una revolución de hormonas unidas que no dejarán de babear por él durante todas las vacaciones y estarán vigilando todo lo que haga o diga. No me apetece verlas porque estoy harta de Benjamin.

¡Este es solo mi segundo maldito día aquí y está hasta en la sopa! ¡Agh!

Tengo que controlar mis emociones porque, de lo contrario, terminaré por estallar y no va a ser agradable arruinar el pícnic a las demás familias. Aunque, pensándolo bien...

«Ojalá. Al menos me divertiría un poco.»

—¡Bienvenidos! Poneos cómodos, el sorteo está a punto de empezar. ¡Qué ilusión teneros aquí de nuevo este verano! —exclama Sarah Parker.

Es una mujer que, en mi opinión, debería tomarse unas vacaciones durante las vacaciones. Hace años asumió el rol de organizadora de eventos del pueblo junto a otras personas —especialmente los comerciantes— que quisieron colaborar como comité de fiestas, y desde entonces nunca la he visto quieta.

Siempre se está moviendo de un lado a otro, asegurándose de que estemos todos bien y a gusto en este pueblo perfecto de luz y de color.

De verdad, qué amargura.

El sorteo del que habla es un invento del comité para lograr que los jóvenes se sumerjan en las raíces del pueblo y aprendan de los negocios locales. Se trata de que, durante el verano, los menores de edad echemos una mano a alguien del pueblo con su tienda, actividades variadas... Es una forma muy elegante de quitarse trabajo y encima disfrazarlo con eslóganes como «El valor del esfuerzo», «Jóvenes emprendedores» y un montón de palabrería que me da muy igual. Lo que no me deja indiferente es que, dependiendo del resultado de ese sorteo, tu verano puede cambiar mucho.

No me emociona demasiado, pero, quién sabe, quizá pueda ser una distracción y la excusa perfecta para escaparme un rato de Villa Infierno, como debería llamar a partir de ahora a nuestra casa en Holy Bay. Es en honor a cómo la bautizó mi mejor amiga hace unos veranos: Villa Springs.

—¡Savannah! —grita alguien a lo lejos.

No tardo en distinguir la melena pelirroja de Daisy Brown entre el resto de los vecinos. Ahí está ella, mi mejor amiga. Corre en mi dirección sin dejar de chillar y yo sonrío, porque con Daisy es difícil no hacerlo. Cuando llega a mi lado nos fundimos en un abrazo intenso y me doy cuenta de cuánto lo necesitaba.

—Te echaba de menos.

—Dios, Savannah, ¿tan horrible fue el día de ayer?

Alzo una ceja. Siempre ha sido una chica muy perspicaz.

—¿Por qué lo dices?

—Porque jamás dirías algo así de primeras si estuvieras en tus cabales.

—En fin, no tengo palabras. Necesito urgentemente que nos vayamos de fiesta.

—Pero si ni siquiera te gusta ir de fiesta. Pues sí que estás mal, guapa. De todas maneras, estás de suerte. He oído que en unos días es el cumple de Mike Donovan. Ya sabes, *otro* —recalca la palabra y pongo los ojos en blanco porque adivino lo que dirá— nadador buenorro.

—No empieces...

—¡Eh, si no he dicho nada! —Lleva el pelo recogido en una trenza, que se balancea de un lado a otro cuando se mueve de forma tan enérgica. Sigue tan pálida como siempre y eso que intenta ponerse morena cada santo verano, aunque solo logra quemarse y parecer una manualidad de San Valentín con patas por lo roja que se pone —. Y eso que me llevo mordiendo la lengua desde hace unos minutos.

—Para no decir nada, dices mucho.

—Pues ahí viene toda la tropa —musita—. Mucha suerte.

—Uf, las que faltaban...

De pronto, me veo rodeada de todas mis amigas al mismo tiempo. Casi mejor que de una en una, pues no quiero repetir lo mismo una y otra vez.

—¡Cuéntanos ahora mismo qué tal con Benjamin Scott! Desembucha. ¿Está tan bueno como en las fotos? ¿Huele bien? ¿Es tan genial como pienso compartir casa con el nadador cañón? —pregunta Mia. Pelo castaño claro y unos ojos almendrados muy bonitos escondidos tras unas gafas que le regalan un toque muy intelectual. Quiere ser periodista, así que lo de hacer preguntas sin parar es lo suyo.

—¿Es simpático, al menos? —añade Ruby. Ella siempre ha sido la más dulce de todas. No solo en apariencia, ya que es la más menuda y pequeñita de nosotras, sino que su inocencia es una de las características que más llaman la atención, además de sus preciosos ojos verdes y ese pelo tan rubio.

—Y, lo más importante, ¿os habéis enrollado ya?

Ha sido Abigail quien ha puesto el broche final a toda esta pantomima. Ella es mucho más explosiva: una morenaza alta y esbelta. Me llevo las manos a la cabeza. Quiero llorar y gritar... Esto es peor de lo que pensaba, me han rodeado y no tengo escapatoria.

Estoy totalmente desquiciada.

—No, no, no —respondo a Mia. Después, poso la mirada, algo más tranquila, sobre Ruby—. No. Y... —miro a Abigail enfurecida— por supuesto que no. Sois insufribles.

—Pierdes el tiempo. Yo ya le habría propuesto darnos un revolcón y no precisamente con una ola.

—Abi... —la regaña Daisy, que es la única que me entiende en estos momentos. Bueno, no es que me entienda, es que sabe que mi paciencia tiene un límite. Nos conocemos de toda la vida y con ella es con la que más contacto tengo durante el año. Nuestros FaceTime de los jueves por la noche nunca fallan.

No pueden seguir acosándome, porque nos enteramos de que ha comenzado el sorteo y están anunciando los nombres de los jóvenes menores de dieciocho años que se verán obligados a acompañar a alguien del pueblo durante el verano. Por más que lo vendan como una iniciativa positiva en todos los sentidos, yo solo siento que se aprovechan de nosotros.

Como dice mamá: «Cada uno en su casa, y Dios en la de todos». No es recomendable meterse en asuntos ajenos, eso está claro. Punto y aparte.

—Daisy Brown, te ha tocado la heladería de Mindy.

Mi amiga entorna los ojos, consciente de que vender helados no es lo más divertido del mundo, aunque podría haber sido peor. A Bastian le toca poner copas en el Sunrise, el pub más popular del centro, y esboza una sonrisa triunfante porque sabe que así se llevará algún cóctel a la boca en secreto, lo que de ninguna otra forma podría por tener diecisiete años.

—Savannah Springs, ayudarás a Jessica Scott con la librería.

No puede ser.

Oh, no.

No.

Puede.

Ser.

¡Si ella ni siquiera es del pueblo! Ya me había contado papá que durante el verano trabajaría en la librería de la señora Howell. La mujer ya está mayor y deseaba descansar un verano para poder viajar con sus amigas. A Jessica le venía genial un trabajo durante las vacaciones y, como es bibliotecaria, no le resultará muy distinto. Hace un par de semanas que llegó a Holy Bay y tomó el relevo de la librería, pero no esperaba ni de broma que fuera a participar en esto.

Jessica intenta establecer contacto visual conmigo y, cuando lo logra, sonríe y levanta el pulgar. Yo ni siquiera soy capaz de moverme. A su lado, Benjamin se lleva la mano a la frente. A mi padre ni soy capaz de mirarlo porque, si lo hago, quizá terminemos apareciendo en las noticias.

De todas las personas de este pueblo tenía que ser ella, claro. Porque esa soy yo, Savannah Springs, la de la buena suerte. ¿Qué esperaba? Seguro que incluso lo han hecho a propósito; soy capaz de reproducir palabra por palabra lo que se pudo haber dicho en esa

reunión de los comerciantes, todo ello representado por la voz chillona de Sarah Parker: «Quizá a Savannah le venga bien para estrechar lazos y limar asperezas. Oh, sí, es una gran idea».

Debería dejar de ser tan ingenua de pensar que algo podría salir bien cuando está claro que todo va a salir fatal.

Daisy coloca su mano en mi hombro en señal de apoyo incondicional y yo, aunque no sé qué decir en estos momentos porque no me salen las palabras, se lo agradezco con la mirada.

Ella me mira y sabe que estoy a punto de llorar por la frustración y la rabia que se abren paso en mi interior con tanta fuerza que siento que me gobiernan, así que tira de mí y nos alejamos del área del pícnic lo más rápido que podemos.

—Vamos a por algo de beber. Creo que necesitas un poco de aire fresco.

14



Savannah

—Daisy, ¿tú crees que el universo se está riendo de mí, en mi cara?

—¿Quieres que sea honesta?

—Por favor.

La pelirroja ni siquiera titubea.

—Sí, la verdad es que sí. La vida se ríe de ti.

Ahora lleva el pelo semirrecogido en un pequeño moño alto con algunos mechones largos que caen a su antojo. Siempre le ha gustado jugar y experimentar con peinados, siendo capaz de llevar en una misma tarde cinco estilos de pelo distintos. O más.

Le golpeo con el puño en el hombro y aprovecho para dar un sorbo al batido de chocolate que hemos comprado en un puesto cercano a la playa. Estamos situadas algo más lejos de donde he estado yo esta mañana porque el atajo de mi casa te lleva a la zona tranquila y, sin embargo, desde el centro se llega al área más turística. Esta parte del paseo está repleta de tiendas de *souvenirs*, puestos de comida, el de los helados...

—¡Oye! Me has pedido que fuera sincera.

—Es que me das envidia, ahora que vas a pasar tus mañanas sirviendo helados en el centro del pueblo. No suena muy idílico, lo sé, solo que es mejor que pasar tiempo con Jessica Scott. Seguro.

—¡Si a ti te encantan los libros! Podrías pasar horas perdida en una librería, Savannah, y lo sabes porque me has arrastrado muchas veces contigo. —Me busca con la mirada, intentando que le dé la razón en eso. No le concedo esa satisfacción—. Además, Mindy es una mujer muy agradable, pero habla por los codos, no lo olvides. Siempre está cotilleando.

—Pues mejor, así te enterarás de todo lo que pase.

—Tía, en este pueblo apenas pasa nada realmente interesante.

—No, en verdad no lo sabemos, así que ya lo comprobaremos gracias a ti y a nuestra querida Mindy. Yo... —Hago una pausa. Todo es una mierda y me cuesta incluso pensar con claridad—. Realmente te agradezco tu aplastante sinceridad. Cualquier otra persona habría intentado convencerme de que no todo va tan mal y seguramente despertaría mi instinto asesino.

—Una vez más.

—Habló la que dejó K. O. de un puñetazo a aquel chico que dedicó todo su tiempo y esfuerzo a molestarme durante la fiesta de cumpleaños de Abi, cuando teníamos..., hummm..., ¿quince míseros años?

Daisy sonríe al recordar su hazaña y lo mucho que nos reímos aquella noche, pese al pequeño altercado que terminó con ella castigada durante un par de semanas. Sus padres se enfurecieron mucho al saber lo que había ocurrido. Aunque ese niñato se lo merecía, no les gustó descubrir que había recurrido a la violencia para dar por zanjado el asunto. Mucha menos gracia les hizo que su hija y sus amigas llegaran tambaleándose a casa porque era la

primera vez que habíamos bebido y no supimos controlar las cantidades.

—¿Te acuerdas? Dios mío, menuda noche. No me he reído más en toda mi vida. Aún tengo grabada su cara de niño asustado rogando que no le hiciera daño. Y mis padres en el coche gritando mientras yo no dejaba de reír por la cantidad de vodka que había tomado.

Los padres de Daisy siempre han sido muy estrictos, católicos practicantes de modales exquisitos y moralidad muy rígida. Los míos eran más permisivos, dejaban que me equivocara y aprendiera por mí misma, aunque siempre estaban cerca por si tenían que ayudarme a levantarme si la caída era demasiado fuerte. Querían que aprendiera y madurase, no que me hiriera de forma irreversible.

Cuando llegué a casa esa noche, mamá se echó unas buenas risas conmigo mientras yo juraba y perjuraba que no volvería a beber.

«Buen intento, Savannah.»

—Qué tiempos aquellos...

—No te pongas nostálgica o el puñetazo te lo llevas tú hoy. —Me fulmina con los ojos—. Vale, perdona, es que tengo la regla y estoy un poco sensible.

—No uses la excusa de la regla, conmigo no funciona, monada. ¿Va todo bien?

Me mira y, entonces, me doy cuenta de que me está dejando acceder a su interior, permitiéndome vislumbrar ese pequeño punto de vulnerabilidad que nunca se atreve a mostrar al resto. Daisy sabe que soy capaz de leer sus pensamientos.

—¿Liam?

Mi amiga, que hasta hace un par de minutos estaba sonriendo e iluminando su alrededor como si fuera un rayito de sol, se derrumba. Se viene abajo en cuestión de segundos. Rompe el muro, la fachada y pequeñas partículas de «esas cosas que no decimos, pero que nos

hacen daño» salen volando. Pese a que intento atrapar cada una de ellas, no soy lo suficientemente rápida.

Daisy tiene el corazón roto y yo solo desearía tener el antídoto idóneo para arreglarlo.

—Lo hemos dejado.

—¿Qué? ¿Dejado? ¿Dejado de romper? ¿Dejado de *no-estamos-juntos*?

Asiente. Vale, respiro hondo. Eso es... imposible. Daisy y Liam son tal para cual, almas gemelas, personas inseparables. Dos piezas de un mismo puzle que encajan sin necesidad de hacer presión. Se conocieron hace muchos años, aquí en Holy Bay, pues ambos veranean en el pueblo. No tardaron en convertirse en amigos inseparables, pero... ¿lo de confesarse sus sentimientos? Eso fue una maldita tortura.

Al final tuve que mover algunos hilos y, bueno, terminé preparándoles una encerrona. Y salió bien, muy bien. Tan bien que ya llevan unos cuantos años juntos y, pese a que los separa la distancia, nunca ha supuesto un problema.

De hecho, Daisy cumplió los quince y aprendió a conducir. Estuvo un año con el permiso limitado de aprendiz, siempre supervisada, hasta que alcanzó los dieciséis y entonces pudo conducir sola. Por supuesto, lo hizo con la intención de ir a ver a Liam los fines de semana.

Si creo en el amor hoy por hoy es sin duda por ellos.

—Te lo juro, Savannah.

—Pero ¿por qué? ¿Ha pasado algo últimamente que me haya perdido?

—Ya sabes que Liam se va a la universidad. A la UCLA, en California.

—Sí, ¿y?

—¡Que eso está en la otra maldita punta del país! —chilla.

Sigue sollozando. Me pregunto qué rímel se ha puesto, porque no parece un mapache y eso que está llorando a mares. Sé que ahora no es el mejor momento, así que archivo la pregunta y redacto una nota imaginaria para no olvidarlo, porque tengo literalmente la misma memoria que Dory o peor. Después de haber visto la película un millón de veces aún soy incapaz de recitar la famosa dirección: calle Wallaby..., ¿45?

Da igual, es mejor que ni me esfuerce.

—Bueno, pero la distancia nunca ha sido un impedimento para vosotros. Tú siempre repites que lo que tenéis es amor y que el amor de verdad hay que cuidarlo, esté donde esté. Siempre habéis dado todo de vuestra parte para veros. ¿Qué ha cambiado?

—Yo. Yo he cambiado —responde cabizbaja—. Mis malditas inseguridades. Es que no dejo de imaginarlo tan lejos y... ¡es la UCLA! Estará lleno de chicas fantásticas y de oportunidades y fiestas que le harán olvidarse de mí.

—Esas chicas serán unos pibones, pero jamás serán tú.

Daisy me mira de soslayo, poco convencida, aunque agradecida por lo que he dicho.

—Es la verdad, tía. Liam ha demostrado siempre estar enamorado hasta los huesos. No quiere a nadie más, te quiere a ti. —Cruza mi mente en ese momento la pregunta del millón. No sé si quiero saberlo, pero lo hago. Disparo—. ¿Quién ha roto con quién?

No responde. Creo que la voy a matar.

—¡¿Has sido tú?!

—Es que...

—No, no hay justificación que valga. —Resoplo. La zarandearía en estos momentos. ¿Acaso no piensa antes de actuar?—. No vas a romper una relación perfecta por tus miedos infundados. Y, no, por

supuesto que no puedes vivir siempre con un pie en el futuro. Echa la vista atrás: muchas de las cosas que imaginas luego nunca llegan. Se desvanecen en tu imaginación porque jamás llegan a ocurrir, no se materializan.

—Uf, es muy complicado. —Enfoca su mirada a lo lejos, evitando la mía—. Liam está muy enfadado por todo este asunto y yo tengo demasiadas dudas... Pronto volverá y hablaremos.

—No está enfadado, Daisy... Estará hundido. Te quiere muchísimo, te lo ha demostrado siempre. Y sé que tú a él. No puedes romper con todo por miedo a perder. Si no lo intentas, si no luchas por algo que te hace tan feliz..., déjame decirte que ahí ya estás perdiéndolo todo, amiga. Sé valiente y escucha a tu corazón. Cuando Liam vuelva tenéis que hablar seriamente.

—No sé si saldrá bien, Savannah. No sé si hay solución y no tengo ni idea de cómo gestionar esto y todo lo demás.

—No sé qué es «todo lo demás»...

Intenta hablar y emite algún sonido incomprensible hasta que vuelve a sollozar. Le paso un pañuelo de papel para que se seque las lágrimas y se recomponga cuando ella quiera.

—Da igual. Las penas, con un buen batido de chocolate y un hombro sobre el que llorar, se vuelven menos dolorosas. Ven aquí.

Nos fundimos en un abrazo mientras admiramos el oleaje. Aquí es donde siempre venimos a contarnos cualquier cosa, sea buena o mala, es nuestro pequeño rincón en el mundo. Y, aunque cualquiera puede venir, en este tipo de momentos siento que nos pertenece solo a nosotras.

—Gracias por escuchar mis movidas. Siento... siento no tener fuerzas para contarte más ahora. Lo haré, te lo prometo.

Se enjuga las lágrimas con cuidado y tarda poco en recomponerse. Ella es así, intensa.

—Bueno, cuéntame algo agradable tú, porque necesito dejar de llorar y no quiero pasar el verano amargada.

—Bienvenida a mi mundo.

—De verdad, Savannah, puedes con esto y más. Entiendo que no tiene que ser plato de buen gusto que haya unos extraños en tu casa y que sientas que todo está fuera de control, pero a lo mejor puedes concederles el beneficio de la duda.

—¿Cómo dices?

Me agarra la mano y su rostro se vuelve aún más angelical, poniendo cara de niña buena. La conozco a la perfección, sé lo que eso significa: va a decirme algo que seguramente me va a sentar mal. Intenta suavizar el golpe, aunque me resisto. No permitiré que me manipule, por muy buena que sea en su juego.

—No te pido que te hagas amiguísima de Jessica, ¿vale? No estoy tan pirada. Solo que... quizá, si te esfuerzas por conocerla un poco ahora que vas a ayudarla en el trabajo, no te parezca tan insufrible. Y respecto a Ben...

—Benjamin —la corrijo.

—Benjamin, vale... Lo he visto antes en el pícnic y parecía simpático.

—No, lo que te parece es que está bueno y entonces lo ves con mejores ojos.

—¡Eso no es cierto! Pero, oye, es un primer paso que admitas que está cañón.

—No he dicho en ningún momento que yo piense que está bueno, sino que tú piensas que lo está.

—Sí, sí. Lo que tú digas —responde con tono vacilón.

Pongo los ojos en blanco.

—Eres lo peor.

—En realidad no, pero esa es tu bonita forma de decir que me quieres. Y yo a ti, tontorrona.

—Un poquito. —Le saco la lengua—. ¿Vienes esta noche a cenar a casa? Ayer jugamos un rato a la familia feliz mientras hacíamos una barbacoa y casi muero en el intento. Para colmo, fui a nadar por la noche y Benjamin estaba en la piscina.

—¿Y os bañasteis juntos? ¿Con las luces de la piscina?

La mirada de Daisy sugiere tantas cosas que creo que podría matarla en este instante.

—Como insinúes algo quedas totalmente desinvitada del plan.

—No creo. Me necesitas. A no ser que te hayas replanteado el asunto al pensar en los marcados músculos de Benjamin Scott y quieras intimidad con él, claro.

—Eres lo peor —repito. Cada vez que lo digo estoy más convencida de que mi mejor amiga tiene dentro al demonio, aunque al resto le haga creer lo contrario. Nadie la conoce mejor que yo.

—Pero me quieres.

Esta vez escojo mejor mis palabras para ofrecerle la respuesta que merece. Después de todo, es la única que soporta todos mis dramas, que no es poco. De hecho, para mí eso lo es todo.

—Demasiado.

—Nunca es demasiado.

Sonrío y pienso en la suerte que tengo de que seamos amigas. Supongo que todo el mundo debería contar con una Daisy Brown en su vida.

—Todo se va a arreglar —le aseguro.

Tiene que hacerlo. Liam y ella están destinados a estar juntos, a seguir orbitando en la misma dirección. Cada vez que se miran encuentran un hogar en el otro y es precioso verlo.

Ojalá pudiera saber lo que se siente.

Ojalá pudiera encontrar en algún momento de mi vida a ese alguien especial que consiguiera ordenar mis sentimientos.

Ojalá pudiera llegar a entender el significado de la palabra *amor* de la misma forma en la que Daisy lo hace.

Ojalá, ojalá, ojalá...

15



Savannah

Tener una mejor amiga es maravilloso.

Es una persona que te quiere tal y como eres, te acompaña tanto en los mejores momentos como en los peores. Además, suele ser igual de idiota que tú y, a veces, puedes tener la suerte de compartir gustos y crear recuerdos inolvidables juntas, como ir a un concierto, de fiesta, tomar algo en una cafetería, hacer senderismo y caerte por algún lado, quemaros juntas en la playa... Hay millones de cosas que hacen que tener una mejor amiga sea una de las mejores cosas que te pueden pasar en la vida.

Salvo que tu mejor amiga y el insoportable de tu hermano sean muy amigos.

Salvo que tu mejor amiga se lleve mejor con tu familia que tú.

Salvo que tu mejor amiga, que debería estar poniéndole malas caras a Benjamin Scott y demostrándote su apoyo incondicional y lealtad absoluta, esté regalándole el oído durante toda la cena.

Todo es genial a no ser que tu mejor amiga, claro está, sea como la mía.

«Esta cena es un absoluto desastre. Otra malísima idea de Savannah Springs.»

Fulmino a Daisy con la mirada, aunque no lo capta y, si lo hace, pasa olímpicamente de mí y continúa a lo suyo. Como no me presta atención decido ir un paso más allá y le doy una ligera patadita bajo la mesa que, por supuesto, también ignora. Me lleno el plato de puré de patata mientras respiro hondo e intento pasar esta velada lo más tranquila que pueda.

—Daisy, cuánto me alegro de que hayas venido —comenta mi padre.

Ella sonríe, complaciente. Pongo los ojos en blanco. Claro que se alegra; cree que, si Daisy está a mi lado, estaré más calmada. Más mansa. Y eso es lo que quiere, una cena en paz y armonía. La misma que me ha arrebatado a mí al meter a estos extraños en casa.

—Rick, sabes que, si fuera por mí, viviría permanentemente en Villa Springs.

—Oh, no te preocupes, papá sabe hacer hueco a los invitados cuando quiere.

Daisy me pega una patada por debajo de la mesa, bastante más fuerte que la mía y con peores intenciones. Disimulo el dolor que debería estar reflejándose en mi rostro. La maldita da buenas patadas, igual que los puñetazos.

—¿Sois amigas desde hace mucho tiempo? —pregunta Benjamin, intentando relajar el ambiente.

¿No se da cuenta de que cada vez que habla solo empeora las cosas porque mi paciencia se va agotando lentamente? No me apetece nada hablar con él.

Uf, uf, uf.

—¿Importa? —pregunto.

—Claro que importa, Savannah —responde Daisy, fingiendo estar dolida por mi salida de tono. Se prepara para contar cómo nos conocimos y Benjamin sonríe divertido. Aprovecho para servirme un poco más de puré de patata. Me encanta esta historia, pero odio que se la esté contando a él—. Bueno, pues ahí donde la ves era adorable de pequeña. Yo era la rebelde de las dos.

—Y lo sigues siendo. Te recuerdo que, aunque tengo mala leche, soy bastante formal en realidad.

—Bueno, eso está abierto a discusión y no entraré a debatir ahora. El caso es que la primera vez que vi a Savannah era una cría; nos conocimos en la playa. Mi familia llevaba un par de años viniendo a pasar el verano. En cambio, los Springs eran nuevos y había oído hablar sobre ellos y su reciente llegada. Me llamó la atención que estuviera tan enfurruñada, de brazos cruzados y con cara de querer asesinar a alguien. A cualquiera le habría dado reparo acercarse, a mí no. Me pareció... ¿divertida?

—Esa es la última palabra que utilizaría para describir a Savannah cuando era pequeña. Bueno, a Savannah... en general —opina Bastian.

—Ja, ja, ja. Tienes la gracia en el culo. ¿Te lo han dicho alguna vez?

Benjamin reprime la risa. Daisy aprovecha para recolocarse los pechos bajo su vestido negro, ya que este tiene un escote fruncido un tanto pronunciado. Le queda de infarto.

—Savannah... —me regaña papá.

Señalo a Bastian y abro la boca. «¿De verdad no le vas a decir nada?», le pregunto en silencio. Papá me ignora y yo sigo comiendo, porque es lo único agradable de todo este embrollo: que la comida está rica.

—El caso es que me acerqué y le pregunté a ver qué le pasaba. Se tomó su tiempo para responder, obligándome a insistir varias veces y plantearme si tal vez tenía problemas de audición. Cuando al final habló, me contó que una niña había destrozado por completo su castillo de arena. Y, oh, yo con las injusticias no puedo.

Me echo a reír al recordar lo que hizo Daisy cuando se enteró de que Beth Webster me había intentado dejar en ridículo delante de las demás niñas, solo por ser la nueva, pisoteando el castillo que había pasado horas construyendo. No derramé ni una sola lágrima porque desde bien pequeña tenía un importante sentido del orgullo; sin embargo, por dentro me sentí como una mierda. Y Daisy lo supo nada más mirarme a los ojos.

—Se acercó al grupo de las niñas, les dio un bonito sermón sobre lo mal que estaba lo que habían hecho y, como no le hicieron caso, cogió la bruta y decapitó a varias de las muñecas con las que estaban jugando. Las niñas empezaron a gritar histéricas y a llorar como si les hubieran arrancado a ellas la cabeza, en vez de a sus muñecas, y Daisy se dedicó a mirarlas con cara de desaprobación.

—Savannah se acercó a mí y me dijo «Creo que vamos a ser buenas amigas».

«Las mejores», respondió aquella Daisy tan pequeña y traviesa.

—Y hasta ahora —termino yo por ella. Agarro su mano por debajo de la mesa. Cuántos momentos hemos vivido desde entonces, innumerables. No nos hemos separado jamás y dudo que algún día lo hagamos.

—Dios las cría y ellas se juntan... —murmura Bastian, aunque se oye a la perfección.

Ambas lo fulminamos con la mirada y él niega con la cabeza como diciendo «Vaya cruz».

—Cuidadito, Bastian; Daisy aún puede destrozar tus cosas si la cabreas. O darte un puñetazo.

—Oh, Dios, esa fue buena —comenta papá—. Sé que debería ser un padre serio y no posicionarme en este tipo de cosas, pero ese tipo se lo buscó. Bien hecho, Daisy.

Acaban relatando la anécdota de aquella fiesta y las carcajadas abundan cada vez más en la mesa. Sin embargo, mi mirada sigue fija en Benjamin y en Jessica. Ellos están —o al menos lo parecen— disfrutando de la velada, mientras que yo no puedo sentirme más lejos de aquí. Es como si estuviera aislada y apartada, como si no perteneciera a este lugar.

Siento que sobro en mi propia casa y eso me duele muchísimo.

—Intentaré caerte lo mejor posible, entonces —comenta Benjamin cuando Daisy acaba de contarnos sus hazañas.

—No te preocupes, que no es difícil y vas por muy buen camino.

«Oh, no. Por favor, no. Esto me supera.»

Disimulo la arcada que me acaba de entrar porque no quiero ser yo quien arruine esta fiesta. Benjamin Scott sonríe, triunfante, y juraría que lo hace mirándome a mí de reojo.

Si me está retando, puedo asegurar que esta guerra no llegará a buen puerto. No se imagina lo competitiva que puedo llegar a ser y todo lo que haría por proteger lo que es mío.

16



Ben

Tengo que admitir que me divierte que en esta casa vuelen cuchillos de vez en cuando.

Le da un poco de vidilla al verano, le añade tensión y produce como un cosquilleo extraño en el estómago. Me transporta a través del espacio-tiempo a esas etapas en las que solo era un adolescente rebelde, un punto bastante diferente al que me encuentro ahora. Recuerdo dejarme llevar por la adrenalina en una incesante búsqueda de emociones intensas, que mezclaba a partes iguales situaciones arriesgadas con el nulo arrepentimiento. Una parte de mí que a veces añora esa sensación me pide que le siga el juego, que prenda la mecha para sentarme a ver saltar las chispas. El fuego nunca me ha asustado; de hecho, uno de mis recuerdos favoritos de la infancia encapsula las noches de cumpleaños en las que mamá y yo siempre encendíamos una bengala. Ella arropaba mi mano con la suya para evitar que me quemara y la ondeábamos hasta que se apagaba.

«Pide un deseo, que no se te olvide. ¡Es lo más importante!»

Le hacía caso y deseaba algo con tanta fuerza e ilusión como solo un niño es capaz. No pedía más que tonterías, pero eran

importantes para mí. Sé a ciencia cierta que para mamá también lo eran, quizá incluso más de lo que cualquiera podría imaginar. Sé que cerraba los ojos a la vez que yo lo hacía y pedía su deseo sin que se notara. Tampoco se trataba del contenido del deseo, sino de la acción de pedirlo y hacerlo juntos con nuestro ritual. Eso era lo que lo hacía verdaderamente especial.

«¿Podemos encender una más?», solía preguntar esperanzado, pese a que sabía lo que me iba a responder. Lo decía siempre así, con las mismas palabras.

Si cierro los ojos, aún puedo oírlas.

«Por ti encendería todas las del mundo, cariño, pero entonces tendríamos que pedir millones de deseos y serían demasiados. Mejor uno cada año, para que haya suficiente energía dirigida a hacerlo realidad.»

Por suerte, mamá, que era la mayor de las dos hermanas, se lo enseñó también a la tía Jess, así que no hemos dejado esa costumbre de lado, la de encender una bengala y pedir deseos a la luz de la luna. No pienso dejar de hacerlo nunca; es algo especial para nosotros. Nos recuerda mucho a ella.

Paso por el salón, donde están todos charlando animadamente, y al sentarme en el sofá al lado de mi tía tomo su mano entre las mías y le doy un ligero apretón. Significa: «Estoy aquí contigo».

Me lo devuelve mientras sigue enfrascada en una interesante conversación con Bastian y Daisy. Rick se ha ofrecido voluntario para fregar los platos, así que está en la cocina, y Savannah... Savannah simplemente está refunfuñando en uno de los sillones individuales. Lo normal, nada nuevo en el horizonte.

De pronto gira la cabeza y me pilla observándola.

«¿Qué?», esbozan sus labios.

«Sonríe un poco», articulo.

«No, gracias.»

Los demás siguen a lo suyo. Nosotros continuamos leyéndonos los labios. Parece que se le da tan bien como a mí. Eso me hace pensar si se estará poniendo tensa al tener la vista fija en mis labios tanto tiempo, porque es exactamente lo que me está pasando a mí cuando me pierdo durante unos segundos eternos en los suyos. Dios, son bastante apetecibles y me enfada ligeramente ese placer culpable que me genera sentir que, si sigue mirándome la boca de esa manera, solo me controlaré porque no estamos solos. Si no...

No sé qué pasaría si no. No sé si me atrevería a meterme en ese jardín, sabiendo cómo es ella. Es demasiado complicada.

«¿Por qué?»

Pone los ojos en blanco y, acto seguido, se masajea las sienes.

«Esto es una pesadilla.»

«No lo es. Mira a tu alrededor.» Señalo con el dedo, invitándola a dejarse llevar por el buen ambiente que se respira en la casa. Es una noche perfecta de verano. Habría dado mucho por haber tenido algo así en el pasado.

Nuestro piso es tan silencioso, tan solitario... Sentir el calor de la buena compañía y fijarme en los pequeños gestos de amabilidad que nos hemos dedicado durante la cena unos a otros —salvo Savannah, a quien le cuesta un poco más— me hace... ¿feliz?

Sí, creo que *feliz* es la palabra.

Es la simple idea de no sentirme solo, de estar arropado por personas buenas. De tener un nuevo amigo como Bastian, que parece un buen tío y no tiene pinta de traicionarte a la primera de cambio. La oportunidad de conocer a Daisy, que me ha parecido encantadora y una persona con mucha luz que quiere mucho a esta familia. La cena en el jardín con la temperatura perfecta, la forma en la que las estrellas decoraban el cielo...

Son demasiadas cosas bonitas como para no valorarlas.

«Solo... déjame tranquila, ¿quieres?»

Se me estiran las comisuras de los labios, de manera casi automática, porque sé que no pienso hacerlo. Y ella también es consciente, lo veo reflejado en la resignación que muestran sus ojos. Nadie está prestando atención a nuestra inaudible conversación, así que aprovecho para caldear un poco más el ambiente.

«Te reto.»

Quiere ignorarme, lo sé, pero he dibujado las palabras en los labios y las he remarcado tanto que no puede escapar de ello. Está luchando contra sus impulsos porque, al igual que yo, es incapaz de dejar pasar una provocación como esa. Es demasiado competitiva.

«¿A qué?»

Clavo mis ojos en los suyos. Me va a matar. Tal y como mi madre hacía la noche de mi cumpleaños, arrimo una cerilla con cuidado a la bengala y me siento a contemplar cómo prende.

«Sing It.»

«Estás de coña.»

Exagera mucho cada sílaba que dibujan sus labios, rosados por un ligero toque de *gloss*. Contrasta a la perfección con su piel bronceada.

—Sabes que no bromeo. Lo digo completamente en serio. ¿Aceptas el reto o no?

Me dedica una mirada asesina porque lo he dicho en voz alta y ahora todos nos observan. Daisy y Bastian lo hacen con excesiva curiosidad.

—¿Qué pasa? —pregunta la pelirroja.

—Eso, eso, queremos enterarnos.

—Savannah ha propuesto que juguemos un rato al *Sing It* y me ha parecido una idea brillante.

—Yo no he... —comienza a decir.

Su amiga la interrumpe.

—¡Aaah! *A-do-ro* el *Sing It*, lo sabes. Bastian, ¡coge los micrófonos!

—¿Es una competición, entonces? —pregunto para dejar claras las normas.

—Pues claro que lo es.

Daisy se acerca, sonriente, y me tiende la mano para ayudarme a levantarme. Después hace lo mismo con su amiga, aunque con ella le cuesta el doble de esfuerzo. No está poniendo de su parte.

Resulta bastante cómico: tiene cara de que la estamos torturando lentamente.

—Con una condición: dos equipos. Daisy y yo contra Bastian y Benjamin.

—Hecho —respondo, levantando las manos en son de paz.

—Os vamos a reventar —añade, viniéndose arriba. Va a darlo todo. Lo noto en su expresión corporal y en el brillo que, de pronto, le ilumina los ojos—. Te vas a arrepentir de haberme retado al *Sing It*, Scott.

—No lo creo, Springs.

Le saco la lengua. Ella también lo hace. Vuelvo a sentir esa estúpida tentación. Y un cosquilleo que me recorre todo el cuerpo que tampoco ayuda.

—¿Listos? —pregunta Daisy, que lleva un rato dando gritos de emoción al ver las canciones que hay para elegir en el juego.

—Llevo toda mi vida esperando este momento. Estoy más que listo.

—Arrogante... —murmura Savannah.

—Perdedora —sentencio yo.

Después de eso, tiendo la mano hacia mi contrincante; la acepta sin mucho miramiento, lo cual me sorprende. Al mismo tiempo que estrechamos nuestras manos con fuerza, nos miramos a los ojos. Después Savannah me da un buen repaso, como si estuviera empapándose de cada pequeño detalle de mí, buscando algún punto débil que pueda quedar al descubierto. Lo que ella no sabe es que guardo bajo llave mis propias debilidades, en un lugar al que incluso yo tengo difícil acceder. Al fin y al cabo, soy yo, por el momento, mi rival más fuerte. El peor de todos.

—¡Que comience la mejor edición del *Sing It* que jamás haya existido en Villa Springs! —chilla Daisy, arrancando las risas de todos.

También de Rick y la tía Jess, que nos observan apoyados en el marco de la puerta de la cocina.

Savannah ya se ha colocado en el centro del salón; micrófono en mano, parece una estrella. Alza el lado derecho de la cadera y se apoya el brazo en el contrario. Se nota que ha sido animadora durante años... La pose es perfecta. Daisy toma posición en cuanto puede, intentando imitar a su amiga. Se complementan a la perfección, se ve a la legua.

Savannah es pura dinamita y estoy convencido de que no se detendrá hasta demostrar su capacidad para volarlo todo por los aires.

17



Savannah

Llevo algo más de una hora cantando sin parar, pero no estoy cansada.

Más bien la energía me consume a estas horas de la noche. Necesito más y más, como si me hubiera vuelto adicta a esta sensación de pasármelo bien. Hacía ya mucho tiempo que no me sentía así, como una niña otra vez. Villa Springs ha recuperado su vitalidad de siempre por un momento. Han regresado las noches eternas de alboroto.

Es como un espejismo que me da miedo que se desvanezca.

—Uh, estamos aún empatados... Ya sabéis lo que viene ahora —comenta Bastian.

—¡Revancha! —grita Daisy, que está tan emocionada como una cría de nueve años en Disney World. Salta de un lado a otro y su vestido negro de seda ondea con el movimiento.

—Savannah —me llama Benjamin. Dirijo la mirada hacia él y no me hace falta responder porque sé que está a punto de proponer algo—. Te reto de nuevo. *I Don't Dance*, ¿te suena?

Por supuesto que la conozco. ¡Me la sé de memoria! Tanto la canción como la coreografía. No quiero pecar de presumida, pero podría reproducir incluso los diálogos completos, porque es una de las mejores películas de la historia del cine. Un hito cultural universal e imprescindible en la vida de cualquier persona: *High School Musical 2*.

Doy un paso hacia Benjamin, divertida. Advierto que no camino demasiado recta y pienso que quizá los cócteles que ha preparado Bastian entre canción y canción me han afectado más de la cuenta.

—¿Crees que puedes ganarme? —le pregunto.

Esboza una sonrisa socarrona que genera una ambivalencia en mi cuerpo. Por una parte, me irrita demasiado. Su forma de actuar, de ser, de respirar. No puedo con ello, me supera. Por otro lado, no puedo dejar de pensar en que, sí, es guapísimo y mis amigas tienen razón. Tiene un atractivo natural. Además, ahora que me he acercado bastante puedo comprobar que huele de maravilla.

Menudo capullo... Aunque lleva aproximadamente una hora bailando y saltando sin parar, aún persiste el aroma del perfume en su piel bronceada. Una parte de mí pensaba que olería a cloro, ya que se pasa el día metido en el agua, pero, claro, se habrá duchado.

«Hoy, en el concurso de pensamientos tontos... gana el mío.»

De todas maneras, ¿por qué estoy pensando en su olor? ¿Qué narices me pasa?

—No lo sé, Springs, tendrás que aceptar el desafío para comprobarlo —me tienta.

Cada vez que nos miramos tan fijamente creo que me muero durante unos microsegundos, como si me olvidara de respirar. Se crea una atmósfera intensa en un espacio diminuto y no puedo evitar que una oleada de sentimientos contradictorios me rodee. Necesito romper el contacto visual con él y, al mismo tiempo, no

puedo hacerlo. Ojalá no se quebrase este instante en el que, de pronto, parece que el silencio se ha apoderado de todo a mi alrededor. Silencio, después de tanto ruido. Es como si la vida hubiera frenado un poco y tuviese unos segundos para coger aire y soltarlo.

¿Sentirá él esa sensación o soy yo la única que se está volviendo completamente loca?

Poso el vaso de cristal con ímpetu sobre la mesita, haciendo más ruido del que esperaba. Papá me regaña con la mirada y yo mascullo un «Lo siento» que apenas se entiende. Creo que esta va a ser mi última copa por hoy.

—Dale al *play*, Daisy. Alguien está deseando perder esta noche y no sabe cómo pedírmelo.

Benjamin se dispone a replicar, pero mi amiga es más rápida y la música comienza a sonar. Le guiño el ojo en agradecimiento y ella da palmaditas, emocionada. Ya no queda apenas rastro de su coleta, ya que se ha deshecho con cada movimiento, además de que Bastian tiene la extraña y molesta manía de revolver el pelo de la gente cuando se aburre.

En fin, nunca he entendido a mi hermano pequeño, no creo que vaya a lograrlo ahora, porque para eso haría falta un milagro y desde luego no vamos sobrados de eso en los últimos tiempos.

Mis pies comienzan a moverse solos al ritmo de la música, siempre con cuidado de no forzar en exceso la rodilla, claro. Voy a tomar la voz cantante cuando, de pronto, él adopta el papel de Chad. Inclino la cabeza hacia un lado, sorprendida, pero no me quedo atrás y me meto rápido en mi personaje: Ryan.

Bastian baja corriendo de su habitación y le da un bate de béisbol. Abro la boca muy lentamente. ¿Se puede ser más traidor que mi hermano? Lo dudo mucho. Benjamin entonces se acerca a mí y

comienza a bailar con el bate entre las manos. Yo no me quedo atrás, pese a que estoy impresionada por la forma en la que se mueve. Nos acercamos para cantar el uno frente al otro y no me doy cuenta hasta ahora, que estamos tan cerca, de que hemos escogido el tema con más tensión sexual no resuelta de toda la maldita película. Benjamin mueve la cintura e intento no mirar, pero no puedo evitarlo. Es como un embrujo. Me agarra el mentón y me obliga a observarlo mientras me canta y yo, por un momento, olvido la letra de la canción.

—Vaya, ¿he dejado a Savannah Springs sin palabras? No estaba seguro de que eso fuera posible.

—Vete al infierno, Benjamin Scott.

En ese momento estalla en carcajadas y alza los brazos con actitud de ganador. Después deja caer el micro sobre el sofá como si hubiera ganado una batalla de gallos. El resto se une a su entusiasmo y comienzan a saltar. El caso es montar jaleo por cualquier cosa. Menos mal que no tenemos vecinos que nos oigan, porque seguro que llamarían a la policía con tanto alboroto. Yo lo haría, aunque fuera solo por fastidiar.

—¡Vamos, Ben, has estado increíble, tío! —grita Bastian. Arrima su hombro al del nadador y después se abrazan y saltan, celebrando la victoria.

Me dejo caer en el sofá, derrotada. Voy quedándome sin energía poco a poco, y no porque haya perdido el duelo final en el *Sing It* —aunque admito que escuece un poco—, sino porque me fastidia admitir que Benjamin Scott tiene razón.

Me ha dejado sin palabras y eso es algo que nadie antes había logrado.

18



Savannah

No sé cómo hemos terminado en esta situación: Benjamin y yo charlando en el sofá...

A solas.

Aunque he rogado a Daisy que se quedara a dormir, no me ha hecho caso. Y eso que he insistido, acompañando mi petición con una cara de pena que no ha funcionado, ya que se ha escudado en que tenía que ayudar a sus padres con *no-sé-qué-historia* que, seguramente —casi al cien por cien—, no es más que una pésima excusa inventada en el último minuto para dejarme sola con Benjamin. Por mucho que lo intento, no entiendo por qué quiere que se produzca este encuentro, por qué tanto empeño si no va a pasar nada entre nosotros.

Con que no nos matemos el uno al otro, me daré por satisfecha.

Al final Bastian se ha ofrecido a acercarla a casa y, conociéndolos, tardará un buen rato en volver; cuando mi hermano y mi mejor amiga se juntan —creo que ya he aclarado que compartimos mejor

amiga, aunque sea... ¿raro?—, no hay quien los pare. Pueden hablar durante horas, por muy cansados que estén.

A veces siento que Bastian es mucho mejor amigo que yo, pero trato de no compararme. Sé que no sirve de nada. Hace tiempo que asumí que ellos son tan cercanos como lo somos nosotras, por mucho que me fastidie. Al menos Daisy nunca muestra favoritismos ni deja de lado a ninguno, jamás. Sí que noto que su conexión es especial, como si fueran la misma persona y no necesitaran hablar para entenderse.

Respecto a papá y a Jessica, hace ya mucho rato que han subido a su habitación, cuando se han dado cuenta de que no podían seguirnos el ritmo y han decidido marcharse a descansar.

Ahora solo quedamos nosotros.

Nosotros en la quietud del salón, de la casa, de la noche.

—Tengo que reconocer que has estado bien, Springs.

Giro un poco la cabeza para mirarlo. Estamos cada uno en una punta del sofá, como si no quisiéramos acercarnos demasiado. Soy una persona que necesita su espacio, así que es más que probable que haya sido yo la que se haya colocado lejos de él. Con tal de no sentirlo aquí a mi lado, arrebatándome el aire y notando su calidez tan cercana... No sé, no estoy para nada acostumbrada a este tipo de situaciones.

La verdad es que estoy tan cansada que no me apetece pelear y, si no entro en esa dinámica que hemos generado entre los dos en apenas unas horas, en ese caso no sé cómo actuar. Me siento como si estuviéramos conociéndonos por primera vez y es raro. Muy raro.

—Tú también lo has hecho genial —admito, más bajo de lo que a él le gustaría, pero más alto de lo que lo diría en cualquier otra ocasión en la que me pillara con la guardia alta, como de costumbre —. Me has sorprendido.

—¿No creías que pudiera bailar y cantar?

—Si te soy sincera, no. Creía que con el talento acuático tenías suficiente.

Benjamin eleva una ceja, divertido por mi respuesta. Yo rompo el contacto visual porque no quiero reírme, no voy a caer. No tan pronto y con tanta facilidad.

—Así que crees que tengo talento, ¿eh?

—Solo un poco, no te flipes.

—Claro, claro... —murmura entre carcajadas—. La verdad es que siempre me ha gustado bailar y cantar. Cuando era pequeño sonaba música en la radio y era el primero en ponerme en pie y darlo todo. La tía Jess suele decir que soy el alma de la fiesta, aunque no siempre en el mejor sentido.

—¿Mucho plan nocturno?

—Bueno... —se lleva la mano a la nuca, como si le diera vergüenza reconocer esa parte de su vida—, digamos que hubo una etapa larga en la que me gustaba llamar la atención, estaba perdido. La liaba mucho. Luego me relajé.

—¿Y eso cómo se hace?

La curiosidad me puede, porque, aunque me cueste admitirlo, me siento intranquila la mayor parte del tiempo. Demasiado ansiosa y enfadada con el mundo. Cualquier pequeño imprevisto es suficiente para sacarme de mis casillas y por eso me gustaría saber cómo remar hacia aguas más tranquilas y no dejar que me arrastre la corriente todo el rato.

—Me llevé una hostia de la vida, de las fuertes. No te lo recomiendo. Estoy seguro de que hay maneras mejores de darte cuenta de que no estás en el camino correcto. Que no digo que sea tu caso —se apresura a aclarar, antes de que saque las uñas para atacarlo.

No iba a hacerlo, ahora no.

Esta conversación es diferente. Es como si no fuéramos nosotros los protagonistas de la escena; en este instante no somos Benjamin y Savannah, el nadador exitoso y la animadora frustrada. Somos unos extraños compartiendo un instante de calma.

—No te voy a pedir que me lo cuentes, pero, si alguna vez necesitas hablar de eso que te pasó, búscame. Quizá yo te entienda.

No sé por qué se lo digo. Las palabras abandonan mi boca antes de que pueda pensármelo mejor, porque he sentido un impulso irrefrenable. Tenía que hacerlo. Parece que algo lo atormenta y eso siempre ha podido conmigo: no me gusta ver a otras personas sufrir. Ni siquiera a las que no me caen del todo bien.

«Pero este chico está siendo agradable contigo, Savannah», me diría el angelito bueno que se sentaría en mi hombro si esto fuera una película de dibujos animados.

«No olvides que ha invadido tu casa, tu vida», refutaría el maldito diablo.

—¿No me matarías por el simple hecho de dirigirte la palabra?

—Creo que llevamos un rato hablando y no lo he hecho —respondo—. Aún —añado.

Mitad advertencia, mitad broma. Y entre broma y broma una sutil sonrisa aflora a mis labios. Ya no quedará ni rastro del brillo que me he aplicado en ellos antes de la cena.

—Sí, pero eres impredecible.

—Soy imperfecta, eso es todo.

Él me está mirando y soy muy consciente de ello. No aparta los ojos, como si estuviera intentando resolver un rompecabezas que se vuelve más y más complicado. Yo también aprovecho y observo sus rasgos, alumbrados de forma tenue por la luz de la lamparita que reposa sobre un mueble de madera en el lado derecho del sofá,

justo donde él está. Sus ojos verdes y su pelo rubio destacan por encima de cualquier otra cosa iluminados de esta manera. También me fijo en las pecas que ascienden desde sus mejillas hacia sus orejas, de esas que se extienden gracias al sol. Los músculos de su cuello en tensión me revelan que se siente algo inquieto.

—Me gustan las personas imperfectas, Savannah.

Genial, qué gran manera de elevar la tensión que ya había en el ambiente. Podría haberse callado y juro que lo habría agradecido. Encima deja caer mi nombre así, como si nada. Lo dice con suavidad, y su tono de voz se vuelve más grave que de costumbre. Suena sexy, sugerente.

«*Va-le.* YA.»

—Benjamin...

—Ben —me corrige, en un intento de acercarnos de algún modo en el que aún me niego.

No voy a sucumbir y tampoco le daré lo que quiere, porque esta conversación no cambia nada para mí. Él sigue siendo mi enemigo aquí, un completo extraño que ha entrado en mi vida de repente. Alguien que pone del revés todo lo que toca.

Me mira y sé qué es lo que está haciendo justo en este momento.

—Savannah...

Ahora es él quien dice mi nombre y lo hace usando un tono algo distinto, más ronco. Más sexy, sin duda. Arqueo una ceja e intento no dejarme caer en su juego.

Sonríe con malicia.

—No sé qué es lo que estás pensando, así que, por si acaso, no. Rotundamente no.

Se acerca y me da un ligero toque en el brazo.

—Venga ya, si no te he pedido nada.

—Aún...

—¿Cómo narices sabes que iba a hacerlo?

—Intuición, supongo.

No sé si es porque nos estamos mirando fijamente a los ojos, si tiene que ver con la calidez del ambiente a raíz de la luz anaranjada y tenue que alumbra la estancia, quizá por las horas que son, pero siento que la tensión flota en el ambiente. Resulta muy palpable, tanto que negar que existe sería una tontería. Estamos tensos, con los nervios un poco a flor de piel y, además, nos hemos enganchado a la mirada del otro como parte de un duelo que nadie quiere perder. Y por eso ninguno de los dos aparta la vista, la mantenemos pase lo que pase.

—No sabía que el arte de la adivinación fuera otro de tus talentos.

—No seas zalamero, Benjamin... Es mejor que desembuches antes de que me canse, y precisamente tú consigues con mucha facilidad que el umbral de mi paciencia se desplome. Yo en tu lugar me daría prisa.

—Bien. Apenas nos conocemos, aunque sí lo suficiente para saber que jamás me harías un favor.

—Hummm, ¿has llegado a esa conclusión tú solito?

Alza la mano, pidiendo permiso para seguir hablando. Me callo porque la curiosidad me puede.

—El caso es que necesito ayuda este verano y esto es en serio. Tengo que ganar esa competición y no podré estar al cien por cien si no tengo a alguien conmigo en los entrenamientos, cantándome los tiempos para que pueda mejorar mis marcas.

—Ah, que quieres que cante. Ya te he cantado antes, Benjamin, ¿no ha sido suficiente?

—Ya sabes a lo que me refiero, listilla.

—Uy, uy, uy. Si vas a empezar con esas, me da a mí que ni siquiera me quedaré a escuchar la segunda parte de esta extraña

petición.

Me aclaro la garganta y hago amago de ponerme en pie. Me tambaleo un poco y al mismo tiempo que me río siento vergüenza, porque creo que estoy tonteando con él. Sé que estoy tonteando con él. No quiero tontear con él.

No debería tontear con él.

Pero lo estoy haciendo y tengo claro que el alcohol tiene parte de la culpa. Que sea tan atractivo y que esté hablando casi en un susurro tampoco está ayudando. Y esa manera de mirar tan intensa que tiene...

Me agarra por la cintura antes de que me caiga al suelo y juro que el tacto de sus dedos en mi piel quema en el instante en que me roza.

Mis rodillas caen sobre el sofá, justo en el hueco entre sus piernas, y no deja de sostenerme en ningún momento.

Madre mía.

Madre.

M-í-a.

—Tienes a tu tía. Incluso a mi padre o a mi hermano. ¿Por qué me quieres a mí para esto? Yo no tengo ni idea de natación y encima me pareces un poco insoportable.

Juraría que sus dedos ascienden ligeramente por mi cintura, pero no lo sé, porque todo está empezando a darme vueltas. Mi juicio en este momento es de todo menos fiable. En un día normal ya me habría levantado, lo habría dejado con la palabra en la boca y me habría negado mil veces hasta que me dejara en paz.

Ahora mismo podría decir que sí a cualquier cosa y arrepentirme mañana.

—No voy a amargarles el verano por algo que ni les va ni les viene. Esto es cosa mía.

—Ah, que es por eso. Claro. Amargarme el verano a mí es mucho más divertido.

—Pues, en parte, sí, no te voy a mentir. Pero no es solo eso.

—¿No? —inquiero, intentando tirarle de la lengua.

Sacude lentamente la cabeza, escogiendo con cuidado las palabras que va a usar.

—Puedo ofrecerte algo que te interesa. Sé que te va a parecer un disparate y que vas a poner el grito en el cielo, pero escúchame primero y luego ya tú decides.

—Estoy expectante.

Y es cierto, lo estoy. Me impaciento a cada segundo que pasa porque necesito saber qué es lo que tiene en mente, qué clase de locura se le ha cruzado por la cabeza para pensar que me voy a negar tan rotundamente. En realidad, cualquier cosa podría ser; por hacerlo rabiar diría que no incluso a la petición más tonta.

—Puedo lograr que te vayas de Villa Springs antes de lo que piensas.

Arqueo una ceja.

—Hummm... Se te da bien este juego, ¿eh? Ya has captado toda mi atención. Bien, me alegra que quieras colaborar en enviarme de vuelta a casa. Ni a mí me agrada tu presencia aquí ni a ti la mía, eso ha quedado claro desde que cruzamos miradas.

—Eso no es cierto, pero no es lo importante ahora.

Abro la boca. Por mucho que quiero saber a qué se refiere, no me da la oportunidad de seguir formulando preguntas. Noto la calidez de sus dedos en los costados y un escalofrío intenta contrarrestar ese calor abrasante que amenaza con invadirme.

—Savannah, del uno al diez, ¿cuánto riesgo de infarto sufrirías si te dijera que podríamos fingir que tenemos algo para que tu padre

considerase que haberte pedido que te quedaras era la peor idea del mundo y te mandase directa a casa?

No puedo dejar pasar el detalle de sus pupilas agrandándose cuando por fin suelta su propuesta, el lado oculto del trato.

—¡¿Tener algo?! ¿Tú te has dado un golpe fuerte contra el bordillo de la piscina o qué?

—¡Tampoco te estoy pidiendo que te cases conmigo, Savannah! No puede ser tan difícil fingir que tú y yo podemos tener un...

Antes de darme cuenta, me pongo prácticamente encima de él y le estoy tapando la boca con una mano.

—Baja la voz, que nos van a oír.

Me hace caso y vuelve a susurrar, así que me permito separarme un poco. Solo un poco, porque, a decir verdad, apenas me muevo. Benjamin tiene un magnetismo peligroso esta noche y lo sabe. Está jugando con ello de manera muy consciente.

—Es muy fácil. Verte conmigo incomodará a tu padre. Quieres volver a casa, ¿no? Pues conociendo a Rick, o la lías muy parda, o te vas a quedar aquí el resto del verano. Y no te lo digo porque quiera que te vayas, no es para nada lo que has insinuado antes. Pero no vas a estar aquí a disgusto tampoco, eso está claro. Por eso creo que, si tu padre te ve coquetear conmigo, si salimos juntos, no le quedará otro remedio que dejarte marchar.

—Es que no lo entiendo del todo. ¿Qué ganas tú con eso?

—Ya te lo he dicho antes. Una ayudante. Necesito a alguien que me meta caña con los entrenamientos y me ayude a superar mis marcas. Tú tienes carácter y muchas ganas de hacerme sufrir, ¿no es cierto?

—¿Eso es todo lo que quieres? ¿En serio?

Un brillo malicioso ilumina su rostro, su mirada y su sonrisa.

—¿Hay acaso opción de negociar algo más? Porque, si quieres, yo me dejo. Se me ocurren más cosas que me gustaría tener este verano y que por ahora no entran en un posible trato de relación falsa y entrenamientos de natación. Tú dirás.

Resoplo. Si no me da un infarto hoy, seré la elegida de Dios para siempre. No sé si se puede poner tan a prueba a alguien y luego no compensarlo con la vida eterna o algo así.

—Estás fatal.

—Un poco —admite.

—Y estás loco.

—De remate.

En su rostro se ve muy claramente que está a punto de estallar en una carcajada.

—¡No tiene ninguna gracia, Scott! En serio, ¿te estás oyendo? No puedo soportar que te acerques y me propongas que tengamos algo de mentira. Es que... Yo... No sé ni qué pensar.

Desliza su mirada de un modo muy sugerente por mi cuerpo, aterrizando en mis piernas, que rodean de forma torpe sus caderas. Llevo así un buen rato y aún no he tenido la decencia de levantarme. No sé qué narices me pasa, de verdad.

Pocas veces pierdo el control sobre mis actos de este modo.

—¿Tú crees? Yo te veo muy cómoda sobre mí.

Esta vez sí, no son imaginaciones mías. Sus manos ascienden hasta posarse en el hueco libre de piel entre el top y los *shorts*. Después, siguen subiendo, ahora por la espalda. El problema es que suben cuando, en realidad, todo mi ser desearía que bajaran.

—No juegues con fuego... —le advierto.

—¿O qué?

—Podrías quemarte.

—Nunca me han dado miedo las llamas —me susurra al oído.

—Joder... —gruño.

Ahora mismo todo gira a mi alrededor a una velocidad excesiva, mucho más rápido de lo que mi mente puede procesar. Es una mezcla de las sensaciones tan intensas que me invaden, el cosquilleo que siento por culpa del roce de las yemas de sus dedos ejerciendo presión sobre mi piel, sosteniéndome con fuerza... Todo me hace dudar, pero no puedo echarme atrás.

Si quiero irme a casa, tiene que ser de esta manera.

Este plan debe salir adelante.

19



Ben

Savannah Springs es un peligro.

No solo por su carácter explosivo y su forma de ser tan intensa, sino porque logra que arda en deseos casi sin darme cuenta; con un encanto sutil, me hechiza. Me sorprendo a mí mismo pensando en ella y visualizándola como no debería, queriendo acariciar su largo pelo rizado o rozar con mis dedos esos labios carnosos y...

Ahora mismo podría, como mínimo, no dejarme llevar por la imaginación.

«Ben, haz el favor de conservar la calma. Los dedos quietos y la lengua más», me suplico.

Estoy intentando contenerme, porque no quiero que note el bulto que ha surgido bajo mis pantalones. Como se mueva un poco estoy jodido, así que me mantengo quieto, casi sin respirar.

En su rostro se refleja la duda y, si me concentrara, sus pensamientos son tan obvios que podría incluso oírlos; está dando vueltas al trato, procurando encajar la pieza del puzle que cree que se le ha escapado.

—Vale, está bien, tú necesitas algo de mí y yo podría beneficiarme de lo que planteas —repasa, de modo que va atando cabos poco a

poco en su mente—. Sin embargo, he leído demasiadas novelas para saber que no se hace un trato con demonios así como así. No se te puede escapar nada porque, si no, estás jodida.

—¿Me estás comparando con un demonio?

—¿Acaso no lo eres?

—Entiendo que, como te atraigo y propongo tratos interesantes, hayas podido confundirte, pero siento decirte que no soy el protagonista de las novelas que tanto te gustan.

—No, tú eres más bien el villano de mis peores pesadillas.

Pongo morritos, simulando que le lanzo un beso que ignora. Le da rabia cuando su lengua afilada lanza cuchillos y yo me pongo a su nivel, recogiéndolos todos y, a veces, incluso lanzándoselos de vuelta. Se frustra porque lo que suele conseguir con ese tipo de actitud es que la gente la deje en paz y no que se enfrasque en su juego y duplique la apuesta. No puedo negar que me gusta hacerla rabiar. Todo esto está siendo divertido.

—¿Y qué quieres proponerle a este viejo diablo, entonces? —tanteo, interesado.

—Condiciones.

—Chica lista...

—Eso siempre.

Sonríe con seguridad y con ese gesto se me debilitan las piernas. Ya se me podría relajar otra parte del cuerpo por un rato, puestos a pedir...

—Bien, te escucho.

—Primero, creo que es necesario establecer unos días de prueba. Vamos a ver cómo va el asunto, no vaya a ser que sea peor el remedio que la enfermedad.

—Vale, pero no te confíes con el período de prueba; en un período de evaluación siempre hay que intentar ser excelente. Es decir,

tienes que ser la mejor ayudante que puedas. Eso implica hacerme caso en todo momento, no protestar y pasar unas cuantas horas a la semana conmigo en la piscina. Ah, y madrugar.

Pone cara de póquer, pero sé que se está retorciendo por dentro.

—Hecho. Y tú tendrás que parecer convincente, ir metiendo alguna fichilla de vez en cuando delante de todos. Mostrar un poco de interés para llamar la atención de mi padre y, cuando menos se lo espere, soltar la bomba de que sentimos algo el uno por el otro y... Espero que funcione, porque, si ya tenía ganas de volver a casa, ahora tengo muchas más.

Me recuerdo a mí mismo que todo esto es por la beca. Necesito esa beca, es todo a lo que aspiro. Y si alguien me ayuda será mucho más sencillo para mí.

Tampoco puede ser tan difícil fingir un romance unos días, ¿no?

—De acuerdo. Nota mental: decirle a la princesita lo guapísima que está cuando se levanta.

La llama de la furia regresa a sus ojos.

—Benjamin, tómatelo en serio o me dará un infarto por el camino. Quiero conservar mi corazón en perfecto estado.

—Ten cuidado, no vaya a ser que te lo robe al final.

—No te lo crees ni tú, cielo. Hablando de eso... Tengo otra norma. Inquebrantable. —Me advierte con los ojos de que va muy en serio —. No puede pasar nada entre nosotros. Todo lo que ocurra será siempre parte de una actuación, así que no vamos a traspasar ninguna línea.

—Le vas a quitar la gracia al juego —añado con la única intención de hacerla rabiar. Yo tampoco tengo interés en que esto vaya a más.

—Te lo estoy diciendo en serio.

—Lo sé, yo bromeaba. —Sonrío de forma irónica—. Un intercambio de favores, nada más.

—Bien —responde ella con orgullo.

—Pues ahora que no hay nadie mirando podrías intentar no calentarme de manera gratuita.

Ella baja la vista y se da cuenta de que continúa sobre mi regazo. Y que mis manos siguen acariciando su piel. Una parte de mí no quiere que se aparte, porque eso implicará romper este momento de cercanía con ella y, aunque a veces quisiera matarla, no puedo evitar admitir que me divierte. Me gusta este pique que tenemos y..., sí, culpable, este roce me ha vuelto un poco loco.

Si ella no fuera quien es, ya estaríamos comiéndonos la boca. Cero dudas al respecto.

—Ah, en el amor y en la guerra todo vale, ¿no?

—¿Segura?

—Sí.

—¿Y esto cuál de los dos es?

Se pone roja como un tomate y le evito el bochorno de tener que responder cuando me lanzo a hacerle cosquillas y ella deja caer su muro de protección, rindiéndose a la risa de una vez por todas. No puede detenerlo, es un acto reflejo. Patalea y agita las manos sin parar mientras su risa inunda todo el salón.

—¡Para, para!

Si me cuesta parar es porque creo que podría pasar las horas escuchando cómo se ríe. Suena demasiado bien.

—Deberías reír más y no ser tan gruñona.

No sé lo que está pensando ahora mismo. Solo puedo deducir, por el modo en que me mira, que sus ojos quieren decirme algo que es incapaz de traducir a palabras.

—Y tú deberías meterte en tus asuntos.

Y... ha vuelto. Savannah Springs, señoras y señores.

Se pone en pie de un salto, lista para irse a su habitación. Parece que sus pies caminen en modo automático. Contra todo pronóstico, antes de desaparecer del salón detiene sus pasos al borde de las escaleras y se gira para volver a mirarme. Y yo también la estoy mirando. Es hipnótica.

—¿Por qué?

—¿Qué? —pregunto, extrañado.

—¿Por qué crees que debería reír más?

—¿Aparte de lo obvio?

Hace una mueca que grita «sí».

—Porque tienes una risa muy bonita, de esas que no quieres que dejen de sonar.

Vuelve a ruborizarse. Balbucea algo ininteligible y sube los escalones de dos en dos, tan rápido como puede. Apago la luz del salón porque yo también debo irme a dormir y me descubro a mí mismo sonriendo en la oscuridad.

Sé que este trato pondrá mi verano patas arriba y, aun así, no puedo dejarlo pasar.

Savannah Springs sí que podría ser perfectamente una diabla. Y yo, pobre de mí, no he hecho más que caer en su tentación.

20



Savannah

Que lo primero que oigas al despertar sea a Taylor Swift debería ser lo mejor que te puede pasar en la vida.

Hasta ahí me imagino que estaremos de acuerdo.

Aguzo el oído y no tardo en dar con la canción: *Don't Blame Me*. Santo temazo donde los haya. Quizá el mejor que se haya compuesto en la historia de la música. Dudo mucho que ninguna otra canción vaya a superar esta, es puro espectáculo. La escuchas y te vienes arriba de golpe. Sientes el fuego. Es como si estuvieras en el escenario preparada para darlo todo.

Sin embargo, despertarme con música a todo volumen cuando me estalla la cabeza —seguramente a causa de los cócteles de ayer— no me apetece en absoluto. No tengo ganas de bailar, tengo ganas de dormir hasta la hora de comer.

Y la música suena cada vez más y más alta. O eso parece.

Me zafo de las sábanas y me pongo en pie, intentando no tropezar con la maleta que aún me queda por deshacer porque soy un desastre. Salgo de la habitación tal cual me he levantado: con mi

pijama corto de Minnie Mouse —Daisy tiene el de su tocaya de Disney a juego— y despeinada, con cara de malas pulgas y muy poca paciencia. Me detengo frente a las escaleras, desde donde se tiene una visión de todas las puertas de la planta de arriba, e intento descifrar de dónde proviene la maldita música.

Del cuarto de Bastian no parece escaparse y del baño tampoco, porque, como está la puerta entreabierta, veo que no hay nadie dentro.

Obviamente mi padre no sabe muy bien ni quién es Taylor Swift y lo de poner la música tan alta como para reventar los altavoces no es algo que vaya con su personalidad, a no ser que estemos en el coche y suene alguno de sus temas favoritos. Y ni eso, ya que no se emocionaría tanto. Esto es algo que habría hecho mamá, no él.

A Jessica la oigo hablar en el piso de abajo y la descarto de inmediato, así que solo me queda una persona muy capaz de pasarse la vida molestando al resto de la humanidad. Alguien a quien hacerme rabiar se le da especialmente bien.

—¡Benjamin! —grito desde fuera, esperando a que aparezca. Si me oye o no, no tengo ni idea, pero la puerta no se abre en ningún momento—. ¡Ábreme!

Nada de nada.

—No tengo todo el día, ¡abre! —vocifero de nuevo.

Pierdo la poca paciencia que me queda cuando no recibo ninguna respuesta por su parte e irrumpo en su dormitorio sin pensar demasiado en las consecuencias. Al fin y al cabo, esta es mi casa y puedo hacer lo que me dé la gana. Cuando me doy cuenta de lo que esto supone, ya es demasiado tarde.

Estoy ahí plantada, en mitad de la habitación, mientras mis ojos presencian cómo Benjamin Scott está bailando frente al espejo de

cuerpo entero que tiene colocado junto a la cama. Está de espaldas y...

Eh... Solo lleva una toalla enrollada en la cintura.

Entrecierro los ojos, porque me da un ataque de pánico al pensar que la toalla podría resbalar con cualquier movimiento. Él no se ha dado cuenta de que estoy aquí detrás, mirándolo como las vacas al tren, así que sigue bailando y dándolo todo como si estuviera en un mismísimo concierto de Taylor.

Confirmo que el capullo baila de maravilla. Cómo se mueve, madre mía... Alza una mano en alto, como si sujetara un micrófono inexistente, y comienza a descender lentamente acariciando su torso desnudo mientras menea el cuerpo de izquierda a derecha con un movimiento serpenteante que es demasiado hipnótico para quitarle ojo, a la vez que canta entusiasmado.

—¡BENJAMIN SCOTT!

Da un salto al oír mi voz por encima de la música y se gira con cara de susto. Se lleva la mano al corazón como si fuera a sufrir un infarto ahora mismo.

—¿Estás loca? ¡Casi me da algo! —grita.

—¿Quieres bajar la maldita música? Me duele la cabeza.

Se echa a reír. Incluso se agarra las costillas, como si le hubiera hecho muchísima gracia mi comentario. Intento no quedarme mirando sus abdominales, porque no sería un gesto de buen gusto en un momento como este.

Estoy enfadada y quiero que se note.

—Ay, qué pena. ¿No has dormido bien, princesita?

Y sigue bailando y cantando, esta vez acercándose a mí con movimientos sugerentes. Yo doy pasos hacia atrás, pero choco con una pared.

—Como me vuelvas a llamar eso te juro que te vas a arrepentir. Uf, menudo día más largo me espera...

—Pues, ahora que lo dices... —señala sus gafas de nadar, colgadas de la parte superior del espejo—, hoy es un día perfecto para que me ayudes con la natación. ¿No crees?

Me quedo pensativa durante unos instantes hasta que todos los recuerdos de anoche llegan a mi mente de golpe y desordenados. Oh, no, el jodido trato. Lo había olvidado.

¿En qué momento este disparate me pareció una buena idea? Es obvio que tendría que haberme negado. Podría hacerlo en este momento, en realidad.

No sé por qué no lo hago.

No lo entiendo. No me entiendo.

—Dame media hora. Lo que tarde en ducharme y desayunar.

—Si quieres, luego nos duchamos juntos, no te preocupes.

Me guiña un ojo y yo actúo como si me diera una arcada de asco.

—No, gracias, prefiero ahogarme en la piscina.

—Tus deseos son órdenes.

Se inclina para hacer una reverencia y no puedo evitar ponerme nerviosa por la maldita toalla. La canción ha terminado y da paso a otra: *Cake by the Ocean*. Al menos tiene buen gusto musical.

—Vale, bien, deja de hacer eso. —Agarro un cojín que encuentro en una silla y se lo lanzo con todas mis fuerzas, aunque lo esquiva con tanta facilidad que solo incrementa el nivel de ridículo de la escena—. Tápate un poco, por Dios. Suficiente he visto ya por hoy.

—Para qué me voy a tapar si en un rato me vas a ver en la piscina. A lo mejor tienes que replantearte nuestro acuerdo, porque, si te vas a hartar de verme así..., uf, tienes un gran problema.

Pongo los ojos en blanco y comienzo a contar lentamente en mi cabeza.

«No le grites, Savannah, solo está intentando ponerte nerviosa. Eso es, respira. No pierdas la calma.»

—Aguantaré lo que haga falta, porque yo necesito irme de aquí —anuncio con determinación. Estoy segura de lo que quiero: pasar en esta casa el menor tiempo posible.

—Estupendo.

—Dame tu móvil —le pido.

Extiendo el brazo, le tiendo la mano y él me mira extrañado.

—¿Para...?

—No tienes mi número y creo que, ahora que vamos a tener que pasar más tiempo juntos, te va a hacer falta.

Me pasa su móvil ya desbloqueado. Abro la agenda de contactos y creo uno nuevo: Savannah Springs. Tras añadir mi número de teléfono, pulso el botón de guardar y... ya está. No hay marcha atrás.

Me envío a mí misma un mensaje desde su móvil, un simple «Hola».

—Eh, eh, no cotillees mis conversaciones.

—No te pongas nervioso, te prometo que tu vida no me interesa ni un poquito. Solo me estaba enviando un mensaje para poder guardar tu número, ¿ves? —Le enseño la pantalla del teléfono y, una vez que ha comprobado que le estoy diciendo la verdad, lo recupera al vuelo.

—Genial. Pues hasta ahora, supongo.

—Sí, eso.

Salgo de la habitación dando un portazo y me encierro en la mía en cuanto puedo. Me dejo caer en la cama, hundiendo la cabeza en la almohada.

¿En qué momento mi verano se ha convertido en esta pesadilla?

21



Ben

El desayuno en Villa Springs es lo más variopinto que he visto nunca.

Aunque nos hemos despertado tarde, la tía Jess y Rick tenían la mesa preparada para cuando bajáramos a desayunar y nos han estado esperando. Bastian ha necesitado un poco de ayuda extra para salir de la cama; es decir, una hermana cabrona que le ha lanzado cojines a la cara hasta que ha accedido a bajar. Tampoco creo que a ella le haya hecho demasiada ilusión ir en busca de su hermano, pero se lo ha rogado su padre y no se ha negado. Lo ha hecho rápido y eficaz, como lo haría una sicaria. Esa parece ser siempre su forma de proceder: silenciosa y letal.

—¿Me pasas los cereales? —me pregunta Bastian, que sigue teniendo cara de adormilado.

—Claro.

Se los acerco y se echa en su bol una ingente cantidad de ellos. No sé ni cómo tiene tanto apetito si se acaba de levantar de la cama ahora mismo, pero es gracioso. Savannah, en cambio, nunca come con ansia, aunque tampoco deja comida en el plato. Disfruta saboreando cada cucharada de su bol de açaí repleto de frutas

variadas, granola, coco rallado y algunos trocitos de chocolate. Rick ha engullido unas tortitas y la tía Jess ha preferido huevos revueltos.

Yo hoy he tomado una pieza de fruta y una tostada integral con aguacate y huevo a la plancha. Energético y saciante para un buen entrenamiento.

—Alguien ayer estuvo mucho tiempo hablando con una señorita... ¿o me lo parece a mí? —comenta Rick, llevándose el puño a la boca para contener una risilla maliciosa.

Bastian ni siquiera lo mira.

—Lo que faltaba... —refunfuña. Se lleva las manos a la cabeza y se las pasa por la nuca. Después se frota los ojos, intentando permanecer despierto como puede.

—¿Qué? Es una chica genial.

—Papá, ¿puedes dejar de insinuar eso entre mi mejor amiga y mi hermano? Voy a vomitar.

—Y si tuviera algo con ella, ¿qué? —le suelta Bastian con chulería.

Los observo como si estuviera presenciando un partido de tenis y la pelota no dejara de volar de un campo a otro.

—No creo que Daisy tenga tan mal gusto. Además, te pasas el día babeando por el vecino. Cada vez que sale a recortar el césped sin camiseta estás el primero en la fila.

—Cállate —murmura entre dientes él, pero es demasiado tarde, Rick lo ha oído.

—Oh, no me digas. ¿Alan, el hijo de los White? Caray, nunca lo habría imaginado.

—Ah, pues qué suerte. Yo no solo tengo que imaginarlo porque tuve la gran oportunidad de presenciar en *prime time* cómo se daban el lote el último 4 de Julio que pasamos aquí.

—Eres una pedazo de... —comienza a decir él, enfurecido.

—Oh, chicos, no os enfadéis. Vamos a cambiar de tema —interviene la tía Jess, intentando tranquilizar el percal antes de que vuelen cuchillos por encima de la mesa.

Si no llega a cortar lo que Bastian iba a decir, a juzgar por la mirada de resentimiento de Savannah, esto podría haberse convertido en la arena de *Los juegos del hambre*.

—Sí, será lo mejor —coincide Rick.

La rodea con su brazo ahora que ya ha terminado de desayunar y ella sonríe. Se le ilumina el rostro al mirar al hombre que tiene al lado, pues sabe que ha encontrado por fin a alguien que de verdad merece la pena.

Me gusta esta escena. Es entrañable, no sé, incluso aunque sea un simple desayuno con discusiones familiares incluidas. Creo que Savannah y Bastian tienen mucha suerte, aunque no sé si son realmente conscientes de ello.

A mi lado tengo a *Holland*, que no puede ser más achuchable. Siempre me recibe con cariño y mueve la cola de alegría cuando juego con él. Me inclino un poco para acariciarlo y jadea, meneando la lengua de un lado a otro.

—Savannah —la llama mi tía, intentando captar su atención. Cuando lo hace, le dedica una de sus mejores sonrisas antes de continuar hablando—, luego, si te apetece, puedes pasarte por la librería. Así podemos ir viendo en qué puedes ayudarme. Estaría genial que fueras familiarizándote con el local. Seguro que te encanta.

—Ya lo conozco, he estado un par de veces —comenta, y se hace el silencio. Al final hace un esfuerzo por añadir algo más para no ser tan cortante—: ¿Te importa que me pase mañana? Es que hoy... Bueno, yo...

—Hoy Savannah va a ayudarme con la natación —termino por ella.

Me fulmina con la mirada. Sé que es lo que quería decir, aunque que lo haga realidad le fastidia, porque sabe que ya no hay vuelta atrás. Se viene un día divertido, al menos para mí.

—¿Qué? ¿Has dicho «Savannah» y «ayudar» en la misma frase? —pregunta Bastian. Se lleva una mano al pecho, como si estuviera ofendido, y se echa tanto para atrás en su silla que casi se cae—. ¿Cuánto le has pagado? Podrías haber invertido ese dinero en mí, que al menos soy agradable.

—No me va a dar dinero, Bastian. Es que...

Intenta encontrar una excusa en tiempo récord, algo que no parezca demasiado descabellado. Me mira para que le eche una mano, aunque cuando sus ojos se posan en los míos no puedo evitar sentir ese cosquilleo que me invadió anoche cuando la tuve tan cerca, encima de mí, dominando la situación.

Me cuesta pensar, pero al final se me ocurre algo.

—Le he prometido que, si me ayudaba, podría venir a la fiesta que organiza uno de los del equipo de natación en su casa este viernes.

—Ah, ¿y desde cuándo te interesan a ti ese tipo de fiestas?

Savannah me contempla atónita. No sé si la he ayudado o solo lo he empeorado más. Como siempre está enfadada, es complicado notar la diferencia.

—Es que Daisy está pasando un mal momento... con Liam. Y Liam estará allí, así que necesitaba una excusa para, ya sabéis, acercarme y charlar con él. A solas. Sobre... Daisy.

—Pero si Liam no...

—Bastian, nadie te ha dado vela en este entierro.

No me estoy enterando de nada, pero, bueno, todos parecen convencidos, exceptuando a Bastian, así que no hay más que hablar.

—Bueno, se está haciendo tarde. ¿Vamos, Benjamin? —dice Savannah mientras se pone en pie.

Asiento y me levanto para salir fuera. Cojo la toalla que había dejado en la silla mientras desayunaba y después me giro, porque me he dado cuenta de que no hemos ayudado a recoger, pero Rick me hace un gesto con la mano para que no me preocupe. Se lo agradezco y sigo a Savannah hacia el exterior de la casa.

Lleva una falda de florecillas blancas y negras, un top blanco y el pelo suelto. Le queda increíble la falda, debo ser honesto. La tengo delante y no puedo evitar fijarme en la figura de su cuerpo. Sus curvas son excesivamente perfectas y el volumen de sus caderas me roba un poco el aliento.

Al César lo que es del César, todo hay que decirlo.

—Los he visto más rápidos, chico pez.

Estallo en carcajadas por lo que me ha llamado mientras se coloca junto a la piscina y se cruza de brazos, esperando a que me desvista. Menea la pierna con energía y, cuando lo hago, disimula. Hace como que no me ve, pero en realidad sí.

—Puedes mirar, no cobro por ello.

—Ja, ja, ja. Qué gracioso.

—Si quieres que los demás se crean que te estás pillando por mí, a lo mejor deberías esforzarte un poco más —susurro.

—Dios, esto va a ser muy complicado.

—No tires la toalla tan pronto.

—Yo nunca tiro la toalla.

—Genial, yo tampoco.

Se sienta en el borde de la piscina. Yo me tiro de cabeza. Ya se nota algo de calor, así que el agua me refresca al instante. Me hace sentir vivo, como siempre. Por eso nado, porque es una sensación inigualable. En el agua me siento siempre libre.

—¿Te sigue doliendo la cabeza? —le pregunto, esta vez preocupándome por ella de forma genuina.

Salta a la vista que no esperaba que lo hiciera, a juzgar por su expresión facial de sorpresa.

—No, ya estoy mejor. Nada que un buen desayuno no pueda arreglar.

—Genial. Voy a tener que explicarte unas cuantas cosas sobre natación antes de empezar. Doy por hecho que no sabes nada sobre competiciones. —Pone una cara de circunstancias que confirma mis sospechas—. No voy a atosigarte hoy con demasiada información, solo con lo necesario para que me ayudes. Encima de mi toalla he dejado el cronómetro. Cógelo, por favor.

Se desplaza un par de metros y, cuando lo tiene en sus manos, regresa a mi lado.

—Te queda bien la falda. Cuando te has agachado casi me da un infarto —me sincero.

Me mira como si quisiera matarme. El rosado vuelve a sus mejillas de manera inmediata, aunque con su piel morena a veces es difícil de distinguir. Sin embargo, yo lo hago. No la conozco mucho, pero de alguna forma comienzo a familiarizarme con sus gestos y expresiones. Con sus reacciones. Cuando se pone nerviosa me parece demasiado adorable.

—Voy a ignorar que has dicho eso, por tu bien y por el mío.

—Estaba practicando. Ya te he dicho que, si quieres que se trague alguien lo de nuestra muy supuesta posible y futura relación falsa, tendrá que haber cumplidos de por medio.

—A lo mejor no te conviene que mi padre te vea babear por lo que vayas a encontrar bajo mi falda, campeón.

—Obviamente sé lo que tengo que decir para impresionarlo.

—En realidad ya lo tienes en el bote. Y a mi hermano. Incluso a mi perro.

—Solo me quedas tú.

—Buena suerte con eso. Te lo dije ayer: no va a pasar nada entre nosotros porque es todo falso, no te confundas. Tú no me gustas.

—Ni tú a mí.

—Bien.

—Bien.

Aprovecho este momento para salpicarla con el agua, que alcanza su naricilla, la cual arruga cuando nota las gotas en la piel. Ella, con el pie, me tira encima un buen chorro.

—Pórtate bien —me pide—, y agradece tener esta magnífica ayudante, que, por cierto, va a aprovechar para tomar el sol un poco mientras me das la chapa sobre asuntos de natación que no me interesan en absoluto.

—Genial. Así disfrutaré de las vistas.

Lo digo de broma, aunque, cuando se desviste y deja al descubierto ese bikini rojo, tengo que tragar saliva. Pensé que todo esto sería tarea fácil, pero..., bueno, digamos que menos mal que estoy en el agua y Savannah está fuera. No querría generar una situación incómoda si la mirase demasiado y una parte de mí se mostrase más feliz de lo habitual.

No sé qué acabará conmigo primero: la presión de la competición, el calor del verano o Savannah Springs.

22



Savannah

—¿Lo de la fiesta iba en serio?

Benjamin descansa unos segundos sobre el bordillo, pues lleva un buen rato recorriendo la piscina, entrenando sin parar. No sé cómo no está exhausto; imagino que lleva demasiado tiempo dedicándose a nadar para que esto le resulte tan duro. Lo entiendo porque me pasaba lo mismo cuando estaba en el equipo de animadoras.

Lo echo muchísimo en falta y pensar en ello me roba un poco el aire. Me roba algo más y es demasiado profundo e íntimo, tanto que me duele el pecho.

—Bueno, no veo por qué no —responde con la voz entrecortada. Las gotas de agua resbalan por su rostro y me parece que en este momento está especialmente atractivo. Bueno, si al menos tengo que fingir que me gusta este tío, más fácil será si es guapo. Aunque sea idiota—. ¿Querrías venir?

—Puede. Pero lo de Liam era mentira, no llegará hasta la semana que viene, así que...

—Ven conmigo si quieres. Te presentaré a gente y luego tú ya haces lo que quieras. Es una buena excusa para que tu padre nos vea acercarnos un poco más. Ya sabes, en las fiestas siempre pasan cosas. Es un punto de partida interesante.

—Sí, la verdad. Además, seguro que hay algún tío buenorro en el equipo de natación. Por lo menos me alegraré la vista.

—¿Es que yo no soy lo suficientemente guapo, que necesitas buscarte a otro?

«Tú eres muy, pero que muy, guapo», pienso, aunque no lo digo.

—Es broma —añade—. Te presentaré a alguno de mis amigos. Otros son imbéciles, así que te los iré señalando para que no te acerques demasiado.

—Tengo buen radar para los imbéciles, no te preocupes.

—Me alegro por ti. De todos modos, nunca viene mal.

—¿Y ha venido todo el equipo a Holy Bay?

—Muchos, aunque no todos. Los padres de Mike están viajando por Europa, así que tiene la casa libre y los ha invitado a todos. Vienen a lo que vienen, te puedes imaginar...

—¿Y cómo es que no estás con ellos?

Me mira como si la respuesta fuera obvia.

—Si pasaras un solo día con ellos lo entenderías. Cualquiera no lo aguanta.

—Esa casa en pocos días apestará —adivino.

—Exacto. Lo vas pillando.

En eso le doy la razón, yo no lo soportaría. Al menos es limpio y valora el orden. Punto positivo para este nadador.

Reanuda sus largos y yo intento cronometrarlo de la forma más precisa posible. Le canto los tiempos y le doy las órdenes que me pide, aunque aún estoy muy perdida con todo esto de ser entrenadora de un deporte que no conozco.

—He pensado que quizá deberíamos, no sé, conocernos un poco mejor. En el sentido de saber más cosas el uno sobre el otro para que sea más sencillo fingir que somos cercanos. Y también tendremos que pensar cómo empezaremos con la farsa y... —le digo cuando por fin se toma un respiro.

—En cuanto a lo primero, me parece una buena idea. Por lo segundo no te preocupes, déjate llevar. Estamos en verano, esto no son deberes. Ya se nos irá ocurriendo sobre la marcha algo creíble.

Tuerzo los labios, no del todo de acuerdo. No soy muy fan del equipo de la improvisación.

—Queda menos de un mes para el 4 de Julio, esa es mi fecha tope. Al día siguiente me marcharé de aquí.

—¿Por qué el 4 de Julio?

—Es especial para mi familia, siempre lo pasábamos juntos aquí en Holy Bay. Mi padre me pedirá que me quede y tampoco voy a hacerle eso. Por otro lado, paso de alargar esta tortura más tiempo.

—Así que tenemos más o menos un mes para... ¿enamorarnos?

—Ficticiamente.

—No hace falta que me lo recuerdes cada minuto; no se me olvidará, no te preocupes.

Apoya los brazos justo en el hueco libre que dejan mis piernas y mi primer impulso es apartarme, poner distancia. Sin embargo, tengo que resistir la tensión que me genera que se acerque tanto, igual que él hizo ayer cuando yo me coloqué encima.

La verdad es que no sé en qué estaba pensando. Más bien creo que no estaba pensando en absoluto.

—¿Ya has terminado? De nadar, digo.

—Por ahora, sí.

—Estupendo, pues cámbiate, te espero en el coche.

—Uy, ¿y eso?

—¿No hemos dicho que tenemos que conocernos un poco mejor? Pues vamos a empezar cuanto antes con esto. Voy a llevarte a tomar el mejor batido de chocolate que hayas probado nunca. Ya me lo agradecerás más tarde.

«Y quizá yo me arrepienta de esto.»

—Vale, genial. Me apetece bastante... el batido —aclara.

Sale del agua y lo acompaño hasta la puerta de casa, que hace tiempo se pintó de azul porque así lo decidimos Bastian y yo. Se enrolla en su toalla y se seca bien antes de entrar para no gotear el suelo.

—Estaré en el garaje, esperando en el coche de mi padre —le digo. Papá está intentando utilizar el de Jess para darme un poco de independencia.

—¿No te duchas conmigo, entonces? —pregunta, y me tiende la mano para que lo acompañe.

—Ni lo sueñes.

—Era broma, tonta.

Sonríe. La verdad es que no me había dado cuenta de lo cercana que resulta su sonrisa, tan amplia y sincera. Es como si encerrase en ella miles de sensaciones y recuerdos que quisiera liberar, y en un intento de procurar atraparlos quisieras quedarte un rato más a su lado. Por un segundo me sorprendo a mí misma queriendo descubrirlos.

—Eres el tío más pesado sobre la faz de la tierra.

—Y tú, la chica más gruñona del planeta.

Me doy la vuelta y no le permito ver la sonrisa que ha logrado robarme. Algo me dice que continúa mirándome mientras camino hacia el garaje; cuando la puerta tarda más tiempo de lo que debería en cerrarse termina confirmando mis sospechas. Me muerdo el labio y niego con la cabeza mientras tomo asiento en el coche.

Benjamin Scott es de lo que no hay.

23



Ben

—Iba a preguntar si te gusta Taylor Swift, pero, como lo he descubierto esta mañana, ya no me hace falta tu permiso para poner su música en el coche.

—¿Es que hay alguien en este mundo a quien no le guste Taylor Swift? —pregunto, algo ofendido. Me parece un insulto al mundo de la música, a la cultura... Ella es la reina de la industria.

—Te sorprendería el mal gusto que tienen algunas personas. Yo siempre pregunto antes de poner música, pero...

—Luego siempre haces lo que te da la gana —acabo la frase por ella.

No me mira porque está arrancando y parece concentrada, aunque curva sus labios en una sonrisilla traviesa. He dado en el clavo.

—Para no conocerme en absoluto parece que sabes más cosas de mí de lo que pensaba.

—Bueno, no es complicado, eres como un libro abierto.

—¿Perdona?

—¿Qué? —Me río—. Es la verdad. Puedo ver transparencias en ti, y no me refiero a las de la ropa interior.

—Qué gracioso eres, ¿eh? —dice en tono irónico—. Pues en realidad no soy tan transparente como crees.

—Ah, ¿no? ¿Guardas muchos secretos?

—Más de los que imaginas, seguro.

—En realidad todos lo hacemos.

—Es ley de vida —sentencia Savannah, al mismo tiempo que comienzo a oír las primeras notas de *Cruel Summer* justo cuando nos lanzamos a la carretera.

No dudo en subir el volumen, girando la ruedecilla para que la música inunde el coche y podamos cantar como el tema lo requiere: a pleno pulmón.

—Oh, Dios, es que tremendo *hit* se marcó. Es increíble.

Ambos cantamos sin vergüenza alguna, porque nos sabemos la letra de principio a fin. Savannah no me decepciona cuando llega el puente de la canción y, cogiendo aire previamente, grita una de las mejores estrofas que ha escrito Taylor Swift en su vida, relativa a no guardar secretos para conservar a una persona, a un amor.

Me uno a ella y lo damos todo.

Reímos a carcajadas por el ridículo que estamos haciendo, pero nos da igual. Nadie nos ve y, por un momento, parece que el tiempo se congela y me da la sensación de que incluso podríamos ser amigos si nos lo planteáramos seriamente. Podríamos encajar, aunque solo fuera a través de estos pequeños instantes de conexión.

—*Reputation* es, literalmente, el mejor disco que he escuchado en mi vida —opina ella, segura de su elección.

Me paso una mano por la nuca, pensativo.

—Es brutal, pero... Uf, *¿Lover?* Es un discazo. Tiene de todo: canciones pegadizas, baladas, mensajes reivindicativos, una estética preciosa...

—Oh, no me digas que eres un chico *Lover*. ¡No te pega!

—A ti *Reputation* te va como anillo al dedo.

—Lo sé. De oro y diamantes, mejor. Supongo que tú eres más de anillos de papel, atardeceres rosados y simbologías amorosas —deja caer. No ha parado de sonreír en ningún momento, está disfrutando de esta conversación.

Y yo también. Se nota.

—Me ha encantado la referencia a *Paper Rings*, mis dieces. Pues mira, sí, no me escondo porque me gusta ser así. Escucho esas canciones y..., no sé, Taylor consigue que crea en el amor. Me hace sentir que es fácil, alcanzable, digno de desear. Cierro los ojos y me imagino un amor de película, de esos que lo cambian todo. ¿No te pasa?

Contemplo lo que veo al otro lado del cristal, las casas que vamos dejando atrás al avanzar por la carretera. Bajo la ventanilla para sentir el aire fresco en la cara porque adoro esa sensación. No sé si está hecho a propósito por el destino o si es una preciosa casualidad, pero suena *Lover* en ese mismo momento, la canción que da nombre al disco del que estamos hablando.

Lanzo un suspiro cuando me pongo a reflexionar sobre lo que he dicho a la par que me dejo llevar por esta melodía tan hipnótica y relajante. La voz de Taylor en esta canción es espectacular y la letra me encanta. Siento algo especial vibrando en mi pecho, como si... como si quisiera vivir exactamente lo que ella describe, experimentar esa clase de sentimiento.

Dorado.

Taylor lo define de esa forma en otra canción, como los rayitos de sol que iluminan un día bonito. Así debería ser el amor, ¿no?

La verdad es que no recuerdo la última vez que me sentí así. O, más bien, si alguna vez ha sucedido. No creo que me haya enamorado tanto como para quererlo todo con otra persona. Cuando

Taylor dice que ha pensado durante mucho tiempo que el amor era rojo, blanco, negro..., la comprendo. He experimentado con mis sentimientos y han pasado por mi vida diferentes personas; todas ellas han dejado una huella en mí, para bien o para mal; es imposible olvidar lo que has vivido o lo que has sentido. El problema es que aún no he encontrado a alguien que me haga temblar, desear algo más. No conozco el miedo a perder a una persona especial, la emoción de mirar a alguien que te gusta de verdad y pensar «es ella».

—Yo no creo en el amor —pronuncia tras pensar unos segundos en lo que le he dicho, como si hubiera estado debatiendo en su cabeza si romper mi preciosa idea sobre el amor en pedazos o callar.

Nunca pensé que terminaría hablando de este tema con Savannah, en un coche yendo a quién sabe dónde con la música de Taylor de fondo. En estos ratos a solas me doy cuenta de que es fácil hablar con ella. No me cuesta abrirme y no sé por qué, es raro. No sé cuánto durará esto, pero me gusta.

—¿Por qué? ¿Malas experiencias?

No le digo que aspiro a encontrar un amor diferente —dorado—, porque es algo demasiado personal. Creo que es mejor que lo guarde para mí y para esa persona especial. Cuando la encuentre, lo sabré. Sabré que es ella porque lo veré todo de un color distinto.

O quizá simplemente estoy idealizándolo en mi cabeza. Quién sabe. El tiempo lo dirá.

—Tampoco las calificaría como malas. —Cambia de marcha y, al mismo tiempo, también de tono. Por primera vez en mucho tiempo no está a la defensiva, como si hubiera bajado un poquito la guardia y estuviera mostrando una parte de ella que suele mantener oculta. No le pega demasiado hablar de sentimientos—. No sé si soy capaz de experimentar algo tan fuerte o a lo mejor es que aún no he

encontrado a la persona adecuada. Al mismo tiempo, siento que... Uf, es difícil expresarlo en palabras.

—Inténtalo —le pido.

Por alguna razón necesito oír qué piensa sobre este tema. Me importa. No puedo quedarme sin saber lo que pasa por su mente.

—Más bien soy yo el problema. No quiero atarme, me da miedo perder algo importante por el camino.

—¿Perderte a ti?

Asiente al mismo tiempo que se muerde el labio inferior, que brilla mucho ahora que el sol ilumina su *gloss*, y sus ojos se vuelven de un color ámbar muy bonito bajo la luz del día. Mientras la observo me percato por los carteles de que hemos dejado Holy Bay atrás y nos dirigimos a otro lugar más alejado.

—Muchas veces he pensado en ello, pero he llegado a la conclusión de que el amor de verdad no te resta. Solo suma. Debería ser así, ¿no? Si te pierdes, si tienes que dejar de ser tú, si no te sientes completa, entonces eso no es amor, es otra cosa.

—¿Tú crees? ¿No seré yo la que...?

—No —afirmo, seguro de lo que digo—. Aún te queda mucho por vivir. No soy ningún sabio y puedo equivocarme, pero sé que el problema no eres tú. Solo necesitas tiempo y dejarte llevar. Puede que la vida te sorprenda.

Traga saliva. Reflexiona sobre lo que he dicho y esboza una media sonrisa.

—A lo mejor he juzgado demasiado rápido y sí que te pega ser de *Lover*. Me gusta tu reflexión, quizá la tenga en cuenta para el futuro.

—Me alegraré si lo haces, sinceramente.

—Gracias. ¿Te puedo decir una cosa?

—Claro.

—¿Después fingirás que jamás te lo he dicho?

—Por supuesto —contesto, sorprendido. Arqueo una ceja, esperando a escuchar lo que tiene que decir.

—A veces siento que te odio, pero otras, cuando hablamos de temas más profundos como ahora, pareces la única persona que hace el esfuerzo de entenderme.

—¿Que a lo mejor no soy tan malo? ¿Eso es lo que quieres decir?

Sonríe y yo también lo hago. Me doy cuenta de que hay algo en la calidez de este efímero instante que me hace desear que no se desvanezca jamás. Sé que cuando nos bajemos del coche regresaremos a lo de siempre: ella volverá a afilar sus uñas e intentará hacerse la dura. Yo seré un payaso que solo intenta hacerla rabiar y a veces me creeré el rey del mundo. En otras ocasiones caeré en mis propios abismos, en la oscuridad de mi mente..., pero en este trayecto hemos conectado de una manera distinta y eso no es nada fácil en este mundo que gira a una velocidad vertiginosa.

Ahora mismo somos reales, imperfectos; somos solo nosotros.

24



Savannah

Hace mucho calor en el coche, así que estoy deseando bajar y respirar un poco de aire puro.

No sé si el culpable es el sol que brilla con tanta fuerza que me ciega en varios momentos mientras conduzco o si es porque lo he escuchado cantar durante media hora y he tenido que fingir que no me encanta su voz. Es seductora sin pretenderlo, una curiosa mezcla entre grave y suave, que cantando suena genial. Por suerte llevaba unas gafas de sol en el bolso, por lo que he podido solucionar el primer problema. No me ha hecho demasiada gracia tener a Benjamin revolviendo mis cosas, pero no me quedaba otra que pedírselo. No obstante, lo segundo... Eso no sé si tiene remedio. Con Benjamin aquí a mi lado es imposible concentrarse en otra cosa, desviar la atención de su voz no es una alternativa viable.

Alucino cuando me doy cuenta de que se sabe de memoria todas y cada una de las canciones de Taylor Swift. Supongo que le hace ganar un punto, porque a esto lo llamo yo tener buen gusto musical.

El problema ha llegado cuando ha sonado una canción un tanto explosiva. *I Did Something Bad.* La forma en la que pronunciaba cada palabra, los gestos que le pillaba haciendo cuando lo miraba de reojo... Nada más ver que ha cerrado el puño en torno al cuello de su camiseta me han entrado sudores fríos y, acto seguido, un abrasante calor semejante al que debe de hacer en el desierto del Sáhara.

—Hemos llegado —anuncio cuando he recuperado un poco el habla.

Doy un trago al termo con agua fresca que suele llevar papá en el coche y que me he encargado de rellenar mientras esperaba a Benjamin. Mientras él baja, aprovecho para refrescarme un poco la cara.

«Ahora mejor», me digo a mí misma. Respiro con tranquilidad mientras una última gota de agua me resbala por la mejilla. Salgo del coche, cierro la puerta y, cuando me doy la vuelta, me lo encuentro de frente. Demasiado cerca, quizá. Tanto que se da cuenta de que hay una gota en mi rostro y su cuerpo responde de forma automática, acercando su mano a mi cara y retirando el líquido con el dedo.

Me estremezco cuando me toca, aunque apenas me haya rozado. Me está sentando fatal el calor hoy. A pesar de que he abierto la boca, ningún sonido ha abandonado mi garganta. Él, por su parte, se queda paralizado durante unos segundos que a mí me parecen eternos para después fingir que no ha ocurrido nada.

No sabe cuánto se lo agradezco.

—Me muero por tomar ese batido del que hablas. ¿Dónde es?

—Allí. —Señalo un local a su espalda, cerca de donde hemos aparcado—. ¿Vamos?

El bar está estratégicamente colocado frente a una pequeña playa, que puede parecer poca cosa a simple vista si se compara con la de Holy Bay, solo que yo la encuentro igual de mágica. El contraste del diminuto tamaño de la playa con el del mar lo hace aún más imponente y espectacular. Se gira y compruebo lo bien que le queda esa camiseta negra ceñida una vez que se ha dado la vuelta. Los músculos de la espalda se le marcan a la perfección, uno a uno, tanto que parece esculpido por un artista experimentado. Joder, es que es un nadador universitario. No es un subtipo de humano común, sino que ha sido bendecido con el don de estar tremendo, además de tener talento para los deportes acuáticos.

Asiente.

—Genial —digo con escaso entusiasmo.

Nos colocamos uno al lado del otro y caminamos en silencio, que se hace un poco incómodo después de lo muchísimo que hemos hablado en el coche. Ha sido raro. En ningún momento del trayecto me ha resultado tan arrogante como siempre ni me ha molestado su mera existencia. De hecho, me ha encantado escuchar lo que piensa sobre el amor y otros temas que han ido surgiendo; algo menos intensos, pero igual de interesantes.

¿Le habrá pasado lo mismo? Parecía cómodo hablando conmigo, pero eso da igual. Me tendría que dar igual. El único motivo por el que estamos aquí es que conocernos mejor nos vendrá bien para que nuestro plan salga perfecto. Deberá ser progresivo: tendremos que empezar por mostrarnos cercanos, tontear... Así papá se percatará de que solo soy un problema y me enviará de vuelta a casa. Benjamin podrá ganar su competición y cada uno a lo suyo.

Si podemos no matarnos el uno al otro por el camino, tampoco está tan mal.

Cuando hace ademán de abrir la puerta de la cafetería para dejarme pasar, me adelanto y finalmente la sujeto yo, permitiéndole a él que entre primero. Que me gusta llevar un poco la contraria lo sabe todo el mundo, incluido Benjamin. Ese creo que es el motivo de su sonrisa al pasar por mi lado. Me contagia casi sin darme cuenta, aunque, cuando se gira para mirarme y preguntar dónde nos vamos a sentar, me esfuerzo en fingir un poco de seriedad. No quiero que se emocione y piense que me cae bien o algo así.

Solo ha tenido la suerte de que hoy tenga un buen día y haya decidido compartirlo con él. Quizá sea el calor, que me atonta, porque, en realidad, nunca en mi sano juicio haría algo así. Si se lo contara a Daisy, me preguntaría si tengo fiebre, no me cabe duda.

Es un poco dramática a veces.

—En la mesa del fondo. Tiene las mejores vistas.

Nos dirigimos hasta el final del local y nos colocamos junto a la gran cristalera, que nos regala una estampa preciosa, ya que desde nuestros asientos vemos el mar. Estas vistas privilegiadas sumadas a los batidos y la comida —que está de muerte aquí— lo convierten en uno de mis lugares favoritos del mundo.

—¿Qué tendrá el mar que tanto nos calma? Bueno, el agua en general —reflexiona Benjamin, como si leyera mis pensamientos en voz alta.

Lo miro y asiento lentamente, tratando de encontrar una respuesta a su pregunta.

—No lo sé. Es mágico. Tiene algo especial, algo que atrapa. No podría expresarlo en palabras, pero todo duele menos cuando veo esto —le explico, en un intento de hacerme entender—. Me siento una privilegiada.

—Es medicinal. Una vez leí un libro que hablaba sobre el mar y una pareja de chicos que se enamoraban en Hawái. De ahí me llevé

conmigo para siempre un fragmento que resumía a la perfección lo que siento: «Algún día la sal del océano curará tus heridas. El dolor no dura eternamente».

—Oh.

«Gracias por compartirlo conmigo», pienso, aunque se queda en un mero pensamiento. «Oh» es todo lo que me sale decir. A veces me cuesta ser honesta y mostrar mis sentimientos a otras personas. No quiero que encuentren mis puntos débiles y eso a veces juega más bien en mi contra.

El camarero se acerca justo a tiempo. Es un chico al que he visto en mis anteriores visitas; parece joven, no tendrá muchos más años que yo. Es impresionante la cantidad de pecas que decoran su rostro. También me impresionó, cuando lo conocí, lo rubio que es, ya que nunca antes había visto un pelo tan claro.

—¡Hola, bienvenidos a Sweet & Soul! ¿Qué vais a tomar, chicos? —pregunta muy sonriente. En la pequeña plaquita que lleva colocada en el bolsillo superior de la camisa de rayas blancas y rojas, leo su nombre: «Theo».

Benjamin le devuelve la sonrisa y examina la carta en un rápido vistazo.

—Hazme caso, pide el batido de chocolate —insisto—. Parece simple, pero es el mejor.

—Sí, tiene toda la razón —opina el camarero—. No se lo digáis a nadie, pero alguna vez me preparo uno para mí a escondidas de la jefa...

Nos reímos bajito y Benjamin suelta la carta. Levanta las manos y asiente.

—No se hable más, entonces. Dos batidos de chocolate bien frescos, por favor.

—Genial, ahora os los acerco a la mesa.

Me guiña un ojo antes de marcharse y yo trago saliva.

Pestañeo varias veces por si ha sido fruto de mi imaginación, pero pronto compruebo que no: el chico no me quita ojo desde la barra mientras prepara nuestros batidos. Parece incluso avergonzado cuando lo pillo mirando, así que no puedo evitar esbozar una sonrisa tonta.

—Uy, uy, uy... ¿El camarero y tú estáis babeando el uno por el otro porque habéis tenido ya algo o es que estáis simplemente ardiendo en deseos ahora mismo?

Me hace gracia que sienta tanta curiosidad por saberlo que haya tenido que preguntarlo. Le interesa mi vida privada, por lo que parece.

—¿Qué? No inventes, anda. Yo no estoy babeando por nadie.

—Pues tú no sé, pero él te come con los ojos.

—Bueno, a lo mejor le gusta mi... —Pienso en algo rápido que pueda servir como excusa—. Hummm..., top. Es de *crochet*. ¿A que es bonito? Me lo tejió mi abuela y estaba deseando estrenarlo. Yo creo que esta forma triangular me favorece.

—No cambies de tema, señorita. —Coloca las manos sobre la mesa y me fijo por primera vez en ellas. Son grandes. Eso me recuerda a cómo me agarró de la cintura anoche, la forma en la que me sujetaba, como si no quisiera que me separara de él. Oh, Dios, tengo que dejar de pensar en ese momento o me volveré completamente loca este verano—. ¿Por qué lo niegas? Habrá gente a la que le gustes, ¿no?

—Eh... —Trato de volver a concentrarme en la conversación, aunque sea difícil, porque mis malditas hormonas se han puesto a bailotear cuando no deberían—. Pues sí, supongo, no lo sé. Ya sabes que no se me da muy bien lo de ser cercana y comprender las intenciones de la gente.

—¿En serio? No me digas... La verdad es que no tenía ni idea.

Su tono irónico me pone enferma.

—Al menos contigo tendré que fingir que me entero de que, supuestamente, te gusto... cuando mi padre esté delante.

—Muy supuestamente —aclara.

El chico de la barra, Theo, no tarda en traernos los batidos. Le damos las gracias y, cuando se marcha, me fijo en que ha dejado caer un papelito junto a mi vaso. Lo desenrollo a toda prisa y le enseño a Benjamin el número que hay escrito en el papel.

—No me lo puedo creer... —murmuro.

—Oh, Dios, estoy dentro de una comedia romántica y no me había dado cuenta. ¿Quieres que os deje un poco de intimidad?

—¡Calla! Disimula o me veré obligada a verter el chocolate por encima de tu cabeza.

—Ay, Savannah, ya no sabes ni qué hacer para pedirme que me quite la camiseta. —Señala con la cabeza al camarero—. Pobrecito, que está delante tu futuro novio. No querrás hacerle daño mostrándole tus verdaderas intenciones conmigo...

—Eres insoportable. Es que no sé todavía por qué mi padre y mi hermano te adoran. A lo mejor es todo un complot contra mí para amargarme el verano. Sí, tiene que ser eso. Si no yo no me lo explico.

Benjamin estalla en risas y le doy un toquecito en el hombro. Pronto comienzo yo también a reír, aunque no tenga sentido. No tengo del todo claro qué es lo que nos hace tanta gracia como para estar dando tanto el cante que todas las personas de la cafetería nos observan. Theo también y, a juzgar por su rostro, que se ensombrece al cruzar miradas, se ha debido de imaginar que Benjamin y yo somos pareja.

«No es lo que crees», quiero decirle. Aunque, pensándolo bien, tampoco me interesa tener algo con él. Benjamin se merece que lo deje tirado y le pida una cita a este chico que muestra interés, pero no lo haré. No me compensan más líos.

Suficiente tengo ya con todo lo que se me viene encima en las próximas semanas.

Oh, Dios... Jamás pensé que este verano sería tan complicado. Ya le dije a mi madre que sería el peor de todos. Ella me pidió que le diera una oportunidad; lo que no sabía era lo difícil que sería todo esto.

—Tenías razón —dice Benjamin tras dar un sorbo a la bebida de chocolate—, este batido es una locura.

—Yo siempre tengo razón.

—Vale, listilla. Aunque no siempre.

—Ah, ¿no? ¿Cuándo me he equivocado, según tú?

—Cuando dices que el amor no existe. —Niega con la cabeza, como si no comprendiera que pueda pensar algo así—. Me da hasta pena que lo nuestro vaya a ser fingido. Y no porque quiera algo real contigo, sino porque me encantaría demostrarte que hay amores que sí que merecen la pena.

—Joder, te tienes en alta estima, ¿eh? Qué pena que no vayamos a comprobarlo.

—Una pena, sí.

Me saca la lengua y yo le devuelvo el mismo gesto. Me doy cuenta de dos cosas: de que no tenemos remedio y de que somos insaciables.

25



Ben

El local parece sacado de una película. Es precioso.

Las paredes están decoradas con vinilos de distintos grupos musicales y fotografías de algunos de los cantantes más influyentes de la música. Distingo, por ejemplo, a Freddie Mercury en la pared más cercana a la puerta de la entrada. Hay colgada una foto de gran tamaño en la que aparece el afamado cantante en el Live Aid de 1985. Cada vez que pienso en ese concierto se me ponen los pelos de punta.

No solo eso me llama la atención, sino la estética de las mesas, que son asimétricas y con formas onduladas. Al fondo descansa el mar, tan calmado como estamos nosotros dos, que apenas hemos discutido en lo que llevamos de día.

—Es muy colorido este lugar. ¿Cómo lo descubriste?

—Por Liam, el novio de Daisy. Una de las primeras veces que la invitó a salir vinieron, tomaron algo y se liaron en la parte de atrás de la cafetería, donde no hay cristalera. El resto es historia.

—Ah, así que estamos recreando su cita... ¿Completa o solo a medias?

Me mira con cara de malas pulgas. El camarero vuelve a nuestra mesa y trae consigo los platos principales: una hamburguesa con una cantidad ingente de queso fundido para ella y un sándwich vegetal para mí. Me fijo en la buenísima pinta que tiene su plato y por un momento me maldigo por la maldita dieta de nadador; tengo claro que desde la competición hasta que empiece la nueva temporada no pienso seguir ninguna de las recomendaciones del entrenador. Por desgracia, con el batido ya he hecho una buena excepción por hoy.

—Ya te gustaría a ti estar a la altura de Liam —dice, rescatando la conversación previa a la llegada de la comida. Al final hablando y hablando nos ha entrado hambre—. Siempre se ha portado genial con Daisy. Es una de las pocas personas sobre las que no tengo nada que objetar.

—Me ofende que pienses que no podría estar a la altura, pero, bueno, pasaré por alto tu mierda de comentario y me fijaré solo en que el tal Liam este parece un buen tipo. Aunque... ¿no has dicho esta mañana en el desayuno que Daisy y él no estaban bien?

—Sí —responde con pesar—. No están en su mejor momento, la verdad. El verano pasado ya noté algo extraño. A raíz del divorcio no pasamos las vacaciones en Holy Bay, pero Daisy y yo hablamos casi todos los días por FaceTime. Estaba tan apagada... La chica al otro lado de la pantalla no parecía mi amiga. Desde que se enteró de que Liam se marchaba lejos, todo cambió. Las inseguridades han podido con ella.

Parece triste. Sé que adora a su amiga y se preocupa por ella. Eso me gusta. He tenido muy malas experiencias y por ello sé lo mucho que puede llegar a dañarte creer que alguien te quiere y darte cuenta de que no era más que una farsa. Cuando abres los ojos y

asumes que la niebla que te rodeaba te ha cegado hasta el punto de vivir una realidad paralela... es muy doloroso.

—¿Puedo preguntar a dónde va Liam?

—A la universidad. A la UCLA, en California, para ser exactos. Es decir, a unas dos mil millas de distancia, aproximadamente.

—Uf. Tiene que ser duro. ¿Llevan mucho tiempo saliendo?

—Muchísimo. Me cuesta recordar a Daisy sin Liam porque siempre han estado juntos.

—Ojalá lo arreglen, en serio. Daisy me pareció muy simpática. Dile que venga más veces.

—Tiene ideas un poco alocadas y, si crees que tengo carácter, espérate a conocerla bien a ella, pero es la mejor.

—Lo de jugar al karaoke anoche me encantó —admito.

Luego recuerdo lo que llegó después y siento un ardor en la parte baja del estómago. O quizá es aún más abajo... No lo sé, pero intento dejar la mente en blanco para no seguir descendiendo en mi imaginación y que esto no se convierta en un puñetero problema diario.

—Sí, fue genial.

—Bueno —cambio de tema antes de que se establezca un silencio incómodo entre ambos y tenga tiempo para pensar—, entonces, tenemos que conocernos un poco más el uno al otro. Cuéntame algo sobre ti, lo que sea.

Se lo piensa mucho, como si no supiera qué decir. No es fácil presentarse ante otros, así sin más. O pensar en cuál de todas las cosas que te gustan será la más interesante, una anécdota épica...

—¿Mi color favorito es el rojo...? —sugiere. En una sonrisa forzada me muestra los dientes y entrecierra los ojos como si añadiera: «Lo siento, lo he intentado».

—Tengo una idea mejor. ¿Y si suponemos algo el uno sobre el otro? Tendremos que admitir si es cierto o no. Puede ser divertido.

Un chispazo de luz centellea en sus ojos. Sonríe.

—Sí, ese juego me gusta más. Empiezo yo. Hummm... Eres un chico muy popular allá donde vas. En el instituto, en Holy Bay, en el equipo de natación, en la universidad...

—Hummm... —titubeo. Sí pero no—. No estoy muy de acuerdo. Sí, digamos que cuando me ficharon en el equipo de natación del instituto entré a formar parte del grupo de la gente más popular, pero ahí se quedó todo. En la universidad intento pasar más desapercibido, no me gusta llamar la atención tanto como crees. Además, soy un *walk-on*.

—¿En cristiano? —sugiere, pestañeando mucho y muy fuerte. Al mismo tiempo intenta terminar su plato lo antes posible, ya que está poniendo la mesa perdida de queso y restos de hamburguesa.

La frustración que le produce que la hamburguesa se le desmorone constantemente es demasiado cómica. Una media sonrisa aparece en mis labios mientras la observo peleándose con la comida, haciendo todo lo posible para que esta acabe en su boca y no en el suelo.

—Un *walk-on* es, digamos, sinónimo de *wannabe* para todos los atletas de la universidad. Ya conoces las becas deportivas: si te esfuerzas en el terreno académico y eres especialmente bueno en un deporte, puedes recibir una. Gastos pagados para casi todo, nada de lo que preocuparte. En el caso de que no la consigas, puedes lograr ser un *walk-on*, un aspirante a beca que tiene algo de suerte. Si el entrenador te concede su bendición, puedes formar parte del equipo durante el curso académico, aunque sin los beneficios económicos de la beca.

—¿Y luego?

—Si te esfuerzas y lo haces bien, en tu segundo año puedes recibir la beca y convertirte un miembro de pleno derecho del equipo.

—Eso de pleno derecho... —Tuerce los labios y después arruga la nariz—. ¿Los demás te tratan peor por no ser uno de los becados? —Coloca la mano en su mejilla y sé que me está prestando atención; no es solo que haya terminado de comer, sino que el tema le interesa—. ¿Se creen superiores?

—Sí —admito—. Te miran por encima del hombro. Es insufrible. Creen que tienen más derechos porque ellos consiguieron la beca desde el principio. Tú solo eres un aspirante al que el entrenador le ha permitido entrar donde ellos consideran que no deberías estar.

—No podría ni estar cerca de ese tipo de gente. Me provoca urticaria.

—Y tanto. Imagínatelos: un montón de tíos testosterónicos que se creen los dioses del universo. Serían tu kriptonita, te lo aseguro.

—Qué horror. Conocía la existencia de los *gymbros*, no de los *swimbros*. —Se lleva la mano al pecho como si le fuera a dar un infarto. Es tan dramática... Me divierte la forma en la que actúa siempre, como si todo le importara demasiado—. Quieres obtener esa beca a toda costa, ¿verdad?

—Sí, sin duda. He luchado mucho por conseguirla y no puedo dejarla escapar otra vez. Mi tía está haciendo un gran esfuerzo para pagar todos los gastos de la universidad. Por desgracia, un solo sueldo no es suficiente para todo. Trabaja de bibliotecaria en un pueblo pequeño, no nos podemos permitir grandes lujos. Yo estaba dispuesto a sacrificar mi sueño de ir a la uni, pero se negó en redondo.

—Entiendo... Y no me vas a contar qué te pasó para no conseguir la beca, ¿a que no?

Niego con la cabeza. No se lo cuento porque es algo muy doloroso de lo que me cuesta hablar hasta el día de hoy; prefiero no pensar en ello la mayor parte del tiempo.

—Hoy no.

—¿Eso implica la posibilidad de que otro día sí?

—Depende, iremos viendo. Primero tengo que saber si puedo confiar en ti. En ello estamos, ¿no?

—Eso creo... —Se queda con la mirada perdida en el mar, como si se hubiera marchado lejos durante unos segundos. Comprendo esa necesidad de huir de la realidad, pues es exactamente lo que busco cuando nado. A mí la natación es lo único que me funciona como solución y vía de escape—. Al menos a partir de mañana contará con una ayudita extra. La verdad es que estoy siendo excesivamente generosa con la familia Scott al completo. —Se retira un mechón de pelo de su cara angelical—. Te quejarás.

—Oh, no, no, cómo voy a quejarme. Si ahora vivo con la alegría de la huerta.

—Eres idiota de remate.

—Si tuvieras que darme un dólar por cada vez que me insultas, te arruinarías demasiado rápido.

—Solo te daría un dólar si hicieras el ridículo delante de todo el mundo para reírme un buen rato.

—¿Quieres que te haga reír? ¿Por un dólar?

Asiente. Cree que no soy capaz.

—Lo haría gratis, Savannah. Te haría reír cuando quisieras.

—Ahora —dice en un impulso. Echa un vistazo a su alrededor—. Hay un micrófono allí, bajo la imagen de Freddie Mercury, no sé si te has fijado. A quien se atreve a cantar le regalan una cena gratis.

—¿Qué? ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Claro. Lo había olvidado porque a mí nunca me han entrado ganas de hacerlo.

—Yo lo haré.

—¿Me estás vacilando?

—No, lo digo en serio. Te lo juro, Savannah. ¿Una cena y hacerte reír? Te canto lo que quieras.

—A ti el calor te afecta demasiado, te lo prometo; no me lo creo.

Se tapa la boca con las manos cuando ve que me he puesto en pie. La miro y se da cuenta de que, sí, voy a hacerlo. Si hay algo de lo que siempre he carecido es de vergüenza, ahora no va a ser menos.

Me acerco al camarero y me sonríe. Este tipo parece estar todo el rato feliz.

—¿Puedo coger el micrófono que hay ahí?

—Claro, claro, está para eso. ¡Tío, qué emoción! Por fin alguien que viene a cantar. Eso no se ve muy a menudo... ¿Una canción de amor?

Parece que ya se ha olvidado de sus planes de conquistar a la que ahora cree que es mi novia. Bueno, al menos alguien ha comenzado a tragarse nuestra farsa, y eso que aún no hemos empezado.

—Sí, amigo, es que estoy muy enamorado.

Intento no echarme a reír cuando me doy la vuelta y dejo al romántico de Theo suspirando sobre el mostrador azul turquesa con luces de neón. Sí, voy a hacer el ridículo. Y, sí, me autoengaño pensando que es por la cena cuando, en realidad, lo voy a hacer por ella.

Voy a ponerme en evidencia delante de toda esta gente por Savannah Springs. No sé qué me pasa, solo que el impulso me guía y no puedo detenerlo. Agarro el micrófono y me acerco de forma pausada a la mesa de nuevo. Ella continúa con las manos tapándose

la boca, casi el rostro entero; está muriéndose de vergüenza ajena y aún no he empezado a cantar.

«Menos mal que cantas bien, si no me muero.» Casi puedo oír su voz en mi cabeza diciendo eso.

—¿Cuál es tu canción favorita?

—*Lover of Mine*, de 5SOS.

Me mira atónita. Está de suerte, porque me encanta esa canción. Me acerco el micrófono a la boca y casi estoy a punto de rozarlo con los labios. Me tiemblan un poco las manos, pero merecerá la pena hacerle pasar este bochorno.

Hemos venido a jugar: o todo o nada.

Aquí no hay escalas de grises que valgan.

Me pongo a cantar y al poco alguien silba en la cafetería y veo el sufrimiento en los ojos de Savannah, aunque también distingo algo más: una ligera ilusión.

—Estás loco —susurra. Pero sonríe.

Joder, y tanto que sonríe.

Savannah Springs tiene la sonrisa más bonita que he visto en toda mi vida y yo solo quiero que siga sonriendo.

Más y más y más.

26



Savannah

Solo cuando toda la cafetería estalla en aplausos soy consciente de lo que acaba de pasar.

Estoy abrumada y el súbito calor que siento por todo el cuerpo no ayuda demasiado. Me rozo con la mano la mejilla derecha de forma sutil y compruebo que estoy ardiendo. Tengo que estar al rojo vivo. Me conozco, no sé ocultar mis emociones. Benjamin tiene razón: soy un maldito libro abierto. Completamente transparente y legible, de esos a los que solo les falta llevar incorporado un altavoz e ir transformando el texto en sonido. Mis nulas habilidades de disimulo me dejan en evidencia cuando todo el mundo aplaude sin parar. Benjamin saluda, por si el momento actuación no hubiera sido suficiente, y la gente se vuelve loca con él.

Lo aman, les parece divertido. Silban, gritan cosas.

Es irónico: parece que las personas que me miran son capaces de adivinar cómo me siento cuando ni siquiera yo lo sé.

Benjamin sigue de pie y yo necesito que se siente; sin embargo, parece ser que la comunicación telepática aún no funciona y me

rindo cuando asumo que no recibe mis gritos mentales, porque hace de todo menos sentarse. ¿Cómo puede gustarle tanto ser el centro de atención?

Tal vez es porque está hecho para ello. Hay personas que han nacido para brillar, son como estrellas. Pasen por donde pasen atraen las miradas y consiguen que se las escuche. Es un talento natural, algo que va implícito en su forma de ser. Y, sí, Benjamin Scott es una de ellas, no cabe duda. Por eso me he tirado todo el curso académico refrescando la página principal de Instagram, esperando ese momento del día en el que subiera algo sobre su vida en la universidad o lo bien que le había ido en las competiciones de natación.

Benjamin Scott no puede pasar desapercibido, porque tiene una personalidad arrolladora. Ahora que he podido comprobar que no le queda vergüenza en el cuerpo, me pregunto cómo será vivir así, sin que te importe lo que los demás piensen de ti, sin ser esclavo de pensamientos ajenos o incluso de los límites de tu propia mente; cómo será sentirse completamente libre.

—¿Quieres otra? —pregunta, inclinándose hacia mi oído para que solo yo lo oiga.

—Depende de si tu objetivo es que te mate o seguir respirando. Tú decides.

La carcajada que se le escapa se oye en toda la cafetería. Me gusta que tenga tanto sentido del humor y que se ría tanto por todo, porque, pese a que a veces me puede poner un poco nerviosa, debo reconocer que me encantaría tener esa habilidad; en realidad no sé si me da más envidia eso o que cante tan bien. Ha tenido el detalle de escoger mi canción favorita cuando podría haber elegido la suya.

Le echo un vistazo con disimulo cuando se sienta por fin, y es que lo hace a mi lado.

«¿Qué me pasa? ¿Por qué no puedo dejar de mirarlo?»

—¡Bésala! —grita alguien al fondo de la cafetería.

Cuando soy capaz de apartar los ojos de Benjamin, no encuentro al dueño de la voz, pero creo que es mejor así, porque si no tendría ganas de asesinarlo.

Vamos a ver, ¿en qué momento se ha llenado tanto este local? ¿De dónde ha salido toda esta gente? Y, por favor, ¿pueden parar de atravesarme con la mirada?

Parecemos una pareja de postal, con pedida de matrimonio en Disney World incluida.

—Qué vergüenza —murmuro, aunque mi sonrisa de tonta me delata. Cada vez que lo recuerdo ahí de pie, cantándome...—. ¿No sabías qué más hacer para que mi verano sea una completa humillación?

Para mi sorpresa, me pasa el brazo por encima del hombro. Me rodea el cuello casi por completo y, sin decir nada, me atrae hacia su cuerpo. Se coloca la muñeca derecha a la altura de los ojos y echa un vistazo a su reloj, de modo que yo quedo durante ese microsegundo totalmente pegada a su pecho. Noto sus abdominales cuando apoyo la espalda en ellos y se me corta la respiración al sentirlo. Además, me ha dejado peligrosamente cerca de sus labios.

Antes de que esto termine peor, me separo de forma brusca.

—Si vas a fingir que te gusto, tendrás que parecer cómoda cerca de mí. Este podría ser un buen momento para practicar.

Lo miro con desconfianza. Sé que tiene razón, solo que me cuesta. Al final termino cediendo y vuelvo a colocarme en la misma posición, casi recostada contra su pecho, permitiendo que me rodee una vez más con el brazo.

Me sujeta con firmeza, como si no quisiera dejarme escapar.

—Tranquila —me susurra al oído. El escalofrío que recorre mi cuerpo en ese momento es muy fuerte. Prácticamente me sacude como un terremoto—, no voy a besarte... todavía.

Me quedo inmóvil y después noto cómo su pecho se agita por la risa. Su sonora carcajada se cuela por mis entrañas y eso hace que me gire hacia él, presa del impulso, y lo agarre del cuello de la camiseta. Tiro de la tela, acercando su rostro al mío hasta que compartimos el mismo aire.

Ha dejado de reír y, de repente, respira de manera entrecortada.

—Sé que llegará un punto en el que tendré que besarte, pero escúchame bien, Benjamin. —Me pongo seria y tengo que fingir que no me tiemblan las piernas por encontrarnos tan cerca; que no me está excitando tenerlo así, agarrado por la camiseta, tirando de él hacia mí, poseyendo el control—. Solo te besaré cuando no me quede más remedio que hacerlo, ¿entiendes? Por pura necesidad, y no fisiológica. Así que, como bien te dije anoche, es mejor que no juegues con fuego.

—Es que no me da miedo quemarme —repite.

—Quizá debería.

—Ay, Savannah... —Suspira y me observa, como si estuviera leyéndome una vez más. Me acaricia la mejilla, sabiendo que voy a odiar que lo haga. A pesar de que me estoy muriendo por dentro, no flaqueo y le sostengo la mirada. No sé en qué momento hemos vuelto a convertir esto en una competición, o más bien una guerra, pero yo siempre quiero ganar. No me conformo con menos—. Es mejor que me sueltes.

—¿Y si no quiero?

—¿Y si te digo que me pone que me agarren del cuello?

Joder.

Lo suelto al instante. Lo he percibido en su voz: la rabia mezclada con las ganas. He sentido el chispazo, el fuego, y esta vez sí que me he visto en peligro de quemarme. Aunque le he dicho que no lo besaría más que por estricta necesidad, no tengo ni idea de si he dicho la verdad.

Quizá solo era una mentira gigante.

No sé si lo besaría. No sé si quiero saberlo.

—Creo que necesito tomar el aire. ¿Vamos fuera? —pregunto, queriendo escapar de las dudas y de esta tensión incontenible que se ha acumulado en el pequeño espacio que hay entre nosotros.

—Claro. Pero ¿y la cena? ¿Tengo que preguntarle al camarero para que me den un vale o...?

Bueno, la cena.

«Ay, mi madre.»

Me tapo la boca con las manos otra vez antes de estallar en carcajadas.

—Ah, sí, eso. Hummm... No sé ni cómo decírtelo.

—¿El qué?

—Me lo he inventado. No... —Me muerdo el labio inferior, nerviosa —. No regalan cenas por cantar. Por eso nadie lo hace.

Juro que nunca he visto una cara tan divertida como la de Benjamin Scott cuando le cuento la verdad. Ojalá tuviera una cámara para capturar este momento.

Salvo que... ¡sí que la tengo!

Desbloqueo el móvil a la velocidad de la luz y le hago una foto. Es literalmente un meme. Necesito hacer un *sticker* de su cara en estos momentos, porque parece que quiere matarme y es brutal.

—Creo que, si esto no estuviera lleno de gente, te estrangularía.

—Ten cuidado, a ver si cuando me agarres del cuello te vas a poner contento.

Le saco la lengua y no le permito responder, porque me pongo en pie y salgo de la cafetería, encasquetándole a él la tarea de pagar la comida y los batidos —me lo debe, después del bochorno que he tenido que pasar hace un rato— y las ganas de mandarme a la mierda.

Lo espero fuera y respiro hondo. Tengo mucho calor, así que comienzo a abanicarme. Tarda unos minutos en salir y no me doy cuenta de que lo tengo detrás hasta que es demasiado tarde.

Siento frío de repente. El asfixiante calor que sentía se desvanece cuando el agua resbala por mi cuerpo, rostro, pelo... ¡Por todas partes! Me giro, furiosa, y lo encuentro partiéndose de risa con una botella de agua vacía en la mano. Tengo la boca abierta, las piernas cruzadas y el rostro completamente empapado.

—¡Te voy a matar!

—Ojo por ojo, diente por diente.

Un brillo malicioso cruza su mirada y sus manos se colocan en posición. Sé lo que pretende hacer, porque ha encontrado mi punto débil: las cosquillas. Así que, antes de darle la satisfacción de verme sufrir y perder las fuerzas, cojo carrerilla y echo a correr en dirección a la playa.

Sé que me va a seguir y que, en el fondo, se está divirtiendo tanto como yo. Por el momento, esta ha sido la mejor no-cita de la historia, así que quizá no todo sea tan malo.

Tal vez Benjamin tenga razón y solo necesite aprender a dejarme llevar.

27



Ben

Cuando alcanzamos la playa, nos sentamos en la arena y nos quedamos mirando el movimiento de las olas, que van y vienen, vienen y van.

El sonido es mágico y me llena de paz.

—Me debes una cena y no voy a detenerme a explicar por qué debes aceptar sin rechistar —le digo—. Bueno, sí. En primer lugar, he hecho el ridículo absoluto para conseguir una cena inexistente. —Aprovecho para fulminarla con la mirada y ella esboza una sonrisa pícara que delata lo bien que se lo está pasando—. Y, por si fuera poco, he tenido que pagar tu hamburguesa y el batido.

—No creo que hayas pasado ni una cuarta parte de la vergüenza que he pasado yo. Menos mal que cantas bien, porque, si no, incluso me habría marchado en mitad de tu magnífica actuación.

—Excusas baratas. Yo quiero mi cena.

—No, tú lo que quieres es un pretexto para seguir pasando tiempo conmigo. —Asiente con la cabeza, como si me hubiera pillado con las manos en la masa y estuviera satisfecha de haberse dado cuenta —. ¿No te vale el asunto de tener que fingir que nos gustamos? ¿Los entrenamientos?

Savannah es una chica sorprendente. Sí, de esas personas que nunca te dejan indiferente, porque siempre tiene un as guardado bajo la manga. En su caso quizá sería más acertado señalar que lo esconde en algún otro sitio, porque siempre lleva puestas camisetas de tirantes o tops cortos que dejan al descubierto buena parte de su abdomen. Hace un mes lo único que sabía de ella era que existía, que era la hija de Rick y que era guapa. Esto último lo sé no solo por haberle *stalkeado* el Instagram durante semanas —admito que agradezco que tenga la cuenta abierta, porque así podía cotillear de vez en cuando; tenía curiosidad por saber con quién iba a compartir el verano, ¿vale?—, sino que también la he visto en las fotografías de la casa en la que he estado durmiendo desde que llegué de la universidad.

Al principio se me hizo extraño, llegar a un hogar ajeno y totalmente desconocido, con un hombre del que tampoco había oído hablar mucho, más allá de las videollamadas con la tía Jess al terminar los entrenamientos en el campus. Sin embargo, fue fácil acostumbrarme. Rick es un tipo fantástico, divertido y familiar, que consigue que todo lo que lo rodea parezca acogedor. Dedicó tiempo a enseñarme todos los rincones de la casa y se aseguró de que me sintiera cómodo en todo momento; me habló de sus hijos y me enseñó las fotos. Me contó la historia detrás de cada instantánea y no pude evitar hacerle preguntas sobre su hija. Quería saber qué estudiaba, si iba a la universidad o aún estaba en el instituto, si practicaba algún deporte... Si teníamos algo en común.

Rick no escatimó en detalles, aunque evitó contarme que su hija vivía enrabietada con el mundo. Sí que mencionó que no había llevado bien el proceso del divorcio y que, además, se le había juntado con la lesión que la había apartado un tiempo de ser animadora, algo que, al parecer, le gustaba mucho. Y eso, imagino,

habría desencadenado que se sintiera un poco más apartada y sola si cabe.

Sentí lástima por ella y pensé: «Quizá yo pueda lograr que tenga un buen verano. A lo mejor nos llevamos bien y conectamos».

Después la conocí y fue como ver un terremoto arrasando con todo. «Olvídate —me dije—, no tenéis nada que ver.»

—Veo que no soy el único que parece quererse mucho. —Dirijo el dedo índice hacia su cintura, porque he descubierto que, cuando la toco, salta siempre. No puede soportarlo; su cuerpo reacciona solo. Cuando cae en mis intenciones me propina un manotazo, pero ya es tarde. Salta y yo me río—. La verdad es que a veces pasar tiempo contigo es un suplicio, Savannah.

Pone esa cara tan mona e irritante a la vez.

—Pues hoy no te veo sufriendo mucho.

—Supongo que en la vida hay excepciones. Hoy ha caído un milagro sobre la tierra y has decidido ser un poquito más amable de lo habitual. ¿Debería acostumbrarme?

—Nunca —sentencia, satisfecha y orgullosa de sí misma.

Cuanto más hablo con Savannah más me doy cuenta de que quizá no seamos tan distintos. Toda esa rabia contenida que a veces maneja su forma de ser, sus interacciones con los demás..., esa ira desproporcionada yo la he sentido. Joder, fue horrible ver cómo se me escapaba la beca de entre las manos. Fue aún peor ver cómo una persona a la que apreciaba se la llevaba mientras yo luchaba por continuar respirando. Metafórica y literalmente.

Los meses siguientes fueron durísimos. El comienzo del curso universitario resultó ser un infierno, muy lejos de lo que había idealizado en mi mente. No sentirme parte del equipo durante largo tiempo, tener que buscar la manera de acercarme a otros

nadadores, hacer amistades, estar lejos de mi tía... No fue fácil. Más bien fue como una patada en el estómago.

—A veces siento que nadie me comprende.

Giro al instante la cabeza hacia ella porque, la verdad, no esperaba esa confesión tan repentina. Ni siquiera sé si busca una respuesta por mi parte o si solo quería soltarlo, liberar ese pensamiento.

—Vas a pensar que te estoy bailando el agua y, créeme, no es el caso, pero últimamente no dejo de pensar que no somos tan diferentes en ese sentido.

—Pero si tú siempre estás de buen humor —espeta, como si acabara de soltar el mayor disparate que ha oído en toda su vida—. Y eres carismático. Tienes talentos varios. Conseguirás lo que quieres y todo tu mundo se arreglará.

—El tuyo también. Te lo prometo.

Coge aire y después exhala, poco a poco. Me fijo en sus manos, que ahora no son más que un par de puños apretados por la frustración. Me da pena que se sienta así, tan incomprendida.

—Una noche lloré hasta que cruzó por mi mente el pensamiento de dejarlo. Cuando comencé la universidad —le explico. Pese a que no me mira, sé que está atenta porque apenas pestañea. Tiene la vista clavada en las olas del mar mientras me abro en canal y yo lo prefiero así—. «No merece la pena», me dije. Era mentira y lo sabía, pero ese día sentí que sería más fácil rendirme; que luchar por una meta tan grande quizá me quedaba algo lejos, demasiado inalcanzable.

—No lo dejaste, eso está claro.

—No, no lo hice. Desperté a la mañana siguiente y me di cuenta de que el mundo no se había acabado. El sol había salido a brillar. Abrí el calendario: quedaba un curso entero por delante. Menos de

un año, aunque los suficientes días para entrenar con muchísima motivación. Podía hacerlo. Algo hizo «clic» en mi mente y abrí los ojos. Miré atrás y recordé todo lo que había hecho para llegar hasta ahí. No era un fracaso, joder, todo lo contrario. Incluso sin beca conseguí entrar en el equipo universitario y eso no es precisamente sencillo.

—No te rendiste porque no puedes alejarte de algo que te hace feliz de verdad —adivina ella, poniendo en palabras justo lo que sentí en ese momento.

—Exacto. Te cuento esto porque sé que tienes mucha rabia dentro. Se te nota, no hace falta ser un genio para saber que no estás pasando tu mejor momento. Solo quiero que sepas que no se va a quedar aquí para siempre. —Le señalo el pecho y ella repara en el hueco donde debe de estar escondido su corazón—. Y que el dolor y la rabia se pueden transformar en algo más. Solo debes encontrar tu camino.

—¿Y eso cómo se hace? —pregunta, desesperada.

Se lleva las manos a la cabeza e introduce los dedos entre las raíces de su pelo ondulado. Se masajea las sienes durante unos instantes.

—Habrá algo que te haga sentir viva. Quizá no ahora, sino más adelante. No te cierres a sentir, a vivir. Savannah, voy a parecer una libreta de esas que tienen una frase motivacional de mierda, pero hazme caso. Tienes suerte de estar viva, de tener una familia que te quiere, una amiga que se desviviría por ti. No todo el mundo tiene eso.

—Lo sé. Benjamin, me alegro de que no lo dejaras. El mundo del deporte habría perdido a una prometedora estrella de la natación.

Sonrío por lo que implica lo que ha sugerido. Me cuesta creer que piense eso de mí. No respondo, porque sé que nada de lo que diga

estará a la altura, pero me guardo sus palabras en un lugar especial de mi mente, ese cajón donde meto todo lo que no quiero olvidar.

28



Savannah

Al final apenas nos hemos hecho preguntas el uno al otro, así que he deducido en el coche, de vuelta a casa, que tendríamos que continuar con nuestro juego otro día. No puedo negar que estoy intrigada por saber más sobre él, descubrir todo lo que no sé. Aunque, a decir verdad, ahora que me encuentro tumbada en la cama no dejo de pensar en lo extraño que ha sido el día de hoy y así me doy cuenta de que... sí: creo que tengo la sensación de conocerlo un poquito mejor.

No han hecho falta preguntas cotillas, solo un poco de honestidad y conectar con sentimientos que remueven mucho por dentro.

Giro el móvil para consultar la hora que se refleja en la pantalla, aunque me distraigo al quedarme embelesada con la foto que tengo como fondo de bloqueo: estoy de espaldas, en un concierto de 5SOS. Tengo los brazos levantados y, aunque no se me ve el rostro, se intuye lo emocionada que estaba esa noche. Fue increíble, me costaría expresar en palabras lo que significó para mí.

En fin, me he entretenido con mis recuerdos y pensamientos y por poco se me olvida lo que iba a hacer en un principio, mirar la hora. Es exactamente la una de la mañana.

Me vuelvo, en busca del lado fresquito de la sábana, y soy consciente de que hoy me va a costar dormir. El culpable, aunque me fastidie admitirlo, es cierto nadador llamado Benjamin que hoy ha decidido romper un poco mis esquemas.

No me ha parecido tan idiota como creía que era y eso me confunde.

Es cierto que no se me da bien acertar con las intenciones de la gente. Me pasé una semana entera pensando que mi vecino me espiaba cuando, en realidad, solo se asomaba a la ventana para ver a Bastian porque en aquel momento se estaban enrollando. Y qué decir de aquella vez en la que casi me meto en una pelea con la mascota del equipo de rugby del instituto enemigo. Estaba haciendo aspavientos y pensé que me decía algo malo porque justo pasaba por delante. No se me ocurrió otra cosa que gritarle: «¿A ti qué narices te pasa?». Entonces sí que se enfureció y empezó la discusión. El asunto comenzó a acalorarse —y no en el sentido bueno de la palabra, aunque se quitó la cabeza de ardilla para que se lo oyera mejor y comprobé que el muchacho estaba de buen ver — hasta que nos tuvieron que separar, porque, si no, lo mismo llegábamos a las manos.

En mi defensa diré que nuestro equipo perdió el partido, que había discutido con mi madre ese día por alguna tontería a la que le había dado demasiada importancia y, por ende, por poco no llegué tarde. Casi tuve que volar, como si me fuera la vida en ello; aunque me gustan las piruetas y hacer ejercicio, odio correr en situaciones de estrés. Solo lo hago para desconectar.

En fin, ¿soy un desastre? Pues sí. Lo soy. Siempre lo he sido y creo que lo seré el resto de mis días.

Dicen que nunca es tarde para mejorar, pero en mi caso... no estoy muy segura de que sea posible cambiar tanto.

De repente mi móvil vibra y me lanzo sobre él para entretenerme con algo.

Al final no me has dicho
si me vas a pagar la cena.

No me sorprende en absoluto que el primer mensaje que recibo de Benjamin sea precisamente algo así. Compruebo que no hay forma de que me esté viendo, ya que mi ventana y la suya no están, por suerte, una frente a la otra, y me permito sonreír mientras tecleo a toda velocidad.

¿Cena? ¿Qué cena? Hummm... Lo siento, no
sé de qué me hablas.

La cena de celebración de nuestra futura —
aunque cercana— relación falsa.

Acto seguido inserta en el chat el emoticono de un corazón en llamas. Gigante. Que parpadea.

No estoy segura de que sea precisamente algo
que quiera celebrar...

Me lo tomaré como un sí. Qué fácil es hablar
contigo a veces. Si es que... ¡Mira que eres
simpática cuando quieres, ¿eh?!

Pongo los ojos en blanco cuando ignora todo lo que digo para interpretar lo que le da la gana. Coloco un cojín entre mi espalda y el cabecero de la cama para estar más cómoda.

Me pones de los nervios y no sé
si estas son horas para alterarme.

Me doy cuenta de lo fácilmente malinterpretable que es lo que he dicho cuando ya es demasiado tarde.

¿Ya empezamos con las propuestas indecentes?
Mira que yo solo te pedía una cena, pero, bueno,
si insistes... 🔥

Me pienso bien la respuesta a su insinuación. O provocación. O ambas cosas, porque sabe perfectamente lo que hace. Controla bien ese juego, se mueve como pez en el agua y se le nota. En realidad solo es un intento más de ponerme nerviosa y sacarme de mis casillas. Parece que todo lo bonito del día de hoy se ha quedado por ahí vagando, porque ha sido poner un pie en Villa Springs y volver a lo de siempre.

No negaré que me gusta esta dinámica. Me divierte y me entretiene mientras estoy aquí atrapada, en Holy Bay.

No me olvido de que, al fin y al cabo, él podría llegar a ser mi billete directo de vuelta a casa.

¿Sigues ahí?

Pregunta al ver que no respondo porque llevo demasiado tiempo pensando una respuesta.

Sí, por desgracia sigo aquí atrapada,
en este verano infernal. Contigo.
¿No crees que tenemos suficiente
con una propuesta indecente?
Más no, por favor...

Puedo oír su carcajada desde mi habitación.

No te rías, capullo. NO TIENE GRACIA.

Es imposible no reírse contigo, Savannah.

¿En serio? No sé si de verdad lo piensa o solo se está burlando. Con él nunca se sabe. Y ahora me pasa que me encantaría saber si piensa que soy divertida. No es algo que me hayan dicho mucho. Me han llamado dramática, egocéntrica, gruñona... Pero nadie, jamás, ha resaltado que pudiera ser graciosa.

¿Qué día es la cena, entonces? 😉

Él no se rinde bajo ningún concepto. Es un competidor nato, ha nacido para ello. Se ha entrenado durante años para serlo. Se le da bien, es su especialidad. Pero no es el único que juega en esa liga.

Ya veremos...

Eso no es un no...

Sonrío porque... Bueno, con él también es fácil acabar riendo.

¿Es que acaso hoy es el día del mundo al revés? ¿Por qué solo se me ocurren cosas positivas para describirlo? ¿Qué está pasando?

Seguramente sea una especie de síndrome de Estocolmo; estoy aquí atrapada y, en vez de ir contra el enemigo, voy y decido crear una especie de alianza temporal con él.

«Seguidme en mi canal para más soluciones estúpidas a problemas.»

Tampoco es un sí...

Sabes que no me rindo fácilmente, ¿verdad?

Y tú sabes que yo puedo
ser más cabezota. 😌

En eso eres inigualable.

¿Solo en eso?

Me arrepiento al instante de mi mensaje. Ha sonado un poco... ¿atrevido? Uf, soy demasiado impulsiva. Él teclea y en la pantalla veo el típico «escribiendo...». Sin embargo, borra lo que fuera a decir y repite el proceso no una, ni dos, sino tres veces. Estoy expectante y se me ha acelerado un poco el corazón. Necesito que me dé una respuesta.

No me hagas hablar...

¿Me ha tenido en ascuas para... eso? ¿SOLO VA A DECIR ESO? ¿Qué significa, además? Quiero respuestas.

No puedes escribir eso y quedarte
tan ancho. Habla. YA.

¿Tanto te interesa?

Mierda... El muy capullo me tiene calada.

No tanto como piensas...

No lo parece. Ups...

Tú lo que quieres es verme rogar,
pedazo de idiota. Vamos, porfa...

Si te soy sincero, jamás pensé que te vería
rogar... Estoy impactado. GUAU.

Y, ya que estoy siendo sincero...

Teclea. Borra. Teclea. Borra.
Me va a volver loca. Joder, se me sale el corazón.

Eres inigualable en todos los sentidos
de la palabra. Estoy seguro de que no hay nadie
como tú en este pueblo. Absolutamente nadie.

Boom. Parada cardiaca. Así, de gratis.

¿Eso es bueno?

Haces demasiadas preguntas,
Springs. ¿Quieres respuestas?
Ya sabes, una cena bastará. 😉

Buenas noches, Savannah.
Que duermas bien.

Pienso que se va a quedar ahí cuando me llega un último mensaje que lo pone un poco todo patas arriba, si es que eso se puede lograr.

Ha sido un día bonito, de verdad. Gracias. Quizá
no lo sepas, pero
lo necesitaba.

Y esa es la forma en la que, sin pretenderlo, Benjamin Scott me llena el corazón de una sensación que, hasta ahora, desconozco. No sé lo que es, pero es agradable.

No quiero dejar de hablar. No quiero que se vaya.

Buenas noches, Benjamin.

Así es como finjo que quiero que este día termine.

29



Savannah

La conversación nocturna me ha dejado acelerada.

No me duermo. Juro que lo he intentado, pero no hay manera.

Vuelvo a mirar el reloj y me sorprendo al ver que son las dos y cuarto de la mañana. Y yo aquí, tirada en la cama, como si fuera un maldito búho. Si estuviera participando en un concurso de tener los ojos más abiertos, lo ganaría sin ninguna duda.

Doy una vuelta, después otra y otra... Las horas se me hacen eternas. Y, por si fuera poco, tengo calor. Me destapo —aunque me encanta el tacto suave y gustoso de las sábanas, incluso cuando las altas temperaturas se apoderan de Holy Bay— y trato de abanicarme con la mano. No funciona demasiado, pero tampoco tengo aire acondicionado, así que es lo que hay. Decido desprenderme también del pijama y me quedo en ropa interior, luciendo uno de los conjuntos monísimos que me regalaron mis amigas por mi cumpleaños.

Chequeo mis mensajes y tengo una unidad de... cero. Vaya... He probado hace un rato a mandarle un mensaje a Daisy. No me ha

respondido porque las personas normales, a estas horas de la noche, suelen dormir. Conociéndola como la conozco me atrevería a decir que estará en el séptimo cielo disfrutando de su sueño calenturiento con Liam.

A veces me gustaría ser ella. Todo el mundo sabe que, aunque estén pasando una mala racha, Liam y ella volverán a estar juntos y serán la pareja más mona del universo. Y ella irá a la universidad a estudiar Medicina, siguiendo la estela familiar, y será la mejor en ello, porque si algo caracteriza a Daisy es que pone el corazón en todo lo que hace. Cuando le diagnosticaron dislexia, todo pareció cobrar sentido para ella; le costaba mucho esfuerzo leer o escribir y, sin embargo, no desistió. En vez de cogerle manía porque era difícil, ella aceptó el reto y lo convirtió en una meta personal. Terminó desafiando los números, las estadísticas. Logró llegar a donde se había propuesto sin que nada la detuviera. No hubo excusas, solo trabajo duro y determinación.

No puedo más que alegrarme por ella y, al mismo tiempo, admirarla.

Al final me doy por vencida y dejo el móvil sobre la mesita, al aceptar que ni ella ni mis otras amigas —a las que por fin he respondido por el grupo, ahora que parece que se han calmado un poco las aguas— me responderán esta noche. Es tarde, es normal.

«Duérmete de una maldita vez», le ruego a mi cerebro. Por supuesto que no hace ningún tipo de caso, aunque estoy acostumbrada. No es ningún drama. Cuando yo digo A, mi cerebro piensa B. Es lo que hay...

Una luz entra por mi ventana en ese momento, iluminando toda la habitación por un instante. Aguzo el oído y oigo el motor del Mazda de papá justo cuando se apaga y todo vuelve a sumirse en el

placentero silencio, hasta que se ve interrumpido de nuevo por unas risitas bastante sospechosas.

Me levanto de la cama, cruzo la mitad de la habitación descalza y me asomo por la ventana. No me da tiempo a nada más que a percatarme de que se trata de Bastian y de que no ha llegado solo.

¿De dónde vendrá? ¿Y con quién?

—Esto se pone interesante... —susurro. Ni siquiera sé por qué lo hago en voz alta, pero la emoción me puede. Necesito saber con quién está teniendo su habitual rollito de verano.

Y pienso descubrirlo esta misma noche, claro que sí.

Capto algunos pasos que deben de venir de las escaleras. Esta es la mía. Ya me estoy imaginando la cara de mi hermano cuando me vea aparecer; estoy segura de que piensa que estoy dormida. Siempre ha sido muy celoso de su intimidad y se moriría de vergüenza si lo pillara con las manos en la masa. Me froto las manos, porque necesito algo de diversión y ha llegado el momento de darme ese gusto.

Me acerco a la puerta y, cuando estoy a punto de salir, caigo en la cuenta de que estoy en sujetador y bragas. Casi salgo así, con toda la confianza. ¡Qué vergüenza, por favor!

No sé a quién se le habría puesto peor cara, si a Bastian, a su ligue o a mí.

El caso es que me visto a todo correr y salgo cuanto antes con la excusa recién inventada de tener que ir al baño, pero...

Ya es demasiado tarde.

—¿Savannah? —pregunta Bastian, al tiempo que empuja a esa persona que iba delante de él dentro de la oscuridad de su habitación y cierra la puerta, de modo que quedamos ambos en el pasillo.

Él, pegado a su puerta, y yo, a la mía, con la boca abierta.

—Serás... —Lo fulmino con la mirada—. ¿Quién es?

—¿Qué eres, la policía? —Ríe. Está un poco borracho, se le nota en el brillo de los ojos y la sonrisita tonta que se le ha puesto. Es eso o está enamorado.

Niego con la cabeza, porque sé que es un maldito disparate. Bastian jamás sentará la cabeza. No por ahora, al menos. Es demasiado joven, inmaduro, impulsivo y egocéntrico para pensar en algo que no sea divertirse y punto. Aún menos en verano.

—No, soy tu hermana, así que ya estás contándome a quién acabas de meter en tu cuarto con la esperanza de que no lo viera.

Bastian se echa a reír y se me acerca. No me hace falta mucho para advertir que, sí, huele a alcohol y se le nota. Aprovecha para pellizcarme la mejilla mientras sigue riendo, aunque bajito.

Tampoco es plan de montar un escándalo, claro.

—Duérmete, Savannah. O sal a bailar. Encuentra tu maldita felicidad de una vez donde sea que la hayas perdido. Buenas noches...

—Sebastian Springs Gonzales —lo llamo por su nombre completo —. No me iré sin saber quién narices...

Y se larga, dejándome con la palabra en la boca. Me cruzo de brazos y me sube la sangre a las mejillas.

Oh, esto no va a quedar así.

Este es el momento exacto en el que se me ocurre una idea pésima. Terrible, realmente nefasta. Pero la impulsividad vuelve a ganar el pulso y no puedo hacer nada por evitarlo.

En menos de lo que canta un gallo estoy dentro de la habitación.

Pero no la mía.

He terminado por segunda vez hoy en la habitación de Benjamin.

30



Ben

No sé si después de este verano tendré la ansiada beca. Lo que sí sé es que, seguramente, esta chica llegue a matarme de un ataque al corazón. Me refiero tanto al buen sentido del concepto «infarto» como al malo, y especialmente al segundo.

No me había dormido. De hecho, estaba muy lejos de dormirme... Solo estaba relajado, tranquilo, en paz. Y un poco encendido, no lo negaré.

El intercambio de mensajes ha sido un tanto revelador para mí. No ha habido nada especial que destacar, se ha tratado solo de una pequeña sensación. Tan ligera y efímera que posiblemente nadie habría sido capaz de captarla. Yo sí; no... no puedo esconder que hay una atracción, al menos por mi parte. Que hoy haya sido un día perfecto no ha ayudado a calmar las ganas de algo más, la necesidad de terminar algo que jamás ha empezado.

Y que no empezará.

El caso es que, después de despedirnos, he creído que me dormiría. Soy un tanto ingenuo a veces. Juro que mi cerebro quería dormir. De otra parte de mí no puedo decir lo mismo.

Exacto, estaba más duro que una puñetera piedra, así que he pensado en las únicas opciones que conozco para bajar el calentón. La primera, ir a buscar a Savannah y acabar con esta tensión no resuelta cuanto antes. Ni siquiera me detendré a explicar por qué no he escogido esa. El resto eran pensar en algo terrible —no estaba en el *mood*—, darme una ducha fría —de madrugada no me apetece nada, la verdad— o regalarle una alegría al cuerpo. Estaba comenzando a rebuscar bajo el pantalón del pijama cuando he oído un ruido y, como si una fuerza invisible me quisiera sacar de un apuro, he puesto las manos en alto.

Como si estuviera en un maldito atraco.

Y así es como, de la nada, Savannah ha entrado en mi habitación. Ha cerrado la puerta tras ella, intentando no hacer ruido, y se ha quedado mirándome. Un escalofrío me recorre cuando pienso en la ínfima posibilidad de que haya venido a por mí.

«¿Ha venido a besarme?», pienso. No, no solo lo pienso, sino que esa idea toma forma de deseo que escapa de mi control. Debo de estar poniendo una cara totalmente ridícula en estos momentos, porque, cuando me fijo en su pijama corto y en la manera en la que el tirante de la camiseta le resbala por el brazo... Por un segundo pienso que, si no es ella la que salta a mi cama, me levantaré y suplicaré que me deje hacerle todo lo que se me está cruzando por la mente.

Pero Savannah no se mueve y voy perdiendo la esperanza. Aunque su pecho está agitado y está escandalosamente guapa así, tan natural, tan de estar por casa...

Creo que estoy perdiendo la cabeza por quien no debo.

Y eso es un problema. De los gordos.

«Sal de mi cabeza», ruego en silencio.

—¿Qué se supone que...? —Coloca su dedo índice en mis labios, que termina deslizando lentamente hacia abajo al tiempo que desvía su atención de mí. Ojalá no hubiera hecho algo así, porque todo esto solo alimentará mis fantasías durante las semanas que esté aquí y encima tendremos que fingir que estamos juntos. Va a ser difícil mantener el control—. Savannah, no voy a callarme, estás en mi dormitorio. ¿Hola?

No me hace caso. Ha pegado el cuerpo a la pared que colinda con la habitación de su hermano. Empiezo a comprender de qué va todo este asunto cuando se asegura de que su oreja capte cualquier sonido que venga del cuarto contiguo.

—¿Estás espiando a Bastian? ¿En serio? —Sudores fríos me recorren cada vez que la observo. Está en una pose demasiado provocativa, sensual. No sé cómo apartar la mirada de ella en estos momentos—. O estás aún más loca de lo que imaginaba o esta es la peor excusa que jamás he visto para entrar en la habitación de un tío.

—No te creas tan importante, de verdad. No todo gira en torno a ti.

«Ya podrías girar en torno a mí ahora mismo.»

—Siento decirte que estas paredes son bastante gruesas, dudo que oigas nada.

—¡Calla! Un maldito segundo, es lo único que pido —responde cabreada, aunque no grita. Su voz susurrada también me genera un cosquilleo curioso en el cuerpo.

—Mira que tienes mal carácter...

Me pongo en pie y me acerco a ella. Intento no pegarme demasiado a su cuerpo, porque la intención no es tentar a la suerte, sino saciar mi curiosidad. Ya que no quiere contarme qué es lo que tanto le interesa saber de Bastian a estas horas de la madrugada,

tanto como para irrumpir en mi habitación, tendré que averiguarlo por mi cuenta.

Pego la oreja a la pared, aunque soy incapaz de oír nada que no sea su respiración entrecortada. ¿Es porque estamos cerca o me lo estoy imaginando?

La tenue luz nocturna que se cuela por la ventana la ilumina parcialmente, generando una mezcla interesante de luces y sombras que le hacen tanta justicia como los rayos de sol. Es preciosa tanto de día como de noche.

Realmente lo es.

—Es... ¡es una chica! —Pega aún más la oreja, pero pronto se da cuenta de que no será capaz de obtener mucha más información. Aprieto los puños, porque por mí podría quedarse así un ratito más. Me arrepiento de haberme quejado, pues no quiero que piense que prefiero que se vaya. Al revés, es justo lo contrario—. Vaya... ¿Y quién será?

—¿Y si te ayudo a descubrirlo? No soy el mayor investigador del universo, pero quizá tenga más posibilidades de acercarme a tu hermano y sonsacarle información.

Da media vuelta, pegando su cuerpo a la pared —¿puede parar de hacer eso?— y me examina durante unos instantes, valorando si se fía o no. Aprovecho para poner la cara de niño bueno que nunca ha roto un plato y... parece que funciona.

—Vale, te propongo un trato. Si lo descubres y me lo cuentas, te invito a la estúpida cena.

—Eh, un respeto, de estúpida nada. Sería la mejor cena de tu vida. Y de todas formas esa cena me la debes sí o sí. Pero vale.

—¿Vale?

—Sí, vale. Aunque la cena será con barra libre incluida, ¿no? —Coloco los brazos en la pared, atrapándola en ese pequeño espacio.

Traga saliva y se le escapa un suspiro muy inocente. La tengo tan cerca que no entiendo cómo no me he lanzado a besar sus gruesos labios aún—. De comida, bebida y...

—Y ya, casanova.

Ríe cuando se agacha y pasa por debajo de mi brazo derecho, huyendo de lo que sabe que podría haber pasado.

—No me lo pones nada fácil.

—Soy la reina del caos, nunca lo olvides.

—Difícilmente...

Pese a que sonríe, sé que algo la ha entristecido. Un destello de tristeza ha cruzado sus ojos almendrados y ha apretado los labios. Doy un paso hacia ella y se da cuenta, porque me mira como si le asustara lo que pueda pasar a partir de este momento.

—Te has puesto triste.

—No es verdad —niega, cruzándose de brazos.

—No te pongas a la defensiva. Cuéntamelo.

Niega con la cabeza.

—No es nada.

—Savannah...

—Es una tontería, déjalo estar.

—No voy a hacerlo. Lo sabes. Si tengo que estar toda la noche preguntando, lo haré. ¿Qué has pensado?

—Que nadie puede olvidar que soy puro caos porque todo el mundo lo odia; pongo todo patas arriba con mi forma de ser, y eso hace que nunca nadie se quede a mi lado.

—¿Y por eso huyes tú?

—¿Qué? —Me mira como si la hubiera pillado haciendo algo malo y sé que he dado en el clavo—. No sé a qué te refieres.

—Sí, sí que lo sabes. Tienes la marcada tendencia de marcharte cuando te agobias. Por eso quieres irte de Holy Bay, por eso ahora

mismo estás deseando correr a tu habitación. ¿Sigo?

—No, yo... —Consulta la hora en su móvil—. Se ha hecho tarde. Es mejor que...

Va a irse sin decir nada, lo está haciendo de nuevo y no se da cuenta. Necesito que deje de luchar contra la corriente por un momento. Se vuelve y, antes de que desaparezca, la agarro de la mano. Cuando la rozo con toda la delicadeza del mundo siento que, desde este momento en adelante, dejo de respirar. Se me ha olvidado incluso hablar.

—Savannah, espera —digo por fin.

Me aclaro la garganta, porque apenas me sale la voz. Tengo la boca seca y creo que mi sed no puede calmarse solo con agua.

No me mira, pero me da igual. Tengo que decírselo.

—Yo no lo odio. El caos. Tu caos.

Pestañea varias veces, como si estuviera procesando mis palabras. Después echa un vistazo a su alrededor. Todo está perfectamente ordenado, no hay ni una sola cosa fuera de su sitio.

Salvo mi cordura, que ha ido evaporándose durante la noche hasta que soy incapaz de encontrarla. Hasta que he llegado a esta situación con ella.

—Odias el desorden —afirma, convencida de lo que dice.

—Sí, pero no este. —Coloco mi mano cerca de su corazón, al tiempo que intento no rozar su pecho. No es que no quiera, pero obviamente no es el momento—. Recuerda que yo también me he desordenado muchas veces. Y eso está bien. No tengas miedo de mostrarle tus debilidades a la gente. No a mí.

Va a decir algo, lo sé porque se llena los pulmones de aire. Quiere decir muchas cosas y no encuentra el modo de hacerlo. Sin embargo, no me preocupa. Sé que hallará su manera, su camino.

Savannah es una chica fuerte, más de lo que cree. Solo quería que lo supiera.

—Gracias. Y siento haber invadido así tu habitación —susurra.

—Hazlo cuando lo necesites.

Se abalanza sobre mí, pero no para lo que yo pensaba. Me está abrazando. Me abraza tan fuerte que no sé qué hacer, porque no lo esperaba en absoluto. Me ha pillado de improviso. La rodeo con mis brazos lentamente. Cuando rozo la piel de su espalda con los dedos, se estremece y al final se aparta como si mi tacto la quemara.

No la veo bien a causa de la oscuridad, pero podría adivinar que se ha puesto roja.

Y yo no puedo esconder que me parece monísima cada maldita vez que eso le pasa.

—Buenas noches, Savannah. Que descanses.

31



Savannah

—Buenas noches, Scott.

Hago referencia a su apellido, porque, si su nombre a estas horas de la noche en mi mente suena demasiado personal e íntimo, en mis labios sería casi como un secreto inconfesable.

Me marcho en cuanto puedo y por fin, al cerrar la puerta tras de mí, agradezco haber puesto un muro de distancia entre nosotros. Por un instante he pensado que no podría resistirlo más. Me temblaban las piernas al tenerlo pegado a mí, en la oscuridad de una habitación ajena, respirando su aroma de cerca. Lleva uno de esos perfumes masculinos que desprenden un olor intenso durante todo el día, de los que piden a gritos que entierres la cabeza en el hueco entre su cuello y el hombro para embriagarte con ello.

Y encima se ha puesto a decirme esas cosas y me he descubierto sintiéndome vulnerable ante su presencia, como si pudiera ver más allá de lo que permito. No sé cómo gestionar algo así.

Hace unos días ni siquiera soportaba la idea de oír su voz durante una cena, teniéndolo lejos, y ahora... ahora lo que tengo en la

memoria reciente es un día bonito con Benjamin Scott. Nada más que eso.

Por si fuera poco, no puedo dejar de revivirlo en mi mente. Cierro los ojos, una vez en la cama, y rememoro todo el día, desde la situación surrealista de verlo bailando frente a un espejo —en realidad me ha parecido divertido y excesivamente mono que le encante Taylor Swift, pero supongo que este pensamiento intrusivo es culpa del cansancio—, pasando por las canciones en el coche, el batido y la comida, la forma en la que ha hecho el ridículo por mí, la carrera hasta la playa... Y no me olvido de nuestras conversaciones profundas, ni de los mensajes que hemos intercambiado, hasta terminar conmigo colándome en su cuarto en mitad de la noche.

Somos un desastre. Un maldito y gigante desastre.

Pero, como le he dicho a él, estoy acostumbrada al caos. Y, aunque creo que a veces otras personas lo aborrecen, es la única forma de vida que conozco. Yo soy así. Benjamin me ha dicho que no le disgusta mi caos.

¿Por qué tendría que cambiar?

Los pensamientos, las imágenes, las canciones... Todo se mezcla poco a poco en mi cabeza, hasta que deja de tener sentido. Me abandono finalmente al sueño que, después de tanto tiempo esperando, promete llevarme a un lugar lejano que me permita descansar.



—¡VETE AL INFIERNO!

Supongo que mi grito mañanero ha debido de despertar al vecindario entero. Me importa un pepino si soy sincera. Lo que no

puede ser, bajo ningún concepto, es que cada día me despierte con un maldito susto.

La primera tarde en Villa Springs, cuando me eché una siesta porque estaba agotada de haber pasado horas en el coche, además de la mala leche que gastaba ese día, Bastian y Benjamin me despertaron con un cubo de agua helada y terminé siendo lanzada a una maldita piscina. Ayer, que me dolía la cabeza de no haber dormido bien y del alcohol consumido la noche anterior, tuve que despertar con la música de Benjamin retumbando en las paredes. Y hoy, cuando por fin consigo dormir bien tras una larga noche, me encuentro con que este tío se cuela en mi cuarto con la música sonando por su altavoz. Casi me da un infarto.

Doy las gracias mentalmente por haber caído rendida con el pijama puesto.

Nota mental: tener cuidado, porque este chico aparece como y cuando quiere.

Aunque es cierto que yo lo invadí primero. Es, en parte, culpa mía.

—Buenos días a ti también, miss alegría de la huerta. Qué risueña te levantas todas las mañanas.

Intento volcar toda mi frustración en un amago de ahogarme con la almohada, enterrando la cara en ella por completo. Gruño y refunfuño por no maldecirlo a él y a todos sus antepasados.

—Vamos, bella durmiente, que se te pegan las sábanas. Tienes que ayudarme a entrenar, ¿recuerdas?

—Por desgracia...

—Bien, el desayuno está casi listo. Domingo de tortitas, me chivan por el pinganillo. —Lo miro, pero realmente busco la cámara oculta. ¿Por qué tengo a este tío en mi dormitorio hablándome de desayunos, entrenamientos y poniendo música?—. Me ha dicho mi tía que, cuando terminemos, podéis ir a la librería. Como hoy es

domingo, no habrá clientela y te lo podrá enseñar todo con tranquilidad.

—Genial. —Intento no sonar decepcionada o enfadada. Hago un pequeño esfuerzo. Me levanto de la cama y él no se mueve de donde está, a los pies de esta. De hecho, incluso se pone cómodo dejándose caer sobre el colchón. Sacudo ligeramente la cabeza, intentando borrar de mi mente la imagen que acaba de cruzarla—. Qué... buen plan.

—Savannah... Pórtate bien con ella. En serio, dale una oportunidad.

Percibo la amenaza en su mirada y me doy cuenta de que su tía es lo único que tiene. Jessica lo ha criado, le ha dado todo lo que tiene. Gracias a ella puede ir a la universidad, puede hacer lo que le gusta. No me he fijado demasiado en ella, porque verla con papá aún me duele, y me cuesta disfrutar de los momentos en los que estamos todos juntos, pero es cierto que se ve que se profesan un inmenso cariño. Es mutuo, se nota a la legua. Tienen una relación muy estrecha y es bonito verlo.

—No te preocupes. Y ahora ¿qué te parece si me dejas sola y me puedo desnudar para ir a la ducha?

Me cruzo de brazos y doy suaves pataditas al suelo con la pierna izquierda. Benjamin se sonroja al instante y se pone en pie, tan rígido y tenso como si estuviera formando parte de un campamento militar y el general le hubiese dado una orden.

—Eh... Sí, por supuesto. Ahora te veo. En el desayuno —aclara.

—Estupendo.

No tengo que acompañarlo hasta la puerta, porque, por suerte, se marcha por voluntad propia. No obstante, se ha ido tan rápido que se ha dejado el altavoz sobre la cama, aún sonando.

No me puedo creer que hasta ahora no me haya dado cuenta de que está sonando 5SOS, mi grupo favorito. No recuerdo haber mencionado ese dato en ninguna de nuestras conversaciones, así que imagino que habrá atado cabos tras revelarle que mi canción preferida era una de este grupo.

Suspiro al tiempo que la melodía cambia y da paso a un tema que me trae infinitos recuerdos: *Heartbreak Girl*.

Ni en broma se lo diré, porque le he gritado por ello, pero ¿no es monísimo por haber venido a despertarme con la música de mi grupo favorito?

Ay, Dios mío, soy lo peor.



Mi móvil vibra mientras procedo a llevarme a la boca un trocito de tortita. Están increíbles. Papá siempre ha sido un gran cocinero y un especialista en desayunos de película.

Estas tortitas, en cuestión, tienen forma de Mickey Mouse. Con sus orejitas redondas, es inconfundible. Recuerdo lo contento que vino el día que consiguió los moldes.

«Ahora sí, tengo todas las herramientas necesarias para hacerte feliz», dijo. Y tenía toda la razón. Nada pudo hacerme más ilusión ese verano que eso, un simple molde de tortitas.

Chequeo el mensaje nada más recibirlo.

Es de Benjamin. Lo miro, antes de leerlo. Y él también me mira, divertido. Ha posado la mano en su mejilla; tiene una expresión angelical. Oh, oh, lo conozco lo suficiente para saber que eso no augura nada bueno.

Voy a lanzarte unas fichillas durante el desayuno. Prepara tus mejores dotes actorales y, si eres capaz, devuélveme alguna.

Ahora que me has advertido, el juego ha perdido un poco la gracia. Fíjate, ya no va a parecer natural. Yo que había pensado en tirarte la caña porque sí... ☹️

Sus ojos reflejan un claro y ácido: «Sí, venga, ¿y qué más?».

Ah, ¿sí? Estoy deseando saber qué es lo que ibas a decirme si te saltaba con un piropo de la nada. Seguro que algo dulce, muy en tu línea.

Hummm... Qué pena que jamás vayas a saberlo. Tendrás que quedarte con la duda. La generosidad no es mi punto fuerte.

¿Y cuál es tu punto fuerte? 😉

No necesitas saberlo, campeón. Venga, esperaré emocionada a que caiga la primera bomba. A ver cómo hilas para que no parezca metido con calzador... 💣

Tic, tac..., boom.

—Rick, estas tortitas son de lo más originales, la verdad. Me da pena no poder comerlas ahora, pero me guardaré unas pocas para después de entrenar. Así las comeré con más ganas.

—¡Gracias! —Papá sonríe feliz. Nada le gusta más que recibir cumplidos sobre sus creaciones culinarias—. El molde lo compré exclusivamente por Savannah, que es una gran fan de Mickey.

Sé que va a soltarlo ahora. Pestañea ligeramente antes de decirlo.

—Claro, una chica como ella se merece un desayuno bonito por las mañanas.

Casi me atraganto con el café con hielo que estoy tomando cuando lo suelta. Me pongo a toser y tengo que aguantar la risa, porque, si no, esto se va al traste.

«Piensa una respuesta, rápido», me digo. Tengo que fingir ser amable y eso se me da fatal. Es obvio.

—Nada que no esté a la altura de un gran nadador como tú.

Si pudiera, estallaría en carcajadas por lo que acaba de salir por mi boca. ¿Qué narices? Parece que me ha poseído el espíritu de la simpatía. Papá abre ligeramente la boca y sus ojos se van posando en ambos, de uno a otro. Nos va alternando como si estuviera presenciando una película de la que no quisiera perderse nada.

Jessica sonríe.

—La verdad es que sí, ambos os merecéis este pedazo de desayuno. Savannah, porque ha terminado el instituto, que es un logro para celebrar, y mi querido Ben por todo lo que ha trabajado durante este año. Sois increíbles.

—Gracias, Jessica. —Sonrío y, esta vez, lo hago genuinamente. A menudo siento que no he conseguido mucho en estos años, que estoy perdida, pero sus palabras han hecho que me sienta mejor. He terminado el instituto y eso no es una meta poco importante—. Me ha hecho ilusión oír eso. A veces parece que vivo con el piloto automático puesto y no me doy cuenta de que el tiempo pasa. O que los logros hay que celebrarlos, por pequeños que sean.

—Y este no es pequeño, sino gigante. Un paso muy importante en la vida de una persona. ¡Brindemos por Savannah! —propone.

—¿Con tazas de café, tía Jess? —Benjamin ríe.

—Cualquier momento es bueno para celebrar, sea con café, con agua o con nada. Lo sabes.

Él asiente y se pone en pie, imitando a su tía. Yo sigo procesando sus palabras cuando sonrío y alzo mi taza.

—Por Savannah —pronuncia papá, uniéndose. Percibo la emoción en su voz cuando habla—. Estoy orgulloso de ti, cariño.

—¡Por Savannah! —gritan Ben y Jessica al unísono.

—Por mí —susurro.

Miro a Jessica y a su sobrino y, una vez más, pienso que quizá me haya precipitado al juzgarlos. A pesar de que aún no logro confiar demasiado en ellos, debo admitir que contribuyen a generar un ambiente positivo.

Quizá no todo sea tan terrible como pensaba.

—¿Y Bastian? —pregunto de pronto al caer en la cuenta de que falta mi hermano en la mesa del desayuno y que nadie le ha puesto plato ni cubiertos.

Recuerdo lo que pasó anoche. Trajo a una chica a casa. No sé si nuestro padre está enterado o no, pero no me voy a meter. No soy tan mala. Simplemente me muero de curiosidad por saber más sobre su nuevo romance. Siempre acabo enterándome de todo porque Bastian es incapaz de callarse nada, tiene una especie de incontinencia verbal en cuanto a asuntos del corazón.

—Ha salido esta mañana, temprano. No sé a dónde ha ido ni con quién, si te soy sincero —responde papá.

Asiento. Ya me enteraré. O Benjamin lo hará por mí, en caso de que Bastian se ponga en modo hermético de repente.

—¿Listo para entrenar, Benjamin?

—Nací preparado.

Me guiña un ojo y yo intento no mostrar al resto cómo me siento al respecto. Procuro que no se note que, cada vez con más facilidad, este chico consigue que una parte de mí se deshaga, se derrita.

Me desarma lentamente y ya no sé qué hacer para recomponerme.

32



Savannah

—¿Cuánto tengo que pagarte para que repitas que soy un gran nadador?

Pongo los ojos en blanco al recordar mis palabras y me doy mucha vergüenza a mí misma. Qué *ho-rror*. Si Daisy me hubiera oído, se hubiese pasado el resto de mi vida vacilándome.

—Como tenga que decir más cosas del estilo en lo que queda de verano, creo que moriré.

—Mira que eres dramática... —se burla. Finge que lo llaman a través de un teléfono invisible—. ¿Hola? Ah, sí, se os ha perdido una actriz en Carolina del Norte. ¿Que cuándo os la podemos enviar de vuelta? Uy, pues ahora mismito. Es un poco protestona, pero tiene buen fondo.

—Ja, ja, ja. Me parto, ¿eh? —Me llevo el móvil, esta vez uno real, a la oreja y lo imito—. ¿Hola? ¿Academia Nacional de Pésimos Cómicos? Se os ha escapado uno de los vuestros. Ajá, sí. Eso es. Benjamin Scott, exacto. Ah, ¿que es de los peores humoristas de la academia? No sé por qué no me sorprende.

Benjamin niega con la cabeza mientras se acerca a la piscina y, aunque me dan ganas de empujarlo, me controlo. En lugar de eso, me siento en el bordillo, tal y como hice ayer, asegurándome así de que no pierdo detalle cuando se quita la camiseta y deja su espalda de nadador al descubierto. Dios mío, es increíble. Tiene músculos marcados que ni siquiera sabía que existían, por no hablar de lo bien que le queda el bañador, pegado por completo a su piel. Tiene la misma forma que un bóxer y le hace un culo... espectacular.

Este chico parece sacado de una revista de deportistas de esas que te plantan al maromo cachas en primer plano y tienes que detenerte para mirarlo cada vez que la encuentras en alguna tienda.

Mis amigas tenían razón.

Y, no, no pienso admitírselo jamás, porque me amargarían la existencia si lo hiciera.

—¿Recuerdas lo que debes hacer? Ahí he dejado el material, sobre la toalla.

Asiento, no del todo convencida. Por otro lado, juraría que tengo una mínima noción de cuál es mi cometido y confío en que él me irá guiando, ya que ayer me equivoqué varias veces y Benjamin me corrigió después para que aprendiera. Cojo el cronómetro y el cuaderno para acercarme otra vez a la piscina. Cruzo las piernas y apoyo la libreta sobre mis muslos. Con el boli ya en la mano y el cronómetro en la otra, le echo un vistazo.

Ya se ha colocado en posición de salida. Aún no me ha quedado claro cuál es el orden de los ejercicios, cuántos metros debe nadar en qué estilo y otra infinidad de cosas a las que debería estar atenta; sin embargo, él sabe perfectamente lo que debe hacer. Ya me explicó que no le hacía falta mi ayuda para eso porque, de hecho, esta piscina no es la más adecuada por tamaño para practicar distintos estilos o ponerse en situación de competición.

En lo que hizo gran hincapié fue en que debía entrenarse en resistencia, que era algo que le había costado en algunos momentos, y en velocidad. Y ahí entro yo con mi cronómetro.

Esa es mi parte del trato y pienso cumplir con ello.

—A sus puestos —le anuncio, recordando que me había contado que los jueces árbitro dan esa orden para que los nadadores se coloquen para saltar al agua.

Él sonríe, dándose cuenta de que he hecho bien mis deberes y me he aprendido lo que debo decir, se coloca las gafas y se pone en posición. Levanta el pulgar, comunicándome de ese modo que está listo para empezar, así que doy la orden que lo hace salir disparado.

—¡Ya! —grito. Al mismo tiempo inicio el cronómetro y dejo que los segundos corran mientras él nada de un lado a otro sin parar.

Y yo intento no volverme loca registrando todos sus tiempos o controlando los movimientos que hace, porque, claro, debo ser precisa. Lo dejó claro. En cuanto roza la pared tengo que anotarlo.

Mis ojos no pueden separarse de su cuerpo, de lo que hace. Todos mis sentidos deben estar puestos en él y, por alguna razón, no me resulta tan difícil. Al principio me desquicio con tanta cosa, pero pronto voy automatizándolo y, al final, incluso me sale algo de voz para animarlo o comunicarle si ha conseguido mejorar su marca o no.

Él no habla y es obvio por qué. Primero, porque está entrenando como si le fuera la vida en ello. Segundo, porque estará intentando conservar el poco aire que le quede en los pulmones. Estoy convencida de que los míos ya estarían repletos de agua o que me habría hundido en algún momento, nadie se daría cuenta y así terminaría mi triste y aburrida vida. Vale, puede que esté siendo dramática otra vez.

Pero prefiero que no hable, porque así puedo observarlo en silencio. Solo se oye el ligero chapoteo y nada más, por lo que algo que creía que odiaría a muerte empieza a convertirse en una actividad relajante, casi placentera.

Creo que me gusta verlo nadar. Y que esté calladito, que está más guapo.

Vale.

Bien.

Hummm... Sí. Lo sé.

A quién pretendo engañar: si es complicado estar más guapo y, además, me encanta discutir con él.

33



Ben

—¿Ya te has cansado?

Sé que es broma porque llevo tanto tiempo entrenando que debe de estar aburrida de verme cruzar la piscina de un lado a otro. Ahora he disminuido el ritmo, dado que es lo mejor para concluir.

—Se llama «fase de enfriamiento activo», por eso estoy nadando así de tranquilo. Si lo haces suave, se reduce la acumulación de ácido láctico y dejas que tu cuerpo regrese a un estado de calma en el que se regulen lentamente el ritmo cardiaco y el respiratorio. Tan importante es un buen entrenamiento como una recuperación adecuada.

—¿Prefieres lo suave o la parte intensa?

—Hummm... ¿Seguimos hablando de nadar?

Aunque no le veo la cara en estos momentos, no me hace falta. Sé que, si por ella fuera, ya me habría ahogado varias veces en esta piscina. Pero tendrá que aguantarme unas semanas, le guste o no.

Y conozco su norma, la inquebrantable.

«No puede pasar nada entre nosotros.»

No me he olvidado de ello, pero que yo sepa eso no implica que no pueda divertirme un rato. Jamás haré nada que ella no me pida.

Ahora bien, si lo pide...

«No lo pienses ahora, merluzo», me digo, pues caigo en la cuenta de que ponerme juguetón en estos momentos sería demasiado evidente. Este bañador no ayuda a esconder nada de nada.

—Voy a ignorar tu estúpida pregunta, porque tus intereses sexuales me dan igual.

—¿Segura?

—Sí —replica, visiblemente irritada.

Reprimo una risita. He decidido terminar de nadar por hoy, así que me acerco y me pego a sus piernas, sin rozarla; simplemente me quedo ahí mirándola. Aprovecha este momento para recogerse el pelo en una coleta alta y desenfadada. Los rizos caen por su espalda y le queda de infarto. Me parece que está preciosa con el pelo recogido; se le ven más el rostro, los ojos, la piel morena.

Se la ve más a ella, en toda su complejidad.

—Vale, si algún día tienes interés, no dudes en preguntar.

—Te prefería nadando. Calladito ganas mucho.

Reparo en ese momento en que su padre ha salido fuera y que se acerca, así que la miro y decido advertirla primero porque, como siempre digo, Savannah es impredecible. Nunca sabes cómo va a actuar y no me quiero llevar un tortazo gratuito e injusto.

—Viene tu padre. No te asustes, que me voy a acercar bastante.

Su expresión de confusión refleja el susto que, pese a estar advertida, se ha dibujado en su rostro. Coloco mis brazos de forma que le rodean las piernas, en el bordillo de la piscina, y hago fuerza para levantar mi peso. Cuando logro estar a la altura de su rostro deposito un beso en su mejilla. Cerca de la comisura de los labios, aunque no lo suficiente. Tampoco quiero que su padre me mate, ese no es el plan.

Me cae mejor que ella, así que quiero mantener el buen rollo con él.

—Hola, chicos. ¿Qué tal va ese entreno?

No sé si ha llegado a ver el gesto que he tenido con su hija, porque en estos instantes solo tengo ojos para ella y sus mejillas sonrojadas. Sus labios permanecen ligeramente entreabiertos por la sorpresa, como si ese beso hubiera supuesto una grieta en sus rígidos esquemas.

No creo que me haya pasado, ¿no?

Ha sido fruto de un impulso. Me apetecía hacerlo. Todo sea por llevar adelante esta supuesta relación falsa que, claro está, ninguno de los dos tiene idea de cómo fingir. Es complicado.

—Genial, Rick. Tu hija aprende muy rápido, es increíble. ¿Todo lo hace bien?

La abraza por detrás, agachándose para rodearla con ambos brazos, y ella ríe sin intentar zafarse de su agarre. Ya no parece tan enfadada con él, aunque es cierto que tampoco hace muchos esfuerzos por acercarse. Poco a poco irá aceptando la situación; quiero pensar que sí.

Es una buena persona. Estoy seguro de que quiere que su padre sea feliz, por encima de todo.

—Parece que sí. La verdad es que Savannah y Bastian son maravillosos. Te quiero, hija —susurra. Él también le da un beso, pero en la frente.

—Y yo, papá.

—Bueno, os dejo, que alguien tiene que sacar a *Holland* de paseo, si no se volverá loco, y con él nos arrastrará al resto. Es demasiado activo.

Se despide y, tan rápido como ha llegado, se marcha. Yo sigo a la vera de Savannah, sin moverme, bajo sus piernas. No dice nada, así

que no tengo ni idea de lo que pasa por su mente. Lo único que sé es que se ha puesto roja.

—Deberías darte crema en la cara; parece que te estás quemando.

—Sí, es que... hace calor. Tengo las mejillas ardiendo por el sol —miente.

—Oh, espera. Eso tiene solución.

Vuelvo a acercarme y dejo resbalar algunas gotas de agua sobre su mejilla. Hay algo tan personal en este momento... Es un gesto muy simple, pero cuando le acaricio la piel y siento el contraste del frío y el calor es como si sufriera una descarga que me deja sin habla. Aunque sufrir no es la palabra más adecuada para describir lo que estoy experimentando. Más bien lo disfruto. Su cercanía, su olor a cítricos y la forma en la que es incapaz de esconder que está nerviosa por no poder prever mis movimientos. Mi mente no deja de flotar en una infinidad de escenarios posibles que necesito que se hagan realidad. Pienso en lo bonito que ha sido acariciarla y los lugares en los que podría tocarla así, con delicadeza, arrancarle un escalofrío y...

El sonido de un claxon interrumpe mis fantasías y hasta lo agradezco. Mi tía ha sacado el coche del garaje y agita su mano.

—¡No tengo prisa, pero te espero aquí, Savannah! ¡Cuando quieras nos vamos! —grita, para que la oigamos.

—¡Voy ya! —responde ella, a gritos también—. Tengo que irme. Adiós. Espero haberte ayudado.

—Mucho. Mil gracias, Springs. Por cierto, te recuerdo que la fiesta de la que te hablé es este viernes. Te comentaré los detalles cuando me informen mis fuentes.

—Eh..., sí, genial.

—Vendrás, ¿no?

—Claro. No me lo perdería por nada del mundo.

Me dice adiós con la mano y, tras ponerse en pie, sale corriendo. Una vez más, Savannah huye lejos de lo que la asusta. No sabe que, si quisiera, podría ser la Caperucita Roja que venciera al lobo feroz.

La heroína del cuento.

Ella podría ser todo lo que quisiera y mucho más.

34



Savannah

El trayecto en coche ha sido... incómodo.

Raro, extraño, confuso.

—¿Te gusta leer, Savannah?

—Sí, mucho.

La miro ahora, mientras abre la puerta de la librería, y me doy cuenta de todo lo que esto supone. Tener que pasar tiempo con ella a diario, ya no solo en casa, sino en la tienda también. La verdad es que es complicado de digerir. Es simpática, mucho, eso nadie lo puede negar. Parece una buena persona, calmada y generosa. Ama a su sobrino y lo ha cuidado como si fuera su madre, así que también se lleva un sobresaliente como tía. Tiene muchas cualidades positivas y sé que debería alegrarme por la felicidad de mi padre.

Sin embargo, este sigue siendo un verano que no quiero vivir. Y lo peor de todo es que lo que yo deseo, los tiempos que quiero revivir, jamás volverán. Darme cuenta de eso, a la par que ella habla sobre lo muchísimo que le gustan los libros y lo bien que lo vamos a pasar juntas... No sé cómo gestionarlo.

La situación me supera y siento que, en cuanto ponga un pie en la librería, no habrá vuelta atrás.

—Oh, ¿y qué es lo último que has leído? —pregunta.

Intenta de todas las formas posibles establecer una conexión conmigo. Entiendo por qué quiere hacerlo, pretende que nos llevemos bien. Es lógico. Debería ser así, por papá y porque vamos a pasar mucho tiempo juntas a partir de ahora si esa relación funciona.

Por otro lado, yo no soy capaz de deshacer este nudo que tengo en la garganta cuando estoy con Jessica.

Incluso mamá ha decidido darle un voto de confianza. No le cae mal; piensa que es una mujer trabajadora y valiente que ha sacado a su sobrino adelante de la mejor manera que ha podido. Y tiene razón, porque eso es admirable y, sin duda, no ha debido de ser fácil para ella. A pesar de que siento ganas de preguntarle sobre ello, no lo hago porque sé que no es adecuado. Me trago la curiosidad y la guardo para más adelante.

—*Romper el círculo*. Es una novela increíble.

Esbozo una sonrisa agridulce al recordar ese libro que tanto disfruté. Fue duro de leer, pero se quedó en mi corazón para siempre. Lo tengo lleno de pósits y dibujitos. Sí, soy de esas personas a las que no les importa hacer los libros suyos. No entiendo esa necesidad de mantener todo intacto cuando yo siento el impulso de volcar todos mis sentimientos sobre las páginas a medida que voy leyendo.

—Me suena muchísimo. Colleen Hoover, ¿verdad? He oído que la autora lo está petando.

—Sí, la misma. Se merece el éxito que ha logrado, sus historias son realmente buenas. Tiene mucho talento.

—Me lo apunto en mi lista de pendientes. ¿De qué trata?

—Es mejor que no lo sepas —le advierto—. Ve a ciegas, no te arrepentirás.

—Nunca he hecho eso con un libro, pero te haré caso porque me parece muy divertido sumergirme en una lectura sin saber qué encontraré en ella. Qué gran idea, Savannah.

Me mira con sus ojos verdes, idénticos a los de su sobrino, repletos de ilusión. Le apasiona la literatura, se le nota. Echo un vistazo a la pequeña librería. Es muy bonita y acogedora. Mezcla el estilo clásico de siempre con un toque más moderno, dando a entender con la estética que aquí hay lecturas para todos los gustos. Por otro lado, es cierto que en el escaparate solo he podido ver libros superventas —lo cual tiene sentido— de literatura adulta. Nada juvenil.

—Sí... A veces está bien dejar que los libros nos sorprendan.

He intentado sondear la opinión de mi madre acerca de la relación de papá con Jessica y no he conseguido nada más que regañinas por su parte porque opina que soy demasiado dura. Mamá siempre ha creído en las segundas oportunidades en la vida y, según ella, mis padres nunca estuvieron hechos el uno para el otro, aunque intentaron creer que sí durante mucho tiempo. Considera que quizá lo alargaron demasiado, pero cree que hicieron lo que podían.

Mamá es un espíritu libre, indomable. El carácter explosivo lo he heredado de ella, aunque reconozco ser una extraña mezcla de ambos. Papá es mucho más tranquilo, le gusta el estilo de vida relajado, sin demasiadas preocupaciones. Se contenta con lo mismo cada día, siempre y cuando eso que tiene sea de calidad, algo que lo haga feliz. Mamá es mucho más exigente: siempre necesita más. Nunca está satisfecha. Ella quería explorar el mundo y descubrir sus propios límites. Él, en cambio, solo quería una vida sencilla en Holy

Bay. Nada más. Quería ser feliz aquí y me da la sensación de que por fin ha reunido lo que necesitaba para serlo.

Mamá y papá eran demasiado incompatibles, todos lo sabíamos. Algo así no puede durar. Puedes encontrar a tu otra mitad y que sea opuesta a ti, pero, si no comparte tu manera de entender el mundo, poco se puede hacer.

La vida es demasiado corta para desaprovecharla con alguien que no te entiende, que no va a poder acompañarte en tu camino. Si no te completa, ahí no es.

El caso es que son mis padres. ¿Está mal que me cueste dejarlos ir? ¿Es tan terrible que quiera aferrarme a esos recuerdos un ratito más, sabiendo que pronto desaparecerán y ya no quedará nada de lo que una vez fuimos?

Mi familia era parte de mi identidad y ahora no sé quién soy.

Es jodidamente duro.

—Bueno, que me he puesto a hacerte preguntas y no te he dado la bienvenida a esta preciosa librería. Ya sabes que estoy sustituyendo a la señora Howell, que está de vacaciones, pero desde el primer momento me he sentido cómoda. —Su sonrisa cálida acompaña a sus palabras, demostrando que es cierto lo que dice—. Siempre he estado rodeada de libros en la biblioteca, así que esto es parecido. De hecho, siempre he soñado con tener mi propia librería, solo que nunca me he atrevido. Le puse hasta nombre en mi imaginación.

—¿Sí? ¿Cómo la llamarías?

—B&J —afirma, segura de su elección.

Me enternece que decidiera llamar a la librería así por sus nombres. Adora a su sobrino y es su debilidad, se le nota. Está orgullosa de él.

—Qué bonito. ¿A Benjamin también le gusta leer?

Decido pasear por el local, inspeccionando cada balda, cada ejemplar. Me fijo en los títulos, especialmente en aquellos que hay en la mesa de novedades. Pronto doy con un estante de libros de segunda mano y me detengo a hojear alguno. Los hay curiosos, aunque sigo pensando que a la librería le falta algo.

—No tanto, ya sabes. Entre las competiciones, la universidad... Es complicado. Pero de pequeño le encantaba que le leyera. —Se aparta con cuidado el flequillo de la cara y sonríe, perdiéndose un poco en esos recuerdos que han llegado a su mente—. A veces inventaba cuentos para él. No creo que lo recuerde, pero era un momento especial para ambos.

—Seguro que se acuerda. Yo no he olvidado ninguno de los cuentos que me leían mis padres antes de dormir. Los tengo todos en casa de mamá.

Suena raro hablar de ella aquí, con Jessica delante, aunque, si a ella se lo parece, no lo demuestra en ningún momento. Al contrario, da la sensación de que le ha gustado lo que le he contado.

—Savannah, siéntate en esa butaca de lectura si quieres. Te contaré un poco mi historia para que sepas por qué me gusta tanto trabajar rodeada de libros. Luego ya hablaremos de cómo me puedes ayudar este verano.

—Genial, claro. —Miro hacia los lados, en busca de la butaca que ha mencionado. Está a unos pasos, así que me siento y espero a que comience a hablar—. Cuando quieras.

—Bien. —Arrastra una silla hasta sentarse a mi lado—. Verás, siempre he sido una amante de los libros. Siento como si fueran parte de mí desde que tengo uso de razón. Cuando era pequeña los devoraba; era bastante madura para mi edad, así que cada vez leía más y escogía lecturas más complicadas. A mi padre le encantaba regalármelos. No teníamos mucho dinero en casa, pero él decía que

un libro era un artículo de primera necesidad. «Con estos pequeños amigos lograrás viajar a donde te plazca, serás quien quieras ser. Abrirás tu mente, y no hay nada más poderoso que eso», solía decir.

—Me encanta. Se nota que lo querías muchísimo.

—Era el mejor. —Sonríe—. Y tenía razón en todo lo que decía. Gracias a los libros he aprendido mucho, he vivido más de lo que jamás podría haber aspirado. Cuando los padres de Ben murieron, fue durísimo. Perder a una hermana es horrible, y con un niño tan pequeño... —Lanza un suspiro lleno de pesar, de malos recuerdos y mucho sufrimiento del pasado que sigue estando muy presente—. Me juré que nunca se sentiría solo, que no le faltaría de nada. Por si fuera poco, el hombre con el que creí que compartiría mi vida no resultó ser el príncipe azul de todas esas historias que leía. No se parecía nada a los hombres de los que me había enamorado en la ficción y fue un duro golpe cuando se marchó por no querer hacerse cargo de la situación.

»Pero fueron los mismos libros que me crearon expectativas falsas sobre el amor los que, con el tiempo, me enseñaron lo que sí era un romance sano, bonito, duradero. Me abrieron los ojos. Las historias que leí en aquellos tiempos tan grises me hicieron sentir más acompañada, igual que el vínculo especial que fui creando con Ben. Desde que Benjamin llegó a mi vida, jamás he vuelto a sentirme sola.

Casi me emociono con sus palabras y es la primera vez que siento que podría llegar a conectar con ella. Porque entiendo tanto ese sentimiento...

—Imagino que el trabajo en la biblioteca te daba paz.

—Exacto. Mi mundo eran los libros, era el único lenguaje que conocía, lo poco que sabía hacer. Necesitaba algo cerca de casa, que pudiera permitirme vivir y, al mismo tiempo, dedicar tiempo a Ben.

Es el trabajo perfecto para mí. Aunque, como te he contado, no olvido mi sueño de la librería. Supongo que este verano me quitará un poco la espinita.

—Para una gran lectora tiene que ser increíble trabajar en una librería, sí —reconozco—. ¿Crees que escogiste el camino correcto, aunque no cumplieras ese sueño?

No lo pregunto por cuestionarla, sino por entenderla mejor. Por intentar comprender cómo alguien que ha estado perdida logra encontrar su sitio. Necesito saber cómo lo hizo para asegurarme de que yo también descubriré lo que me gusta hacer en la vida.

—Para mí, cualquier camino lleno de libros es maravilloso. Muchas veces he pensado que debería haberme lanzado, pero al final preferí asegurar lo que tenía, que también me gustaba. Ya te darás cuenta de que los negocios no son tan estables. No entrará mucha gente, porque la lectura parece que ha dejado de interesar. La cultura de la inmediatez ha hecho mucho daño. Pero nosotras seguro que damos con alguna buena idea para cambiar eso.

La escucho atentamente, empapándome de todo lo que dice. Creo que jamás la había oído hablar tanto, tan seguido. Está emocionada, le apasiona lo que hace. Es evidente que estaba destinada a ser librera.

—¿No vienen jóvenes a la librería?

—Muy pocos, prácticamente ninguno. El hijo del panadero se pasa a veces por aquí, el resto solo para encargar libros de lectura obligatoria.

—Ah...

Arquea las cejas, como si esperara que le devolviera mis pensamientos.

—Si se te ocurre algo, Savannah, suéltalo con total libertad. Estoy más que dispuesta a escuchar propuestas si es que tienes alguna.

Cualquier idea será muy bienvenida por mi parte. De hecho, es un poco lo que necesita este lugar. Un lavado de cara, crear alguna iniciativa nueva..., algo que enganche y llame la atención. Sería una pena dejar que esta librería muriera. Seguro que la señora Howell lo agradecerá a su vuelta.

—Es que... Yo... Bueno, miro a mi alrededor y no veo mucha literatura juvenil. ¿Sabes algo sobre las autoras que escriben *new adult* y lo petan hoy por hoy?

—No, pero me encantaría saber más, eso seguro.

—Genial. ¿Tienes Instagram?

Asiente.

—No lo uso mucho, pero sí.

—¿Y la librería tiene cuenta en Insta?

—No lo creo. Si a mí ya me cuesta trabajo manejar esas apps del demonio, imagina a la señora Howell.

—Vale. Una última pregunta... ¿Sabes lo que hacen las *bookstagrammers*?

—No tengo ni idea.

—Yo te lo explicaré. Te voy a enseñar un mundo nuevo, Jessica.

Sonrío. Pocas veces tengo la oportunidad de compartir algo así con alguien, así que aprovecho. Disfruto mostrándole mis cuentas favoritas de Bookstagram y BookTok, los *trends* más interesantes, los libros que más arrasan en las redes... Autoras que mueven masas. Jóvenes que leen.

Jessica me mira alucinando y yo sé que le gusta lo que ve, y que, quizá, que yo haya aterrizado en esta librería no sea la peor idea del mundo, sino que entre ambas probablemente podamos hacer un buen trabajo aquí.

A lo mejor puedo ayudar y eso me hace sentir bien. Sentirme útil por una vez en mucho tiempo es justo lo que necesito.

No lo esperaba, pero una ligera ilusión se enciende en un lugar recóndito de mi corazón.

35



Ben

Me abro una cervecita y dejo caer mi peso sobre el sofá. Casi aplasto a Bastian y este se queja.

—Eh, capullo.

—Es que eres como un palo, no te he visto.

Pone cara de pocos amigos. He exagerado, aunque es cierto que es muy delgado. Se parece a Savannah en sus rasgos latinos, en lo moreno que es, pero no podrían ser más distintos en realidad. Bastian tiene los ojos pardos, las cejas más gruesas y una mandíbula muy marcada. Un mechón de pelo le cae por la frente, casi hasta los ojos. Savannah, aunque posee una mirada muy felina, tiene los rasgos faciales más suaves y finos.

—No quiero morir ahora. Toca carrera de Fórmula 1 y he tenido que estar un par de horas en el Sunrise sirviendo bebidas. Estoy reventado.

—Comprensible. —Inclino mi botella de cerveza y él hace lo propio con la suya—. No estoy muy puesto en esto de los coches, así que puedes hacerme un resumen si quieres, porque, si no, no me enteraré de nada.

—Es el GP de Azerbaiyán, en Bakú. Un circuito por la propia ciudad. ¿Sabías que algunas carreras se celebran en circuitos callejeros?

Doy un trago a la birra, bien fresca. La verdad es que creo que el amor por la cerveza no es innato, sino más bien te vas acostumbrando a su sabor y, un día, te das cuenta de que no hay vuelta atrás. Ya no puedes prescindir de ella. Supongo que el mundo funciona así, te acabas adaptando; es ley de vida.

—No tenía ni idea —admito—. Suena bien. O sea que, además de ser boxeador, te mola la Fórmula 1.

—Seguramente más que el boxeo, pero, claro, a eso no me puedo dedicar. —Ríe. Se encoge de hombros—. Tampoco me voy a ganar la vida boxeando, aunque al menos puedo practicarlo sin arruinar a mis padres. Y, si algún día voy mal de pasta, siempre podré dar clases. Pero, sí, siempre me ha gustado, igual que a mi padre. Además, no te voy a mentir, alguno de estos pilotos me alegra la vista.

—Me había olvidado de que solo tienes diecisiete años. Socorro, me han dejado a cargo de un adolescente hormonado. Soy tu niñero. De hecho, ni siquiera deberías estar bebiendo, es ilegal.

—Oye, oye, un respeto. ¡Solo eres dos años mayor, no te flipes! Tú eres un hetero básico hormonado, que es bastante peor. Ah, y ahora que lo pienso, tú tampoco deberías estar bebiendo. ¿Has cumplido los veintiuno? No, ¿verdad? Pues a callar.

—Uy, lo que me ha dicho... —Me hago el ofendido, llevándome la mano a la boca—. No, tengo casi veinte y la experiencia necesaria, así que contrólate, niño, que me han llegado rumores de que ayer tuviste visita hasta tarde y todo.

—Últimamente contarle algo a mi hermana es como publicarlo en redes sociales. —Alza los brazos, algo cabreado. Se acerca la botella a los labios y deja que el líquido se derrame en su garganta; da un

trago bastante más largo de lo que esperaba—. O peor aún, en las noticias locales.

—Bueno, técnicamente no se lo contaste, te pilló ella y ni siquiera sabe con quién. O eso me ha dicho.

—Pues se va a quedar con la duda. ¿Te ha mandado a que me saques información? —pregunta.

No me mira porque está demasiado concentrado en ver a esos tíos dando vueltas en sus coches. El comentarista habla en un lenguaje que me resulta muy lejano, casi incomprensible. Usa palabras como DRS, *pole*... No comprendo.

A un tal Carlos Sainz lo ha dejado tirado el Ferrari, eso es lo único que sí he entendido, porque lo he visto con mis propios ojos. Pobre, seguro que se ha llevado un disgusto por no poder terminar la carrera.

En fin, no lo conozco de nada, así que ni siquiera sé por qué siento pena.

—No —contesto, aunque, como tardo en hacerlo, sospecha.

—No te creo. ¿Qué te traes con mi hermana?

—¿Qué?

Pestañeo varias veces. No esperaba que fuera tan directo. ¿Es que ha notado algo? Si no he dicho nada.

—No sé. Estos días habéis pasado mucho tiempo juntos y juraría que a Savannah, el primer día, si le llego a dar un mechero..., no te ofendas, pero habría quemado la piscina contigo dentro. No es personal, es que ella es así.

Típico de Savannah. Sí, ella es así: explosiva. Impulsiva, también. Su fuerte carácter es único en su especie. Pienso que está algo enfadada con todo y con todos, pero, cuando le bajas la intensidad y se calma..., sigue teniendo mucha personalidad, muy marcada. Ella

es así y me encanta que sea tan auténtica. Creo que jamás intentaría cambiarla.

—Dudo que la piscina se fuera a quemar...

—No me cambies de tema.

—Oye, pero ¿tú no estabas viendo la puta carrera, tío? Brum, brum, coches, coches.

Bastian estalla en carcajadas. Se retuerce sobre el sofá de cuero marrón. Incluso tiene que dejar la cerveza a un lado, en la mesita, porque, si no, podría llegar a derramarla por todos lados.

—Tío, realmente te gusta mi hermana, ¿eh? Vale, bueno, tenía mis sospechas. Ahora tengo cero dudas de que te has pillado.

—*No* —remarco la palabra para que me entienda bien— me gusta Savannah. Es solo que...

Me arrepiento al instante y no continúo hablando. Es su hermano. No le voy a contar lo cachondo que me pone Savannah y mucho menos voy a revelarle el tema de la relación falsa. El caso es que tampoco puedo negarlo en redondo, porque, si la semana que viene empiezo a salir con ella, va a flipar y no se lo creerá.

Es mejor dejarlo a merced de la imaginación. Total, tampoco sabría explicar lo que me pasa cuando estoy con ella. Me pongo nervioso, me tiembla todo. Y yo siempre he tenido un gran autocontrol, así que no entiendo por qué no soy capaz de mantenerme sereno cuando Savannah anda cerca, ni por qué me voy muriendo cada vez que la oigo reír, cuando la hago rabiar.

O por qué estoy deseando que vuelva de la librería para pasar, aunque sea, unos minutos a su lado. Mandarle un mensaje por la noche y que lo responda con un comentario de lo más sarcástico. Si hago cualquier cosa incluso por oír un simple «Vete al infierno».

Quiero que venga conmigo a la fiesta y dejarnos llevar, es que no puedo negarlo.

No sé qué me pasa cuando estamos cerca, que el mundo entero se detiene. Mi cordura estalla en pedazos por su culpa. No me puedo creer el efecto que tiene en mí, pero lo tiene.

—Como no pares te juro que le cuento a tu padre que ayer entraste con una chica en tu habitación a las tantas de la madrugada y, si me apuras, a lo mejor hasta descubro quién es y se lo cuento a tu querida hermana para que se lo diga a todo el universo.

—Ni lo sueñes. Si descubres, por casualidad... Bueno, si te enteras de algo que no debes, te callas. Tío, somos colegas, ¿no?

—Sí.

—No puedes venderme por una chica.

—Depende de la chica.

—Estoy empezando a pensar que realmente eres el alma gemela de Savannah. Sois los dos igual de irritantes.

Le lanzo un cojín a la cara.

—Como dice ella: calladito estás mejor.

—Qué bien conoces sus frases.

—Es que me las dice muy a menudo.

—Ya, claro... Será eso, sí.

Bastian se muerde el labio inferior, el mismo gesto de su hermana.

Salvo que, cuando Savannah lo hace, yo solo quiero acercarme, colocar mi mano en su nuca y atraerla hacia mí para besarla.

Esa es la diferencia: haga lo que haga, Savannah me deshace. Me incendia.

Me mata poco a poco, lentamente.

36



Savannah

A Jessica no le importa parar en casa de Daisy para recogerla. O más bien secuestrarla, porque no tiene ni idea de que voy a por ella.

Marco su número en cuanto me monto en el coche y pulso el botón de llamada. Tras unos cuantos tonos, la pantalla cambia y comienzan a correr los segundos que indican que lo ha cogido, al fin.

—Entiendo que estarás hecha una mierda y tienes muchísimos motivos, pero comprenderás que, como mejor amiga, no voy a permitir que te hundas así sin más, así que... estoy yendo a por ti.

—Buenos días a ti también, reina.

—Venga, Day, no puede ser que no hayas respondido a mis mensajes aún. Te he dejado... ¿Cuántos? ¿Catorce?

—He estado un poco ocupada.

—Sí, llorando tus penas, lo sé, nos conocemos. ¿Y tú crees que voy a dejar que estés así, que me voy a quedar tan tranquila?

—Si hay alguien capaz de lograr que mueva el trasero, esa eres tú —admite.

—Estupendo. En diez minutos estamos en la puerta de tu casa, así que acelera si no estás vestida. Nos vemos ahora, ¡te quiero!

Cuelgo y Jessica sonríe a mi lado mientras conduce. La verdad es que lleva todo el día así; parece que le ha gustado todo lo que le he enseñado sobre el entorno de la literatura juvenil. Me ha dicho que tenía muchas ideas para trabajar en conjunto y me ha pedido que, en realidad, de lo que le gustaría que me encargara es de mantener vivas las redes sociales de la librería. Será algo así como ser *bookstagrammer* durante unas semanas. Bueno, nunca me lo había planteado, pero tampoco puede estar mal. Es algo que controlo; me gusta crear contenido, aunque no lo suba a ninguna plataforma.

Y tampoco es que vaya a tener tanta repercusión, siendo una don nadie en ese mundillo. No soy más que otra espectadora del *show*, así que dudo que vaya a conseguir grandes logros.

Solo le he podido prometer que lo intentaré. Y le he dado una lista de libros top que debería colocar en los escaparates para atraer a los jóvenes del pueblo. Tengo otras ideas, pero debemos ir poco a poco, ver si funciona esta estrategia o si es mejor escoger caminos alternativos.

Ella, por su parte, parece realmente agradecida. Actúa como si le hubiera descubierto un universo cuando tampoco he hecho tanto. Solo he enfocado una realidad que para mí es importante.

Para mí y para muchísimas personas que viven y sueñan a través de los libros, que viajan gracias a esas historias y se enamoran perdidamente de los personajes.

Estoy segura de que tiene que haber más jóvenes lectores en Holy Bay.

—Sois buenas amigas, me encanta. Si me permites un consejo...

—Claro.

A pesar de que no me apetece mucho hablar con ella, fuera de lo estrictamente profesional, no tengo escapatoria durante los trayectos en coche. En casa es más fácil evitarla; aquí estoy atrapada.

¿Ha sido simpática conmigo durante todo el día? Sí. Pero eso no significa que esté a gusto en su presencia o que quiera que viva en mi casa con su sobrino. No quiere decir que lo acepte, que me parezca bien.

—No la pierdas. Estad siempre ahí la una para la otra, sed buenas confidentes y valorad lo que habéis creado. No es nada fácil mantener amistades a lo largo del tiempo, porque, bueno, la gente cambia y no siempre en la misma dirección. Las amistades verdaderas, las irrompibles, son una rara avis. Un tesoro muy preciado que proteger.

—Sí, tienes razón —musito.

Me voy fijando en las casas de los vecindarios colindantes al de Daisy cuando pasamos frente a ellas, con tal de no mirar a Jessica. Sé que lo que dice es verdad. Sin embargo, me molesta que quiera darme una lección que yo no le he pedido. Me enfada un poco, incluso.

—A Ben no le haría gracia que te hablara de ello, pero él tenía un amigo muy cercano; tanto como lo es Daisy para ti. Era un niño tan especial...

Esta vez sí que me vuelvo hacia ella, presa de la curiosidad.

—¿Y qué pasó?

—Eso deberías preguntárselo a él, no me corresponde a mí contarlo, solo que... la amistad tuvo que romperse. Ben no ha vuelto a dejar que nadie entre en su vida de esa manera, no quiere encariñarse. Aunque no me lo dice, yo lo sé. Soy su tía, lo conozco

muy bien. Le da miedo que le vuelvan a hacer daño, que lo traicionen.

—Es una sensación de mierda.

Quizá no debería usar esas expresiones con ella, pero es que yo soy natural, no me corto. Si quiere convivir conmigo, debe saber que soy así. Irascible, auténtica, un poco malhablada a veces.

—¿Tiene que ver con aquello que le pasó? ¿Lo que le impidió lograr la beca?

—¿El accidente de la piscina?

—¿Accidente? —repito, procesando la palabra letra por letra.

Jessica se da cuenta de que ha hablado demasiado y se lleva los dedos a la boca, tapando sus finos labios de forma parcial. «Ups», se puede leer en su expresión.

—¿No te lo ha contado?

—Qué va. Le he preguntado varias veces y nada, no suelta prenda. Dudo que me lo vaya a contar, no parece tener intención de hablarme de ello.

—Lo hará —asegura. Me mira de reojo y después vuelve a centrar la vista en la carretera.

—¿Cómo estás tan segura?

—Como te he dicho antes, soy la persona que mejor lo conoce. ¿Es esa la casa? —Señala la vivienda con el tejado azul a dos aguas. Creo que no le habrá costado trabajo reconocerla, ya que es bastante diferente al resto.

—Sí, puedes parar aquí si quieres —le indico, aunque en estos momentos solo puedo pensar en lo que me ha dicho antes de cambiar de tema y redirigir la conversación hacia otro asunto menos importante. Al menos para mí.

«Lo siento, Daisy, te adoro, te lo juro», pienso, como si eso me hiciera mejor persona por querer pasar de mi amiga hasta recibir las

respuestas que necesito.

—Genial. Pues dile, si quieres, que vaya sin prisa; cuando esté lista ya sabe dónde encontrarnos.

—Ah, no, a Daisy un poco de prisa nunca le viene mal —discrepo.

Ella no replica. Mejor, porque no la conoce. No sabe que Daisy puede llegar a ser la persona más impuntual del planeta y que no sería la primera vez que tuviera que allanar su casa y tirar de ella escaleras abajo. A sus padres les encanta verme y a mí me pasa igual, aunque en ocasiones estoy internamente enfadada con ellos y su estilo de educación demasiado exigente. Daisy a veces necesita respirar, porque la atosigan. Entiendo que lo hacen desde el amor a su única hija, pero sobreproteger no es lo mismo que querer.

Cortar alas no es sinónimo de amar.

Es obvio que Jessica parece haber dado por zanjada la conversación sobre el supuesto accidente de Benjamin, así que esperamos en silencio hasta que saco el móvil del bolsillo de mis *shorts*. Lo desbloqueo, entro en mi conversación con Daisy y pulso el botón de grabar.

—Daisy, te doy más o menos dos minutos de margen. No me obligues a entrar —la amenazo por audio.

En un par de segundos veo el doble *check* azul. No contesta, así que me ajusto el nudo de mi blusa blanca, a la altura del ombligo, y me giro para soltarme el cinturón.

La puerta se abre. Me vuelvo hacia atrás y veo que es ella.

—Me sobra un minuto. ¿No hay premio por eso?

—Una tarde conmigo bastará, imagino.

—Podríamos ver una película...

—No pienso ver *Mamma Mia 2* otra vez. Me la sé de memoria.

—¿Por qué sabes que iba a elegir esa peli?

—Daisy, tía, es literalmente la única que quieres ver, eh..., ¿siempre? Vives por y para *Mamma Mia!*

—Es que es una maravilla que no sabes apreciar. Las magníficas canciones de ABBA, una trama divertidísima, personajes maravillosos y carismáticos. —Su voz de emoción delata lo mucho que le gusta—. Por no hablar de la espectacular ambientación. Literalmente mi sueño: escapar a una isla griega y pasarme el día cantando, bailando y bebiendo.

—¿También piensas acostarte con los tres primeros que pasen y compartir a tu hija con ellos el resto de tu vida?

—Si los tres primeros tíos que pasan son Harry, Bill y Sam jóvenes..., sí, un rotundo sí.

—Estás fatal.

—Además, ¿qué hay de malo en que tres tíos majísimos tengan cero masculinidad tóxica y no compitan entre ellos, sino que colaboren para cuidar de su hija? Es que, ojo, pedimos responsabilidad afectiva a los hombres y ellos son el mejor ejemplo.

—Ahí he perdido la batalla. Punto para ti —admito.

—Y para *Mamma Mia!*

—Sí, pero no pienso verla de nuevo.

Daisy emite un quejido desde la parte trasera del coche. Echo un vistazo a través del espejo retrovisor interior para cazarla justo en el momento en el que se cruza de brazos y hace un mohín de disgusto.

Jessica nos observa divertida. Mi amiga se da cuenta de que ha entrado en el coche sin fijarse siquiera en quién conducía y se queda blanca al percatarse de que es la tía de Benjamin. Y de que acaba de admitir su fantasía de tirarse a los primeros tres tíos que encuentre en una isla griega.

—Oh, hola, Jessica. Estaba tan enfrascada en la conversación que ni te he saludado. Perdona.

—¡Tranquila! Estabais siendo la mar de divertidas. ¿Ponemos rumbo a Villa Springs?

Me chirría un poco que pretenda hacerse «la guay», como Bastian lo describiría, utilizando el Villa Springs como si tuviera el derecho por vivir allí ahora. Y, no, Villa Springs es algo nuestro, no suyo. Ella no forma parte de nuestro mundo, por mucho que quiera pretender que sí.

Sin embargo, me toca fingir que no me importa. Lo dejo pasar.

—Sí, por favor.

—Genial. Ah, por cierto, Daisy: estoy de acuerdo contigo. Si tuviera la oportunidad yo también me largaría a una isla griega y, oye, si encontrara a tres hombres que quisieran compartir la gran responsabilidad de ser padres... A caballo regalado, no le mires el diente. ¡Quién pudiera vivir eternamente en esas magníficas películas!

Mi mejor amiga esboza una sonrisa amplia y a eso le sigue una sonora carcajada. Sé que, con eso, se la acaba de ganar. La tiene en el bote.

Pongo los ojos en blanco: vamos de mal en peor.

37



Ben

Cuando se abre la puerta de casa lo último que espero es que entren Savannah y Daisy detrás de mi tía.

Y que ella luzca una sonrisa de oreja a oreja solo puede significar que Savannah no se ha portado mal en su primer día de... ¿librera en prácticas? Imagino que más tarde me enteraré de todo lo que ha pasado y por qué la tía Jess parece tan contenta y satisfecha.

Es incluso sospechoso, no sé. Qué raro.

—¡Daisy! —exclamo. Me levanto para saludar a la sonriente pelirroja y, cuando llego a su altura, le doy dos besos, a los cuales ella responde con un brinco de alegría—. Da gusto ver una cara amigable aparecer por aquí.

—¿Lo dices por algo? —pregunta irónicamente Savannah, que nada más verme en el sofá con su hermano ha puesto mala cara.

—No, no, por nadie en concreto. Bueno, ¿qué? ¿Tú no me vas a dar dos besos como tu amiga? —la vacilo.

Ignora mis bromas y Daisy se tapa la boca para evitar que se le escape una risita. Después me mira con interés, como escaneándome. Me está evaluando, juzgando, lo sé. Tiene ese brillo

malicioso en los ojos, de quien intenta emparejarte con su amiga pero primero trata de asegurarse de que seas la opción buena.

—¡Ni se te ocurra! —grita Bastian, poniéndose en pie cuando Savannah agarra el mando de la tele para cambiar de canal—. Estoy viendo la carrera.

Daisy y yo sabemos lo que se viene y tenemos claro que nuestra intervención será necesaria para que estos dos no se maten. Aunque, cuando llegamos a su lado, me doy cuenta de que nos hemos colocado en el lado equivocado. Yo debería estar junto a Bastian, ser su apoyo moral. Huelga decir que no ha sido así, que Savannah está tan cerca que me invade la terrible tentación de rodearle la cintura con el brazo.

—¿Y a mí qué me importa? Paso de ver a cuatro tíos dando vueltas y vueltas y más vueltas. Daisy y yo queremos ver algo juntas.

Lo bien que le queda esa blusa blanca anudada, que le deja a la vista parte del abdomen y la cintura, debería ser ilegal. Al igual que los pantalones cortos que se ha puesto, ya que se ciñen a la perfección a su cuerpo.

Ahora mismo siento una adrenalina parecida a la que deben de sentir los pilotos de Fórmula 1 cuando están a punto de coger una curva peligrosa a esas velocidades. Sé que es una tontería y que el simple hecho de tenerla a mi lado no debería encenderme, pero lo hace. No puedo ver este sofá y no recordar la forma en la que mis manos treparon por su cintura y su espalda. Esa manera intensa de mirarnos y la tensión brutal que surgió en el momento más inesperado.

«Agua fría, eso es lo que necesitas ahora. Hielo, no fuego.» Pensar en frío siempre me ayuda a relajar... eso. La erección que quiero evitar a toda costa durante todos estos días.

—Nosotros estábamos aquí primero. Poneos a la cola.

Savannah parpadea varias veces, lentamente. Puedo olfatear la oleada de rabia que está sintiendo desde aquí y eso que no ha dicho nada. Ha optado por quedarse callada, de brazos cruzados, atravesando a su hermano con la mirada.

Pinta mal.

Dicen que tras la tormenta llega la calma, pero a veces me da la sensación de que ella es la excepción a la norma. Con Savannah es la tormenta la que termina persiguiendo a la calma y no a la inversa.

—Savannah, no me mates, pero yo... quiero ver la carrera —discrepa Daisy.

Abro mucho los ojos. Ese giro de guion inesperado no lo había visto venir. ¿Daisy es otra fanática de la Fórmula 1? Quizá por eso se lleva tan bien con Bastian. O a lo mejor solo ha sido un efecto colateral de su amistad, que uno haya iniciado al otro en el mundillo de los corredores y los coches. El caso es que Savannah la está mirando como si hubiera sufrido la mayor traición de su vida.

Parece incluso un poquito decepcionada.

Quiero rozar sus dedos con los míos. Están tan al alcance. Quisiera hacerle sentir que estoy aquí, que es mejor que se tranquilice porque no conseguirá nada estallando. Que no pasa nada. Quiero hacerlo, pero sé que no debo.

—Había olvidado que eras otra friki como mi hermano.

—A ver... —Creo que es mi momento de poner orden aquí—. ¿Y si vemos ambas cosas? Para que sea justo para todos. Primero terminamos la carrera, que tampoco quedan muchas vueltas. Cuando se haya acabado, Savannah, te prometo que ponemos la película que quieras ver. ¿No es así, Bastian?

—Yo no...

—Bastian... —lo regaña Daisy con sutileza antes de que se niegue rotundamente—. Es lo mejor.

—Vaaale. Está bien. Es lo justo. —Tiende la mano hacia su hermana y ella, aún dubitativa, se la estrecha con fuerza.

Nos sentamos en el sofá, en este orden: Bastian, Daisy, Savannah y yo. Tal y como estábamos de pie.

«Mierda, ahora sí que me va a costar contener mis impulsos», pienso. Intento que no se note que estoy tenso. Savannah busca una postura cómoda, subiendo ambas piernas al sofá y abrazándose las rodillas al mismo tiempo que posa su carita sobre ellas. Daisy tiene una pierna cruzada sobre la otra y Bastian se sienta con los muslos bien separados y la cerveza en una mano.

Todo parece normal mientras transcurre la carrera, salvo un detalle. Minúsculo, casi imperceptible. Savannah no se da cuenta en ningún momento porque está muy atenta a la carrera y, aunque lo niegue, se nota que le gusta más de lo que sería capaz de admitir. Eso o es que está babeando por Charles Leclerc o Carlos Sainz, lo cual no me sorprendería en absoluto. No le pega ser una absoluta fan de Fernando Alonso o Checo Pérez. Lando Norris podría colar, pero tengo la teoría de que, para entrar en el club de fans de ese chico, hay que escribir un *fanfic* sobre él en Wattpad. A ella no la veo haciendo eso, aunque nunca se sabe.

En cambio, yo sí que me he fijado. He decidido que voy a fingir que no lo he visto, porque es mejor así. No es asunto mío y yo, en realidad, no tengo ni idea de nada. Y si yo no sé nada, significa que tampoco Savannah. Al menos, por ahora.

Miro de reojo a Bastian y compruebo que, sí, su dedo sigue acariciando el pelo de Daisy, justo en la zona de la nuca.

No sé por qué lo sé. Pero... lo sé. Es ella, la chica de la que está enamorado.

38



Savannah

Me dan ganas de ponerme a bailar cuando por fin termina la carrera.

Parecía que este momento nunca iba a llegar. Daisy y Bastian se han enfrascado en una conversación para nada interesante sobre pilotos, estrategias, equipos y más asuntos que escapan por completo a mi comprensión.

—Vamos, Checo Pérez segundo. ¡Brutal! —celebra mi hermano, agitando el puño con entusiasmo. Daisy se cruza de brazos con la frustración reflejada en el rostro—. ¿Ves? Tanto apoyar a los Ferrari... Si no han podido ni acabar la carrera por un fallo del coche. Vaya par de pringados, ¿eh?

—Repite eso y la paliza que vas a recibir te va a doler más que si Checo hubiera quedado último.

Bastian estalla en carcajadas y yo pongo los ojos en blanco. Es como si hablaran otro idioma.

—Los sigues solo porque son guapos.

—¿Acaso sigues tú a Checo solo por tus raíces mexicanas? Leclerc y Sainz no tienen la culpa de estar buenísimos además de tener

talento. Tu argumento tiene cero validez.

—Ya, ya... ¿Elegiste tú el equipo o fueron tus hormonas?

—Tifosi hasta la muerte, encanto.

Benjamin y yo permanecemos en silencio, uno junto al otro, ajenos a todo lo que nos rodea. No nos movemos, no pronunciamos palabra. Estamos cómodos así, totalmente relajados. Casi me duermo sobre su hombro durante lo que quedaba de carrera y doy gracias por haber reaccionado a tiempo. Menudo bochorno habría pasado si llego a acurrucarme contra su pecho o algo así.

Escalofríos me entran al imaginarlo. Esto se nos va de las manos.

No podemos cruzar más límites de los que ya hemos traspasado.

—Bueno —interrumpo la discusión acalorada de mi mejor amiga y mi hermano, porque lo que dicen me importa un comino y lo que necesito es un poco de vidilla—, nos toca.

Me pongo en pie. Miro a Daisy para comprobar que está de acuerdo y, sin hablar, llegamos a un entendimiento lo suficientemente rápido. Ya sabe qué peli no vamos a poner, así que necesitamos otra opción. Una maravilla cinematográfica, la mejor película que se haya hecho en la historia.

No puede ser otra que esa que ambas tenemos en mente.

—*¡High School Musical!* —exclama mi amiga, levantando los brazos y sacudiéndolos en el aire mientras emite un chillido muy agudo.

Si tuviera un carácter similar al suyo, daría saltitos de emoción. Daisy y yo, en realidad, no podemos ser más diferentes. En parte creo que es eso lo que nos hace complementarnos la una a la otra.

—No, no, otra vez no, por favor, lo suplico. La hemos visto treinta millones de veces —ruega Bastian, frunciendo el ceño.

—Me acabo de tragar una carrera de lo más aburrida por tu maldita culpa, así que te agradecería que no me tocaras las narices

más por esta tarde —lo amenazo. Mi hermano está especialmente insoportable hoy.

—Pero si estabas concentradísima viéndolo.

—Sí, vamos, tanto que casi me duermo varias veces sobre... —Me callo justo a tiempo porque creo que revelar que me habría quedado dormida encima del pecho de Benjamin no me va a ayudar en nada —. Bueno, que no me he dormido de milagro.

—Savannah...

Oh, no. Conozco la voz de Daisy. Es esa que utiliza cuando se va a poner del lado de mi hermano pero no quiere que me enfade. Me manipula con el tono de quien es justo y hace siempre lo correcto, como si solo buscara el bien de todos. Ella sabe perfectamente lo que hace cuando elige bando.

—Daisy, no me jodas.

—Tía, hay muchísimas más pelis que podemos ver. Tú misma has pasado de ver *Mamma Mia!* por el mismo motivo. Podemos pensar en una opción que nos guste a todos.

Si esta es su venganza personal por no haber elegido su película, no me gusta en absoluto.

—Claro, porque la carrera, a Benjamin y a mí, nos fascinaba. ¿No se nos ha notado? Ah, perdón, me había olvidado de que, como habéis estado todo el rato hablando de vuestras cosas, no os habréis ni percatado de que seguíamos aquí —suelto, enfadadísima.

Y entonces siento su mano rozando la piel de mi pierna, arrancándome un escalofrío. La posa sobre mi muslo, en modo protector. Es un «Tranquilízate, estoy aquí» en toda regla.

«Respira hondo», me anima sin decirlo en voz alta.

—¿Qué os parecería ver *El gran showman*? Es una de mis películas favoritas, quizá os guste.

Cuando se da cuenta de que lleva varios segundos con la mano sobre mi pierna, la levanta de ahí como si mi piel quemara. Reprimo un quejido. Ahora solo puedo pensar en recuperar esa calidez.

Quiero que vuelva a tocarme y eso en mi mundo se llama *problema*.

—Amo esa peli, joder. La banda sonora me pone los pelos de punta —comenta Daisy.

—Me parece bien —opina mi hermano.

Así que solo quedo yo por opinar. Titubeo unos segundos antes de responder. Supongo que aún estoy aturdida a causa del momento contacto y la pérdida de este.

—Eh... Vale, guay. ¿Soy la única que no la ha visto aún?

—Tienes que estar de broma. —Benjamin se gira hacia mí con cara de haber visto un fantasma—. No me puedo creer que no hayas visto *El gran showman*. Tenemos que solucionar eso ya.

—Pues no se hable más —dice Daisy, sonriendo.

Bastian se dispone a buscar la película, la cual encuentra rápido, y pulsa el botón del mando a distancia que ordena a la pantalla grande desplegarse para que podamos verla en modo cine. La verdad es que fue una pasada cuando a papá se le ocurrió la idea de instalar el proyector.

Corremos algunas cortinas para ver la película mejor. Es que, a veces, a oscuras la vida se siente diferente. En ausencia de luz todo es más íntimo, sin duda.

Sin embargo, el pequeño huracán de emociones que se ha desatado en mi pecho desde que Benjamin me ha calmado con el tacto de su mano no se desvanece. Se vuelve abrumador, demasiado abstracto para comprenderlo. No pienso con la claridad con la que debería. Me late el corazón tan rápido que solo puedo oírlo sonar en estéreo y todo lo que hay a mi alrededor se difumina unos instantes.

—¿Todo bien? —me susurra al oído antes de que comience la película.

Me vuelvo y creo que me quedo demasiado rato enganchada a sus ojos. Se me olvida responder. Al final asiento y rezo en silencio para que no vuelva a susurrarme al oído, porque, si accidentalmente rozara mi cuerpo, notaría el estremecimiento que me ha provocado.

Ahora que estamos uno junto al otro, arropados por la oscuridad, me pregunto qué es lo que está pasando. Por qué me siento tan extraña, como si no me reconociera. ¿Cómo es que ha sido capaz de calmarme y alterarme al mismo tiempo?

—Ya verás, te va a encantar. Ojalá te guste tanto como a mí la primera vez.

Necesito que deje de hablarme con esa voz tan suave y dirigida solo a mí, en serio. Tengo que poner un poco de distancia emocional, porque de repente siento muchas cosas y no sé ponerles nombre.

Suena una canción que me saca al instante de mis pensamientos. La peli ha comenzado. Bastian sube el volumen y me quedo absorta en lo que veo, en lo que siento. El suelo tiembla bajo mis pies a causa de los golpes que da el público contra el suelo en esa primera escena. Aparece Hugh Jackman en pantalla, ataviado con un chaqué rojo y un bastón, y su voz me llega al instante. Ya me ha atrapado por completo.

—Guau... —se me escapa, igual que a Benjamin le pasa con una media sonrisa que no puede contener.

La canción estalla y el espectáculo circense aparece por primera vez ante mí. Todos giran, bailan, cantan. Me quedo sin habla, totalmente muda. Siento algo en el pecho que no puedo describir.

Y después de esa llega otra canción que logra humedecer mis ojos y ablandar mi corazón. Me emociono con *A Million Dreams* como si

fuera la primera vez que descubro una historia de amor. Y, no, no es la primera, pero sí una especial. Es esta canción y lo que me transmite, la letra, la escenografía... Todo lo que veo me traspasa.

Mi corazón se deshace en suspiros inaudibles y la melodía se cuela entre mis huesos. Me llega más de lo que podría describir.

Sinceramente, no esperaba sentir algo tan fuerte. No pensaba que una película pudiera sacudirte de esta manera.

—Gracias —susurro en el oído de Benjamin cuando el filme ya ha alcanzado la mitad de su duración y yo solo puedo pensar en lo mucho que desearía retroceder en el tiempo para ver esas escenas una y otra vez—. No puedo explicarte lo mucho que me gusta.

No lo pienso mientras se lo digo porque me estoy dejando llevar por la emoción. Él tampoco parece estar pensando con claridad cuando busca mi mano. Lo miro de reojo y me tenso al entrar en contacto con su piel, al dejar que me roce los dedos con tanta delicadeza. Sé que él también está emocionado por esta película que tanto le gusta y se percibe en sus ojos, que le brillan de una manera muy personal.

La cantante pelirroja entona una canción que termina por romperme, *Never Enough*. No quiero llorar. Ay, si pudiera evitarlo, lo haría sin dudar. Pero no puedo. Me tiembla el corazón al escucharla. Joder, me he sentido así tantas veces... Nunca suficiente, a veces demasiado. La necesidad de sumar y restar partes de mí me ha hecho daño en muchísimas ocasiones, es algo que arrastro desde que era pequeña.

—Gracias a ti por dejarme mostrarte las canciones que marcaron mi vida. Por compartir conmigo esta emoción, Savannah —susurra de vuelta en mi oído.

Me estremezco y, esta vez, no huyo de su contacto. Lo necesito. Necesito que alguien me sostenga durante un rato. Relajo mis

defensas y le agarro la mano con fuerza cada vez que siento que la emoción me va a desbordar. No se queja, así que no lo suelto en ningún momento.

Y, aunque no hemos cruzado ninguna barrera realmente, siento que este pequeño gesto resquebraja las normas que nos hemos impuesto.

Sé que somos una maldita bomba de relojería, pero necesito que este instante dure un poquito más. Alargarlo el tiempo que haga falta y, después, fingir que nunca ha ocurrido.

Que no vamos a continuar con esto, que estamos confundiéndonos.

Fingiremos que el verano no puede ser perfecto así.

Que nos falta algo que no encontramos.

Y que ese algo no está en los brazos del otro.

39



Ben

Los días pasan volando. Me asombra la forma en la que, de repente, estamos a viernes. Hace nada era domingo y estábamos viendo una película en el sofá, y ya asoma el fin de semana de nuevo.

El paso del tiempo es una cuestión que me fascina a la vez que me inquieta.

Le he pedido a Savannah que antes de irse a la librería me ayude con el entrenamiento, pero esta vez no en Villa Springs, sino en la piscina donde se va a celebrar la competición dentro de un par de semanas. Rick tiene contactos y me han dejado todo despejado a primera hora para que pueda venir a entrenar y familiarizarme con el lugar. Después, el uso será libre y seguro que más nadadores invadirán el espacio, así que está genial que ahora solo estemos nosotros aquí.

Sorprendentemente, no ha protestado mucho, y eso que le he hecho madrugar para acompañarme. Solo se ha quejado un par de veces y ha querido dar media vuelta una. Lo esperaba peor.

Salgo del agua tras el calentamiento inicial. Puedo percibir que ha funcionado: me siento enérgico y mis músculos están activados. Tengo ganas de aprovechar el tiempo.

—Hoy vas a ver lo que es un entrenamiento real —le explico, aunque por su rostro ojeroso intuyo que no ha dormido mucho y que no va a prestar demasiada atención.

Aquí sí que contamos con todo lo necesario: una piscina de cincuenta metros con corcheras, calles, poyetes de salida... Además de tener a mi disposición el material necesario para trabajar en resistencia u otros aspectos imprescindibles en este tipo de competiciones, como las palas, que le pido a Savannah que me acerque.

—Y esto, ¿para qué sirve?

—Se colocan en las manos y logran aumentar la fuerza del tronco superior (brazos, hombros y pecho), mejorando también la técnica y, en general, la resistencia.

—Ajá.

Finge que me ha entendido, pero sé que no tiene ni idea de lo que estoy hablando. Qué mona me parece cuando no se pone en plan borde, sino en modo curiosa. Asiente, esperando a que le diga qué hacer.

—Apartaremos las palas un rato. Voy a empezar con crol. Voy a ir todo lo rápido que pueda, así que ya sabes qué hacer.

—Claro.

Me coloco en el poyete, en posición. El calor que he generado en los músculos tras el entrenamiento matutino más el calentamiento en el agua comienza a apoderarse de todo mi cuerpo. Cierro los ojos y escucho los sonidos a mi alrededor, el agua fluyendo. Inspiro el olor del cloro, de la situación de competición. Lo siento como si diera un salto en el tiempo y aterrizo en ese momento tan terrorífico; me invade el rugido del público, incluso rememoro con claridad las respiraciones nerviosas de mis compañeros esperando a los resultados.

Savannah da la orden de salida y me lanzo al agua. Vuelvo a casa. Me encanta esta sensación. Me llena de vida y me conecta con la persona que quiero ser. El nadador que soy, con beca o sin ella.

—¡Vamos, Benjamin! —exclama ella, metiéndose en su papel de entrenadora al máximo.

Intento no desconcentrarme mientras nado a toda velocidad.

Esto es lo que más me gusta en el mundo: nadar. Y tengo la suerte de tener otra oportunidad, de demostrar a mi entrenador que puedo hacerlo y que, entre todos los candidatos, yo soy uno de los que merecen esa beca. He trabajado duro para conseguirla y no pienso dejarla escapar, al menos no con facilidad.

Un tren se puede perder una vez en la vida, no dos. Eso sería dejarlo marchar.

Y yo no soy de los que se rinden.

Sin embargo, uno de los giros en el muro no sale tal y como esperaba. Creo que he gastado demasiada energía desde el principio y ahora estoy pagando las consecuencias del cansancio. Mi corazón bombea con demasiada fuerza y la ansiedad me visita. Todo se vuelve borroso cuando los recuerdos intrusivos regresan a mi cabeza. Solo ha sido un giro, pero ha arrastrado demasiadas imágenes a mi cabeza, así que me ralentizo sin quererlo. Ya no siento calor, sino una extraña sensación de frío.

En vez de la voz de Savannah, oigo la del entrenador gritando. Alguien se lanza al agua a por mí y ni siquiera sé quién es, dónde estoy, si me estoy muriendo.

«Es la ansiedad —me repito una y otra vez—. Tiene que serlo. Te encontrabas bien esta mañana. Recuérdalo. Respira hondo, joder.» Quiero pensar que es la ansiedad, porque la alternativa sería mucho peor.

No quiero revivir otra vez esto. Necesito que se acabe.

Un grito de frustración abandona mi garganta al mismo tiempo que alguien me sostiene entre sus brazos y tira de mí hacia un lugar seguro. Cuando llegamos al bordillo de la piscina, Savannah me acaricia el rostro, cerciorándose de que estoy bien.

—¡Ben! ¿Estás bien? Dios mío, dime algo —grita, horrorizada.

Ben.

Me ha llamado Ben.

Ben, no Benjamin. Ni Scott. Solo Ben.

Enfoco la vista y la miro con tanta gratitud... Mi respiración se va calmando cuando me dejo caer sobre su hombro y va volviendo muy progresivamente a sus niveles iniciales. Su pelo desprende un olor que mezcla de forma curiosa su perfume y el cloro, lo cual me ayuda también a regresar a la realidad e ir frenando las pulsaciones. En contraste, noto sus latidos acelerados.

Ella y yo somos así: dos polos opuestos destinados a colisionar.

—No me sueltes ahora, por favor —le ruego.

—Dime que estás bien.

—Lo estaré. Solo necesito... un momento.

—Vale. Todo lo que haga falta. —Me rodea la cintura con los brazos. Su tacto bajo el agua es cálido. No me puedo creer que le haya pedido esto, pero me da igual. Ni siquiera sé si es una buena idea, porque, en cuanto se me calme la respiración y recupere la compostura, es probable que me ponga más duro que una maldita roca—. Tranquilo, no estás solo, estoy aquí contigo, ¿vale? No te pasará nada.

—Gracias. No tenías por qué haberte lanzado a por mí —susurro, avergonzado. Savannah se percata de que aún tengo las gafas de nadar puestas y las retira con suavidad. Esta vez nos quedamos mirándonos a los ojos—. No tendrías por qué...

—No iba a dejar que te ahogaras. Me caes mal, pero no tanto.

Si tuviera fuerzas, me reiría. En lugar de eso, esbozo una tímida sonrisa. No sé cómo lo hace, no sé qué tiene, pero me encanta. No lo puedo evitar, ya no.

—¿Te sigo cayendo mal?

Veo la duda en sus ojos y eso me gusta. Me alegra más de lo que debería.

—No lo sé.

—Me has llamado Ben.

—Igual has alucinado. Se te veía muy afectado. ¿Qué te ha pasado? ¿Te has agobiado?

—No me cambies de tema.

—Joder, casi te da algo ahí dentro. Necesito saber qué es lo que te pasa o no podré ayudarte más.

Yo sé que me ha llamado Ben y que eso es un paso de gigante en nuestra extraña relación. Nunca se refiere a mí por mi nombre abreviado, sino que he sido Benjamin en todo momento. O Scott, dependiendo del día. Le he pedido en infinidad de ocasiones que se dirija a mí como Ben y nunca lo ha hecho, hasta ahora.

Hasta que ha pensado que me iba a ahogar en la piscina.

Le ha salido tan natural que no sé ni cómo sentirme. ¿Significa algo eso? ¿Es normal que ahora no quiera aclararlo y me haga sentir como si me lo hubiera inventado?

El caso es que tiene razón. Debería contárselo.

Y voy a hacerlo. Creo que merece una explicación por lo que acaba de presenciar. No quiero ocultarlo más. A ella, no.

40



Savannah

—Salgamos del agua —propongo—. Creo que, después de lo que ha pasado, te vendrá bien descansar. Vamos a casa mejor, ¿te parece?

—Vale, sí. El entrenamiento me importa una mierda ahora mismo.

Me ofrece su toalla, ya que yo no he traído ninguna, pero lo único que hago es envolverlo a él con ella. La necesita mucho más que yo.

Cuando llegamos al parking, nos cruzamos con un buen puñado de nadadores que parecen haber tenido la misma idea que nosotros. Casi todos pasan olímpicamente de Benjamin y de mí, pero uno moreno de espalda ancha y tatuajes se detiene.

—¿Scott? —Lo mira extrañado, como si algo no le cuadrara—. Joder, ¿tú también estás instalado en mi casa? Porque, si es así, te juro que no te he visto hasta ahora.

A juzgar por su comentario, ese debe de ser el famoso Mike Donovan, el de la fiesta, ese que aloja a todos los nadadores en su mansión.

—No, no. —Ríe ante la confusión de Mike—. Estoy aquí por... asuntos familiares.

No tardo en darme cuenta de que uno de ellos, el rubio alto y musculoso con un *piercing* en el labio inferior que está más apartado de todos, no me quita la vista de encima. De hecho, juraría que me guiña un ojo. La verdad es que no le hago ni caso, porque tengo la cabeza en jardines más interesantes que ese.

—Ah, vale, ya decía yo... Pero te veré luego en mi fiesta, ¿verdad? No me puedes fallar.

—Claro, tío, no me la pierdo por nada. —Chocan los puños. ¿Todavía se lleva ese gesto? La comunicación entre nadadores es algo que se me escapa. Solo conozco a uno y con eso tengo suficiente—. Ella vendrá conmigo —anuncia.

Esbozo una sonrisa fingida y asiento, como si estuviera pendiente de la dichosa fiesta para la que ni sé qué ponerme.

—Estupendo, ya sabes que puedes traer a quien quieras. ¿Y tú cómo te llamas? —Esta vez se dirige a mí. Tengo que alzar la vista, porque estaba contando cuántos tatuajes tiene por todas partes. Son demasiados y pierdo la cuenta. Mi atención la atrapa por completo el del escorpión gigante que le rodea el cuello—. Así de primeras no me suenas mucho.

—Savannah Springs. Ya, yo tampoco te recuerdo del pueblo.

—Bueno, pues lo solucionamos en la fiesta esta noche, chicos. Ya habrá tiempo de charlar.

—Que vaya bien el entrenamiento, Mike. Dale caña.

—Gracias, *bro*.

¿Bro? Madre mía, ¿en qué clase de fiesta me voy a meter yo hoy? Esta debe de ser la panda de chavales testosterónicos de los que me hablaba Benjamin.

Musito un «adiós» y nos marchamos.

Nos metemos en el coche y, una vez en la carretera, enciendo la radio. Le echo una mirada furtiva para controlar que esté bien. Va

observándolo todo a través del cristal y, al menos, parece tranquilo. Menos mal que vivimos cerca, porque ambos estamos empapados y vamos a ponerlo todo perdido. Tendremos que dejar las ventanillas del coche bajadas para que se sequen los asientos durante la tarde.

Ninguno habla durante el trayecto, pues estamos demasiado enfrascados en nuestros pensamientos. Espero a que me cuente algo si quiere, pero no lo hace.

No, al menos, hasta que detengo el motor cuando llegamos a casa. Y, ahí sí, termina por regalarme esa confesión que tanto le ha costado.

—El puto asma, Savannah. Eso fue lo que me hizo perder la beca.

—¿Asma? ¿Eres asmático?

Nunca pensé que el asma podría ser la causa de que Benjamin perdiera la beca, pero... tiene sentido. Se trata de un deporte muy exigente; entrena muy duro y tiene que quedarse sin aire cuando lleva horas nadando sin parar. Aunque desconozco los síntomas concretos del asma, más allá de saber que afecta a los pulmones y a la respiración, es lógico pensar que pueda ser complicado compaginar un ejercicio tan intenso con una afección como esa.

—Sí, de toda la vida. Por suerte, mi caso es leve e intermitente. Nunca me ha afectado demasiado. Hago vida normal salvo cuando aparecen los jodidos resfriados, que pueden llegar a ser bastante duros. El resto del tiempo no lo tengo más presente. Me fatigaba con más facilidad cuando empecé a nadar, pero he trabajado mucho la resistencia.

—Entonces, ¿puedes dedicarte a la natación?

—Sí. De hecho, se recomienda hacer ejercicio. El único problema es que, si te pasas, el exceso puede incidir y desencadenar un episodio. Lo tenía todo bajo control, Savannah. El médico que lleva las revisiones periódicas de mis pulmones me pautó el inhalador

para usarlo antes de entrenamientos fuertes o competiciones, así que, teniendo eso, he estado tranquilo durante mucho tiempo.

—¿Y qué pasó aquel día? —pregunto, temerosa. No quiero hacerle daño ni hurgar en la herida, pero estoy preocupada por él. El instinto me dice que lo que he presenciado hace escasos minutos ha sido un ataque de ansiedad en toda regla, así que necesito entenderlo para poder ayudar si vuelve a suceder.

Respira hondo, tratando de calmar la respiración. Poso mi mano sobre su pecho, rodeando el área bajo la que se esconde su corazón. Es increíble lo familiar que me resulta el roce de nuestra piel, como si una memoria sensorial hubiera despertado para decirme que esas manos ya han estado ahí antes.

—Fue la primera vez que lo olvidé en casa. Me di cuenta cuando estábamos de camino, lo suficientemente lejos para no poder volver. Si lo hacía, si regresaba a por el inhalador..., jamás habría llegado a tiempo. Ese campeonato era muy importante para mí, ya sabes por qué.

—Tu salud también es importante, Benjamin —lo regaño—. Lo más importante, de hecho.

—Lo sé. Aprendí la lección después de lo que pasó, de eso que no te quepa duda.

Baja la vista, arrepintiéndose una vez más de su error. Me pregunto en cuántas ocasiones habrá pensado en ello, cuántas noches en vela como penitencia por un error aislado en el tiempo. Pienso en lo terrible que tiene que ser que se te escape un sueño de esa manera, con tanta facilidad.

Lo obligo a mirarme al colocar mis dedos en su barbilla y ayudarlo a alzarla. Quiero ver su rostro y lo que siente a través de sus ojos.

—No sirve de nada lamentarse ahora una y otra vez. Todos cometemos errores en algún momento de nuestra vida. Es humano.

—Estaba más nervioso que nunca —continúa relatando. Hay algo en la tristeza de su voz, en lo cerca que está su rostro o en la forma en la que se abre conmigo ahora que me tiene atrapada por completo. Todos mis sentidos están puestos en él, en su boca, en lo que me está diciendo—. Tenía que darlo todo y me faltaba el aire, pero me repetía que era la emoción, los nervios..., cualquier cosa que me hiciera olvidar el asunto durante un rato. Creo que no he nadado más rápido en mi vida, Savannah. Llevaba a la espalda unas cuantas pruebas superadas con éxito; iba a ganar. Todo estaba muy reñido entre... —Hace una mueca de desagrado que me sorprende en él. Es la primera vez que veo esa chispa en sus ojos. Y la reconozco al instante: la ira—. Entre Austin y yo.

—¿Quién es Austin y por qué lo quieres asesinar?

—No lo quiero asesinar —aclara. Pone una cara divertida porque sabe que lo he calado—. Era mi mejor amigo y me decepcionó tanto como persona que no he querido saber nada más de él en todo este tiempo.

—Ay, no... Vaya capullo. Mira que es difícil cabrearte; algo gordo tuvo que hacer. Sigue contando —le ruego, intrigadísima por esta historia. Finjo que Jess no me dejó caer hace una semana algo de todo este asunto.

Prefiero que me lo explique él y escuchar su versión.

—Austin es un gran nadador. En realidad siempre fue el mejor de los dos y se habría llevado la beca igualmente, pero jugó sucio para ganar ese premio y prefirió perder algo importante por el camino. Importante para mí —especifica—, porque él me dejó bastante claro con sus actos que mi amistad le importaba una mierda.

—¿Puedo preguntar qué es lo que hizo?

Asiente. Me da mucha pena todo lo que me está contando.

—Cuando empecé a notar los síntomas del ataque, seguí nadando. No paré. Supongo que pensé que no pasaría nada por tirar un poquito más del hilo. ¿Cómo iba a detenerme si después de tanto había llegado hasta ahí? Tenía todo lo que deseaba al alcance de la mano y me había preparado como nadie para ello. No podía ser de otra manera.

Le acaricio la mano de forma inconsciente, igual que cuando vimos la peli en el sofá.

—Me imagino que te asustaste mucho cuando viste que aquello empeoraba.

—Si te soy sincero, no me dio tiempo a pensar. Se desencadenó todo muy rápido. De repente sentí que no podía respirar más. Empecé a chapotear, pidiendo ayuda. Me ahogaba. —Sus ojos me muestran ahora parte del miedo que se apoderó de él entonces. Es realmente abrumador—. ¿Sabes lo último que recuerdo de aquel día, antes de despertarme fuera de allí?

Niego con la cabeza, expectante. Joder, se viene algo fuerte seguro.

—A Austin mirándome y pasando de largo. Él, que sabía de mi asma, que me había visto inhalar mil veces antes de entrenar, que me conocía mejor que nadie... Que era mi amigo —recalca, con los ojos enrojecidos. No sé si por el cloro o porque tiene ganas de llorar. Quizá un poco de ambas cosas—. Austin siguió nadando. Yo ya no vi nada más y alguien se lanzó a rescatarme, pero que no fuera él me hizo un daño irreparable. Mi mejor amigo me traicionó de la peor manera, me dejó tirado en uno de los momentos más horribles de mi vida y le dio igual que me hundiera en todos los sentidos. Al final ganó su beca.

—Piensa que tú ganaste algo muy valioso ese día: te alejaste de una persona terrible que no te quería bien. Abriste los ojos y es

mejor así, siempre lo he pensado. Mejor solo que mal acompañado.

—Sí, en eso tienes razón. No fue fácil. —Suspira—. Por suerte, está superado ya.

—Espero que le mereciera la pena ser una maldita rata de cloaca. Te juro que a mí sí que me posee el instinto asesino con este tipo de cosas.

—Sí, a mí también.

Al final, cuando parece que la conversación está llegando a su fin, salimos del coche y entramos en casa. Lo mejor es que nos cambiemos, así que ambos subimos las escaleras para ir a nuestros respectivos cuartos.

Antes de adentrarme en mi habitación, me apoyo en el marco de la puerta y lo contemplo con ternura. Parece agotado.

—Gracias por contármelo. Por confiar en mí.

—A ti por escuchar. Y por lanzarte a por mí. Ahora estás calada por mi culpa. Sécate bien, no quiero que te resfríes.

—Descuida.

Sonrío. Nos miramos. La tensión es demasiado palpable, así que me meto dentro y cierro la puerta, intentando crear una barrera entre ambos.

Ni con eso es suficiente.



Después de una buena ducha y habiéndome cambiado de ropa, me acerco a la librería. Todo parece normal, pero yo tengo la extraña sensación de que algo ha cambiado y no sé muy bien qué es.

Mi cercanía con Ben me está empezando a pasar factura seguro.

«Céntrate, petarda», me llamo al orden, aunque es como si oyera la voz de Daisy en mi cabeza en lugar de la mía. Aunque estoy segura de que, si se entera de esto, o más bien cuando se entere, porque no sé si seré capaz de ocultarle esta información precisamente a ella, me veré sometida a uno de sus típicos interrogatorios de tercer grado. A veces me pregunto por qué habrá decidido estudiar Medicina si como agente secreto del FBI lo petaría. Cero dudas de que sería la mejor en el cuerpo. En realidad, será la mejor en todo lo que haga.

Daisy tiene recursos y nació con talento, así que, si en el futuro necesita cambiar de profesión, siempre habrá otros trabajos en los que podrá encajar sin problemas. Yo no corro la misma suerte. Si continúo así, tan perdida, terminaré sola y amargada gracias a no saber qué es lo que quiero para mí. Mi problema —uno de tantos— es que me visualizo en demasiados lugares y en ninguno a la vez.

—Estás muy pensativa hoy... ¿Todo bien, cielo? —pregunta Jessica, acercándose. Hace un amago de tocarme el brazo, pero mis reflejos son más veloces y pongo un poco de distancia.

Fuerzo una sonrisa para que no note nada extraño.

—Sí, solo estoy cansada.

—Espero que Ben se esté portando bien contigo y no te esté dando mucha caña con eso de los entrenamientos.

—Ah, no te preocupes. Me da caña, pero dentro de lo tolerable. Me lo paso bien y todo. Esto último no se lo digas o me esclavizará —me apresuro a añadir.

—Me alegro de que os llevéis tan bien últimamente. Al principio parecía que no y... ¡ahora estoy muy feliz cuando os veo compartir tantos momentos juntos! Y con Bastian. Tu amiga Daisy también parece una chica maravillosa. Por cierto, hoy es la fiesta, ¿verdad? La que organizan los nadadores.

—Sí, es el cumpleaños de un tal Mike.

—Genial. Tu padre y yo también tenemos una fiesta, en un barco de unos amigos suyos. En principio, estaremos fuera hasta mañana por la noche.

—Algo me comentó papá anoche, sí. Pasadlo bien.

—Igualmente, cariño.

Mientras hablamos, cojo a peso unos cuantos libros que estoy reordenando. Me acerco a la estantería correspondiente y los voy colocando uno a uno.

—Por cierto, ya que hemos hablado de nadadores, quería comentarte que ya sé lo que pasó en el campeonato del año pasado, lo del asma y lo que le hizo Austin.

—Te dije que te lo acabaría contando. El pobre lo pasó muy mal, Savannah. —Se lleva las manos al pecho, rememorando ese horrible momento—. Fue muy duro.

—Lo imagino. —Aparto la vista porque Jessica está a punto de emocionarse, lo intuyo por el brillo de sus ojos. Gestionar mis propias emociones se me da igual de mal que gestionar las de los demás. Nunca he sido la mejor consolando. Hago lo que puedo. Es solo que la parte más emocional del ser humano me asusta y me incomoda. Supongo que tengo miedo de que esa vulnerabilidad nos controle—. Tuvo que ser complicado de digerir. ¿Tienes miedo por el campeonato de este verano?

—Sí y no. Me da miedo que la ansiedad lo supere ese día, por la presión y los nervios, y al final le dé otra crisis. Sé que estará bien, que hay médicos que lo ayudarán como la otra vez, pero me cuesta ver a mi Ben sufrir de esa manera. Se quedó tan destrozado cuando supo que no había conseguido la beca...

La tristeza en su tono de voz me conmueve. Pobrecita. La verdad es que tiene que ser muy difícil ver en ese estado a alguien a quien

quieres tanto, además de encargarte de todo sola.

—Has dicho que por otro lado no te da miedo. ¿Y eso?

—Pues porque tengo confianza, Savannah. A veces las personas solo necesitan creer un poquito más en sí mismas. Lo que Ben tiene que hacer es eso: confiar. Tiene el talento, la capacidad física y el trabajo duro de muchos años a su favor. Teme defraudar a los demás, sobre todo a su entrenador, pero él jamás podría decepcionarnos.

—Claro que no.

Me gusta la forma en la que habla de Benjamin. Me cuesta imaginar que él también lo pasa mal, que tiene miedos como el resto de los mortales. Parece tener tanta fortaleza todo el rato que no me había planteado que pudiese ser parte de una coraza. Pura fachada. Entiendo que él es una de esas personas positivas y alegres que, pese a intentar mantenerse a flote todo el rato, a veces también tienen sus momentos de bajón.

Solo que él es un gran nadador y sabe cómo llegar hasta la orilla. Si alguien puede hacerlo, es él.

—Házselo saber, Savannah. Creo que a ti te va a escuchar.

Asiento y Jessica se queda más tranquila. Tengo que admitir que su compañía me agrada, al menos en este espacio sagrado que es la librería. Es un lugar tan tranquilo, lleno de la magia de las letras, de libros maravillosos y personas con ilusión que vienen en busca de esa historia que los transporte lejos, muy lejos...

Hasta donde sean capaces de soñar.

Me gusta estar aquí y, por raro que me parezca, quiero seguir viniendo. Aunque resulta paradójico, el silencio que hay en la librería, esa paz, consigue calmar mi ruido mental.

Sé que eso es un logro muy, pero que muy, complicado.

41



Ben

No tengo ni idea de qué ponerme. Aunque, claro, después del huracán de emociones que ha resultado ser el día de hoy, esto es literalmente lo de menos.

—¿Qué se supone que es lo adecuado para una fiesta como esta? —le pregunto a Bastian, que está tumbado en su cama leyendo cuando aparezco en su habitación en busca de consejo.

Este chico tiene estilo, por eso he venido. Es el tipo de tío que lleva pitillos vaqueros negros, camisas de cuadros abiertas con básicas por debajo y que, para una ocasión elegante, lo mismo aparecen enfundados en un traje. La versatilidad es su punto fuerte.

Es obvio que su modo de vestir es muy diferente al mío, así que solo espero que me ayude a rebuscar en mi propio armario hasta encontrar algo decente que ponerme.

—No lo sé, a mí no me han invitado. —Pongo ojos de cachorrito abandonado—. No me jodas, Ben, no voy a comerme la cabeza por un *outfit* de una fiesta a la que no voy a ir. ¡No me mires así!

—Porfa... Creía que éramos amigos. ¿Bastian? No me puedes dejar tirado en esto.

—No me hagas chantaje emocional, capullo. —Niega con la cabeza, como diciendo «No tienes remedio», pese a que se nota a la legua que está reprimiendo la risa—. Eres nadador, ¿no? Podrías ir en pelotas si quisieras.

—Ya te gustaría.

Le lanzo un beso al aire y él finge una arcada. Pone los ojos en blanco y este es el único momento en el que me ha recordado a Savannah. Parece un gesto muy típico en los hermanos Springs.

—En realidad, no. Ya te he dicho que me gusta una chica.

Se me enciende la bombilla y la sonrisa maliciosa no tarda en aflorar en mis labios.

—No sé en qué estás pensando, pero no me gusta esa mirada endemoniada —me advierte sin saber lo que se le viene encima. Algo se huele, al menos.

—No quisiera extorsionarte, pero podría contarle a Savannah mis sospechas sobre lo enamorado que estás de su mejor amiga.

—Tú flipas.

No digo nada, solo me cruzo de brazos y lo miro durante un largo, pero que muy largo, rato. Espero a que se empiece a inquietar y se ponga nervioso él solito. Tarda un par de minutos, en los que actúa como si lo que acabara de decir fuese el mayor disparate que hubiese oído en su vida. Tiene más aguante que Savannah, que salta a la mínima.

—Ni se te ocurra decirle algo así a mi hermana.

—No me hará falta. Solo tienes que levantarte y ayudarme.

—¡Puf! —Deja el libro sobre su regazo y aprovecho para reparar en el título: *Amor a todo gas*. Se pone en pie y me mira, desafiante —. Te voy a ayudar. No por tu estúpida amenaza, que no tiene ningún tipo de fundamento, sino porque eres muy pesado y quiero seguir leyendo.

—Eso está genial. Cuanto antes me ayudes, antes acabaremos. Para qué están los amigos, ¿eh?

Le rodeo el cuello con el brazo y con la mano lo despeino a propósito. Intenta zafarse y al final lo consigue porque, aunque ambos tenemos fuerza en los brazos, él boxea. No puedo competir contra eso por ahora.

—No digo lo que pienso porque me llevan preso —farfulla entre dientes.

—Por cierto, ¿de qué va el libro que estás leyendo?

Se pone rojo al instante. Oh, esto se pone interesante de nuevo.

—Un libro de Fórmula 1. Tiene un poco de todo. Carreras, salseo y...

—Romanceee... —canturreo a su alrededor—. Apuesto a que es el libro favorito de una chica cuyo nombre empieza por «D» y termina por «aisy».

—Eres un gusano retorcido.

Estallo en carcajadas.

—Qué graciosos que son estos dos hermanos, en serio. Me estáis haciendo el verano. Y, aunque no lo queráis admitir, yo a vosotros también.

No lo confirma, pero tampoco lo niega.

—Anda, vamos a tu armario, Scott. Me da que alguien va a necesitar un buen lavado de cara para esta noche.

—Mientras no sea a base de puñetazos, todo guay.

—Pues chapa esa boquita y empieza a alabarme. Ambos saldremos ganando.

Me da con el puño en el hombro, propinándome un pequeño empujón que termino devolviéndole de camino a mi habitación.

—En realidad, sí, te mereces un piropo. Te diré que me alegro mucho de haberte conocido y de que seamos amigos a partir de

ahora, Bastian. Eres un buen tío; tienes un gran corazón.

Parece ilusionado, como si hiciera tiempo que nadie le dijera algo así. En mi caso, solo se trata de una verdad.

—Yo también, Ben. Me alegro mucho de que estés aquí.

Sonríe y no tiene ni idea de lo sanadoras que han sido esas palabras para mí.

42



Savannah

Es el cuarto conjunto que me pruebo, ¡estoy harta! Por algún motivo, nada me convence. Y me refiero al cuarto de los que hay en el armario de Daisy, que tiene prendas a la última, algunas incluso sin estrenar, porque ya he saqueado el mío sin éxito. Ella es mucho más fiestera y le encanta ir de compras.

A mí no es una actividad que me seduzca demasiado. Mis veranos se resumen en tops de diferentes colores, *shorts* o alguna falda. Ni siquiera suelo ponerme vestidos. Estoy más cómoda con otro tipo de prendas. Y mis Converse, que las tengo todas desgastadas.

—Hummm, no me convence. Ay, Savannah, tienes que ponerte algo que grite «Aquí estoy yo». Es una fiesta llena de nadadores buenorros.

—¿A qué te refieres exactamente?

Le dedico una miradita asesina que ignora.

—Pues a que yo le metería un toque sexy por si acaso alguno cae en tus redes esta noche, guapita.

Alza las cejas, insinuando algo que me hace gracia, porque no va desencaminada, aunque todavía no haya ocurrido nada memorable entre nosotros. Todavía no le he contado lo que Benjamin está despertando en mí. Es que... no sé cómo sacar el tema. Me cuesta abrirme en ese aspecto. No porque Daisy y yo no confiemos la una en la otra, nada más lejos de la realidad, sino que hay algo más. Me cuesta encontrar un porqué a todo esto, pero es pensar en Benjamin y un nudo se instala en mi garganta.

Me lanzo sobre la cama gigante de Daisy, que tiene para ella sola. Cuando reformó la habitación a su gusto, y puso toda la decoración rosa que tanto le mola ver en Pinterest, decidió que prefería tener la cama más grande del mundo. Es tan cómoda que, como te tumbes, no puedes volver a levantarte. Después tendré que pedirle ayuda.

El dosel —con varios tonos de rosa, desde los más claritos hasta los más chillones— fue su toque personal. Parecen los aposentos de una princesa de un reino muy lejano.

—Vale, entonces, en el hipotético caso de que quisiera triunfar esta noche, ¿qué debería ponerme?

—Oh, pensé que nunca me lo preguntarías.

Mi amiga sonríe como si hubiera estado esperando toda su vida este momento. Rebusca en el fondo de su armario rosa y al final encuentra lo que quería. Me quedo muerta cuando veo lo que tiene entre las manos.

—Con esto arrasas con quien quieras y cuando te apetezca, cariño —afirma con mucha seguridad.

—Madre mía... —murmuro. Me muerdo el labio inferior, dubitativa —. ¿No era suficiente con el pedazo de maquillaje que me has hecho?

—Por supuesto que no —discrepa, casi ofendida. Vuelve a intentarlo, ella no se rinde—. Pruébatelo antes de negarte. Por favor,

te lo ruego: hazlo por mí.

No tengo fuerzas para llevarle la contraria, así que me pongo el top de lentejuelas negras y plateadas, de cuello halter y espalda descubierta. Es muy bonito, precioso... Espectacular. Después me deslizo en estos pantalones tan pegados de efecto cuero. Abrocho el botón y me quedan perfectos, porque Daisy y yo no solo compartimos una larga amistad, sino también talla. Es una ventaja extra que aprovecho a menudo.

—Menuda diosa eres, tía. Podría cambiarme de acera en este momento.

Me echo a reír al mismo tiempo que me miro en el espejo y las carcajadas se evaporan para abrir paso al asombro. Me veo extraña, muy cambiada. Más potente, quizá, como si hubiera recargado mis energías y estuviera dispuesta a comerme el mundo. Pensé que con algo así me sentiría muy incómoda, fuera de lugar e insegura. Sin embargo, no me he sentido tan segura en mucho tiempo.

Me veo bien. Me siento bien. Me quiero y me ha costado llegar a darme cuenta de ello. El día que decidí empezar a tratarme mejor a mí misma cambiaron muchas cosas en mi vida. Fue un paso importante que hoy por hoy sigo teniendo que trabajar para no desandar lo andado.

—Gracias, Daisy. ¿Lo ves apropiado para esta fiesta?

Se coloca a mi lado, frente al espejo de cuerpo entero. Observo su reflejo y me doy cuenta de que, aunque somos muy distintas, estamos hechas de lo mismo. Somos sueños y aspiraciones, momentos inolvidables y risas de madrugada. Tenemos recuerdos compartidos cosidos a la piel.

«La pelirroja y la morena, amigas para siempre.» Ese ha sido nuestro lema desde que nos conocemos.

—Savannah, me ofende incluso que lo preguntes. No hay más que verte. ¡Eres un espectáculo! Vas a brillar esta noche y no solo por las lentejuelas.

—Pues ya está, decidido. Gracias, amiga, eres la mejor.

Nos fundimos en un abrazo y me percato de que Daisy huele a momentos felices. Es un aroma tan especial que es imposible de describir.

—Tú lo eres. Te quiero mucho.

Nos achuchamos un rato más hasta que echo un vistazo al reloj de la pared y me doy cuenta de que tengo que salir de esta casa ya si no quiero aparecer en la fiesta justo cuando se haya acabado. No pretendo marcarme un Cenicienta, así que voy a intentar disfrutar de esta noche, aunque el hechizo del hada madrina termine.

—Me tengo que ir de aquí ya. O salgo pitando o no llego. Por cierto, ¿sabes algo de Liam? Hace mucho que no me hablas de él. Imagino que vendrá pronto, ¿no?

Su rostro se ensombrece y la tristeza que se apodera de sus ojos no me gusta en absoluto. Mal asunto.

—Bueno... Al final puede que se retrase un poco. O que no venga, no lo tengo muy claro. Ya sabes, ha tenido que ir a Los Ángeles a conocer el campus, entregar papeleos... No sé cuánto más le llevará y está en la otra punta.

Su tono de voz es frío y creo que es lo que más me sorprende de todo. Lo neutro que suena cuando Daisy es de todo menos neutral. Es intensa y testaruda, inquieta y emocional. En una escala de colores ella sería el más chillón.

—Pero... tendréis que hablar las cosas para arreglar vuestras diferencias, ¿no? —Tuerce los labios y no responde—. ¿Ha pasado algo más?

—Ya sabes que algunas cosas no van bien y... Ay, ¡Savannah, tienes que irte! Se está haciendo tardísimo. Hoy no es el mejor momento para hablar de este tema, es algo delicado. No te preocupes, que todo río vuelve a su cauce.

—No me pienso ir hasta que...

—Savannah... —me detiene. Lo siguiente que ocurre es que me arrastra hasta la puerta. Termino en el pasillo y me paro en seco para mirarla, suplicando que no haga esto. No me empuja escaleras abajo de milagro. Finge una sonrisa y sé que hay algo de lo que no quiere hablar ahora—. Vamos, esta es tu noche. Vas guapísima, de verdad. Lárgate antes de que me entren ganas de que tengamos una noche loca.

—Contigo todas las noches y los días son locos.

Le lanzo un beso y, cuando me dispongo a marcharme, vuelvo a detener mis pasos a mitad de las escaleras. Me recojo el pelo en una coleta alta, de esas que tanto me gustan, y Daisy asiente con orgullo.

—Eso, eso, enseña cuello, reina. Haz todo lo que yo haría. *To-do* —recalca.

Termino de ajustarme la goma del pelo y me doy la vuelta, logrando ese efecto dramático en el que la coleta se balancea en el aire.

—¡Suenas igual que mi madre! —exclamo, rompiendo la quietud del piso de abajo. Los padres de Daisy han salido a cenar fuera, así que se quedará sola viendo pelis de Barbie o algún planazo que, si soy sincera, me apetece mil veces más que esta fiesta.

«Pero estará él», me recuerdo.

«Sobre todo porque estará él», me reprocha una vocecita muy chillona en mi cabeza.

—¡Ojalá! —grita Daisy antes de que cierre la puerta de su casa.

Me dirijo al coche y ella se asoma a la terraza de su habitación, que parece un espacio rosa brillante en la oscuridad de la noche. Juro que ahí dentro podría grabarse una película de Barbie. También podría servirle a Sharpay Evans.

Mi amiga agita la mano y le devuelvo el saludo antes de montarme en el coche. Cierro la puerta y aprovecho que se ha encendido la luz del interior del vehículo para pintarme los labios frente al espejo retrovisor.

De todos los que tengo, escojo el rojo pasión.

43



Ben

Estoy en el porche de Villa Springs esperando a que llegue Savannah, que tiene que venir de casa de Daisy a dejar el coche para luego poder beber sin problemas. No conduce borracha: otro gran punto a su favor. Pese a que en la universidad me curé de espanto, lo sigo odiando.

Solo llevo fuera cinco minutos y ya estoy de los nervios. Encontrármela en cada esquina siempre me ha provocado un extraño cosquilleo, pero... ¿esto?

¿Alguien me puede explicar qué cojones es la estampida que siento en el pecho?

Cuando veo el Mazda de Rick entrar en el recinto me salto un par de respiraciones, que intento recuperar en forma de hiperventilación. Me obligo a mí mismo a recuperar el control sobre mi cuerpo, porque, conociendo mis antecedentes, no quisiera fastidiarnos la noche.

Aparca a la velocidad del rayo, casi como si estuviera manejando un juguete.

No sé qué es lo que se supone que debo hacer ahora. No tengo ni puñetera idea. ¿Me acerco? ¿Le dejo su espacio? ¿Tendría que

haberme marchado y que ella fuera por su cuenta? Darle vueltas ahora a estos asuntos tan nimios no sirve de nada, lo sé, pero me distrae de todo lo demás. El runrún de mi cabeza disminuye su intensidad.

Savannah sale del coche y, en cuanto su pie pisa el suelo de Villa Springs, siento que todo mi alrededor tiembla. Y gira. O quizá soy yo, que no puedo controlar lo que siento. Todo se ha intensificado en cuestión de segundos y ha sido por ella. Su mera presencia me acelera de una manera inexplicable.

Camina con seguridad hacia mí y no puedo dejar de preguntarme cómo puede estar tan tranquila, al menos en apariencia. ¿Cómo lo hace? Necesito conocer sus trucos, porque a mí se me debe de notar a la legua que estoy meneándome de un lado a otro como una gelatina.

—Joder... —mascullo cuando las luces del jardín la iluminan, ahora que está lo suficientemente cerca.

Solo espero que no me haya oído.

Está espectacular. He salido de fiesta con muchas chicas, pero ninguna como ella.

Ese top de lentejuelas ajustado me corta la respiración. Desciendo la mirada hasta sus pantalones y no puedo evitar desear que se dé la vuelta para comprobar la justicia que le hacen ceñidos a su trasero y a esas curvas por las que perdería la cabeza.

«Basta.»

Me fuerzo a mirarla a la cara, a los ojos. Sus labios lucen rojos como un rosal. Muy apropiado para Savannah, que si tuviera que ser una flor sería una rosa: hermosa y atrayente, aunque punzante. En este instante, incluso letal.

—¿Has terminado ya de repasarme, donjuán?

—No, dame un par de segundos. —Le tiendo mi mano. Ella alza una ceja, dudando de mis intenciones. Al final cede y, cuando posa la suya sobre mi piel, la invito a dar una vuelta sobre sí misma. Cuando gira me llega el olor de su perfume cítrico y cierro los ojos mientras fantaseo demasiado en mi mente—. Ahora sí.

—Qué pavo... —dice con un tono de voz muy gracioso, bastante nasal.

Siento que está imitando algún tipo de vídeo viral en internet que, muy probablemente, desconozco. Y si lo conozco lo he olvidado en cuanto la he visto llegar.

Ahora mismo soy incapaz de pensar con claridad, porque ella lo eclipsa todo.

—Estás preciosa, Savannah.

—No seas zalamero, anda. —Ríe y sacude la cabeza. Apenas me mira a los ojos y no me hace falta explicación alguna para saber por qué—. Tú tampoco estás mal.

Bastian ha hecho lo mejor que ha podido y, aun así, no le llego ni a la suela de los zapatos a ella. Llevo unos pitillos negros vaqueros que me están apretando demasiado, aunque reconozco que me sientan bien. A la camisa, también negra, le hemos dado un toque con un par de botones desabrochados. Poco más se podía hacer con lo que había en mi armario.

Bastian también me ha ayudado con el pelo y hasta me lo ha cortado. A pesar de que he dudado bastante, ahora me alegro mucho de haberlo hecho. Necesitaba un cambio. Me ha rapado más por los lados de la cabeza y ha dejado algo más larga la zona de arriba. Después se ha pasado un buen rato asegurándose de que mi look luciera «arreglado pero desenfadado» y ha usado bastante cera. Yo solo me he dejado hacer.

—Te sienta bien ese corte de pelo.

—Me halaga que lo hayas notado.

—Soy observadora.

Rehúye mi mirada. ¿Estará experimentando los mismos nervios que yo?

—Ya lo veo...

—¿Nos vamos? —sugiere, cortando rápido la tensión que ya empezaba a aflorar entre los dos—. No querrás llegar tarde a la fiesta.

Hago un amago de pasarle el brazo por detrás del cuello, pero se aparta antes de que logre rozarle el hombro. La observo fijamente y le digo con la mirada: «Así que esas tenemos, ¿eh?». Ella se encoge de hombros.

Sabía dónde me metía cuando decidí participar en este juego. Savannah es un hueso duro de roer, un alma libre. Al menos ya no parece tan enfadada con el mundo..., o esa sensación me transmite. Y me alegra de verdad; ojalá esté en lo cierto, aunque me da la impresión de que ni ella misma es consciente del ligero cambio.

En caso de hacerlo se cerraría en banda de nuevo, se volvería hermética. Y no lo hace, no conmigo. No esta noche.

No del todo.

—Savannah, es muy posible que incluso el cumpleañero llegue tarde a su propia fiesta. Relax. Vive un poco.

Se echa a reír y comienza a caminar en dirección a la salida. Me quedo atrás para observar su contoneo de cadera. La devoro con la mirada y rezo porque nadie me esté viendo mientras me quedo embelesado con su culo.

Tenía razón: esta chica es espectacular.

44



Savannah

El tonteo que nos traemos por el camino es... Bueno, no sé ni qué adjetivo usar para describir la vergüenza ajena que daríamos si alguien nos escuchara.

Al menos yo puedo jurar que no lo hago aposta y que este juego me viene grande todo el rato, pero no me queda otra que seguirlo. Una vez empiezas una partida no puedes abandonar a la mitad, eso sería muy cobarde. No sé cuál es la casilla final ni dónde está la meta, tampoco conozco del todo bien las reglas y, sin embargo, aún no he sido eliminada del tablero. Supongo que algo estaré haciendo bien.

Eso en verdad puede significar que lo estoy haciendo muy, pero que muy, mal.

Estamos cruzando el jardín de la casa donde tiene lugar la fiesta. Se nota que los Donovan están forrados porque parece una mansión. Por lo que me ha contado Ben, los padres de Mike estarán fuera todo el verano, así que los nadadores se quedarán incluso

después de la competición. Me pregunto cuántos chicos hay aquí metidos a diario y qué es lo que hacen.

A lo mejor no quiero ni enterarme, en realidad. Algunos de estos tíos parecen no haber evolucionado al mismo ritmo que el resto de la especie humana.

—¿Estás preparada para una buena fiesta? Nunca se sabe lo que puede pasar en una noche de desenfreno...

—No sé qué es lo que estás sugiriendo, pero por si acaso: no va a pasar.

—Yo solo te advierto.

—Aún no me he tomado ni una copa, por favor, ¡déjame tranquilita!

—Conozco una bonita forma de no pensar en nada. Avisa si la necesitas.

Esa sonrisa traviesa..., ay, puede conmigo a veces.

Llamo al timbre de la casa y, cuando abren la puerta, aparece el cumpleañero... casi en pelotas, con un tanga rojo de lentejuelas diminuto y ridículo. Me llevo la mano a la boca por la sorpresa e intento que mis ojos no se posen en su entrepierna, pero es complicado. Menuda herramienta, colega.

La noche empieza fuerte. Esta fiesta promete.

Solo lleva una banda de cumpleañero, rosa chillón, cruzada en el pecho. Esos abdominales son de otro mundo. Esta vez quedan a la vista muchos más tatuajes que los que vi ayer.

—¡Hombreee! Pero si son el señorito Scott y su flamante acompañante. ¿Sarah?

—Savannah —lo corrige Benjamin. Parece divertido, aunque tiene los ojos entrecerrados para evitar verle la zanahoria a este individuo.

—Ah, ¡sí! Sabía que empezaba por ese.

—Casi... —Chasqueo la lengua, también divertida—. No pasa nada, no me enfado.

—Da igual el nombre que tengas, nena, porque seguirás siendo la chica más guapa de esta fiesta.

Benjamin pone los ojos en blanco y yo estallo en carcajadas. ¿De verdad está ligando conmigo o solo va tan borracho que no sabe ni lo que dice?

—Eso se lo dirás a todas las que vayan llegando a tu casa.

—Alguna caerá. Soy el cumpleañero, ¿no? Ya que entre mis compañeros no destaco, tendré que intentar llamar la atención hoy.

Lo examino de arriba abajo.

—No, si llamar la atención se te está dando de lujo.

Nos invita a pasar con un gesto amable, aunque se tambalea al moverse para dejarnos entrar y compruebo mi hipótesis de que, además de ser un sinvergüenza al que le gusta dar la nota, también está borracho como una cuba.

Cuando paso por su lado, me agarra de la mano y me susurra al oído:

—Tranquila, morena, sé que al lado de Scott no tengo nada que hacer. Además, yo nunca le levantaría la conquista a un amigo, no como Austin.

—Yo no soy su...

Benjamin tira de mí y ni siquiera logro terminar lo que estaba diciendo. De pronto nos vemos rodeados de muchísima gente que bebe, salta, baila, charla... Es como si nada les importara, como si nada les hiciera más felices que este momento.

La música está bien alta y el suelo retumba bajo nuestros pies. Las sonrisas comienzan a ser contagiosas, así que intento dejarme llevar y mimetizarme con el ambiente.

—¿Te traigo algo de beber? —pregunta, señalando con la cabeza la cocina, que debe de estar por ahí en alguna parte, dentro de este laberinto gigante.

—Sí, por favor.

—¿Alguna petición especial?

—Hummm... ¿Cómo se llama el cóctel ese que tanto le gusta a Daisy? Eh... Ah, sí, ya me acuerdo. ¡Ginebra rosa con Sprite!

Me mira sorprendido, como si fuese algo que no hubiese oído en su vida. Alza el dedo y lo inclina hacia mí, acompañado de un elegante guiño de ojo, antes de darse la vuelta, como diciendo «Oído, cocina».

«Uf, qué guapo es este idiota...»

Lo observo sin querer hacerlo, como si tuviera un efecto tan magnético sobre mí que fuera incapaz de mirar en otra dirección. Disimular no es mi fuerte. Algunos nadadores lo saludan animados, le dan palmadas en la espalda y, como buena lectora de labios que soy, le desean suerte para la competición de este año. Apuestan por él, lo admiran. Otros, en cambio, pasan por su lado como si no fuera nadie o, más bien, como si se tratase de un nadador inferior a ellos. La manera en la que me arde la cara cuando veo cómo un tío le da un golpe en el hombro al pasar, con tanto desdén..., me molesta, porque está claro que les corroe la envidia.

Benjamin es bueno y, a pesar de que no soy ninguna experta en natación, sé que puede ganar esa competición y todo lo que se proponga. Me enfurece que lo traten así, como si valiera menos que ellos, cuando a mis ojos es todo lo contrario.

«No soportan verlo brillar.»

Cuando vuelve con las bebidas en la mano, avanza sorteando a la gente que baila, más alcoholizada que el resto. Y eso que la noche no ha hecho más que empezar... Quedan muchas horas por delante,

pero algunas personas en esta fiesta ya van a tope y en algún momento perderán incluso el sentido. No merece la pena, ese no es mi objetivo.

Fuerzo una sonrisa cuando Benjamin está cerca, porque no quiero amargarle la noche hablando sobre el desprecio que le han hecho y que he presenciado. No es el lugar para comentar algo así. Ahora toca disfrutar de la fiesta.

—¡Benjamin! ¡Aquí!

Levanto el brazo para que me vea mientras me balanceo al ritmo de la música y mi cuerpo empieza a despertarse poco a poco, como si una parte reprimida de mi personalidad me estuviera pidiendo a gritos salir. Él también baila a la vez que se acerca poco a poco, esquivando a la gente que se interpone entre nosotros.

Me ofrece el vaso con el líquido rosa cuando llega a mi lado.

—¡Gracias! A Daisy le encanta.

—Le pega bastante. —Ríe—. A ti no tanto. No eres muy princesa, tú.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo soy?

—Hummm... Si fueras un cóctel, estoy seguro de que serías alguno de los fuertes. De los que te tomas y te tumban al momento.

—¿Me estás diciendo que soy de las que tumban a un hombre a la primera?

—Bueno, sería difícil no caer rendido a tus pies.

Y vuelta al tonteo. A las miradas cómplices y las risas fáciles. Doy un buen trago, porque, con este chico, no sé ni cómo voy a poder sobrevivir a toda la noche. Nunca sabes con qué te va a sorprender.

Para charlar nos tenemos que acercar al oído del otro y ese cosquilleo que siento al estar tan pegados, al tener su boca casi rozándome el lóbulo de la oreja. Oh, Dios. Me está matando poco a poco. No sé si es el alcohol, la música, los comentarios totalmente

sugerentes que se esfuerza en regalarme de vez en cuando. El caso es que no dejo de pensar en él. En nosotros.

Contoneo las caderas al ritmo de la música y, cuando todo parece perfecto, Benjamin trastabilla. Pierde el equilibrio y derrama su copa sobre mí.

Abro la boca despacio mientras contemplo todo el líquido que resbala por mi top, mis pantalones... Todo.

No puedo evitar el estallido de ira. Es como si el hechizo de medianoche se deshiciera para mí. Me llevan los mil demonios. Sé que no lo ha hecho a propósito, pero...

—¡No me jodas, tío! Me acabas de calar.

Benjamin se queda serio durante uno, dos..., tres segundos. Nada más y nada menos, porque acto seguido estalla en carcajadas mientras intenta quitarme el exceso de líquido de la ropa con la mano. Me despego rápido de su lado y lo fulmino con la mirada.

—¿Te hace gracia? Porque a mí ni una pizca. ¡Uf, qué fastidio! ¿Es que no puedes evitar joderme por una noche?

—Oye, encanto, que ha sido sin querer. No es tan grave. Si quieres, te ayudo a secarte, el baño está en...

—No me hace falta —lo corto de mala gana. Necesito salir de aquí cuanto antes, respirar hondo y esperar a que se me pase un poco este cabreo repentino—. Puedo yo solita. Espero que la ropa no se haya estropeado porque es de Daisy.

Tuerce los labios y no dice nada más, así que me doy la vuelta y me largo.

Creo que grita algo, pero ya no lo escucho. Me imagino que habrá un baño en el piso de arriba, así que me dirijo hacia allí. Busco a algún nadador que me pueda ayudar con las indicaciones y cuando me fijo bien en quién está bajando las escaleras, me doy cuenta de que ese chico me suena mucho.

Es el chico del aro en el labio inferior. El nadador rubio y alto que no dejaba de mirarme esta misma mañana. Me observaba con detenimiento, igual que está haciendo en este momento en cuanto repara en mi presencia.

—¿Te has perdido? —pregunta.

Me alegro de que esté solo, ya que así me da menos reparo hablar con él. Sus amigos imponen. Y más si van en grupo.

—Solo estoy buscando un baño. Me han tirado una copa encima y... —Pongo cara de resignación—. En fin, un desastre. ¿Qué hago, me mato?

Hace esfuerzos por no echarse a reír. Aprieta los labios y, con eso, gana puntos. El metal de su *piercing* brilla bajo las luces azuladas y rosas que van alternándose de forma constante.

Hace un gesto con la mano para que lo siga y subimos las escaleras en busca del aseo. Me fijo en él de reojo: es muy guapo. Exageradamente guapísimo.

¿Es que todos los nadadores que me cruzaré esta noche son como dioses del Olimpo?

—Es solo líquido. Échate un poco de agua, lo secas y en unos minutos estará como nueva. No dejes que eso te arruine la noche. Por cierto, ¿dónde has dejado a tu nadador?

—No es nada mío —aclaro—. Y lo he dejado en la pista de baile antes de que terminase tirándole yo mi copa por la cabeza.

—Guau, menudo carácter gastas. Anotado: no enfurecer a la morena guapa que me acabo de cruzar.

Pongo los ojos en blanco.

—Hummm... No soy de esas. Regalándome el oído no conseguirás que caiga a tus pies solo porque seas nadador.

Se lo digo alto y claro. Parece sorprendido por mi respuesta, así que se las ingenia para darle la vuelta.

—A mí tampoco me impresionan las chicas con carácter que son capaces de dejar tirada a su cita solo por una copa derramada. Anda, ¿tan harta te tiene Scott?

—Ni te imaginas...

Esboza una sonrisa maliciosa. Llegamos al baño y me despido de él de forma rápida, casi dejándolo con la palabra en la boca.

Necesito estar sola durante unos minutos. Sí, eso es lo único que me vendrá bien.

No, no necesito más nadadores intentando camelarme en estos momentos. Creo que, por ahora, tengo el cupo repleto.



Cuando salgo del aseo me sorprende que siga ahí, apoyado en la pared. Me mira con interés y diversión. Yo intento no quedarme pasmada; no quiero que piense que siento el mínimo interés por él.

Si digo que estoy cansada de nadadores a mi alrededor es por algo.

—¿No tienes nada mejor que hacer en esta fiesta que esperar ahí de pie? Vaya aburrimiento.

—Bueno, hablar contigo me ha resultado interesante y he pensado «A lo mejor tengo la oportunidad de que esta chica baile conmigo». Si me marchaba, estaba claro que no iba a pasar. Ahora la pelota está en tu tejado.

Imita el gesto que haría un jugador de baloncesto a punto de encestar la pelota en la canasta. Sacudo la cabeza y me muerdo el labio, lo cual es una mala señal. Siempre que empiezo así, que algo me divierte, acabo metida en problemas.

—Ni siquiera sé tu nombre. Ni tú el mío.

—Eso es lo de menos, Savannah.

Tardo unos segundos en reaccionar y abro la boca como un acto reflejo. ¿Cómo narices...? Ah, sí. Lo he dicho esta mañana, aunque me asombra que lo recuerde. Ha sido un momento tan simple e intranscendente...

—Además de talento deportivo tienes una gran memoria, ¡enhorabuena!

—Se llama interés.

También me guiña un ojo. ¿Será un mensaje oculto en el lenguaje de los nadadores buenorros? Prefiero no saberlo.

—Vaya morro tienes tú, ¿eh?

Aún no nos hemos movido del pasillo. No hay nadie aquí. Se oye la música y el barullo del piso inferior, pero esta conversación es mucho más absorbente. Me apetece estar aquí; mentiría si dijera que no.

Aunque Benjamin me estará esperando y...

«Nadie ha muerto por esperar unos minutillos de más», me recuerdo.

—Bueno, ¿me vas a decir tu nombre o...?

—Hummm, no. Creo que no.

Abro mucho los ojos.

—¿Perdona? ¿Por qué no?

—Es mejor mantener el misterio. Ya sabes, como el príncipe y la Cenicienta, que bailaron juntos sin saber quiénes eran en realidad.

Tiende su mano hacia mí y, aunque me planteo rechazarlo, es algo tarde, porque la copa que me he tomado abajo, casi de un trago, está haciendo efecto rápido. El alcohol me hace bajar las barreras, desactiva temporalmente mis alarmas.

Acepto el baile sin saber que, más que meterme en un jardín, estoy adentrándome en la selva. Directa a la puta boca del lobo.

Me pega a él justo cuando Benjamin aparece. Todo pasa tan rápido, en cuestión de segundos, que parece que estoy visualizando una secuencia grabada a cámara lenta. El dolor en los ojos de Benjamin me atraviesa y no entiendo nada.

Hasta que uno las piezas y lo comprendo todo.

—Cómo puedes ser tan sinvergüenza, joder. —Se está refiriendo al chico del *piercing*, a quien señala con un dedo acusador y la mirada llena de rabia—. Eres peor de lo que pensaba.

—No tienes ni idea de lo que...

—No sé qué vas a decir, ni quiero oírlo. Pero en eso tienes razón. No, no tengo ni idea. Se ve que estuve ciego mucho tiempo para no ver la basura de persona que eres. Vuelves a hacer esto una y otra vez porque te gusta jugar con mis puntos débiles, pero ¿sabes qué? Me largo. No mereces ni un segundo más de mi atención.

—Por eso no me querías decir tu nombre... —murmuro. El chico me mira. Austin me mira. Toda esta pantomima cobra sentido de golpe—. Joder, ¿cómo he podido caer en tu juego yo también?

Me separo de golpe, como si su tacto me quemara. Benjamin está bajando las escaleras cuando salgo corriendo tras él.

—Scott, espera.

No mira atrás. Quiere huir y lo entiendo porque es mi mecanismo de defensa. Sin embargo, alguien me enseñó que escapar de mis problemas no me serviría de nada.

Debería empezar a aplicarse sus propios consejos.

—¡Benjamin! —grito.

Intento no perderlo entre la gente, pero es complicado. Se escapa con tanta facilidad... Se evapora como si no me hubiera acompañado a esta fiesta.

Es la primera vez que siento una punzada de dolor en el pecho cuando nos separamos.

45



Savannah

No puedo dejar que se vaya, no así.

Echo a correr y me abro paso entre la gente como puedo hasta que al fin lo alcanzo. Agarro su mano y parece funcionar, ya que se detiene en seco. Reconoce mi mano desde el instante en que lo toco y creo que es consciente de que no puede escapar. No me refiero a algo físico, porque es obvio que podría marcharse si quisiera, sino a que no evitará esta conversación mientras vivamos bajo el mismo techo.

Terminamos saliendo al jardín, para hablar con algo más de tranquilidad. Con la música tan alta no hay quien se entienda.

—Benjamin, escúchame. No tenía ni idea de que era él. Te lo juro —le aseguro. Le cuesta mirarme a los ojos, así que, como él ha hecho conmigo en otras ocasiones, lo obligo colocándole los dedos bajo la barbilla y ejerciendo una ligera presión—. Si lo hubiera sabido, jamás me habría acercado. Si estaba en el grupo de nadadores y no me has dicho nada...

Parece ablandarse ligeramente al oír eso. Las arrugas de su frente se relajan un poquito.

—Lo he ignorado por completo. Era mejor así.

—Pues si lo hubiera sabido en el momento, le habría escupido a la cara. Al menos en mi cabeza.

—Solo tú podrías hacer eso —termina diciendo—. Sé que no tienes la culpa. No quiero pagar mi enfado contigo, pero es que ya me lo hizo una vez y...

—¿Qué te hizo?

—Me alejó de una persona que me gustaba. Y, Savannah, esa chica era mi novia de entonces, pero me importaba bastante menos que tú.

Joder... Casi me atraganto con lo que me acaba de decir y mi corazón está a punto de detenerse y declararse en huelga de funcionamiento. ¿Qué significa eso? ¿Me está queriendo decir algo más allá de...? ¿O simplemente se refiere a que, como lo ayudo con la natación, ahora soy importante? ¿Seré solo un capricho, un simple calentón?

¿Hay alguna posibilidad, por mínima que sea, de que entre nosotros exista algo más?

Como soy una cobarde y todas estas preguntas repentinas me abruman, cambio de tema de forma brusca. Soy la típica protagonista que me pondría de los nervios durante el transcurso de una novela. La insoportable y repelente tipa que nunca se pone de acuerdo consigo misma, que no es coherente con sus actitudes y que, además, parece no querer ver lo que se le cruza por delante.

—Mira, lo de la ropa se ha arreglado, así que ya podemos estar contentos y olvidarnos de todo este incidente de mierda.

Baja la vista, como si esperara algo más, algo que por mi parte no llega. Quizá solo sean imaginaciones mías.

Es lo más probable.

—Sí, ese imbécil no se merece ni un minuto más de nuestro tiempo.

—Claro que no.

—¿Bailamos?

Asiento porque con él sí que me apetece bailar. Volvemos dentro y los minutos empiezan a volar y yo me pierdo en el espacio-tiempo, como si no quisiera ser consciente de lo que ocurre a mi alrededor. Lo damos todo en la pista, que no es más que los huecos libres que quedan en el salón de la casa —es decir, que la gente rodea el sofá y otros muebles mientras imagina que eso es la pista de baile—. Estoy sudando tanto que agradezco haberme recogido el pelo en una coleta o estaría sufriendo un mareo si lo tuviera pegado a mi cuello, y me duelen los pies porque nos pisamos varias veces; al principio sin querer y más tarde queriendo. Es que somos un maldito desastre.

Pero esto es exactamente lo que somos nosotros: dos personas imperfectas dentro de un verano imperfecto.

Siento sus ojos clavados en mí e intento descifrar lo que pasa por su mente, como si se le hubiera ocurrido la peor idea del mundo.

—¿Qué?

—Savannah, me has ayudado mucho como entrenadora. No porque seas una gran *coach*, sino porque tu compañía me ha regalado algo muy valioso. He tenido menos tiempo para pensar en mis carencias y debilidades. Me he olvidado de la inseguridad, del miedo y las dudas. ¿Tú sabes lo difícil que es eso? Desde el principio, con nuestras idas y venidas, me has hecho reír y quedarme con lo bueno.

—Quién lo diría... —Sonrío.

—Te pedí una semana de prueba y estoy más que preparado para cumplir mi otra parte del trato. Aunque, antes de nada, te seré sincero: preferiría que te quedaras. Y, quién sabe, a lo mejor incluso soy capaz de conseguir que te lo replantees.

No le digo que si hay alguien capaz de lograrlo en estos momentos es él, la misma pieza del puzle que no encajaba al principio y que me hizo querer abandonar. Ahora sostengo esa misma pieza entre mis manos; solo tengo que saber dónde y cómo encajarla.

Es tan complicado...

—Solo te pediré una cosa: quiero que vengas a verme al campeonato.

—Eso está hecho.

—Genial.

—Y ahora ¿qué pasa?

Comienzan a sonar los primeros acordes de una canción que me gusta muchísimo. *Whatever It Takes*, de Imagine Dragons. La música nos va envolviendo en una bruma transparente, generando un espacio en el que solo existimos él y yo.

Nuestras manos se entrelazan, buscándose la una a la otra y calmándose cuando al fin se encuentran.

—Ahora es cuando te beso delante de toda esta gente.

Trago saliva al mismo tiempo que la mandíbula de Benjamin se tensa. Ha bromeado con este tipo de cosas más veces, pero, por cómo me mira, parece en serio. Y yo, que ya ni pienso con claridad, estoy dispuesta a dejarme caer en sus redes por una vez. Esta atracción me va quemando a fuego lento.

—Ah, ¿sí?

Asiente y me muerdo el labio. Él coloca su mano en mi cuello, acariciando parte de mi mejilla con mucha delicadeza. Me retuerzo

sin pretenderlo. Esa sutileza me excita más que ninguna otra cosa en el mundo.

—Ben... —escapa de mis labios.

Ben, solo Ben. Es una palabra a medio camino entre una declaración y una súplica.

—Cuando me llamas Ben lo haces todo más difícil —masculla.

—¿Por qué?

—Porque me cuesta discernir si esto es una mentira muy convincente o lo más real que he experimentado en mi vida.

Nunca olvidaré que está sonando una de mis canciones favoritas de Imagine Dragons mientras Benjamin Scott me besa delante de toda la fiesta. Este beso detiene el tiempo. Nuestros labios se encuentran llenos de ansia, de querer devorarnos, de palabras silenciadas que quedan atrapadas en la garganta.

Y en el fondo sé que esto es muchísimo más que solo un beso. Va más allá y no sé si podremos pararlo a tiempo o si nos iremos directos al caos.

Nuestros corazones arden.

Y yo no quiero que esta noche termine.

46



Ben

La forma en la que Savannah altera todos mis sentidos es digna de estudio.

Todo se intensifica. Empezando por mi olfato, ya que su aroma me invade las fosas nasales y me hace pensar —lo poco que puedo, a decir verdad— en el verano. Sí, huele a verano, a esos días calurosos pero bonitos. Me recuerda a jornadas enteras de playa o a las noches interminables de hoguera.

Una vez que hemos roto la barrera de la tensión, no hay vuelta atrás. No podemos parar. Los besos se vuelven cada vez más provocadores y jugamos con fuego todo el rato.

Sé que mucha gente nos estará observando, pero no soy capaz de ver sus rostros; es como si el resto de las personas que forman parte de esta fiesta giraran sin parar a nuestro alrededor. Así me hace sentir Savannah. Este verano está siendo una montaña rusa constante.

—Si te soy sincero, se me está empezando a olvidar que no estamos solos —confieso. Aprovecho para besar suavemente su cuello, logrando que se estremezca. Sonrío. Sé que estoy cruzando una línea muy fina y que las copas que llevamos encima nos

desinhiben a ambos, pero me encanta provocar esas reacciones en ella—. Y eso es un problema.

—Hemos destrozado la única regla que no deberíamos haber roto jamás.

—Lo sé.

Reparo en su expresión e intento descifrar cómo se siente al respecto. Ella marca los límites a partir de ahora. Lo más sensato sería dejarlo aquí, no echar leña al fuego.

Savannah me dedica una mirada traviesa que resulta rompedora en cuanto a su rostro angelical. Sus ojos centellean tanto... Le coloco las manos en las caderas y la acerco un poco más a mí, intentando deshacer esta distancia que hay entre nosotros. Sé que en realidad estamos muy cerca; el problema es que nunca tengo suficiente.

«Sabes que esto es solo un juego, nada más. Savannah sigue queriendo marcharse de Holy Bay y nadie la detendrá. Esto no significa nada para ella», me dice una parte de mí.

Decido ignorarme porque no quiero pensar en lo que todo eso implica en realidad. Prefiero seguir jugando a sabiendas de que, cuando termine la partida, quizá nunca pueda regresar a ella.

—Lo peor de todo es que lo volvería a hacer.

Trago saliva. Me desarma con su gesto decidido, con las ganas que se reflejan en sus pupilas dilatadas.

—¿Y qué te lo impide? —la provoco.

Cuando una sonrisa se dibuja en su rostro vuelvo a caer en su red. La contemplo en silencio y aprovecho este momento para acariciarle la mejilla. Lo hago lento, muy lento. Paradójicamente, mis pensamientos viajan a una velocidad vertiginosa. Es tan preciosa que podría hacer caer un imperio si quisiera. El mío, al menos, se derrumba ante ella sin posibilidad de defenderme. Sin vuelta atrás.

Después, mi pulgar le roza el labio inferior.

Estoy perdido, pero esta noche quiero estarlo. Quiero perderme en ella.

—Vámonos —le ruego—. No soporto estar ni un minuto más en esta fiesta.

—Yo tampoco.



Todavía no sé cómo somos capaces de no besarnos en todo el camino. Vamos bebiendo de los vasos con alcohol que hemos robado de la fiesta antes de irnos mientras reímos y soltamos tonterías. La tensión sigue flotando en el ambiente. Por suerte, Villa Springs no está lejos de la casa de Mike y en nada estamos de vuelta.

No hay nadie en la casa.

—Me apetece un baño. De noche es cuando mejor se está en la piscina —propone.

No se me ocurre un plan mejor que meterme en el agua con Savannah ahora. En realidad, es la peor idea del mundo, porque, si ya me está costando contenerme, teniéndola tan cerca y en bikini... La tentación llama a mi puerta ya en mi imaginación y yo, que soy débil, me voy a dejar llevar.

Quizá este último vaso nos lo podríamos haber ahorrado. Vamos un poco perjudicados y se nota.

—Bien. Un chapuzón nos vendrá bien para bajar la borrachera.

Hay un tendedero en el jardín en el que hemos dejado los bañadores colgados. Me mira, la miro. Creo que tenemos la misma idea.

—Si subo las escaleras de casa ahora con este mareo, me mataré. Me voy a cambiar aquí, pero no mires —me pide. Arrastra las

palabras un poco y se ríe constantemente.

—Vale, no te preocupes. Yo también me cambiaré, dado la vuelta para no incomodar a la princesita.

—¡Que no soy una princesita! —grita mientras se descalza y termina lanzándome una de sus Converse.

Por supuesto, no me alcanza.

—La puntería no es tu punto fuerte. O al menos no cuando bebes.

—Cállate, no tienes ni idea. Y, ahora, date la vuelta. ¡Vamos!

Obedezco y me pierdo el espectáculo que debe de ser ver cómo se desnuda. Aprovecho para cambiarme y de vez en cuando me tambaleo mientras intento ponerme el bañador. Menudo desastre.

—Avisa cuando estés lista.

—Ya.

Me giro y lo que veo me vuelve completamente loco. Aunque ya quedé prendado de ella la primera vez que la vi en la piscina con este bikini rojo, ahora vuelvo a sentir ese cosquilleo por todas partes. Un fuego ardiente que me recorre de pies a cabeza.

Ella también me está devorando con los ojos, es evidente.

La química entre ambos está a punto de explosionar.

Sin decir nada, me acerco a la piscina y me meto en el agua. Savannah me sigue y estoy pendiente en todo momento de que no resbale en el bordillo. Jamás permitiría que se hiciese daño, no si estoy cerca. Por suerte, también se adentra en la piscina y nos quedamos cerca el uno del otro.

No necesita nada más que esos ojos ambarinos, las pecas abarcando sus mejillas y su naricita fina para hacerme suspirar.

—Me muero por besarte de nuevo, joder —me sincero. La bebida me suelta la lengua, está claro. Lo he dicho sin pensar, pero casi mejor no andarse con rodeos.

Su respiración se altera y su mirada se posa en mis labios.

No sé cuántos segundos más podré aguantar sin lanzarme a su boca, en serio. No sé qué me pasa. No me puedo controlar. Estoy empezando a perder la cordura por ella.

—Un beso —accede—. Nada más.

No se lo cree ni ella.

Antes de que ocurra, sus dedos me acarician y recorren mi espalda muy lentamente; parten desde mis omoplatos hasta llegar a la cintura y por el camino me arranca varios escalofríos en cuestión de segundos.

—No sé qué me haces que no puedo evitar desearte... —le susurro al oído.

La acorralo contra el bordillo. La atraigo hacia mí y casi me da un infarto cuando la siento tan pegada. No puedo evitar excitarme. No me ha tocado, pero no le ha hecho falta. Es capaz de acelerarme así sin más.

—Necesito que te calles —suplica.

—Sabes muy bien cómo conseguirlo.

Estoy a punto de perder la razón, la cordura, los modales. Todo.

No deberíamos y lo sabemos.

Es justo eso lo que prende la llama.

—Joder... —masculla.

No pasa ni un segundo hasta que nuestras lenguas se buscan desesperadamente y se encuentran. Podríamos fusionarnos en uno solo por la manera en la que nos estamos besando. Es un enganche absoluto, como si en la boca del otro encontráramos la fórmula para saciarnos.

Savannah enrolla sus piernas alrededor de mis caderas y nos rozamos en el punto exacto. El gemido que abandona mi boca me delata y entre besos sonríe. Eso me excita el doble, así que termino mordiéndole el labio inferior.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —pregunta entre jadeos. Acerca mi mano a la parte inferior de su bikini al mismo tiempo que vuelve esa sonrisa socarrona.

La invitación a descender a los infiernos.

—Necesito que me des permiso para romper la norma de oro. —Aunque se trata de una petición, mi tono de voz es una súplica. Coloca una mano en mi nuca, acercando tanto mis labios a los suyos que siento la urgente necesidad de volver a besarla. Morderla. Todo lo que me permita—. Una sola vez y, si no te gusta, no volverá a ocurrir.

Necesito que diga que sí.

—¿Y si me gusta? —pronuncia su miedo en voz alta.

—Ya lo descubriremos. Ahora déjate llevar, ¿sí?

—Vale. —Asiente.

—Pídemelo, Savannah —susurro a ras de sus labios. Jugueteo con el lacito de su bikini, cerca de sus pechos—. Dime qué es lo que quieres.

Me mira con un deseo tan primitivo, tan real... Me lanzo al vacío con ella, a pesar de las consecuencias que pueda tener. No puedo resistirme más tiempo.

—Quiero que me toques.

—Tus deseos son órdenes.

Y así es como toda el agua que hay en esta piscina se ve arrasada por el fuego.

No tengo ni idea de si esto que estamos haciendo es un error o el mayor acierto en nuestra vida, lo único que tengo claro es que mis deseos me gobiernan ahora mismo. Estoy ardiendo por ella, por sentirla aún más cerca y fusionarnos hasta que no haya vuelta atrás.

Por otro lado, quiero hacerlo despacio. Hay algo en esta chica que me resulta magnético y por eso he sido incapaz de apartarme de su

lado desde el primer momento en que la vi, con las maletas a rastras y sus aires de superioridad. Tampoco me olvido de ese sujetador de encaje rojo que inició mi pequeña obsesión con la chica de piel morena y rizos salvajes que ahora me mira como si fuera la primera vez que lo hace.

Tal vez sea solo el reflejo de la forma en la que la estoy observando, de arriba abajo; me empapo de ella, de sus facciones, expresiones y detalles. Sus ojos melifluos me inmovilizan un instante. Es perfecta a su manera, con sus piernas definidas y pechos firmes, sin ser muy grandes, que harían perder la cabeza a cualquiera.

Cualquiera se volvería completamente loco por ella.

—No te voy a mentir. He pensado mucho en esto, Savannah —susurro mientras mis dedos recorren todo su cuerpo.

Eso parece dejarla sin habla, así que continúo completando el recorrido hasta llegar a la meta. Busco su mirada para volver a pedirle permiso y me lo da. Asiente y, aunque el ansia me puede, jugueteo un poco más hasta que no aguanto esta tensión tan grande y deslizo mis dedos dentro de ella.

El gemido que suelta me vuelve tan loco que temo que todo termine antes de lo que me gustaría. He decidido que este momento es para Savannah, así que tengo que controlarme.

—¿Bien?

—Ajá...

Eso es lo único que consigue pronunciar en estos momentos. No añado nada más, porque estoy demasiado concentrado analizando sus expresiones faciales, pendiente de cómo siente lo que está sucediendo entre sus piernas. Dibujo círculos concéntricos en este lienzo invisible en el que se convierte el vértice entre estas y ella se entrega por completo a la pasión, tanto que su mano viaja hasta mi

miembro e intenta acariciarlo. Sin embargo, nunca lo llega a alcanzar.

Le agarro la mano y niego con la cabeza. Beso la comisura de sus labios al tiempo que emite un quejido. Todos los sonidos que se escapan de su boca me queman. No me he sentido tan al límite en mi vida.

—Las manos quietas, señorita. He pedido turno antes.

—No me jodas...

Paso la lengua por su cuello y la reacción automática de su cuerpo, la forma en la que se contrae, su lenguaje no verbal me revela que eso le gusta. Le encanta y pienso repetirlo hasta que no pueda más. Vuelvo a besarla en el cuello e incremento la velocidad con la que la estoy tocando.

—¿Te gusta así? —le pregunto. Quiero que lo disfrute y que rememore este momento durante el resto del verano.

—Me encanta... —Su tono sensual me enloquece—. Bésame, por favor.

Sonríe cuando me acerco a su boca y me desarma cuando lo hace. Aunque no dejo de tocarla, y ella solo pueda mirarme mientras lo hago, soy muy consciente de que no soy yo quien tiene el control. Es ella. Es Savannah la que tiene el poder absoluto sobre mí, la que puede pedir lo que quiera porque lo haré. Por eso no tardo ni medio segundo en aterrizar sobre sus labios.

Nos besamos con tanta intensidad que hasta siento miedo de dejar de respirar otra vez. Solo espero que no me dé un ataque ahora, porque lo estoy disfrutando demasiado.

—¿Qué más? —Apenas se me entiende entre tanto beso, pero Savannah disminuye a propósito la intensidad de estos para responder. Nuestras lenguas se mueven más despacio, conociéndose y reconociéndose una y otra vez. Los besos se vuelven

extremadamente húmedos cuando agarra mi mano y la coloca sobre sus pechos redondeados. Pone cara de no haber roto un plato en la vida, pero su risa ahogada delata que no es verdad—. Uf, Savannah, creo que voy a perder el control.

Por si fuera poco, se desata la parte de arriba del bikini y lo deja caer sobre el borde de la piscina.

—Ah, ¿sí? Pues no sé a qué esperas... —me tienta.

Es un maldito reto en el que voy a caer. Ya he caído, hace tiempo, mucho más del que llevamos dentro de esta piscina. Esto empezó bastante antes, solo que no era del todo consciente.

Boqueo como si fuera un puto pez. Esa es la cara que se me ha debido de quedar al tener delante a semejante diosa.

La estrecho contra mi cuerpo y mi entrepierna roza peligrosamente su muslo mientras introduzco uno de sus pechos en mi boca. Flaquea al sentir mi lengua entrando en contacto con esa zona tan sensible, así que no me detengo; esta vez le advierto con la mirada que se prepare para lo que se viene.

Finalmente, el orgasmo se abre paso a modo de pequeños pero intensos espasmos, durante los cuales no paro de besarla.

Creo que, si por mí fuera, no dejaría de hacerlo en ningún momento.

No me cabe duda de que Savannah es blanco de grave adicción.

47



Savannah

Entre el calentón y las copas que llevamos encima, no sé ni cómo hemos conseguido llegar al piso de arriba. Nos hemos parado a besarnos en prácticamente todos los escalones y esquinas que hemos encontrado por el camino. No quiero ni pensar en los charcos de agua que habremos ido formando por todas partes.

Pero aquí estamos, frente a la habitación de Ben, que tiene la puerta abierta. Mirándonos como dos idiotas.

Todas las dudas me asaltan a la vez. ¿Y si estoy cometiendo un error? ¿Y si estoy sintiendo mucho por una persona a la que hace unas semanas no podía ni ver? ¿Y si es solo un maldito delirio?

Yo no esperaba nada de esto.

—Ben, necesito que terminemos de una vez por todas con esta tensión y a partir de mañana nos dediquemos a fingir lo que pactamos: que estamos saliendo juntos hasta que mi padre me envíe de vuelta a casa —recuerdo el plan en este pequeño ataque de lucidez—. Te seguiré ayudando con los entrenamientos hasta que me vaya y todo el mundo contento. ¿Ha quedado claro?

—Ajá... —musita.

Su respuesta suena casi más como un gemido. Me acerco a él y le muerdo el labio inferior, tirando con suavidad. Sus ojos me suplican que no lo torture más y la más que evidente erección lo confirma.

Me muero por acariciarlo, es innegable. El deseo me controla.

—No te he oído bien. Estás de acuerdo con nuestro trato, ¿sí o no?

—No lo sé.

—Esa no es la respuesta que busco.

—Pues ya somos dos, porque yo lo que necesito es que me toques de una vez y te ha dado por hablar en el peor momento —se lamenta.

Pongo los ojos en blanco. No hay manera, no. Con Benjamin Scott no se pueden hacer las cosas de otra forma.

—Esto... —digo a la par que lo acaricio por fuera del bañador empapado, entrando con él en su cuarto y cerrando la puerta— no significa nada.

No sé si lo digo para convencerlo a él o si lo hago por mí. Creo que ambos necesitamos oírlo, sirva o no de algo.

—Ajá —repite con una voz excesivamente sensual.

Por fin me lanzo a sus labios y nos besamos con tanta intensidad que incluso nos hacemos daño al mordernos. Es como si no pudiéramos separarnos, como si una fuerza invisible tirara de nosotros para que siguiéramos robándonos el aliento. Su lengua juguetea con la mía de todas las formas posibles y enredo una de mis manos en su pelo rubio despeinado.

Su gemido casi se adelanta a mi mano, porque sale disparado de su boca en cuanto lo toco. Instantáneo. Comienzo el movimiento lento para ir acelerando, al tiempo que lo empujo hacia la cama.

—Joder... —gruñe—. Me vuelves loco, Savannah.

Al ver cómo disfruta de mis caricias, me doy cuenta de lo adictivo que resulta todo esto. Sé que esta noche será demasiado efímera para todo lo que quisiera hacerle.

Por desgracia, tendremos que conformarnos con esto.

—Eres increíble. Lo que provocas en mí es inexplicable —susurra.

Dejo que él se tumbe sobre mí y se deshaga de lo que quedaba de mi bikini. Vuelve a tocarme y me doy cuenta de que nunca antes alguien había conseguido hacerme temblar de este modo.

Ahora que lo tengo tan cerca, así de vulnerable, soy consciente de lo guapo que es. Quizá sea solo el subidón del momento, pero sus marcadas facciones parecen esculpidas por un verdadero artista. Sus ojos verdes me atraviesan en más de una ocasión. Quiero que estalle, que no pueda más. Se aferra a las sábanas como puede y deja la boca entreabierta, emitiendo todo tipo de sonidos, cada cual más sexy que el anterior.

Se le eriza la piel al instante y me siento muy halagada por ello.

Me digo a mí misma: «No puedes pillarte por él. Todo esto no te conviene». El problema es que no soy capaz de encontrar una sola razón de por qué no.

Ni siquiera sé si es demasiado tarde para eso.

Hay cosas que no se pueden controlar y Benjamin y yo siempre seremos dos almas indomables por completo. No me cabe ninguna duda de ello.

—¿Por qué me miras así? —le pregunto.

—Porque eres preciosa y me estás quemando a fuego lento, Savannah. ¿Tú estás bien?

—¿Bien? No recuerdo haber estado mejor en mi vida —admito. Me armo de valor para confesar lo que quiero que ocurra ahora—. Necesito sentirte, Ben.

La semioscuridad me genera ambivalencia porque, por un lado, quiero verlo. Necesito ver su rostro y disfrutar de cómo todo lo que hago o digo se refleja en su expresión al instante. Al mismo tiempo la falta de luz crea un clima de intimidad absoluta, una atmósfera idónea para nosotros dos.

Se incorpora y saca de la mesilla de noche un preservativo. Una vez puesto, se coloca sobre mí. Aguanta con los brazos el peso de su cuerpo y me besa con suavidad, sabiendo que esto es distinto a todo lo anterior. Mucho más íntimo. No es más que una ligera caricia en los labios, un roce muy sutil, pero siento un huracán dentro del pecho.

Finalmente, se desliza dentro de mí. No tenía ni idea de qué sentiría, pero no era esto lo que imaginaba. No me había preparado para un sentimiento tan intenso que podría arrasar conmigo y todo el planeta tierra.

Detenemos el mundo unos instantes... Solo nosotros podríamos hacer algo así.

Solo nosotros podemos pasar de cero a cien en cuestión de segundos.

48



Ben

Permanecemos abrazados, tumbados en esta cama tan pequeña que nos obliga a estar juntos, y pienso por un momento que no hay lugar en el que me gustaría más encontrarme que aquí a su lado. Estoy tan tranquilo, tan en paz, que no podría sentirme más a gusto.

No sé si puedo evitar enamorarme de ella, pero quiero intentarlo.

Va a ser difícil, porque la miro y creo que me muero. Es preciosa, excepcional. No sé qué tiene para hacerme sentir de esta manera, de verdad que no. Es simplemente su forma de ser, atractiva en todos los sentidos. Explosiva y magnética.

Mi brazo rodea su cintura y le acaricio la pierna con la yema de los dedos; le rozo la piel con mucho cuidado, como si fuera frágil, aunque sé que no lo es. Ahora mismo ambos nos encontramos en un momento vulnerable.

A pesar de que ya han pasado unos cuantos minutos desde que hemos decidido intentar dormir, ninguno de los dos es capaz. Nuestros ojos continúan abiertos como platos. Me encantaría saber lo que piensa, pero no la quiero molestar.

Savannah se retuerce ligeramente y yo la sujeto con firmeza, haciéndole saber que sigo despierto, ya que está recostada de lado y

no llega a verme. La oigo coger una bocanada de aire, mantenerlo unos segundos y después soltarlo, como quien quiere decir algo y al final no lo hace.

—Aún no me he dormido, así que puedes decir lo que sea que haya cruzado tu mente —la animo.

Ella se gira sobre sí misma para quedarnos frente a frente. Paso el brazo por detrás de su hombro y la pego a mí. Cuando su cabeza termina descansando sobre mi pecho entro un poco en pánico, porque sé que, de este modo, oirá mis latidos. Se dará cuenta de la cantidad de veces que se acelera cuando habla, cuando me mira. Cuando es tan ella que mi corazón parece tener vida propia. Se dará cuenta y... ¿huirá?

Prefiero no pensarlo. No ahora. Esta noche es por y para nosotros. Nada ni nadie podría arrebatarme este momento y eso me calma.

—Estaba pensando en todas las cosas que me dan miedo. Ya sabes, la oscuridad a veces se presta a recordártelas. Y me he preguntado... ¿Ben también tendrá miedo?

—Claro —le aseguro. Entrecierro los ojos—. Tengo miedo todo el tiempo, aunque no lo muestre tanto. Tú misma viste lo que me pasó en la piscina. ¿Quieres... quieres que te-te hable de mis miedos?

Un ligero tartamudeo, sumado a un pequeño *sprint* de mis latidos, revela que me he puesto un poco nervioso. Si ella lo nota, no dice nada.

—Por favor.

—Te contaré tres de mis miedos. —Le acaricio el brazo y Savannah suspira—. Me da miedo no conseguir la beca. Es un miedo atroz, de esos que no se desprenden de tu pecho, causado por el temor a fallar a todo el mundo, incluso a mí mismo. Todos tienen las expectativas tan altas que en ocasiones no puedo evitar pensar que no soy tan bueno, que ni siquiera sé si habría estado entre los

seleccionados el año anterior si no me hubiera dado el maldito ataque. Me da miedo que el entrenador me haya concedido una oportunidad que no merecía solo por ser el pobrecito al que le dio el ataque. Por... pena.

Cojo aire y ella me mira con tanta lástima que me duele el corazón. Nunca me había abierto tanto con alguien, no sobre un tema tan importante para mí.

—Ben... Eso no es cierto. Te dieron esa oportunidad porque lo merecías y eso no lo demostraste solo ese día, sino todos los anteriores. Te has ganado estar ahí, ese lugar ya es tuyo. Esta solo es una prueba más, debes estar tranquilo, porque solo tienes que nadar como siempre. Deja que los demás vean el talento que tú ya tienes y llegarás a donde debes estar.

—Nadie me garantiza nada; solo es mi sueño, pero de momento no es real.

—No es solo tu sueño —remarca esa palabra—. Los sueños son importantes, son lo que nos mueve hacia delante. Tú tienes la suerte de tener claro lo que quieres y sabes cómo hacerlo; tienes la oportunidad, el talento, la ilusión. Esos son todos los ingredientes que necesitas para hacerlo realidad. Y llegará, Ben, ese momento llegará pronto. Pase el tiempo que pase de por medio, merecerá la pena. Lo conseguirás y, cuando mires atrás, te darás cuenta del camino tan largo que has recorrido para llegar hasta aquí.

—Gracias, gracias por decirme esto. Necesitaba oírlo —admito.

Podría decir que odio este momento tan intenso que se ha generado entre nosotros, pero estaría mintiendo. Me encanta. Todo esto me gusta demasiado.

—Gracias a ti por contármelo.

—El segundo miedo es relativo a las personas que son importantes para mí. Me da miedo que las personas a las que quiero

no me quieran de verdad, que me abandonen. He perdido a personas importantes por el camino y eso duele mucho.

Asiente como si comprendiera esa sensación y la sintiera en sus entrañas.

—¿Y el tercer miedo?

«Me da miedo que el vínculo que poco a poco vamos creando se rompa, que te vayas de verdad. No verte más. No poder volver a sentirte tanto.»

—Me lo he pensado mejor. Sobre el tercer miedo..., ese te lo contaré más adelante.

—Vaya...

—Te preguntaría por tus miedos —continúo hablando para no darle tiempo a que cuestione mis palabras—, pero creo que prefiero saber algo más bonito que eso. Háblame de un momento en el que fueras infinitamente feliz.

Me mira y sus ojitos se iluminan en la oscuridad. La luz de la luna se cuela por la ventana y Savannah se vuelve aún más bonita bajo el contraste del claroscuro. Inspiro el aroma de su pelo y deposito un beso en su frente, a riesgo de que parezca un gesto demasiado íntimo. Me da igual, porque este instante lo merece.

—Recuerdo a la perfección el día que adoptamos a *Holland*...

Me habla de cómo llegó ese ser tan simpático a su vida: la perra de unos vecinos tuvo una camada y al ver a los cachorros nadie pudo negarse, ni siquiera su madre, que no era precisamente una amante de los animales. Me cuenta cómo lloró cuando lo cogió en brazos, que ella siempre había querido tener un perro y que gracias a su compañía se sintió menos sola en numerosos momentos de su vida. Su amigo peludo, aunque no hable, le demuestra que está ahí; es el que de manera invariable se alegra de verla y no le guarda rencor por nada. Me revela que es el único con quien nunca podrá

enfadarse. También confiesa, entre risas, que lo llamó así por su obsesión con Tom Holland; que pasó un verano entero reproduciendo en bucle el vídeo del actor bailando *Umbrella* y que vio todas las películas de Spiderman a raíz de eso, pero que le cuenta a la gente que se llama *Holland* por unas idílicas vacaciones en Holanda que no fueron tan idílicas, ni mucho menos tan importantes para ella como lo fue ese simple vídeo que revolucionó internet.

Y así, mientras me habla de las pequeñas cosas que la hacen feliz, con una sonrisa sincera coloreada en los labios, es cuando cobro verdadera consciencia de que, aunque intente evitarlo a toda costa, me estoy enamorando de verdad.

49



Savannah

Me despierto con la sensación de que un camión me ha pasado por encima.

No, no solo un camión. Una convención de camioneros con vehículos enormes y excesivamente pesados ha tenido que bailar sobre mis huesos, porque apenas soy capaz de moverme. No puede haber sido el alcohol, porque no bebí tanto —recuerdo ocasiones mucho peores y ayer no me puse al límite; no, al menos, en ese sentido— y el sexo estuvo bien —muy muy bien—, pero tampoco estuvimos golpeándonos contra los muebles de la casa —no todos.

Intento encontrar una explicación razonable a este cansancio y..., ah, sí, lo tengo. Pasamos la noche parloteando y he descansado entre cero y nada.

No creía que fuera tan fácil hablar con él, pero me sorprendió. Mucho y para bien. No sé qué pasará a partir de ahora, lo que sí que tengo claro es que la noche de ayer quisiera encerrarla en alguna parte para volver siempre que me apetezca. Me gustaría reencontrarme con la misma paz que hallé en los susurros de

madrugada, cuando nos abrazamos tras alcanzar ambos el punto más álgido, aunque sé que eso no pasará.

«Podrías quedarte», me digo. Intento desechar esa idea de mi cabeza; cada vez suena un poquito más fuerte, como si alguien hubiera subido el volumen de mis propios pensamientos sin permiso.

«No digas tonterías...», responde esa parte de mí que suele guiar los impulsos, las reacciones intensas y que es, en gran medida, responsable de mi rabia. De mis huidas. También de mis miedos más profundos.

A veces me gustaría no vivir escindida, dividida entre esas dos mitades tan contradictorias y exigentes, que tiran de mí y me arrastran de un lado a otro. Me encantaría ser más coherente y aprender a echar el freno de vez en cuando. Solo que no sé cómo hacerlo y por eso estoy en esta situación.

Siempre estoy en guerra conmigo misma y es agotador. Soy como una cascada emocional que arrasa por donde pasa, que no tiene fin.

Miro a mi alrededor porque la luz del día me permite, por primera vez, echar un vistazo a la habitación que ocupa Benjamin, que hasta hace nada era el cuarto de invitados. Lo único que ha cambiado es que veo cosas que sé que son suyas, como su mochila o su ropa junto a la silla del escritorio. En la mesita de noche hay ahora un marco con una foto de él cuando era más pequeño. Parece sacada tras una competición, ya que sujeta un trofeo y se le ve orgulloso de sí mismo.

Mi móvil reposa junto a la foto. El caso es que ni siquiera recuerdo cómo acabó aquí. En cuanto reparo en él, me da un vuelco el corazón y lo agarro con manos temblorosas, porque una parte de mí sabe que el grupo de las chicas está ardiendo con mensajes, preguntas y gritos.

Lo que me temía: el teléfono echa humo.

Quinientos mensajes. ¡Quinientos! ¿Están locas o qué?

Hay demasiados para leerlos todos y menos ahora, que me duele la cabeza y soy como un maldito zombi.

Sigo descendiendo hasta que veo un archivo de vídeo. Oh, no. Hay pruebas gráficas de lo sucedido. No me hace falta entrar a verlo para saber que somos Benjamin y yo besándonos con bastante intensidad.

Que alguien me mate y que sea lo más rápido posible.

El último mensaje es de Daisy.

> REUNIÓN EN MI CASA, ESTA NOCHE, URGENTE.
> Dress code: pijama. Mis padres no están, así que toca fiesta. Y NO, Savannah, no puedes evitarnos eternamente. Ven y tu tortura terminará pronto.

Sois unas diablas, todas vosotras.
No se libra ni una.

Esta vez es Abigail la que contesta.

> No sé quién arderá antes en el infierno, si nosotras por cotillas o tú por haberte tirado al nadador buenorro y estar tan tranquilita.

Sin comentarios, reina... 👑

Mia tampoco deja pasar la oportunidad de comentar algo ingenioso.

> Pues, para dejarte sin habla, ha tenido que darte como cajón que no cierra...

No sé quién me da más miedo: Daisy, solo con mirarme, sabe lo que escondo; Abi no tiene vergüenza ni la conoce, y Mia tiene

madera de periodista, así que hacer preguntas incómodas es su especialidad.

La única que sé que no irá a por todas es Ruby.

Os odio a todas. Salvo a Ruby,
a ti te quiero infinito.

Aprovecha que la he nombrado para contestar a mi mensaje.

Oooh, ¡y yo! Estoy deseando que llegue la noche
para pasar un buen rato juntas. ❤️

«Algunas lo pasarán mejor que otras», pienso, sabiendo que no se trata de mí, sino del resto de la *crew*, pero no lo escribo. Me autoconvenzo de que lo que pase esta noche será problema de la Savannah del futuro, mientras que la del presente solo quiere largarse de aquí cuanto antes e irse a dormir. A ver si entre medias logra poner sus pensamientos en orden.

En un principio echo un vistazo fugaz a Benjamin mientras está profundamente dormido, pero no puedo resistirme y acabo contemplándolo durante más tiempo del que me gustaría admitir. Creo que es hora de que me vaya; es mejor así, porque tampoco sabría qué decirle. Entre todas las cosas que se me ocurren, ninguna parece lo bastante buena. Quizá por eso huyo, porque esta situación comienza a quedarme grande y me da un poco de miedo no estar a la altura. Ya no solo se trata de la inseguridad, sino que a partir de ahora no sé muy bien cómo vamos a actuar, eso está por definir.

Ayer pasó algo más, no fue solo sexo. Eso lo sé.

Cuando nos quedamos hablando hasta casi el amanecer, susurrando en la oscuridad, se me removió algo dentro del pecho. Eso también da miedo.

«Joder, tengo que salir de aquí.»

Evito hacer ruido al levantarme de la cama. Paso de verme obligada a mantener esa conversación ahora, en las peores condiciones. Estoy insomne, sentimental y mi caos interior se hace más grande a cada momento. Es mejor poner un poco de distancia de por medio de forma preventiva.

Busco en vano algo con lo que calzarme, ya que pronto caigo en la cuenta de que dejé mis Converse tiradas en el jardín. Antes de dormir pasé por mi cuarto para coger ropa interior y el pijama para no pasar frío, pero me olvidé de las zapatillas. Mejor, así seré más silenciosa.

Menos mal que estamos solos en casa, ya que Bastian dormía en casa de un amigo y papá y Jess tenían una fiesta. Así nadie se enterará de esto.

Antes de irme lo contemplo desde el umbral de la puerta de su habitación. Parece tan inofensivo así... Y no lo es, no. Sin quererlo me ataca siempre en lo más hondo de mis entrañas, ahí donde nadie más es capaz de llegar. Él conoce el camino y me asusta muchísimo. Pero visto así es otra cosa, solo me transmite tranquilidad y una sensación muy cálida se instala en mi pecho.

No puedo evitar acercarme y posar un beso en su mejilla. Apenas le rozo la piel porque prefiero no despertarlo y, aun así, se retuerce sobre sí mismo y murmura algo que no soy capaz de comprender. Sigue emitiendo sonidos incomprensibles hasta que una de esas palabras cobra sentido para mí.

—Savannah...

Mi nombre. Mi boca se curva en una sonrisilla muy tonta. Si mis amigas vieran este momento, se morirían, no me cabe duda. Caerían como moscas en la miel, de una en una.

Es muy mono y eso es un hecho. Negarlo sería mentir de manera descarada.

Vuelvo a oír mi nombre justo antes de empujar la puerta. Cruzo el pasillo con las mejillas sonrojadas y la culpa pisándome los talones. Es precioso que alguien se acuerde de ti incluso en sus sueños.

Es terrible que tenga que quedarse solo en eso: en sueños.

50



Savannah

He pasado el día entero en la cama. Teniendo en cuenta que desperté entre las sábanas de Benjamin, que he vuelto a mi cuarto y he recuperado las horas de sueño, que he pasado la tarde tumbada en la cama leyendo —para evitar encuentros incómodos con el susodicho y también con cualquier persona que viva en esta casa a quien le haya podido llegar el vídeo de anoche— y que estoy a punto de llegar a casa de Daisy para volver a tirarme en otra cama, puede ser que el asunto haya llegado a niveles preocupantes.

Aparco y, como siempre, me aseguro de que he echado bien el freno de mano del Mazda de papá. Desde que me deja conducirlo, cuido el coche como si fuera mío. Bajo de un salto y me dirijo a llamar al timbre. Estoy un poquito nerviosa porque mis amigas, si quieren, pueden ser la Santa Inquisición. Cuando se abre la puerta no tengo tiempo de saludar, ya que hay muchos brazos que tiran del mío con tanta fuerza que creo que serían capaces de arrancármelo de cuajo.

Y entonces llegan los gritos, los saltos y las palabras con las que se atropellan las unas a las otras. Las miro con cara de susto hasta que Ruby pone orden y manda callar al resto de las cotorras.

—Así mejor. Mil gracias, Ru.

La rubia sonríe y es la primera en abrazarme. Me agacho un poco porque es bastante bajita, lo cual solo la convierte en el ser más adorable del planeta, teniendo en cuenta lo tranquila y dulce que es ella de por sí.

—Me encanta que hayas venido en pijama desde tu casa —comenta Mia, posando un sonoro beso en mi mejilla al mismo tiempo que me embriaga con su intenso olor a perfume de señora mayor, de esos que huelen a dinero y extravagancia. Mi pijama es del monstruo de las galletas y el suyo tiene a Stitch repartido por toda la tela, así que ambas llevamos el color azul por bandera ahora mismo. Reparo en sus labios, que están pintados de un rosa oscuro, pero se me adelanta—. Es fijo. Deberías comprártelo, ahora que andas comiéndote la boca con Benjamin Scott. Ya me lo agradecerás.

—Has tardado varios minutos en mencionarlo, estoy sorprendida. A ver si el próximo día te tomas un poquito más de tiempo. Poco a poco, ¡tú puedes! —exclamo con falsa motivación y mucha ironía.

—Pues no sé cómo se ha contenido tanto —opina Abi. Lleva el pelo negro recogido en una trenza muy bonita, estilo Katniss Everdeen, y va a juego con su pijama de seda negro. Es un bellezón de mirada intensa. Me abraza y nos balanceamos durante unos instantes—. Hola, reina. Qué ganas tenía de verte, ¡ay!

Sonrío y busco a Daisy con la mirada. En cuanto doy con ella y su pijama digno de Sharpay Evans, rosa fucsia y con plumas tanto en las mangas como en los bajos del pantalón, me percato de que me

está examinando de forma exhaustiva. Termino agitando la mano en su cara para llamar su atención.

—Hola a ti también.

—Tengo tantas preguntas que hacer que, o te dejas de saluditos, o empiezo a disparar aquí en el mismísimo umbral de la puerta.

—Vaaaaaamos... —Hago un gesto con la mano para invitarlas a subir los escalones conmigo, como si esta fuera mi casa y no la de Daisy.

Oigo los susurros y gritos de emoción a mi espalda.

—¡Qué cruz! —grito, frustrada—. Esto no está pagado, tías...

Las risas me siguen hasta la habitación de Daisy y, nada más entrar, me lanzo en plancha a su enorme cama. Abigail me copia y el resto se sientan en los colchones que están repartidos por el suelo.

—Madre mía, habéis dejado todo bien preparado —observo.

—Absolutamente todo. Daisy, has pedido las pizzas, ¿verdad? —pregunta Mia. Le guiña un ojo y no me transmite confianza. No sé qué traman, pero seguro que nada bueno.

—Sí, todo en orden. Las he programado para más tarde. Ahora toca... ¡interrogatorio!

Pongo los ojos en blanco y resoplo. Espero que sea rápido y duela poco.

—Benjamin Scott, tía, ¿en serio?

—¿Estáis saliendo?

—¿La tiene grande?

A pesar de que no las veo y sus voces se han mezclado, sé a la perfección quién ha hecho cada pregunta. Abi, Mia y Daisy, en ese orden. Si es que se las ve venir. También sé que Ruby no ha hecho ninguna pregunta.

Las chicas suelen vacilarle mucho porque lleva mucho tiempo babeando por el hijo de Sarah Parker, la encargada de los eventos

del pueblo —es un poco como nuestra alcaldesa particular—, y, aunque hablan muchísimo, ninguno da el paso. Ellas se desesperan, pero Ruby solo sueña con ese momento y sabe que, si llega, será perfecto. Tiene un concepto del amor muy puro e inocente y es bonito que haya personas que sigan creyendo tanto en algo en lo que yo hace tanto que dejé de creer.

Abigail es más de rollos de una noche; como es bisexual, se suele llevar lo mejor de los dos mundos. Mia escogió bando y decidió que las mujeres le daban menos quebraderos de cabeza que los tíos porque suelen tener más responsabilidad emocional. El caso es que hace tiempo que no tienen pareja seria, así que cualquier salseo que entre en el grupo... bienvenido sea.

—¡Responde! —grita Mia, tirándome un cojín a la cara.

Lo esquivo por poco.

—Solo fue un beso.

Quiero contarles que en realidad todo empezó siendo parte de un plan, uno que ni siquiera hemos podido poner en marcha aún, lo cual le quitaría credibilidad al asunto... Por eso es mejor que me calle. Hasta que me aclare un poco más, al menos. Intentaré sortear las preguntas lo mejor que pueda y ya está.

—O sea ¿que no estáis saliendo?

—No exactamente. Estamos viviendo el verano y ya está. Lo que surja.

—Dentro de «lo que surja» cabe siempre la posibilidad de una relación —apunta Abi.

—¿A mí no me vas a responder o qué? —ataca Daisy, molesta porque sabe que la estoy ignorando a propósito.

—Estás dando por hecho que nos hemos acostado.

—Vamos, Savy, que no me chupo el dedo. Y tú precisamente tampoco.

Abro la boca, porque sé lo que ha querido decir con eso. La fulmino con la mirada. Esta será una noche muy larga...

—¿Cuándo decías que llegaba la pizza?

—Oye, guapa, no cambies de tema. ¿Lo habéis hecho o no?

No respondo, aunque sé que esto se va a poner chungo si no confieso.

—Reformularé mi pregunta: ¿cuántas veces?

Niego con la cabeza, intentando ingeniármelas para salir de esta. Cuando me doy cuenta de que no tengo escapatoria, elijo la primera pregunta.

—Sí.

—¡Ha dicho que sí! —gritan como locas al unísono y empiezan a saltar sin parar. Ruby me mira con cara de lástima.

El resto de la noche sigue la misma dinámica. Me hacen preguntas, intento no pasarme con la cantidad de información que ofrezco en mis respuestas —aunque cada vez me veo obligada a revelar más detalles— y ellas gritan mucho. Muchísimo.

—¿Te gusta? —me pregunta Ruby cuando las demás se enfrascan en otra conversación ajena a la nuestra y por fin puedo respirar un poco, a pesar de que su pregunta sea la más difícil de contestar.

—No lo sé —admito. Después me llevo un dedo a los labios para pedir que me guarde el secreto.

Ruby asiente y sé que puedo confiar en ella.

—Eso es por algo, hazme caso. Si fuera un «no», lo tendrías clarísimo. Tómate tu tiempo.

Mis labios se curvan en una breve sonrisa y damos por zanjada la conversación antes de que el resto se inmiscuya y esta fiesta de pijamas se convierta en un infierno del que sea imposible escapar.

—¿Y si ponemos un poco de música hasta que lleguen las pizzas? —propongo.

No me hace falta que respondan porque sé que van a querer. Mis dedos vuelan a la *playlist* y pulso el aleatorio. Dua Lipa empieza a sonar por los altavoces, al ritmo de *New Rules*.

Todas chillamos. Nos encanta esta canción y es perfecta para una fiesta de pijamas.

Aunque me saquen de quicio, me hace muy feliz estar aquí con ellas. Son mis amigas, las que siempre están.

A eso lo llamo yo tener suerte en la vida.



Bailamos, cantamos y lo damos todo durante un buen rato. Sin embargo, el hechizo va perdiendo fuerza y mis amigas van ganando memoria, lo cual significa que recuerdan lo que vieron anoche en el vídeo y vuelven a la carga. Por no hablar de que la media de alcohol en sangre del grupo ha aumentado de forma considerable y no precisamente por mí, que siempre contemplo la posibilidad de tener que conducir de vuelta a casa. Al menos tengo la suerte de no depender de una sustancia para divertirme. Solo bebo cuando me apetece, no como una especie de obligación social.

Ruby no toma más de una copa, como de costumbre. ¿Las otras? Aún no ha llegado la medianoche y están en el punto de berrear al ritmo de las canciones más intensitas de Olivia Rodrigo.

Podría incendiar esta habitación ahora mismo diciendo que soy un poco más *team* Joshua Bassett, pero el ambiente ya está bastante caldeado por ahora. Este debate mejor lo dejo para más adelante.

—Bueno, ya que nosotras no fuimos invitadas a la famosa fiesta de los tremendos nadadores y tú sí, creo que es hora de que largues por esa boquita —exige Mia. Se ha ido a cambiar las lentillas hace

poco y se ha puesto las gafas, además de recogerse el pelo castaño en un moño medio deshecho.

—Con deciros que lo primero que vi al llegar fue a Mike Donovan en pelotas con un ridiculísimo tanga de lentejuelas... ¿Os parece suficiente?

—¿¡Qué!? —exclaman antes de estallar en carcajadas.

—No puede ser —dice Daisy—. Por favor, necesito un vídeo o foto de eso. No me puedo creer que a alguien le pareciera más interesante, sin ánimo de ofender, grabarte a ti comiéndote la boca con Benjamin cuando había semejante material por ahí suelto. Alguien en esa fiesta debería reordenar sus prioridades.

—Totalmente de acuerdo.

—Entonces nos certificas lo tremendo que está, ¿no? —pregunta Abi.

—Pero ¿no lo habéis visto en sus publicaciones de Instagram? No hace falta mucha imaginación ni prueba para darte cuenta de que sí —añade Ruby.

—Uh, que Ruby *stalkea* a los nadadores de la universidad... ¡Esto sí que es novedad!

Ruby pone los ojos en blanco.

—Que no me pase el día babeando en voz alta y que esté enamorada de otro chico no significa que no tenga ojos en la cara, guapas. Además, sabéis que me gusta estar al día con asuntos deportivos.

Ruby juega al tenis desde que tiene uso de razón. Ella es de las pocas que viven en Holy Bay todo el año y entrena mucho porque es lo que más le gusta en el mundo. Durante los meses estivales, que es cuando más veraneantes llegan, también da clases a niños pequeños que se inician en ese deporte. Está encantada y nos cuenta anécdotas todo el rato.

—Claro, claro. Yo también voy a empezar a estar atenta a los «asuntos deportivos» si están así de buenos —contesta Daisy entre risas. Después fija su mirada en mí y sé que soy, una vez más, su objetivo—. Y hablando de asuntos deportivos...

—Ah, no, no. Sé lo que vas a decir y creo que prefiero hablar sobre lo fascinante y excitante que fue mi pedazo de noche con Benjamin Scott.

—Como no tienes claro qué estudiar en la universidad y todo eso... —Mira a las demás en busca de apoyo, ignorando por completo lo que acabo de decir—, bueno, ya sabemos que es un tema del que no te gusta hablar, pero tenemos un regalo para ti.

—¿Un regalo? —repito, sin dar crédito. Frunzo el ceño—. No entiendo.

Daisy abre uno de los cajones de su mesita de noche y saca un rectángulo envuelto en papel de regalo rosa. Todas me miran emocionadas y sonríen. Aún sorprendida y extrañada, extiendo los brazos para coger el obsequio y, en cuanto lo poso sobre mi regazo, procedo a desenvolverlo a la velocidad de la luz.

—Oh...

Es un dibujo encuadrado en un marco —también rosa, así que tengo cero dudas sobre quién ha preparado todo esto— de nosotras. Es muy especial porque las cinco estamos de espaldas, vestidas con uniformes de animadora y con el puño alzado con el pompón. La mano libre la tenemos entrelazada con la de al lado y es... precioso.

Me he quedado sin palabras.

Leo la frase que han escrito encima de la ilustración: «Estaremos aquí para animarte siempre que nos necesites».

Tengo que hacer un gran esfuerzo para no echarme a llorar, pues sé que, si lo hago, no podré parar. Tener que apartarme del equipo de animadoras en mi último año de instituto fue un palo muy duro,

especialmente porque me refugiaba en ello después del divorcio de mis padres e incluso antes, en los momentos en los que todo iba mal en casa. Cuando las discusiones aumentaban, mis horas de entrenamiento también. Estaba preparada para darlo todo esta temporada cuando me lesioné. El doctor dijo que no podría practicar deporte intenso durante unos meses y mi mundo se cayó en pedazos. Mi familia se había destruido, mi pasión se desvanecía y yo me sentía muy perdida.

Si no podía aferrarme a eso, ¿qué me quedaba?

Al principio pensé que pronto volvería y que lo haría con más ganas, hasta que fui perdiendo la ilusión. Ya no soy capaz ni de hacer una pirueta por miedo a volver a caer y que esta vez sea para siempre. ¿Cómo voy a ser animadora si no tengo energía, si no tengo ganas de hacer nada?

—No puedo animar, chicas, he perdido la chispa. Pero os agradezco esto.

—Claro que puedes, Savannah... Solo tienes que empezar a dejar de remar contracorriente y creer en ti —opina Mia, que se caracteriza por su aplastante sinceridad—. No deberías poner una solución permanente a un problema temporal.

—Nosotras no queremos presionarte, solo que te tomes tu tiempo y, cuando estés preparada para volver, cuentes con nosotras. Que si tenemos que ir a hacer el ridículo a alguna prueba con tal de acompañarte y alentarte, ahí estaremos.

Miro a Ruby y le agradezco de corazón sus palabras. Me pongo en pie y ellas también lo hacen. Nos abrazamos con fuerza.

—Sois las mejores. Gracias por estar ahí.

—Tú también eres la mejor. En todo lo que te propongas —añade Daisy.

—Bueno —dice Abigail, cargándose este momento tan emotivo; a veces siento que todo lo emocional la incomoda incluso más que a mí—, estabas contándonos lo apasionante que fue tu beso con Benjamin. Sigue, sigue, no te cortes.

—Qué suplicio. Pues sí, estuvo genial.

—¿Besa bien? —inquiere Ruby. La curiosidad se refleja en su rostro: quiere saberlo todo. Es igual que las demás, salvo que menos preguntona y más tranquila.

—Besa increíble. Y no es lo único que hace bien...

Sé que he hablado más de la cuenta porque ahora no van a querer parar. No me da ninguna pena cuando suena el timbre y tenemos que posponerlo.

—¡Justo a tiempo! Ahora vengo.

Daisy no corre: vuela. En sus ojos veo reflejada la malicia e intento olvidar lo mucho que la conozco y no preocuparme por adelantado.

Craso error.

—Dios, me muero de hambre... —se queja Mia, acariciándose la tripa, que lleva un buen rato rugiendo.

—Hummm, pizza...

Me río, aunque no las miro. Tengo la vista clavada en la puerta. Pasan los minutos y creo que me va a dar algo si Daisy no viene ya con la cena. Necesito que, cuando vuelva a entrar, lo haga sola.

Completamente sola.

Cuando abre la puerta aprieto los puños al comprobar que, en efecto, no me equivocaba. Enfundadas en sus respectivos pijamas tenemos delante a las dos personas a las que menos me apetece ver en este momento: mi hermano y Benjamin Scott.

Si las miradas mataran, Daisy ya no estaría entre nosotros.

«Esto me lo pagas, maldita.»

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto, de mala gana.

—Hemos venido a joderte la noche. Bienvenida a tu peor pesadilla —responde Bastian.

—¿Y cómo narices habéis llegado? ¿Andando?

—Papá y Jessica han vuelto a tiempo y nos han dejado el coche. Menos mal, porque parece que se avecina tormenta.

Benjamin se acerca a mí y mis piernas se vuelven de mantequilla de manera automática. Está guapo hasta así vestido, con un pijama de Spiderman que inevitablemente me hace pensar en Tom Holland bailando *Umbrella*. Un día más sin poder sacarme a ese muchacho de la cabeza. Creo que lo mío roza la obsesión.

—¿No te alegras de verme?

Coloca su mano en la parte baja de mi espalda y, por un segundo, no sé ni dónde me encuentro. Me planta un beso en los labios delante de mis amigas y de mi hermano. Después se pone a mi lado.

Ellas nos miran atónitas y yo estoy intentando recuperar el aliento mientras que él parece tan tranquilo. Como si nada. Actúa como si no fuera la única persona capaz de lograr que mi corazón deje de latir o, al contrario, que se acelere tanto que me asuste.

O como si no fuera la causa y la solución de mis problemas, todo al mismo tiempo.

51



Ben

Nunca me habría interesado tanto una fiesta de pijamas si Bastian no hubiese mencionado que Savannah estaría allí.

Él sabía que al final caería, por eso ha jugado bien sus cartas y aquí estamos ahora, en la habitación de Daisy con otras tres chicas a las que no conozco de nada, pero que no apartan la vista y cuchichean cuando piensan que estoy distraído. Por otro lado, Savannah parece más perdida que un pulpo en un garaje y tiene cara de enfado. Me mira confusa, como si no entendiera nada de lo que está pasando.

Quien no la comprende soy yo. Pensé que me despertaría con ella entre mis brazos, pero ya se había largado. Cuando nos acercamos de verdad, me da la sensación de que necesita salir corriendo. Se aleja tanto que a veces temo que se rompa la conexión, que desaparezca y no vaya a volver.

Por eso me ciño ahora a nuestro pacto, que es lo que ella verdaderamente busca. ¿No se suponía que este era el plan? Fingir que tenemos un rollo, que el resto se lo crea, la noticia llegue a su padre y decida enviarla de vuelta a... ¿a casa?

«Au.»

—Ay, Benjamin, qué bien que hayas venido. Estábamos deseando conocerte. Savannah habla mucho de ti. Y muy bien, además.

En el rostro de la aludida se abre paso el cabreo. Me llevo el puño a la boca para disimular por si me entra la risa, que amenaza con escapar de un momento a otro.

—Bueno, tampoco exageres... —masculla.

—Ah, ¿sí? Espero que os haya contado algo interesante —respondo, intentando tirar de la lengua a la morena que ha hablado. Sé que está deseando soltarlo.

—Abigail... —Savannah comienza su amenaza, aunque no llega a terminarla.

A Abigail le centellean los ojos porque sabe perfectamente lo que está haciendo: sembrar el caos. Esto se pone interesante.

—Aparte de lo bien que besas, también nos ha contado que eres nadador y que te estás preparando para una competición importante.

Respiro hondo y Savannah permanece inmóvil a mi lado. No voy a mirarla, ya que sé que está al borde de un tremendo ataque de nervios y tampoco quiero torturarla. No si no es a mi manera, con mis condiciones y sobre una cama o cualquier superficie en la que pudiera disfrutarlo.

Me humedezco los labios y esbozo una sonrisa ladeada; quizá peque de creído, pero esto solo me hace sentir bien. Que a ella le hayan gustado mis besos solo logra que quiera besarla de nuevo, incluso aunque no estemos solos.

Me freno porque es lo mejor; no quiero excitarme ahora.

—Sí, Savannah me está ayudando bastante con los entrenamientos. Está siendo guay compartirlo con ella —admito. Lo siento así de verdad, no lo digo por decir.

—Has dicho «Savannah» y «ayudar» en una misma frase, no sé si te he oído mal o... —suelta la del pelo castaño y gafas redondeadas.

—No seáis malas. ¿No veis que Savannah está siendo muy solidaria y caritativa este verano? —replica Daisy, lo que arranca las risas de todos los presentes, incluido Bastian.

Si fuera un poco más canalla podría sacar a relucir la visible fascinación que tiene mi amigo por la pelirroja; podría soltar la bomba ahora. Pero, aunque puedo llegar a ser muy capullo, no lo soy tanto.

Van a seguir hablando y haciendo preguntas cuando Savannah sube el volumen de la música al máximo, tanto que hasta el suelo retumba. Es un claro «Callaos y bailad, malditas» en toda regla.

Cuando ha comprobado que todas le siguen el rollo y se han puesto a bailar, viene directa a mí, enfilada. Se planta delante y, antes de que pueda decir o hacer nada, se adelanta.

—¿Podemos hablar? En privado.

Se muestra tan seria que incluso me yergo. Es increíble lo mucho que me impone aun siendo bastante pequeñita y teniendo esa cara tan angelical. Me resulta complicado negarle lo que pida.

—Claro.

La sigo a través de la habitación, la cual cruzamos ante la atenta mirada del resto hasta dejar el dormitorio atrás. Cierra la puerta y me pregunta:

—¿Qué se supone que haces aquí?

—Me han invitado y he dicho que sí.

—¿Por qué? ¿Es que ahora tienes que aparecer en todas partes? ¿Es necesario que mire donde mire estés ahí?

No me gusta el tono en el que me está hablando. Entiendo que esté frustrada con la situación, con su vida, con lo que sea. Pero hablarme enfurecida no mejorará nada.

—Oye, es un poco injusto que lo pagues conmigo. Ya siento joderte la noche, pero este también es mi verano. Mi amigo me ha invitado a una fiesta de pijamas y me ha apetecido venir. No sé, quería conocer al resto de tus amigas.

—Por mucho que finjamos tener un rollito, no somos nada oficial. No creo que...

Cómo me fastidia cuando hace eso: negar la realidad. Hace como si aquí no hubiera pasado nada, como si anoche no nos hubiéramos enrollado en cada rincón de la casa. Eso pasó y, por mucho que quiera, no podrá borrarlo.

—Estoy empezando a cansarme, Savannah. ¿Quieres engañarte a ti misma? Genial, haz lo que quieras con tu vida, pero en el fondo ambos sabemos lo que hay. Y si vas a tener el valor de decir que miento, adelante. Si no somos nada, no debería importarme, ¿verdad?

—Lo vas pillando.

Me está sacando de quicio. El pasillo está oscuro y apenas vislumbro su rostro, así que me pierdo los matices de sus reacciones. Por eso mismo me lleno de valentía y me acerco muchísimo a ella, arrinconándola por completo. Se le hincha el pecho, reteniendo el aire, y noto cómo la tensión que nos envuelve crece por momentos.

—A ver si vas pillando tú que entre nosotros hay mucho más que un simple «nada». —Aprovecho para besarla en el hueco entre su cuello y la clavícula. Su respiración se agita y, cuando termino y la miro, no es capaz de sostenerme la mirada—. Miénteme a la cara. Vamos, dime que no sientes nada.

—Yo... No...

Espero pacientemente a que complete la maldita frase.

Pero no lo hace.

No lo dice.

Sonrío con autosuficiencia y, esta vez, el beso lo deposito un poco más arriba, en la comisura del labio. Me porto un poco mal con ella cuando noto que busca mi boca y me aparto; no quiero darle esa satisfacción, no ahora. Sé que soy un capullo, pero así entenderá que no puede seguir engañándose. Me desea y yo la deseo tanto como una persona ansía el agua en un desierto.

—Vuelvo dentro, que me han entrado ganas de bailar —le advierto.

Savannah sigue inmóvil, pegada a la pared. Respira con dificultad y me doy cuenta de que me encanta provocarle esas reacciones tan intensas.

Me encanta este juego sin fin.

Me encanta todo lo que tiene que ver con ella.

52



Savannah

—Tú flipas si piensas que esto se va a quedar así —respondo mientras alcanzo su mano y tiro de él con todas mis fuerzas, atrayéndolo hacia mí.

El tiempo se congela durante un breve instante y solo regreso a la realidad cuando Benjamin coloca sus manos en la parte baja de mi espalda. Todo esto genera una fiesta de hormonas en mi interior; mi cuerpo anhela su cercanía, su tacto. Sé que él se siente tan atraído como yo y no solo porque el bulto que se ha formado en sus pantalones sea evidente, sino por su respiración entrecortada. La forma en la que aprieta la mandíbula, esa manera que tiene de mirarme... Me siento desnuda ante él.

Le clavo el índice en el pecho, justo en el centro. Presiono y comienzo a deslizarlo por su torso, dibujando y desdibujando líneas, círculos y todo tipo de figuras sobre su camiseta de Spiderman, azul y roja. No dejo de devorarlo con los ojos en ningún momento, él tampoco; he de admitir que este duelo de miradas me enciende, me hace querer más.

—Me sobran muchas cosas en este momento.

Su dedo pulgar aterriza sobre mi labio inferior justo en el instante en el que dejo de hablar. Lo acaricia, tirando ligeramente hacia abajo, y coge aire. Lo retiene en el pecho, aumentando la tensión que ya había entre nosotros. Quiero arrancarle la ropa. Quiero agarrarlo por la nuca y dejar que nuestras lenguas bailen durante horas. Quiero que todo gire a nuestro alrededor mientras nosotros ardemos.

Lo quiero a él, lo quiero todo. Y lo quiero ahora.

—Ah, ¿sí? —Se acerca a mi oído y deja caer las palabras con sutileza. Las recibo como si fueran pequeñas descargas que me activan aún más si cabe—. ¿Como qué, *amor*?

«No puede ser.»

«Me muero.»

Trago saliva, respiro.

Y caigo, caigo, caigo.

Ha utilizado una palabra en español, una de mis favoritas. Que la conozca y la haya pronunciado tan bien me ha vuelto completamente loca. Este chico va a acabar con mi cordura.

—*Amor*... —repito, volcando tanto de mí en esa palabra que siento algo muy fuerte en el pecho.

Él sonríe y le devuelvo el gesto. Al final, saco fuerzas para responder a su pregunta, aunque me lo pone difícil en el mismo momento en que me acaricia la pierna, recorriéndola hasta llegar a mi muslo. Se detiene ante la duda de si sería demasiado seguir subiendo. Mira a su alrededor y se da cuenta de que estamos en mitad de un pasillo, junto a la habitación de Daisy, con el consecuente peligro de que nos puedan pillar con las manos en la masa.

—Me sobran el pijama, el lugar y las ganas de comernos.

—Savannah...

No puedo cuando pronuncia mi nombre con tal desesperación. Nuestros labios se rozan y, aunque quiero besarlo hasta desgastar sus labios, no me apetece hacerlo aquí.

—Sígueme.

Obedece al instante, pegándose a mi cuerpo mientras pienso dónde podemos meternos. Aunque no estoy en condiciones de hilar fino, se me ocurre un sitio donde hacerlo. Solo espero que a nadie le dé por buscarnos en un rato.

Lo guío por el pasillo hasta el cuarto de la colada, que por suerte está alejado de todo. Dejo que pase y cierro la puerta con cuidado de no hacer mucho ruido. El espacio que hay entre nosotros es muy reducido y estamos prácticamente a oscuras, pero no necesitamos nada más.

Me acaricia la mejilla con el pulgar y yo necesito que me bese porque no aguanto más tan lejos de él, pese a que estemos pegados el uno al otro entre escobas y otros utensilios de limpieza que no llego a diferenciar.

—¿No dijiste anoche que sería la última vez? ¿Que esto no volvería a pasar?

—¿Lo dije? Uf, la verdad es que no lo recuerdo bien. A lo mejor he cambiado de opinión.

Está tan tenso que creo que podría reventarle la camiseta del pijama en cualquier momento. Por supuesto que sería un espectáculo digno de ver, así que no me quejaría si eso pasara.

—O sea, ¿que soy capaz de hacerte cambiar de opinión, Savannah?

—Puede...

Asiente, como si tomase nota mental. Acto seguido, pone sus manos en mi trasero y me impulsa para que suba a la lavadora. Una

vez arriba, me separa las piernas con cuidado y ansia, jugando en esa liga de extremos que solo él es capaz de sostener. Me mira con picardía y tengo que hacer un gran esfuerzo por no estallar.

Nunca había sentido tanta electricidad y conexión con alguien. Podría jurarlo. Los tíos con los que he estado antes ni se acercaban a hacerme sentir así. Todo esto es tan irracional que ni intento buscarle una explicación.

—A lo mejor, después de esta noche, te replanteas lo de irte de aquí.

—¿No quieres que me vaya?

—No. Y tú tampoco querrás.

Lo he preguntado como parte del juego, pero no sé hasta qué punto lo dice en serio. ¿De verdad quiere que me quede? Desde el momento en el que nos conocimos imaginé que querría tenerme lejos y perderme de vista en cuanto pudiera. Pensaba que había llegado para quedarse con mi casa, no para colarse e irrumpir en mi vida de esta forma.

—Esto no era ni de lejos el plan. Lo sabes —reflexiono a media voz. Me falta fuerza, porque no sé ni lo que pienso, no tengo claro qué quiero.

—A la mierda el plan. Bienvenido sea el caos.

Sonríe con malicia. Acto seguido se deshace del pantalón de mi pijama con toda facilidad y hace lo mismo con mis bragas, para finalmente depositar tres húmedos besos en mis muslos. Me arranca varios escalofríos y la espera se me hace demasiado larga, tanto que siento que me quedo sin aire. Por fin recupero la respiración cuando hunde su lengua en mí. Me tengo que agarrar a los laterales de la lavadora y temo perder el equilibrio y caer. Encuentra rápido el punto exacto, así que me relajo y disfruto sin más.

Incluso me atrevo a llevar una mano a su pelo para acariciarlo mientras me devora.

—Ben... —es lo único que puedo decir. Repito su nombre una y otra vez porque sé que le encanta. Aunque a veces lo niegue, le estoy cogiendo el gusto a llamarlo así. Es muy personal, más íntimo —. Joder, Ben, eres increíble.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Estoy cerca —aviso.

—¿Quieres que baje el ritmo?

—Al revés. Quiero llegar contigo aquí de rodillas.

Mis palabras son casi como órdenes para él, que sigue tocándome y besándome por todas partes, haciéndome temblar de una forma muy intensa. No pasa mucho tiempo hasta que los calambres me sobrecogen y alcanzo el punto álgido con él entre mis piernas.

—Dios mío...

Ben sonríe con picardía, completamente satisfecho, así que me obligo a aterrizar en el mundo real, pese a que es muy complicado después de que este hombre me haya llevado al cielo en un abrir y cerrar de ojos. Más bien de piernas.

Me bajo del electrodoméstico y me lanzo a besarlo como si el mundo se fuese a acabar ahora mismo, con nosotros encerrados en este pequeño cuarto. Nuestras lenguas se entrelazan y juegan la una con la otra mientras mi mano desciende por su cuerpo hasta tocarlo. Se lo nota tan alterado que me divierte tener el control.

—Tenemos unos minutos aún antes de que nos echen en falta.

—¿Serán suficientes?

—¿Me estás subestimando, Scott?

—Jamás. Pero llámame Ben —me suplica—. Por favor. Me encanta que digas el diminutivo de mi nombre.

—¿Te pone a cien?

Le muerdo el labio inferior y lo acaricio, cada vez con más intensidad. Gime en mi boca y después me besa antes de responder.

—A mil.

53



Savannah

—¿Se puede saber dónde narices os habíais metido? —pregunta Daisy a la par que nos escudriña a ambos una vez que regresamos a la habitación.

Todas nos miran con ligera sospecha, aunque han bebido lo suficiente para pasar de nosotros, excepto mi mejor amiga, que agita las manos y aparta la mirada de forma dramática.

—Prefiero no saber.

Intento fingir naturalidad, pero se me da fatal. Soy una pésima actriz.

—Teníamos una... discusión pendiente.

Esbozo una sonrisa tan falsa que ni yo misma me la creo. Puedo ver letras pasar por los ojos de Ben, que me dicen «Disimula un poco mejor, guapa».

—¡Pues sí que ha tenido que ser acalorada la discusión, que se te ha puesto el monstruo de las galletas del revés! —grita Mia entre risas.

Abi se le une en cuanto se da cuenta de que, en efecto, llevo la maldita camiseta del pijama mal puesta.

Me quedo congelada. Estas cosas solo me pasan a mí. Soy un meme con patas.

«Es mejor que piensen que estáis juntos, ahora que está Bastian delante. Aprovecha y papá se enterará sin que tengas que decírselo», me aconsejo.

—Vale, sí, tenéis razón. Estamos... —Busco a tientas la mano de Ben y él no duda en agarrarla. Responde con rapidez a mi silencioso grito de auxilio y eso me hace sentir mejor—. Juntos.

Me giro hacia él de la forma más antinatural del mundo, como si me estuviera controlando un niño pequeño con un mando teledirigido. Lo advierto con la mirada: «Voy a besarte».

«Cuando quieras»; quiero pensar que eso es lo que me dice cuando asiente.

Lo beso delante de mis amigas y mi hermano, que no pueden tener una reacción más diferente. Ellas comienzan a saltar y a agarrarse, felices por esta revelación. Siempre han querido que encontrara a alguien, que me arriesgara a tener un rollo de verano, cualquier cosa. Entiendo que lo hacen por mi bien, para que no me cierre puertas. Si ellas supieran que todo esto es...

«Eso, Savannah, ¿qué es?»

Bastian, por su parte, finge vomitar y se tapa los ojos mientras grita:

—¡No, por favor, no me hagáis esto! Daisy, me prometiste que esta fiesta no sería una tortura.

La susodicha, que está tumbada sobre su enorme cama y tiene el pelo anaranjado repartido por la almohada, se ríe tanto que tiene que apretarse el estómago.

—Eres imbécil, Bastian —replico. Me callo porque, en ese mismo momento, Ben me rodea la cintura con el brazo y me tenso demasiado.

¿Me acostumbraré algún día a las sensaciones intensas que me provoca cada vez que me toca? ¿O cuando me mira como si los dos fuéramos las únicas personas del lugar en el que nos encontremos?

En realidad, no sé si es posible acostumbrarse a alguien como Benjamin Scott, que llega y lo pone todo patas arriba con una facilidad asombrosa.



Aunque Ben y yo ya hemos dormido juntos —ayer, de hecho, lo cual me vuela la cabeza, porque da la impresión de que han pasado siglos y no han sido ni veinticuatro horas—, no es para nada lo mismo hacerlo aquí con más gente observando o a solas en la intimidad de su habitación.

Al fin todo el mundo parece haberse rendido al sueño, incluso Ben, a quien le ha costado, porque es de los pocos que no han bebido. Además, no sé en qué habrá estado pensando, pero yo no puedo olvidarme de todo lo sucedido en cuestión de un solo día. La de veces que nos hemos encontrado entre la espada y la pared, literalmente. La tensión, los besos, el sexo.

Me cuesta creer que todo esto haya sucedido y eso es lo que me mantiene despierta. La incertidumbre y la duda, el miedo a los cambios, a la rapidez con la que mis barreras han caído.

El miedo a estar cambiando de opinión respecto a mis planes de irme.

Podría quedarme. Podría hacerlo por él.

Podría hacerlo por mí.

El caso es que no sé si esto es realmente lo que quiero. ¿Qué pasará si me alejo? ¿Lo olvidaré rápido, como si jamás hubiera sucedido nada? ¿Pensaré en él a cada momento, arrepintiéndome de haber puesto distancia de por medio?

¿Y dejar a Jess tirada con la librería y todos los planes que tenemos en mente?

«La has llamado Jess, tía. No Jessica, ¡Jess!», me recuerdo.

Uf, estoy saturada. Necesito dormir porque estoy agotada y no consigo más que pensamientos molestos cada vez que cierro los ojos. Fuera está lloviendo a mares y ese sonido, por suerte, me calma. Las gotas repiquetean en el cristal, amortiguando de alguna manera el ruido que hay en mi cabeza. Después de un rato concentrada en ese sonido tan apacible, los párpados me pesan un poco y, aunque no me duermo del todo, sí que caigo en un estado de relajación profundo en el que lo real y lo posible se entremezclan en mi cabeza. Y sueño, de alguna manera, con un futuro en el que estoy rodeada de libros. Miro a mi alrededor y me encuentro con una librería, salvo que no parece desconocida, pues, de algún modo, sé que es mía. La he montado yo. Tenemos libros juveniles entre los más vendidos y actividades chulísimas con lectoras y autoras. A veces organizamos meriendas literarias y otro tipo de eventos que suelen llenarse hasta completar aforo, incluso cuando la autora invitada no es tan conocida porque está empezando a dar sus primeros pasos.

Sé que solo es un sueño y no es real, pero lo disfruto porque no sé si volveré a experimentar esa sensación de plenitud en algún momento de mi vida: la ilusión de haber encontrado un sueño que perseguir.

Y es que así llegan a veces los mejores sueños: sin avisar y con la promesa de hacerte feliz si te atreves a confiar, cerrar los ojos y dar un salto de fe.

Abro los ojos en algún momento de la noche y sonrío porque aún soy capaz de recordar ese sueño. Mi mente se activa al instante, como si no fuera capaz de permanecer dormida por una necesidad imperiosa de idear e imaginar cómo podría conseguirlo.

Me fijo en los cristales del gran ventanal que recorre la pared de la habitación de Daisy y me cercioro de que sigue lloviendo. Si hay algo que adoro son las tormentas de verano. Necesito llenarme del aroma más especial del año: el petricor. Me encanta el olor del que se impregna el ambiente cuando llueve tras un día de calor.

Me cuesta apartar la mano de Ben de mi cadera por miedo a despertarlo, aunque compruebo que no es de sueño ligero en cuanto lo muevo, ya que la verdad es que ni se inmuta. Qué suerte tienen las personas que son capaces de dormir con tanta facilidad durante el tiempo necesario. Cómo me gustaría disfrutar de un buen descanso en los últimos tiempos.

«Ay, Ben...», suspiro.

No sé en qué momento ha dejado de ser Benjamin, si cuando pronunció la palabra *amor* o cuando me suplicó una vez más que lo llamara por su diminutivo. No, fue antes, cuando me lancé al agua y fui a por él. Muchas cosas cambiaron en ese momento y no nos dimos cuenta.

Me pongo en pie con cuidado de no tropezar ni pisar la cabeza de nadie y, cuando llego a la ventana, la abro con cuidado. Echo un vistazo a las chicas para comprobar que no he perturbado su sueño. Abi, Mia y Ruby, todas están en el séptimo cielo.

Daisy, por otro lado, no está ni en su cama ni en ningún otro punto de la habitación. Pero es que falta alguien más: Bastian.

«¿Qué narices...?»

Me asomo por la ventana al oír voces que vienen de la calle. Los veo. Ambos están en pie, uno junto al otro. Se están calando hasta los huesos y no parece importarles. Las risas se cuelan en la habitación y Bastian le tapa la boca para que no haga ruido. Siempre han sido muy amigos, pero... no sé. Hay algo que no encaja. Una cercanía distinta, demasiado íntima. Es la forma en la que se miran o se tocan.

Bastian le tiende la mano y Daisy la acepta sin dudar. Comienzan a bailar y a hacer el tonto, pero de la risa pasan a un estado muy distinto, como si estuvieran totalmente cautivados el uno por el otro. Me recuerdan a Troy y a Gabriella bailando *Can I Have This Dance*.

Todo encaja de repente.

Se me pone el estómago del revés cuando me doy cuenta de que esto que estoy presenciando no es algo casual. A nadie le da por ponerse a bailar bajo la lluvia en la madrugada de una fiesta de pijamas así porque sí. No se tocarían con tanta familiaridad y tampoco estarían tan cómodos en esta situación si no lo hubieran hecho antes, en más de una ocasión.

Caigo en la cuenta de que, cuando Bastian y Ben han aparecido, he pensado que los había invitado por mí, para enterarse de lo que había entre el nadador y yo. Sin embargo, estoy empezando a creer que me equivocaba.

¿Y si ha sido Bastian todo este tiempo? ¿Y si por esto Daisy ha estado evitando mis mensajes y se ha comportado de esa manera tan extraña conmigo?

No quería hablar de Liam, cuando a Daisy le encanta que la aconseje sobre cualquier asunto. A no ser que ese asunto se llame Bastian y sea mi hermano, claro está.

—No me lo puedo creer...

Terminan su baile y se besan. No, no se besan: se fusionan. Se besan con tanta pasión que no soy capaz ni de pestañear y no sé qué hacer. Solo tengo ganas de llorar. Y la rabia, ah, la maldita rabia, vuelve a mí como si mi corazón, en lugar de sangre, bombeara ese desafortunado sentimiento.

Salgo de la habitación con las manos temblorosas y bajo las escaleras de tres en tres, a riesgo de caerme. Me da igual. Mi mejor amiga y mi hermano me han estado mintiendo en la cara y no sé ni cómo sentirme. Creo que voy a vomitar.

Empiezo a tiritar una vez la lluvia cae sobre mí, empapándome de arriba abajo. No me detengo porque necesito encontrarlos y... No sé. No tengo ni idea de lo que voy a hacer o decir. Sé que me arrepentiré, sea lo que sea, ya que en este momento no soy capaz de pensar con claridad.

Cuando llego a su altura, parecen oír los pasos porque se separan de un salto, intentando fingir algo que ya no pueden. En cuanto se dan cuenta de que soy yo quien está ante ellos, se les retuercen las entrañas. Lo veo en sus ojos. Los de Daisy, grisáceos y felinos, centellean en la oscuridad.

—Savannah... —me nombra Bastian al ver que Daisy es incapaz de pronunciar palabra.

—Enhorabuena, ¡ya podéis dejar de fingir! —exclamo de forma irónica. Mi enfado crece por segundos y la lluvia ni siquiera me molesta ya. No siento frío.

No siento nada más que la furia.

—Podemos explicártelo, Savannah, pero escucha...

—¿Que escuche? ¿Me vacilas, Bastian? He estado intentando escucharla porque, ah, claro, se suponía que estaba en una crisis con Liam. No quería hablarme de ello y ha preferido callar, hacerlo

todo a escondidas. ¿Ya te has aburrido de tu vida perfecta, Daisy, que has tenido que liarla de esta manera?

—¿Perdona? —responde al fin. Da un paso al frente—. A lo mejor deberías plantearte que si no te lo he querido contar es por algo. Por este tipo de reacciones, Savannah, porque no estás bien. Por mucho que digas que escuchas, a veces no lo haces. O solo ves lo que tú quieres ver.

Sus palabras caen como un jarro de agua fría sobre mí.

—¿A qué te refieres?

—Mi vida no es perfecta, ni mucho menos. Claro, cómo vas a ser capaz de darte cuenta de que estoy sufriendo si solo te fijas en tus problemas del primer mundo. Oh, que vas a pasar unas vacaciones en una casa de ensueño con un tío guapísimo que no puede ser más majo, vaya drama... Habrá sido duro, imagino.

Aprieto la mandíbula. No me puedo creer lo que está diciendo. Aunque hemos discutido en miles de ocasiones, nunca ha sido tan dura conmigo. Ni yo con ella. Esto es nuevo y no me gusta nada, pero no soy capaz de detenerlo.

—Fue a hablar la chica perfecta. Lo tienes todo: vas a ir a la universidad de tus sueños a estudiar Medicina; sabes lo que quieres y hasta hace nada tenías la relación más idílica de la historia.

—Si hubieras estado más pendiente de mí, jamás dirías eso. ¿Sabes qué, Savannah? Me he cansado. De verdad, estoy harta de fingir. No quiero estudiar Medicina, eso es solo lo que mis padres quieren para mí. Lo que han planeado, como siempre, y yo tengo que cumplir. Y no, Liam no va a venir y lo nuestro terminó hace meses cuando al fin reuní el valor para dejarlo, pero no sabía cómo decírtelo porque estaba segura de que no ibas a ponerte en mi lugar. Mi relación llevaba mucho tiempo muriendo, siendo una farsa. Liam nunca fue el novio perfecto que te has esforzado en pensar que es.

Tienes un problema, tía, y es que siempre crees que los demás somos mejores que tú o tenemos vidas idílicas. ¡Todos tenemos heridas, problemas, malos momentos! No eres la única que lo pasa mal en este mundo.

—Si estás frustrada porque tus padres te obligan a hacer algo que no quieres, no lo pagues conmigo, Daisy.

Abre mucho los ojos y Bastian la sujeta por la muñeca porque, de pronto, está a punto de lanzarse sobre mí.

—No me vuelvas a hablar, Savannah, no quiero saber nada de ti.

—No te preocupes, ya me ha quedado claro. Que seáis muy felices o lo que sea —añado con amargura.

—Pues sí, por mucho que te moleste, Bastian me hace feliz. Ha estado ahí, ¿sabes? Una vez más, si hubieras prestado más atención, te habrías dado cuenta hace tiempo.

Contengo las ganas de llorar, incluso cuando me doy cuenta de que mis amigas y Ben están en la puerta, presenciando la escena con los rostros descompuestos.

Y caigo en la cuenta de que, en realidad, no parecen sorprendidas.

—Lo sabíais, ¿verdad? —me dirijo a ellas—. ¿Tú también?

Ben se acerca a mí y retrocedo tan rápido como puedo, casi tropezando en el jardín mojado y embarrado. La lluvia le aplasta el pelo y se lo retira de la cara mientras me suplica con la mirada que lo escuche.

—No exactamente. Te juro que no sabía que estaban juntos, pero... sí sospechaba que podría haber algo entre ellos.

—Genial, eso es todo lo que necesitaba saber.

—¡Savannah, espera! —grita Ruby.

Ni siquiera su rostro apenado puede detenerme, no después de sentir que todas ellas han traicionado mi confianza, de alguna

manera. Me han ocultado algo que es importante para mí, joder, que Bastian y Daisy no son dos personas cualesquiera.

Echo a correr sin mirar atrás. Cojo mi bolso, me monto en el coche y me dejo caer en el asiento con prisa y de manera brusca. Introduzco la llave en la ranura y arranco en cuanto puedo. Necesito irme de aquí.

Huir, que es lo que mejor se me da.

Las lágrimas recorren mis mejillas igual que la lluvia resbala por el cristal del parabrisas.

Tengo el corazón roto y solo quiero que deje de doler.

54



Ben

No he dudado en salir tras ella.

Daisy ha roto a llorar en cuanto se ha marchado Savannah, dejándose caer en la húmeda y sucia tierra. Bastian ha intentado levantarla, pero no lo ha conseguido, así que la ha rodeado con los brazos mientras ella sollozaba. Se mordisqueaba el labio inferior, preocupado, y me ha lanzado una mirada que gritaba un «Y ahora ¿qué?» para el cual no tengo respuesta.

Al final me monto en el coche de mi tía y me dirijo a Villa Springs con mucha precaución, ya que conducir de noche y lloviendo tanto a veces me asusta, no estoy acostumbrado. Cuando llueve así en el campus no suelo salir, ni siquiera cuando hay fiestas. Prefiero quedarme tranquilo en mi cuarto escuchando música. En alguna ocasión no lo he hecho solo, lo cual añadía un aliciente extra para querer quedarme en la cama.

El caso es que ahora todo ha estallado y ni siquiera entiendo por qué se ha enfadado Savannah conmigo, aunque entiendo que ahora mismo solo soy otro daño colateral. Confío en que en algún momento no le quedará otra que calmarse y entonces atenderá a razones.

No me gusta rogar, pero tampoco que me juzguen erróneamente.

Aparco junto al coche de su padre, ya vacío, y salgo sin molestarme en taparme de la lluvia. Ya me he calado bastante y un resfriado no es más importante que esto. Porque, sí, Savannah es importante para mí. Si alguien me hubiera dicho el primer día que la vi que ahora estaríamos en esta situación, me habría reído. Ya es demasiado tarde para dar marcha atrás.

Cuando el corazón entra en juego, estás jodido. No puedes hacer nada más que vivir con ello.

La encuentro sentada en las escaleras del porche, con los dedos hundidos en las raíces de su cabello oscuro y la piel de las mejillas cubierta por el rímel que ha ido resbalando de sus pestañas. A pesar de que sabe que he llegado, que estoy aquí frente a ella, no se molesta en mirarme.

Me agacho para que nuestros ojos queden a la misma altura. Está temblando de frío y quisiera abrazarla para que dejara de tiritar, pero sé que solo lo empeoraría. Me apartaría de un empujón. Está muy cabreada y creo que es más prudente no meterme de lleno en el ojo del huracán. Mejor esperar a que pase la tormenta, en todos los sentidos.

—Savannah...

—Déjame en paz, Benjamin.

—Tienes que detener esto o te van a arrastrar tus propias emociones. Son muy intensas y lo sabes. Respira hondo y hablamos.

Niega con la cabeza sin parar, entrando en ese bucle sin fin que la atrapa desde hace tanto tiempo. Es autodestructivo, como si las emociones la controlaran cual marioneta y no fuera capaz de poner límites a lo que siente.

Empieza a hiperventilar y sé que, o lo corto ahora, o le va a dar un ataque de ansiedad.

—Sé que puedes hacerlo. Vamos, coge aire y suéltalo. —Coloco una mano en su pecho y la otra en la espalda, a la misma altura—. Así, muy bien.

Inhala muy poco aire y exhala aún menos, pero algo es algo. Se deshace en un llanto incontrolable mientras trata de respirar con la máxima constancia que puede. Sé que esto no es solo el resultado de la discusión con Daisy, sino un gran cúmulo de emociones sin procesar que se le han quedado enquistadas en lo más profundo y que amenazan con salir todas a la vez.

—Imagina que tus sentimientos son flores y que tienes delante un jarrón. Lo que vayas sintiendo debes ir ordenándolo igual que lo harías con tu ramo de flores, de una en una. Identifícalas y déjalas ir poco a poco, sin detener las respiraciones.

Los minutos avanzan y, al final, se calma; parece más relajada, sus hombros menos tensos y su rostro un poco más sereno. Me siento mejor por haberla ayudado, aunque creo que no soy la persona indicada.

—¿Te has planteado buscar ayuda profesional? Hay personas ahí fuera con una gran vocación y conocimiento que podrían echarte una mano.

No responde, aunque sé que es un «no».

—Si te sirve de consuelo, yo pasaba de esas cosas hasta que el entrenador me concertó una cita con la psicóloga del campus. Me avergüenza reconocer que me arrastró hasta su puerta y me sentó en la silla como parte de una encerrona que no me gustó nada. Al final accedí a hacerlo, porque ya que estaba allí... le di un pequeño voto de confianza y presté atención a lo que esa mujer tenía que decirme, o más bien terminó siendo al revés. Ella escuchó todos mis miedos y recogió las inseguridades. Me enseñó a ordenar ese caótico jardín de flores salvajes y me prometió que algún día estaría

orgulloso del resultado. Ojalá te atrevas, porque es una experiencia muy bonita. Asusta un poco al principio y no siempre es fácil abrirse tanto, pero te prometo que no hay nada más reconfortante que conocerse a uno mismo.

—Gracias. —Oír su voz me devuelve a la realidad. La lluvia sigue arreciando a nuestro alrededor; por suerte, estamos a cubierto. Quiero acariciarla. Joder, quiero que esté bien—. Sigo cabreada, no te emociones.

Me río porque, de alguna forma, sé que con esas palabras vuelve a ser mi Savannah. La que va de dura, la que me atrapó con su arrolladora personalidad. Incluso con ese mal carácter. Quizá «mal» no sea el mejor término para describirlo, sino «fuerte» o «único».

—Solo quiero que sepas que no sabía nada. Intenté sonsacar a Bastian porque, cuando vimos la película los cuatro juntos, me di cuenta de cómo la miraba y pensé que se gustaban.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No me correspondía, Savannah.

—Me dijiste que lo harías. Que, si te enterabas de quién era la chica misteriosa, me lo contarías. —Me mira con decepción—. Como todos, tú también has elegido bando aquí.

Se pone en pie y, para cuando quiero reaccionar, se ha metido en casa. La sigo. Me quito las deportivas, que lanzo a una esquina cualquiera del salón, y subo las escaleras intentando atraparla. Cuando llego al piso de arriba, está a punto de encerrarse en su habitación. La agarro de la mano y tiro de ella para evitarlo. Trata de soltarse, pero no se lo permito. No hasta que me escuche.

—No hay bandos, Savannah, ¿no lo ves? No todo en esta vida es blanco o negro. Cuando mi tía y yo llegamos a Villa Springs, creíste que estábamos en tu contra, que queríamos venir a... ¡Yo qué sé, es que no tiene ningún sentido! Rick es feliz con ella y solo eres capaz

de ver un complot inexistente. Todo contra ti, claro. Nos has visto a Bastian y a mí en la fiesta de pijamas y has pensado que veníamos a arruinarte la noche, igual que el verano. ¿No se te ha pasado por la cabeza, ni por un maldito segundo, que me he presentado allí por ti? ¿Para seguir cerca de ti, para poder besarte cuando nadie se diera cuenta? ¿Es que no te enteras de que me gustas de verdad?

—¿Qué? —Pestañea varias veces, como intentando salir de la ensoñación en la que de repente cree que está—. ¿Qué has dicho?

—Que me gustas, joder. Savannah, que no paro de pensar en ti. Que has entrado en mi maldita cabeza y no sales, da igual cuántas veces haya intentado echarte. Eso no importa porque tú vuelves con más fuerza. Y ahora que he descubierto lo que es estar contigo, lo bien que me siento al besarte, tocarte, tenerte pegada a mi cuerpo..., no puedo dejarte ir. ¿Lo entiendes o te lo repito?

—No hace falta.

Me besa. No es un beso hambriento, como todos los anteriores que hemos compartido. No se parece a nada de lo que hayamos experimentado juntos antes de este momento. Es muy distinto: este beso es especial. Está cargado de algo más, de un sentimiento más fuerte.

Justo en ese momento, Rick Springs sale de su dormitorio y se queda quieto, totalmente pasmado mientras nos mira. Me separo de un salto de su hija y levanto las manos, quedando aún más en ridículo.

Solo quiero que me trague la tierra.

—Rick...

—Eh... ¡Ignoradme! Seguid a lo vuestro. —Ríe y se percibe en su carcajada la mezcla entre sorpresa e incomodidad—. Yo ya me... Sí, ya me iba. ¡Buenas noches!

Y vuelve a meterse en la habitación. Así, sin más. Ha hecho su aparición estelar, ha pillado al sobrino de su novia enrollándose con su propia hija y parece que hasta le ha divertido. Es un hombre peculiar, pero me hace adorarlo aún más.

—Madre mía, ¿va a pasar algo más hoy? —Se frota los ojos con los puños de las manos, somnolienta—. Necesito un poco de calma.

Poso un diminuto beso en sus labios y ella se sonroja como a mí tanto me gusta. Le acaricio el pelo rizado y húmedo. Me aparto un segundo de ella para borrar con mis dedos las manchas de la máscara de pestañas que ensombrecen esos ojos tan bonitos. El siguiente beso lo deposito en su frente.

—Descansa, Savannah, mañana será otro día. Y todo se arreglará, te lo prometo.

Me abraza y yo la rodeo con mis brazos, tratando de hacerla sentir segura para que sepa que puede acudir a mí siempre que lo necesite. Aunque creo que aún tenemos mucho de que hablar, lo haremos más adelante, cuando haya hecho una cura de sueño y puesto todos sus sentimientos en orden.

—Buenas noches, Ben.

—No me has dicho si yo a ti te gusto —me atrevo a decir en voz alta.

—¿No es evidente?

—No, no lo es. Quiero escuchar cómo lo dices.

Me mira desafiante y divertida, totalmente atractiva pese al cansancio que arrastra. Acto seguido, saca la lengua para burlarse.

—Quizá otro día.

—Estaré esperando, entonces.

—Genial. —Sonríe con los ojos—. Te dije que esto era un jaque, no un jaque mate. No te adelantes a la partida.

Me guiña un ojo y se me acelera el corazón. Mi cuerpo reacciona antes de que pueda procesar sus palabras.

«Maldita Savannah Springs, ¿qué me has hecho...?»

—Respecto a lo de tu padre... Bueno, era parte del plan. Te habrás quitado un peso de encima, mañana podrás hablar con él y decidir si...

No soy capaz de pronunciarlo en voz alta porque implica hacerlo real. Y no quiero que lo sea. No me apetece nada que se vaya y, si aún quiere hacerlo, me dolerá. Significará que nada de esto ha sido suficiente.

—A la mierda el plan. —Repite mis palabras de hace unas horas y sé muy bien cuáles vienen a continuación—. Bienvenido sea el caos.

Sonrío y se me hincha el pecho de un sentimiento de plenitud muy especial. Me despido de ella con otro beso, esta vez un poco más intenso, y me marcho a dormir aun sabiendo que lo único que me apetece es volver a caer rendido en sus brazos. Acurrucarnos juntos y rodearle la cintura con mis brazos sería simplemente perfecto.

Por suerte ni siquiera eso puede fastidiar esta noche, porque una corazonada me susurra que quizá todo esto sí que signifique algo para ella. Una parte de mí quiere creer que quizá nada de esto termine aquí, muriendo en un beso de despedida antes de dormir.

Quizá solo sea el comienzo de algo más grande.

Quizá, quizá, quizá...

55



Savannah

Hacía ya muchos días que no salía a correr por la costa con *Holland* y no he sabido lo mucho que lo echaba en falta hasta que me he visto recorriendo el paseo esta mañana con mi perro al lado.

El mar está salvaje tras la tormenta de ayer. Pese a que ya no llueve, el ambiente aún está impregnado de humedad. Las olas rompen con fuerza en la orilla, suben hasta convertirse en gigantes que atrapan y destruyen lo que se atreva a cruzarse en su camino. Es muy bello lo caótico de la escena, pero una parte de mí empieza a estar cansada de la falta de control, de la inestabilidad. De estar rota. Aunque el mar y yo no somos lo mismo, de alguna manera he crecido cerca de la costa y siento una conexión diferente.

Algo me hace recordar que el mar a veces se descontrola, sí, pero también mantiene una armonía muy bonita el resto del tiempo. Sabe estar en calma, regresar a su estado basal y mantenerse así.

Eso es exactamente lo que tengo que aprender a hacer. Por un lado, no sé si soy capaz de evitar la explosión, pues es inherente a mi forma de ser; por el otro, quizá llegue a ser capaz de tomar el

control cuando eso ocurra. Prevenir los daños colaterales. Necesito aprender a vivir un poco más en paz conmigo misma.

Necesito saber quién soy y creo que, por fin, empiezo a atisbar el comienzo del camino correcto. Estoy saliendo poco a poco del laberinto en el que me había perdido. Sé que me llevará tiempo.

No tengo prisa, ya no. En estas dos semanas he aclarado lo que quiero y lo que no, y lo que ha ocurrido con Daisy me ha servido para reflexionar, para hacer autocrítica. Soy consciente de que he cometido errores —lo cual no la exime de su parte de culpa— y no quiero que nuestra amistad se esfume por esto.

Necesitamos unos días para calmarnos y tener esa conversación pendiente. Hay mucho de lo que hablar.

Holland parece darse cuenta de que estoy algo triste, porque se cruza en mi camino, de modo que casi me hace tropezar, para colarse entre mis pies y presionar ligeramente su cabeza contra mi pierna derecha, dándome mimos.

—Gracias, *Holland*, lo necesitaba.

Jadea y mueve las orejas tan feliz que incluso me contagio de su emoción. Me sigue hasta casa y le doy un premio que lo pone aún más contento. Después dejo que vaya a buscar a Benjamin, porque, desde que descubrió lo genial que es jugar —a su manera— al básquet con él, el resto dejamos de existir.

Hace unas semanas me habría molestado, pero ya no. Estoy cambiando, evolucionando. Es lo que debe ser.

Saludo a Ben con un ligero movimiento de cabeza, a lo que él responde levantando los brazos, lanzando la pelota y encestando. Sin mirar. Me río ante su chulería y me recuerda lo mucho que me divierto con él, la cantidad de risas que me arranca cuando estamos juntos. Y no ha sido lo único.

Me provoca demasiadas sensaciones intensas que estoy empezando a catalogar como... ¿sentimientos?

Sí, puede que tenga razón. Me gusta y no he tenido agallas para decírselo. Quizá debería dar el paso para ser capaz de aceptar la realidad: me gusta Benjamin Scott. Me gusta estar con él, me gusta besarlo, me gusta incluso que me haga rabiar. Ha sido inevitable caer rendida a sus pies y no me lo ha puesto fácil para escapar de sus encantos, pero supongo que no se puede luchar contra lo que una siente, por mucho que se quiera.

En la guerra mente-corazón siempre he sido de apostar todo al rojo.

Mi padre está regando las flores del jardín, a lo lejos, así que me acerco con la intención de enfrentarme a esa conversación que tantas veces he evitado. Ya no me escondo más, necesito expresar cómo me siento y escucharlo a él también.

Quiero reconciliarme con él, con todo. No puedo seguir así.

—Hola, papá —lo saludo cuando llego a su altura.

Se retira el sudor de la frente y me sonríe, irguiéndose para abrazarme.

—Mi princesa... —Me besa la frente con cariño y me mira igual que cuando era niña. No es consciente, pero yo sí y la emoción me desborda a la par que muchísimos recuerdos acuden a mi mente—. ¿Cómo estás?

Aunque quiero responder, no encuentro las palabras, porque es demasiado complicado describir cómo me siento. Por otro lado, me encanta que se preocupe por mí y sé que desde que he llegado ha estado pendiente en todo momento. Mamá es más de ir a su aire, de pensar mucho en su bienestar; papá no es egoísta.

Quizá la egoísta he sido yo por no ponerle las cosas fáciles. No he intentado entender su postura; no he escuchado qué lo hacía feliz ni

he intentado encajar en sus planes. Solo lo he hecho todo más difícil.

En mi defensa diré que lo he gestionado lo mejor que he podido. Sé que aún estoy a tiempo de cambiar el rumbo y que me ayudará a hacerlo. Siempre ha sido así.

Rompo a llorar y él me envuelve en un abrazo que, de alguna manera, estaba preparado. Llega tan rápido que sé que intuía que iba a estallar en lágrimas. Me conoce bien.

—Lo siento, papá, no me he portado bien contigo...

No soy capaz de seguir, porque la angustia me oprime el pecho. Admitirlo en voz alta convierte mis sospechas en algo tan real que se me clava muy dentro: estoy rota.

—Cariño, no digas eso. Entiendo que todos los cambios han sido muy duros para ti y a lo mejor yo no he sabido respetar tus tiempos. Oh, mi vida, me rompe el corazón verte tan triste, tan enfadada.

—Papá, yo no quiero ser así. No quiero estar enfadada con el mundo, ¿lo entiendes? No lo hago a propósito. Siento que he perdido todo lo que tenía: la seguridad en mí misma, mis amistades, la familia que tenía...

—No has perdido nada, cielo. Y mucho menos a tu familia. Estemos juntos o no, tu madre y yo te queremos con locura. Eso no lo va a cambiar nada. Bastian también te quiere, es tu hermano. Tendréis vuestras diferencias, pero sois inseparables. Siempre lo habéis sido —me asegura. Me coloca una mano en el hombro y presiona ligeramente para animarme.

Es un gesto muy suyo y me reconforta sentirlo de nuevo.

—Estos días siento que casi no nos hemos visto —continúa—, pero me encanta que hayamos encontrado este momento para hablar y sincerarnos, Savannah. Vales mucho y quiero que sepas que todo esto que ahora te desborda pasará.

—Es que te he estado evitando —admito. Voy a contárselo todo, ya me da igual—. Tenía un plan horrible para marcharme a casa. Ben y yo acordamos mostrar un interés falso el uno en el otro y más adelante fingir salir, así me enviarías de vuelta con mamá. Me quería marchar a toda costa y pensé que eso te molestaría muchísimo. A cambio, yo lo ayudaría con la natación. Esa parte del trato la he cumplido, la otra...

—Ah, ¿que lo que vi ayer es parte de una actuación? —pregunta, visiblemente confuso. Enarca una ceja.

—No. No lo es. Fue real, papá. Lo siento si esto te decepciona.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Yo solo quiero verte feliz, hija. Si es con Ben, no puedo alegrarme más. Es un chico maravilloso. Tiene buen corazón, buenos valores, buenos modales... No querría nada menos que eso para mi princesa.

Me llevo los dedos a la boca, rozándome sin querer los labios. Estoy impresionada por su reacción. Esperaba que se enfadara o le pareciera mal.

No lo entiendo.

—Pero...

—¿Te gusta ese chico?

—Sí. —Respiro hondo—. Mucho.

—Pues entonces yo no puedo estar más feliz por ti.

Nos fundimos en un abrazo que, de algún modo, parece arreglar un poco mi mundo y los problemas que flotaban sin orden en mi cabeza. Todo parece ir colocándose en su lugar y eso me deja infinitamente más tranquila. Es la primera vez en mucho tiempo que me siento bien abriéndome. No es incómodo. Me está resultando liberador y necesario para sanar.

—Sin embargo, si quieres marcharte, quiero que sepas que puedes hacerlo cuando tú quieras. Me da pena pensar que hayas

podido sentir que te obligaba a estar aquí. Para nada. Si quieres regresar a casa con tu madre, lo entenderé. Me entristece porque me encanta que pases el verano conmigo en Holy Bay. Todo el tiempo a vuestro lado es oro para mí y siento si en algún momento has podido pensar que estaba dando prioridad a Jess o a Ben. Ellos nunca han vivido nada igual y solo quería que disfrutaran de un verano de los nuestros, de la magia de las vacaciones aquí. Además, me hacía feliz tener a Jess cerca, seguir conociéndola a fondo y poder vivir más momentos bonitos junto a ella. Son dos personas maravillosas y pensé que, si les dabas una oportunidad, al final te gustarían. No quería hacerte daño, Savannah. —Suspira y veo en sus ojos pardos la culpa—. Creo que quizá tendría que haber pensado más en cómo os podría afectar a Bastian y a ti todo esto. Especialmente en tu caso, que estás pasando por un momento tan delicado.

—Papá, no te preocupes. Sí que me habría gustado que hubieras hablado con nosotros antes y no te niego que preferiría haber podido tomar esa decisión en familia, Bastian, tú y yo, pero me he equivocado con ellos. Ben me ha cambiado en muchos sentidos y me ha ayudado a descubrir que, detrás de toda la rabia, había algo más ahí escondido. Tengo amor para dar. Solo tenía que excavar un poquito para descubrirlo. En cuanto a Jess...

—Entiendo que...

—No —lo corto—, escucha lo que tengo que decir. Llevo mucho tiempo perdida, sin saber qué hacer. Ir a la universidad, buscarme un trabajo... No lo tenía nada claro. Cuando me dijeron que tendría que ayudar a Jess con la librería por poco me muero y sabes que habría sido capaz de todo con tal de no pasar tiempo con ella. Una vez más, me equivocaba. En todo momento ha sido agradable, buena, honesta... Jess me ha transmitido su pasión por los libros

hasta el punto de verme muy reflejada en ella y en sus sentimientos respecto a la literatura. Ha logrado que me plantee un horizonte de posibilidades que, por primera vez, no me da miedo. Al revés, me hace ilusión.

»Creo... creo que voy a ir a la universidad, papá. No he decidido si estudiaré Literatura o Escritura creativa aún, o algo por el estilo. Por suerte hice la preinscripción a tiempo por si acaso, solo que no era capaz de centrarme para encontrar mi camino. Ahora creo que sí, que voy a acertar.

—¿Qué? —Abre mucho los ojos y me alza en volandas a la vez que se carcajea—. Savannah, no sabes cuánto me alegro por ti. Eligieras lo que eligieras estaría muy orgulloso de ti, así que lo que me pone tan contento es que hayas encontrado algo que te emocione de verdad. Te apoyaré en cada paso que des.

—Gracias por todo. Te quiero.

—Y yo a ti, princesita. Me dolía verte perder la ilusión por todo. Deberías hacer las pruebas para entrar en el equipo de animadoras en la universidad, eres buena y lograrás recuperar la confianza en ti misma poco a poco.

—Es que me da miedo y no sé por qué. ¿Y si ya no soy capaz? Todo lo que había en mi vida ha cambiado y no quiero ver cómo eso se estropea también.

—Savannah... Si no lo intentas, estarás dejándolo ir. Estarás cayendo en la trampa de tus propios miedos. No puedes dejar que el miedo te paralice. Puedes ir a la universidad, puedes tener un amor de verano, puedes seguir disfrutando de tu familia y de esta casa aunque ya no estemos juntos. ¿No te das cuenta de que esa parte de ti, la que está anclada en el pasado, te está arrastrando?

—Sí. —Me duele admitirlo, pero tiene razón—. Creo que necesito ayuda, papá.

—Me alegro de oírlo. Buscaremos a la mejor psicóloga de todo Carolina del Norte. Todo lo que necesites para sanar.

—Creo que Ben conoce a una muy buena, en el propio campus de la universidad.

—Genial, cariño. Todo va a mejorar. Y..., bueno, esta vez quiero hacer las cosas bien y conocer tu opinión de antemano. Me gustaría que Jess se quedara más tiempo aquí. —Me mira para ver mi reacción, solo que esta vez sonrío y se sorprende—. No quiero que te agobies, todo sería progresivo y...

—No te preocupes, papá. Lo entiendo y me parece bien, es normal. Además, Ben y yo nos iremos a la uni, Bastian regresará para terminar el instituto... Jess tiene un lugar en esta casa, al menos yo así lo creo. Se lo ha ganado por ser como es. Y me alegro de que lo vuestro vaya bien, en serio.

Nos volvemos a abrazar y se me llenan los ojos de lágrimas otra vez. Llevo mucho tiempo sintiendo que cargaba con una cruz, creyendo que mi familia era un desastre. El caso es que lo tenía todo y no sabía apreciarlo. Quiero aprender a valorar las cosas bonitas que tengo a mi alrededor.

Quiero cambiar. Necesito cambiar.

Justo en ese momento vemos a Bastian entrando en casa, ojeroso y con la preocupación dibujada en el rostro. Papá me mira, intentando sonsacarme información sobre mi hermano. Esta vez la que aprieta su hombro soy yo.

—Espero que no te hayas cansado de charlas profundas hoy, porque creo que tu otro hijo también necesita desesperadamente una.

—Jamás me cansaría. Soy padre por encima de todas las cosas y me encanta serlo. No ha habido ni un día en el que no me haya enorgullecido de ello.

—Tenemos suerte de tenerte.
—Suerte la mía, princesa.

56



Savannah

La vida en Villa Springs ha sido mucho más agradable desde que hablé con papá.

Ahora todo es más fácil. El alivio que siento en el pecho no tiene precio. No tener que fingir y sentirme un poco más cómoda en mi propia casa es algo que necesitaba desde hace tiempo. Si lo hubiera sabido, a lo mejor me habría atrevido a hablar con él antes y solucionar nuestras diferencias, pero me daba miedo. No sabía qué esperar cuando ni siquiera me entendía a mí misma.

Ahora tampoco me comprendo del todo, aunque estoy en ello. Poco a poco, paso a paso.

He salido de la librería hoy dándole vueltas a algo en mi mente, una idea. Llevo días pensando en lo bonito que sería poder montar un club de lectura de literatura juvenil en el pueblo. Estoy segura de que podría resultar ser una experiencia chulísima. Yo misma he formado parte de clubs de lectura *online* y ha sido increíble compartir la experiencia de leer un libro que te encanta con otras personas. Además, a veces las organizadoras se las ingeniaban para

invitar a autoras a las reuniones de fin de lectura, lo cual convertía la experiencia en algo aún más genial. Poder hacer preguntas a la creadora del libro es, sin duda, una suerte.

Algo me dice que tengo que hacerlo, que puede ser una buena idea.

Deshago mis pasos hasta regresar a la librería. Entro y suena la campanita de la puerta, avisando de mi llegada. Jessica está en el mostrador atendiendo a varias jóvenes y, cuando me ve, se le ilumina el rostro. Me hace un gesto para indicarme que me acerque.

—Oh, Savannah, estas chicas están buscando... un *romantasy*.

No me dice que no tiene ni idea de lo que es por no reconocerlo ante las dos amigas que me miran deseosas de que encuentre ese libro que las atrape y les haga escapar de la realidad, al mismo tiempo que puedan suspirar por un protagonista increíblemente atractivo y de dudosa moralidad que, en algún momento, mostrará un punto de debilidad y te atrapará por completo.

—¿Estilo ACOTAR? —les pregunto. Si conocen el género, habrán leído la saga seguro.

Asienten emocionadas.

—Hummm... No estoy segura de si existe hombre en el planeta que pueda desbancar a Rhysand —opino, arrancando las risas de ambas. Jess me mira maravillada y agradecida por la ayuda—, pero quizá podáis hacerle un hueco en vuestro corazón a este.

Les entrego un par de ejemplares de un libro que ha salido hace poco y que, por lo que parece, está funcionando de maravilla. El nuevo fenómeno de TikTok, lo llaman. Debe de tener un protagonista que está tremendo, un mundo que te vuela la cabeza de lo bien construido que está y es la primera parte de una saga, por lo que hay lectura para rato. La autora, que está en pleno debut literario, lo está petando con su gira de firmas.

—Dios mío, qué buena pinta —comenta la morena mientras examina el libro de tapa dura de arriba abajo. Tiene los cantos dorados y ese detalle les chifla.

—Nos lo llevamos.

Sonrío y se me enciende la bombilla otra vez. He venido con un propósito y solo espero que a Jessica no le importe lo que estoy a punto de hacer.

—Por cierto, chicas, ¿os interesaría participar en un club de lectura?

—¿Un club de lectura? ¿En serio? Siempre he querido ir a uno —admite la joven rubia de pelo largo y brillante.

—Estamos pensando en comenzar con algunas actividades del estilo y a lo mejor este libro es una buena opción. Creo que incluso podría escribir a la autora para que nos haga un hueco para venir a firmar o participe en alguna reunión a través de videollamada. Me gustaría seguir esa dinámica con las diferentes lecturas que fuera proponiendo el grupo.

—¡Eso sería increíble! —chillan al unísono.

—¿Cuento con vosotras, entonces? —Asienten y yo me siento de fábula porque la idea haya funcionado—. Genial, pues apuntad aquí vuestros emails y, en cuanto tenga organizada la primera reunión, os escribiré. Lo ideal sería hacer una o dos sesiones al mes, dependiendo de la extensión del libro que escojamos y de la disponibilidad de las autoras, que en mi opinión son muy importantes para que el club funcione y que podamos tener esos ratitos de comentar la obra con las propias creadoras.

Las chicas me facilitan sus datos y me aseguran que sus amigas también se apuntarán cuando se lo cuenten. De hecho, han encargado un par de libros para dos de ellas, ya que están seguras de que querrán apuntarse. Siento orgullo de mí misma por haber

organizado esto; creo que va a salir bien y no solo será una actividad muy enriquecedora para las lectoras, sino que también va a dar un impulso extra a la librería. Ahora que por fin tenemos libros de literatura juvenil en el escaparate y en la mesa de novedades, hay que hacer algo al respecto.

Jessica parece feliz cuando se marchan con sus libros bajo el brazo. Para mi sorpresa, da saltitos de alegría.

—¿Un club de lectura? ¡Pero qué idea tan buena, Savannah!

—Por eso he venido otra vez. Estaba dándole vueltas en la cabeza, pero ha sido verlas y contagiarme de su ilusión por seguir descubriendo nuevas historias; por eso he sentido que tenía que organizarlo. Creo que va a ser muy bueno para la librería y yo estaré feliz de encargarme de todo esto, Jess. Espero que a la señora Howell no le moleste todo esto. No quiero pasarme, que es su librería y... si a ti te parece bien, claro.

De pronto me abraza. Me quedo congelada en un primer momento, pero al final termino rodeándola con mis brazos a ella también.

—Oh, perdona, Savannah. No quería incomodarte. Es solo que me hace tan feliz compartir esto contigo... Me estás descubriendo un mundo nuevo. No te imaginas el soplo de aire fresco que estás resultando ser para este negocio. Al fin y al cabo, las historias evolucionan y tú me has abierto los ojos a una realidad que desconocía. Y, bueno... —se enjuga las lágrimas con la manga de su americana negra—, me ha emocionado que me llames Jess, no lo negaré.

Sonrío. En eso me ha recordado, una vez más, a su sobrino.

—Si te ha hecho ilusión, lo haré más a menudo, entonces. —Miro hacia el suelo y muevo los pies sin parar, presa de los nervios. Me voy a sincerar y estoy arrepentida—. Siento mucho haberos juzgado

de manera injusta en su momento. Estaba equivocada y no os recibí lo bien que merecíais. Me arrepiento mucho de cómo me he portado y creo que no tengo justificación. He intentado gestionar lo mejor que he podido toda la situación del divorcio, del final de curso, no saber qué hacer... No me di cuenta de que podía haceros daño, no era del todo consciente de las consecuencias.

—Tranquila, Savannah, no pasa nada. Todas las personas cometemos errores. —Me dedica una sonrisa que me alivia un poco y me quita un peso de encima que me mire con comprensión, sin rencor. No todo el mundo sería capaz de hacerlo. Yo no habría podido—. Es humano. Te agradezco mucho las disculpas, aun así.

—No sé si mi padre te lo habrá contado, pero voy a cambiar. He pedido ayuda y además voy a ir a la universidad porque por fin sé lo que quiero hacer. Si hay una persona que me ha inspirado a decidir qué es lo que quiero para mi futuro eres tú, Jess.

—¿Yo? —Las lágrimas le resbalan por la mejilla y ese gesto me inunda el pecho de una ternura que jamás pensé que sentiría. Se peina el flequillo con los dedos y sigue intentando no llorar, aunque no lo logra.

—Sí. Mira todo esto. —Señalo a mi alrededor—. Me fascina este lugar. He descubierto lo feliz que me haría en el futuro ser la dueña de mi propia librería o dedicarme a algo relacionado con los libros. Quién sabe, quizá algún día me atreva a escribir el mío.

Me acaricia el brazo con mucho cariño; solo una madre podría hacerlo así.

—Seré la primera en comprarlo si eso pasa. Savannah, no puedo alegrarme más por ti. Escucharte me emociona tanto... Me va a estallar el corazón ahora mismo. Quiero que sepas que en todo este tiempo he estado hablando con la señora Howell y está encantada con el trabajo que estamos haciendo juntas en la librería. Me ha

confesado que tiene ganas de jubilarse cuanto antes, pero que no encontraba a nadie que quisiera seguir con el negocio y no quería venderle su trabajo de toda una vida a cualquiera. Me he armado de valor y... creo que yo también voy a cumplir mi sueño y quedarme con la librería.

—¿De verdad? ¡Eso sería fantástico!

—Sí, siempre he tenido la idea en la cabeza y creo que la oportunidad es perfecta. Además, en momentos puntuales como en verano, cuando vuelvas, podría contratarte para que me ayudases. Tú vales para esto. Se nota tu pasión y creo que las personas con tanta determinación son las que son capaces de sacar sus sueños adelante.

—Oh... Gracias por la oportunidad, Jess. Nunca habrá palabras suficientes para expresarte mi gratitud y, al mismo tiempo, lo mucho que me arrepiento.

Sonríe de forma sincera, como si estuviera viendo en mí potencial.

—Gracias a ti. Olvida todo lo demás, lo importante es que a partir de ahora todo vaya a mejor. Ah, y, bueno, ahora que nos estamos sincerando... Sé que no debería meterme en estos asuntos, pero hacía tiempo que no veía a Ben así.

—¿Así...? —repito, esperando que añada algo más. Estoy intrigada. Al fin y al cabo es su tía y nadie lo conoce mejor que ella.

—Tan feliz e ilusionado. Algo habrá en Holy Bay que le haya hecho sentirse bien.

—Sí, imagino que algo habrá.

Curvo mis labios en una sonrisa y ambas reímos sabiendo a lo que nos estamos refiriendo. Sin embargo, le pido un último favor:

—No le digas a Ben que pienso quedarme e ir a la universidad, por favor, Jess. Quiero contárselo yo.

Se lleva los dedos a los labios e imita el gesto de cerrar una cremallera. Me despido y salgo a pasear por el pueblo, con el número de móvil de mamá escrito en la pantalla. Creo que necesito hablar con ella e ir tachando a gente de la lista de personas a las que llevo tiempo evitando.

Entre mamá, Bastian o Daisy..., es una decisión sencilla de tomar.

57



Ben

Sé que no debería meterme en asuntos ajenos, pero es un defecto con el que llegué a este mundo; venía de fábrica y no hay manera de cambiarlo.

Tengo claro que haber quedado con Bastian y Daisy para hablar sobre Savannah es, en estos momentos, meterme de lleno en el barro. No me importa con tal de solucionarlo, porque, si bien es cierto que no los conozco desde hace mucho, no puedo ni dormir a causa de la tensión que ha invadido Villa Springs en los últimos días. Cenas incómodas en silencio acompañadas de miradas asesinas que cruzan la mesa, de hermana a hermano y viceversa. Rick hace como si nada, trata de generar buen rollo con sus chistes malos y nos cuenta cómo le ha ido el día a sabiendas de que solo lo escuchamos mi tía y yo, y a veces solo lo hace ella porque yo estoy demasiado absorto en cualquier movimiento o gesto que pueda detonar una discusión entre Bastian y Savannah.

Sin embargo, estos se han mostrado tan fríos y distantes que no han intercambiado palabra ni para gritarse el uno al otro. Nada, solo indiferencia absoluta.

Y a mí me ha dolido tener que mantenerme en silencio por no tomar partido. Savannah es muy especial para mí y, sinceramente, me tiene a sus pies en muchas ocasiones. Quiero estar con ella y lo deseo mucho más de lo que imaginaba. Bastian, por su parte, es un buen tío. Aún le falta madurar y estoy seguro de que, cuando vaya a la universidad, sus prioridades cambiarán mucho, pero por encima de todo se ha comportado como un gran amigo desde que llegué y no puedo prescindir de su amistad. Tampoco quisiera alejarme de Daisy, ni que Savannah lo hiciera. Al contrario: nada sería más perfecto que volver a empezar y disfrutar los cuatro de los mejores planes que el verano pueda ofrecernos.

No quiero elegir, no cuando se trata de personas que me importan.

Por eso estoy aquí, en las pistas de tenis municipales, desenfundando mi raqueta y, ya de paso, mis limitados conocimientos. La he reservado por una hora y los he invitado a venir a jugar. Así estaremos en terreno neutral: ni piscina ni ring de boxeo, mucho menos una fiesta de pijamas. No les he dicho que quería que hablásemos, aunque se lo imaginarán.

Soy el primero en llegar, así que deposito mis cosas en un banquito que hay en un lateral de la pista y me siento para atarme bien los cordones de las deportivas mientras hago tiempo. Bastian y Daisy no tardan en aparecer, ambos vestidos de *sport*, casi a juego si no fuera porque la pelirroja lleva los complementos rosas y Bastian ha optado por un polo de color verde chillón que no puede llamar más la atención.

—A mí no me engañáis —bromeo para romper el hielo—, habéis secuestrado a Cosmo y a Wanda.

Ambos se miran y estallan en carcajadas, con lo que se deshacen de la cara de circunstancias que traían.

—¡Hados madrinos! —gritan a la vez que se retuercen, imitando a los icónicos dibujos que marcaron nuestra infancia.

—Tenía que comentarlo. Ahora siempre que veo la conjunción de colores verde-rosa no puedo evitar pensar en ello.

—*Mood* —añade Daisy—. Sí soy.

A pesar de que sonríe, sus ojeras indican que lleva días durmiendo fatal. Estoy seguro de que está sufriendo con todo esto, solo que intenta mantener la fachada intacta.

Lo que no sabe es que a veces un edificio se derrumba con demasiada facilidad si la base se tambalea. Ni siquiera el muro más robusto podría resistir sin un suelo firme.

En resumen, Savannah no puede ser sin Daisy ni al revés.

—¿Qué tal?

Esboza una sonrisa muy poco convincente, bastante agridulce. Mira a Bastian, como buscando su apoyo, y cuando lo encuentra respira hondo.

—Bueno. No ha sido mi mejor semana, aunque eso ya lo sabes.

—Sí, de eso quería...

—¿Jugamos? —interrumpe Bastian, muy cortante.

Lo asesino con la mirada, porque está haciendo lo mismo que su hermana: evitar.

—Bastian... —lo regaña Daisy, que parece más receptiva a tener esta conversación.

Él juguetea con su raqueta y se acerca a mí con actitud más desafiante y altiva que de costumbre.

—Nos has dicho que íbamos a jugar al tenis. Si lo que querías era hablar, haber propuesto quedar en una cafetería.

—Sabes que no habrías aceptado.

Pone los ojos en blanco.

—A lo mejor es por algo.

—Sí, quizá porque estás evitando enfrentarte a una realidad que te duele y prefieres barrer la mierda debajo de la alfombra hasta que desaparezca.

—No te ofendas, Ben, pero esta no es tu guerra. No necesito un *coach* motivacional ni un solucionador de problemas familiares. Lo único que quiero es jugar un puto partido, no que mi hermana te envíe a solucionar lo que ella no puede.

—Bastian, no te pases —le pide Daisy, que nos mira atónita por la tensión que se ha generado entre ambos en un momento.

—No me ha mandado Savannah —discrepo, intentando calmarlo. Sin embargo, me doy cuenta con bastante rapidez de que no va a atender a razones. No ahora, al menos—. Genial, juguemos. Daisy, nos vamos turnando, ¿te parece?

Ella asiente y con la boca dibuja un «Lo siento».

Me encojo de hombros y le dedico una sonrisa. Bastian se da la vuelta y camina hacia un lado de la pista, preparado para derrotarme.

—Te voy a machacar —anuncia. Hace un gesto muy ridículo con el brazo, tratando de demostrar su fuerza. Espero que lo haya hecho en broma. A veces es un poco crío y no sé hasta qué punto está cabreado ahora mismo.

—Yo también tengo fuerza en el brazo, campeón. Te recuerdo que soy nadador.

Le guiño un ojo y él me saca la lengua. Cada vez se parece más a su hermana. Es que son tan diferentes e iguales al mismo tiempo...

Daisy se ajusta los pantalones cortos rosas y después se pone en un lateral con el fin de ayudarnos a recoger las pelotas para que el juego sea lo más ágil posible. Se coloca un brazo en la cadera y nos mira como si fuéramos unos niñatos.

—¿Habéis terminado ya de medir quién la tiene más grande? Para que comience el juego, digo.

—Muy graciosa, corazón —replica Bastian.

Ella se ha situado en el lado más cercano a él, así que va y posa un beso en sus labios. Él aprovecha y le toca el culo con bastante descaro.

—¿Habéis terminado ya de comeros la boca delante de mis narices? Por si queréis iros a un hotel, digo.

Bastian me saca el dedo y yo agarro la raqueta con fuerza porque empieza sacando él. Tiene pinta de que va a ir a matar, por eso me preparo. Sin embargo, en el lapso de tiempo que han tardado en separarse los tortolitos, he decidido añadirle un poco más de emoción al juego.

Estoy en las pistas de tenis.
¿Te paso ubicación y vienes?

No tarda ni medio segundo en responder.

¿Es una de tus propuestas indecentes?

Ni se imagina cuánto. Me entra la risa y tengo que aguantarme porque, si empiezo, no podré parar.

Bastante indecente, sí. 😉

Con un solo mensaje he preparado una buena encerrona y ellos ni lo saben. Niego con la cabeza mientras pienso en lo terriblemente mal que podría salir.

Pero confío. Yo siempre confío en que todo saldrá bien al final.

58



Savannah

—¡Desapareciste de la faz de la tierra, Savannah! ¿Se puede saber qué pasó para que no respondas a mis mensajes?

—Hola, mamá. —Sujeto el móvil pegando el hombro todo lo que puedo a la oreja para poder abrir la puerta del coche. Una vez dentro del vehículo activo el modo manos libres para seguir la conversación—. ¿Qué tal, cómo estás?

—Savannah Valentina Springs Gonzales.

Tengo que admitir que todavía hoy aún me impresiona oír mi nombre completo. Como es la única persona que lo utiliza, seguramente porque solo ella conoce ese dato —nunca menciono mi nombre compuesto cuando me presento— y siempre es para regañarme, no me acostumbro.

—He estado... ¿ocupada?

—Pero no debes dejar desatendida a tu madre. ¿Pasó algo?

—Bueno, tú también podrías haber llamado —replico, consciente de que tengo todas las de ganar—. Supongo que has estado

pasándotelo bien con tus amigas en el Gran Cañón; he visto las fotos.

—Ah, de modo que para eso sí que tuviste tiempo... Ya veo. Tu mamá ya no es lo más importante, ahora que creciste ya nada es igual...

—Mamá, no tiene ningún sentido sacar todo de contexto y no ayuda ponerse en modo dramático. Si no, no podré contarte todos los salseos.

No la tengo delante, pero es como si viera su mirada picarona llenarse de interés.

—Me haré unas buenas palomitas, entonces.



Le cuento todo con —casi— todos los detalles. Creo que está procesando toda la historia, porque pasan unos cuantos segundos que se me hacen eternos hasta que dice algo. Al menos he podido coger aire y respirar después de vomitar todas mis emociones a través del altavoz del coche.

—Me hace muy feliz saber que encontraste el amor este verano, hija. No me malinterpretes, pero te dije que te vendría bien cambiar de aires, conocer a gente nueva. La brisa de Holy Bay siempre fue mágica y curativa para mí.

—¡Mamá! —protesto, ofendida—. No estoy enamorada.

—¿Después de lo que pasó de verdad necesitas que te diga que sí que te enamoraste de ese chico? Corazón, date cuenta...

No respondo. Mierda. ¿Lo estoy?

—Savannah, ¿sigues ahí?

—Por desgracia.

—Tanta desgracia no será cuando lo estás pasando muy *padre* este verano, viviéndolo al máximo. Tienes todo lo que cualquier chica de tu edad podría desear. ¡Y vas a ir a la universidad! Incluso al final conseguiste tener una buena relación con Jess y disfrutar de la librería. Con su sobrino ni te cuento, que estoy recordando la escena de la alberca...

Aunque lleva muchos años fuera de México, mamá aún mantiene vivas sus raíces en su forma de hablar, en su marcado acento y en las palabras que utiliza a veces cuando hablamos en español. Me gusta porque es algo muy nuestro y supone muchas veces un reto para mí, ya que no es un idioma que maneje con absoluta fluidez. Me resulta más fácil pensar y hablar en inglés, pero no quiero perder por nada del mundo el contacto con mis orígenes y mi segundo idioma.

—¡Eres de otro mundo! —Río. Echaba de menos una conversación tan fresca y sincera con ella. Me hacía mucha falta y no era consciente de ello.

—Y tú, linda. Te extraño...

—Yo también. Pensé en volver, mamá. Hace unas semanas habría hecho cualquier cosa por marcharme de aquí, y ahora..., ahora simplemente no puedo. Estaba equivocada y solo quiero aprovechar el tiempo que pueda, empaparme de este verano y disfrutar. Creo que me lo merezco, después de todo.

—Claro que sí, *mami*. Ya hablaremos en otro momento sobre todo lo de la universidad y tú decidirás dónde quieres estar. Tu padre y yo solo queremos que, vivas donde vivas, sea el mejor lugar para ti.

—Lo sé.

Sonrío imaginando todo lo que vendrá. El nuevo año académico me asusta, aunque también me emociona a partes iguales. Creo que mi vida va a cambiar mucho y me apetece que sea así. Estoy

cansada de la antigua Savannah y todo lo que arrastra. Quiero dejar todo eso atrás y comenzar de cero.

—Estoy orgullosa de ti, cariño. Gracias por ser tan valiente y por pedir ayuda. Es el mayor acto de amor propio que puedes hacer por ti.

—Gracias a vosotros por ponérmelo tan fácil.

—No somos padres perfectos, Savannah, más bien todo lo contrario. Hicimos muchas cosas mal, pero al final del día os seguimos teniendo a vosotros, que sois nuestros tesoros más preciados. Mientras nos mantengamos unidos saldremos adelante, como siempre hicimos. Seguimos siendo una familia, aunque sea una imperfecta, y estoy convencida de que todos intentamos hacerlo lo mejor que podemos.

—He vivido siempre obsesionada con la perfección, pero me ha empezado a cansar. Ya no busco lo perfecto, sino algo real. Creo que por fin empiezo a encontrar el camino que quiero seguir y las personas con las que me apetece estar.

—Espero que tu nuevo plan de vida incluya a Bastian y a Daisy. Se os pasará el enfado, ya lo verás. Sabes que te quieren con locura y tú también los amas. Deberías hablar con ellos...

—Me han hecho daño, mamá.

—Se equivocaron, *mija*, pero estoy segura de que, si intentas entender su punto de vista y su versión de los hechos, quizá los comprendas y puedas perdonarlos. No pierdas a las personas más importantes de tu vida por algo así. —Suspira. Sé que le duele que estemos enfadados—. Hazme caso y rodéate de las personas que te quieren de verdad, aunque a veces metan la pata. Además, ¿tú no quieres que sean felices?

—Sí, claro que sí, pero...

—Entonces no hay peros que valgan —replica, sin dejarme terminar. Me callo porque sé que tiene razón, aunque me cueste—. Eso es lo que de verdad importa, Savannah. Tú ahora tienes a Ben y ellos se encontraron el uno al otro. Pueden disfrutar del verano todos juntos.

—Lo pintas tan bonito que hasta parece fácil.

—Más de lo que piensas, ya verás. Dales un pequeño voto de confianza, eso es lo único que te pido.

—Vaaaaaale...

—Por cierto, ahorita me quito del papel de madre un segundo... ¿Podemos comentar lo extremadamente *heavy* que es que Bastian y Daisy estén juntos?

Estallo en carcajadas y leo el mensaje que me ha escrito Ben. Me pongo contenta porque de repente parece que tengo un plan interesante para la tarde. Le respondo que voy hacia allí con un selfi y me imagino lo guapo que tiene que estar sudado tras un partido de tenis bien intenso.

Me muerdo el labio inferior y la imaginación me traiciona, escapándose de mi control.

—Es tan fuerte que para comentarlo necesitaría una botella de vodka en la mano y varios chupitos de lo más fuerte que haya en el bar. —Ambas nos reímos—. Bueno, mamá, te voy a colgar porque me ha surgido algo y me tengo que ir.

—Genial, *flor*. ¡Y no te olvides de dar saluditos a Benjamin de mi parte!

Niego con la cabeza porque es de lo que no hay. Pero la quiero, la quiero mucho.

59



Ben

Savannah me ha mandado un selfi desde el coche, antes de arrancar. Me gusta que haya pensado en mí a la hora de enviármelo, porque ahora no puedo dejar de mirarlo. Acaricio la pantalla como si de alguna manera la estuviera tocando a ella. Ojalá.

El partido de tenis con Bastian está siendo divertido, pero es innegable que me está machacando y para eso preferiría que lo hiciera ella. Si tengo que morder el polvo, puestos a elegir...

En la foto pone morritos, como si fuera a dar un beso a la cámara. Sus ojos están cerrados y sus rizos salvajes lucen tan perfectos que, si no la conociera, pensaría que ha estado horas frente al espejo intentando conseguir ese efecto. Nada más lejos de la realidad; ella es así y no se esfuerza por ser alguien que no es. Savannah es la persona más auténtica que he conocido en mucho tiempo.

Es como esa canción que oyes de manera inesperada y solo quieres reproducirla una y otra vez, porque es imposible cansarse de las cosas bonitas de la vida.

Lo mejor es que ya no parece la Savannah que siempre estaba enfadada, la que creía que el mundo se había puesto en su contra. Solo quedan resquicios de ella y hace tiempo que se ha ido

desvaneciendo en el aire, tanto que apenas recuerdo la última vez que logró sacarme de quicio. ¡Con lo fácil que era al principio, cuando no éramos más que extraños forzados a compartir casa! Nos hemos ido conociendo y al tratar de alejarnos el uno del otro solo hemos conseguido darnos cuenta de que no sabemos no estar cerca.

Aún no tengo del todo claro si para Savannah todo forma parte de un simple encaprichamiento o si se trata de algo más, pero me gusta lo que tenemos y no quiero que termine. No me canso de ella, no podría.

—Tierra llamando a Ben...

Bastian, que parece haber terminado de beber agua en este pequeño descanso que nos hemos permitido, se acerca y me da un empujón amistoso en el hombro, lo cual provoca que mi móvil caiga al suelo. Intento ser veloz para recogerlo y que no se dé cuenta de que estoy hablando con Savannah justo en este instante, pero el menor de los Springs es más rápido que yo.

—No me jodas.

Sé que ha leído los mensajes en cuanto me tiende el teléfono y me fulmina con la mirada. Aprieto los labios y me pongo en tensión.

—No sé qué es peor, que estuvieras babeando por mi hermana hace unos segundos o que hayas tenido los huevazos de invitarla sabiendo cómo está el panorama.

—¿Qué ocurre? —pregunta Daisy, que se aproxima para enterarse de lo que está pasando.

Bastian le dedica una mirada de circunstancias que ella no es capaz de interpretar con precisión hasta que Savannah entra en escena. En cuanto se da cuenta de la encerrona, se detiene. Se pone tan roja como un tomate y creo que, si pudiera matarme con sus propias manos, lo haría.

Sin pensárselo siquiera.

—Lo que me faltaba...

—Vamos a calmarnos —sugiero, alzando lentamente los brazos en un intento desesperado de relajar el ambiente y ganar tiempo hasta que entren en razón. No quiero gritos ni que nadie se vaya, solo hablar como adultos sensatos.

—Esta no es la fantástica idea que crees que es —opina Savannah, que da media vuelta, dispuesta a dejarnos aquí tirados.

—Savannah. —Salgo corriendo tras ella y le agarro la mano antes de que se vaya—. No cruces esta red sin al menos haberlo intentado. Sé que es complicado, pero confía en mí.

Me devuelve una mirada llena de dudas, miedos y ganas de salir corriendo.

La abrazo porque es la única manera que conozco de mostrarle que estoy aquí, que puede confiar. Quiero ser ese espacio seguro para ella. Lo estoy intentando, solo necesito que ponga más de su parte. Al final asiente, me da la mano y nos acercamos en silencio a Bastian y a Daisy.

Ambas amigas tienen los ojos llorosos cuando deciden mirarse a la cara. Bastian no levanta la vista de sus propios pies. Esta situación es muy incómoda y creo que tiene que acabar, por el bien de todos.

—Tú dirás... —masculla Bastian.

Es sencillo percibir algo de rencor en su voz. Mantiene los labios apretados y la mandíbula tensa a la espera de mi respuesta.

—Creo que no soy yo quien debe hablar. Me parece que aquí ha habido malentendidos que están interfiriendo en el que podría ser el mejor verano de nuestra vida, así que espero que dejéis vuestro maldito orgullo de lado de una vez y zanjéis el tema de las narices.

—No llamaría «malentendido» al enorme conjunto de mentiras que se han traído entre manos —discrepa Savannah—. Ben, puedes

pedirme que confíe en ti, pero sabes que no puedo confiar en ellos. Ya no.

—Siempre ves el mundo en blanco y negro, Savannah —interviene Bastian, dando un paso hacia ella y convirtiendo la conversación, con ese simple gesto, en algo más personal.

—No es cierto.

—*¡Órale!* —El acento mexicano delata sus raíces con esa expresión que nunca había oído antes—. No sé cómo puedes echarnos en cara que mentimos, como si tú jamás lo hicieras, cuando no dejas de encadenar una mentira con otra.

Aprieto la mano de Savannah para pedirle que se relaje, que respire hondo antes de responder.

—Nunca te engañaría con algo así. ¡A ninguno de los dos! No lo habría hecho. ¿Pensabais que me iba a molestar? Quizá podríais haber intentado que lo entendiera. Si hubiera sabido que sois felices así, me habría alegrado muchísimo por vosotros. El caso es que hasta hace dos días pensaba que tú, mi hermano, te enrollabas aún con el vecino y que tú, mi mejor amiga, tenías el corazón roto por Liam, a quien, por cierto, esperaba volver a ver pronto porque me dijiste que vendría. Otra mentira. Una más.

—Tenía el corazón roto, Savannah, eso no lo dudes ni un segundo. Lo de Liam fue real y lo he pasado muy mal. Este año no ha sido nada fácil para mí. He tenido que lidiar con mi mente, con la inseguridad, con los «No encontrarás a alguien mejor» y los «No eres suficiente». Pero he tenido que hacerlo porque esa relación me estaba consumiendo.

Las lágrimas se le saltan y a mí se me retuercen las vísceras al darme cuenta de lo mucho que está sufriendo. A Savannah le tiemblan incluso los dedos.

—Pero...

—No, déjame terminar. Me ha costado mucho tiempo reunir el valor necesario para hablar de lo que estaba viviendo con alguien que no sea Bastian, que fue una de las primeras personas en percatarse de que algo pasaba y se preocupó. Cuando todo el mundo hacía ruido a mi alrededor, él supo callar y escuchar. Hace mucho tiempo que Liam cambió, o más bien se quitó la máscara tras la que se escondía, y me apagaba lentamente mientras hacía creer a los demás que éramos la pareja más brillante. Me refugiaba en su luz, porque de mí ya no quedaba nada, así que todo era una mentira que se hacía más grande cada vez y yo no tenía fuerzas para detenerlo.

—Daisy, siento no haberme dado cuenta antes, yo...

—Mientras subía fotos a Instagram diciendo lo mucho que me quería —continúa—, jamás lo hacía en privado. En su lugar me mandaba mensajes diciendo que le daban vergüenza las fotos y vídeos que yo publicaba sobre mí misma; me hizo cambiar mi forma de ser, de expresarme, de vestir. Tía, nadie mejor que tú sabe lo importante que es la ropa para mí. El rosa y la purpurina forman parte de mi personalidad y él me hacía sentir mal cuando compraba ropa que le pareciera demasiado llamativa. No le gustaba que fuera tan femenina, tampoco lo contrario, porque odiaba oírme hablar sobre Fórmula 1 o cualquier otro tema que me apasione. No le importaba lo que leía ni se molestaba en ver conmigo ninguna de mis películas favoritas. Éramos una pareja de escaparate, de pega, de esas que no valen nada.

»Siento que toda mi vida es una farsa. —Ni siquiera nos mira cuando habla, porque se ha perdido en sus propios recuerdos—. Mis padres nunca están en casa, así que no puedo contarles nada de esto porque ni siquiera les importa. ¿Y qué hago yo? Estudiar una carrera que ni siquiera me gusta solo por contentarlos e intentar ser

como ellos. Sí, es posible que haya mentido, pero es que llevo tanto tiempo fingiendo que a veces me cuesta diferenciar entre lo que es real y lo que no.

Savannah se queda muda durante unos instantes que parecen eternos. Después de valorar todo lo que su amiga le ha confesado entre lágrimas, se acerca con cuidado y la abraza con tanto cariño que casi es visible la forma en la que los muros que las separaban caen por completo. Se derrumban.

Savannah se deshace en un suspiro de alivio. Me mira mientras acaricia la espalda de su amiga. «Ya está, tranquila, todo está bien», le transmito con la mirada. Asiente y sonríe, aunque con dolor. Todo esto le está sobrepasando y se nota.

Bastian y yo nos miramos y sin necesidad de hablar sabemos lo que hacer: unirnos al abrazo. Me doy cuenta de lo afortunado que soy de haber encontrado a personas a las que considerar amigas, a las que poder abrazar cuando todo se nubla.

—No quiero un verano sin vosotros, sin estar todos juntos y hacer planes y reírnos los unos de los otros.

—Yo tampoco —dice Savannah mientras se seca las lágrimas de las mejillas con ayuda del antebrazo—. Incluso aunque eso implique ver estúpidas carreras de tíos dando vueltas a un circuito y yo no entienda nada. O tener que hacer fiestas de pijamas con un final-no-feliz.

—Yo solo quiero retroceder en el tiempo. Lo siento, de veras. Me encantaría haber sido sincera antes, pero me sentía como una mierda y no sabía cómo gestionarlo —añade Daisy, aunque no sé cómo tiene fuerzas para seguir hablando después de todo lo que ha pasado. Tiene que estar exhausta—. Intentaba encontrar la mejor manera de contártelo y abordar el tema contigo, pero tú tampoco estabas en tu mejor momento y no quería añadir más leña al fuego.

—No te ofendas, pero mira que tienes mal gusto —la ataca. Después finge una náusea y se abraza a sí misma, a la altura del abdomen—. ¿Mi hermano? ¿En serio? Hay peces mejores en el mar... ¡Este es un besugo!

—Pues es mi besugo y eso me hace feliz.

Le saca la lengua a su amiga y Bastian pone cara de pocos amigos.

—Hay que estar muy ciega para no ver que Daisy y yo llevábamos conteniéndonos demasiado tiempo —opina Bastian, que le clava la rodilla a su hermana en la pantorrilla y logra que se tambalee—. El caso es que nos hemos hartado de contentar a todo el mundo a costa de hacernos daño a nosotros mismos. No lo hemos podido evitar, pasó lo que tenía que pasar. Y no me arrepiento.

Entiendo el sentimiento. Por mucho que Savannah se muestre orgullosa, tiene que saber que nosotros hemos pasado por un proceso muy similar. Los sentimientos son lo más difícil de controlar y ella lo sabe. Al final me mira y le digo «Sabes que tiene razón», sin necesidad de separar los labios.

—No quiero más explicaciones. No me hacen falta. Lo único que os pido es no más mentiras, no más secretos. Quiero saberlo todo, formar parte de vuestra historia de alguna manera. Por favor...

—¿Todo... todo?

Daisy alza una ceja y se tapa la boca para evitar dejar escapar una buena risotada. Su amiga le propina un codazo y esta emite un quejido.

—Os quiero, aunque ahora mismo deis muchísimo asco y no hayáis encontrado una forma más terrorífica de fastidiarme la vida.

—Y nosotros a ti, aunque seas el ser más dramático del planeta tierra.

—¿Has visto a tu novia? Quizá deberías replantearte tus palabras.

Bastian intenta darle un raquetazo, pero Savannah se escurre de su sitio y lo esquiva. Le saca la lengua y su hermano responde con el mismo gesto de burla. Después rodea la cintura de la pelirroja, justo por encima de la falda y por debajo del top, en el pequeño espacio que deja entrever la pálida piel de la chica, repleta de diminutas pecas.

—*Novia*... Me encanta cómo suena esa palabra.

—Y a mí.

Se besan y yo solo tengo ganas de aplaudir. Savannah hace amago de vomitar y yo le hago cosquillas para picarla un poco más. Ella grita y comienza a correr por la pista de tenis mientras la persigo. Lo hacemos hasta que tropieza y cae junto a la red.

—Te odio.

—En realidad, no. Me quieres.

—Un poquito solo.

Hace el gesto con los dedos para mostrarme cuánto de poco, casi juntando el índice con el pulgar. Me tumbo sobre ella y me acerco a sus labios para besarla.

—Con eso me basta por ahora.

—Te conformas con poco, entonces.

—Es que tú, Savannah Springs, eres todo lo contrario de poco.

60



Ben

Jugamos hasta que estamos muy cansados para seguir.

Podría intentar justificarnos, pero sería inútil: nos han machacado en la pista de tenis. No han parado hasta dejarnos por los suelos. Aun así, a nosotros no nos importa. Ha sido divertido. Es cierto que a Savannah le ha costado volver a estar normal, eso se notaba a la legua. Ver a su mejor amiga con su hermano le resulta extraño, incluso incómodo. No me hace falta preguntar para adivinar que quizá se siente insegura al respecto, como si quedara fuera de la ecuación ahora que van a compartir algo más que una simple amistad.

En realidad, yo pienso que es una suerte que se hayan encontrado, porque si algo me ha quedado claro durante la tarde es que Bastian y Daisy tienen algo especial. Es la forma en la que se miran, la manera en la que se complementan... Se trata de ese tipo de pareja que está destinada a ser. Cuando están juntos, Bastian parece tener los pies sobre la tierra, aunque realmente esté flotando en la nube del primer amor.

También los hemos vacilado bastante. Nos hemos sorprendido cuando ellos han contraatacado y en ocasiones no he sabido qué

responder porque no sé qué es lo que hay entre nosotros. No sé si estamos juntos, si vamos a alguna parte o si se acerca el temido final.

Solo sé que deseo esto por encima de todas las cosas. No puedo ser más sincero cuando digo que quiero estar con ella. Esta es la pura verdad, la única que existe.

—Y ahora ¿qué? —le pregunto mientras caminamos hacia su coche.

Ya nos hemos despedido de Daisy y de Bastian, que habían planeado noche de helado, película y mantita, aunque creo que la manta les durará poco con el calor que hace... Y la peli seguro que también.

—Van a ver *Love, Rosie* —responde, ignorándome por completo—. Me gusta mucho y tiene varios diálogos que me marcaron en su momento, además de que los protagonistas son Lily Collins y Sam Claflin. Pero si tuviera que elegir mi película romántica favorita no sería esa.

—¿Hay una mejor? Ah, ya sé. Una de esas navideñas totalmente cliché que reproducen la misma trama una y otra vez, con el mismo tipo de personaje e historias que pasan en un idílico pueblo de Vermont en el que todo el elenco se vuelca en intentar salvar el festival de Navidad.

Enarca una ceja y detiene sus pasos para mirarme, sorprendida. Yo también la observo; de hecho, hago un barrido visual muy sugerente por todo su cuerpo. No es la primera vez esta tarde. Es que ese vestido pegado negro con lunares blancos le sienta increíblemente bien. Lleva el pelo recogido en una coleta alta y unos mechones rizados sueltos le acarician las mejillas cuando se mueve.

Sus labios brillan bajo los últimos rayos de sol de la tarde y me incitan a besarla.

Sí, es culpa de sus labios, que son exageradamente bonitos. Son perfectos. Me inclino sobre ella y le robo ese beso tan ansiado que se traduce en una sonrisa aún más bonita. Me dedica una mirada decidida y llena de intención.

—Sabes que odio esas películas. Veo que tú no.

—¿Por qué lo dices? —Río. Me ha calado.

—Te lo sabes todo demasiado bien. Cuántas has visto, ¿un millón?

—A mi tía le chiflan, ¿vale? No tengo la culpa. Soy un buen sobrino, las veo con ella.

—Ya, ya... —canturrea de forma irónica. Llegamos al coche y se apoya sobre la carrocería. Me acerco mucho, quizá demasiado. La tensión comienza a crecer entre ambos cuando me dibuja líneas invisibles en el pecho, por encima de la camiseta. Me encanta cuando hace eso. No puedo ni explicar lo que me provoca—. Dime que has visto *Antes de ti*. Es mi favorita.

Niego con la cabeza.

—He oído hablar de ella, pero nunca la he visto. ¿Debería?

—Es una obligación.

—Si hay alguna voluntaria para verla conmigo, lo haré muy a gusto.

Esta vez es ella quien me besa.

—Ahora mismo solo puedo pensar en presentarme como voluntaria para otras cosas.

—Ah, ¿sí?

—Ajá.

Lo dice a media voz y su asentimiento me atrapa por completo. Necesito volver a sentirla cerca porque no me canso. Savannah siempre me pone al límite, me tiene acariciando el borde del abismo y es justo esa adrenalina la que me vuelve adicto a la sensación de quererlo todo con ella.

—No puedo sacarte de mi cabeza —confieso.

—Yo tampoco.

Rescata las llaves del coche de su bolsillo y presiona el botón. Las luces del vehículo parpadean para avisarnos de que está abierto. Savannah esboza una sonrisa maliciosa.

—Antes me has preguntado que cuál era el plan. Creo que ya hemos encontrado uno.

En las películas los protagonistas habrían entrado en el coche con calma, pero nosotros no podemos. Abrimos las puertas con ansia y, una vez dentro, no podemos ser más torpes. Tardamos unos instantes en encontrar la forma de encajar nuestros cuerpos en el asiento trasero. Sin embargo, cuando al fin nos sentimos cómodos y Savannah se coloca sobre mí, mi mente vuelve a aquella noche en la que todo empezó. La primera vez que me preocupé por lo que esta chica podría llegar a hacer en mi cabeza.

La primera vez que sentí que podría perder el control por alguien.

Paso la lengua por su cuello y la beso en todos esos puntos que sé que la hacen temblar. Arquea la espalda de manera involuntaria y coloco mis manos ahí para sostenerla.

Le bajo la cremallera del vestido lentamente, disfrutando del momento. Sonrío cuando me doy cuenta de que lleva ese sujetador rojo, el que se le cayó al suelo el primer día que la vi, cuando aún no sabía que irrumpiría en mi vida como un huracán desenfrenado.

Reparto besos por todo su pecho y ella ríe porque le hago cosquillas sin querer. Los rayos de sol se cuelan por las ventanillas y la iluminan de una forma especial, añadiendo un brillo precioso a su piel morena.

No puedo evitar acariciarle la mejilla con el pulgar y descender hasta sus labios, que se entreabren como si extrañaran los míos.

—Ben...

No sé si es por cómo me mira, por el modo en el que dice mi nombre o porque tengo la tensión por las nubes, pero el momento en el que mi corazón se salta un latido lo tengo claro.

Es ella, tiene que serlo.

Un recuerdo llega a mi mente, de aquella primera vez en la que pasamos un rato maravilloso en este coche, cuando ella conducía y escuchábamos a Taylor Swift. Recuerdo haber reflexionado sobre lo que era el amor para mí: algo dorado. Tenía que ser dorado. Y ahora que la miro lo veo claro. Savannah es así, tan especial, única y cálida como los rayitos de sol que la iluminan en este momento.

He estado mucho tiempo esperando este tipo de amor, encontrar a alguien que me hiciera temblar, que me ilusionara de verdad; alguien que me emocionara y me hiciera sentir.

Joder, si hay alguien capaz de hacerme sentir, esa es Savannah Springs. Desde el minuto uno me ha provocado una lista infinita de sentimientos intensos que han confluido en esto, en nosotros. En fuego y en algo más.

La quiero.

—Te quiero.

—¿Qué? —susurra al separarse de mis labios.

—Que te quiero, Savannah. Y me da igual si tú a mí no me quieres porque yo lo hago con todas mis ganas. Ahora que ya lo he dicho, no quiero dejar de hacerlo.

—No tienes que dejar de hacerlo.

—Pero si te vas... Yo...

Savannah sonríe. Me deposita un beso en el cuello, después en la mandíbula, en la mejilla, en la comisura y finalmente en los labios.

—No me voy, Ben.

—No... ¿No te vas?

Estoy perplejo. ¿En serio hay una posibilidad de que esto no se acabe aquí, de que salga bien de verdad?

—No. Me quedo.

—¿Qué?

Me sacude con suavidad para que reaccione y deje de repetir estúpidas preguntas.

—Que me quedo contigo, Ben. No me marcho a ningún lugar. Me quedo en Holy Bay. Y luego voy a estudiar aquí, voy a ir a tu misma universidad. Pero antes quiero vivir este verano al máximo y quiero hacerlo contigo.

—Joder, si ya te quería, ahora lo hago más. —No puedo parar y ella corresponde a todos y cada uno de mis besos. Me acaricia el pelo con ternura, provocándome un escalofrío. Le rozo la clavícula con los labios—. Eres tú, Savannah. Vas a pensar que estoy loco, pero... ¿conoces la canción *Daylight*?

—Claro. Es preciosa.

—Pues es lo que está sonando en mi cabeza ahora mismo. En aquel trayecto en coche en el que cantamos a pleno pulmón la discografía de Taylor Swift, lo pensé. Me dije a mí mismo que el amor debía de ser dorado como la luz del día, igual que lo describe ella en la letra de la canción. No pensé que lo encontraría, pero te he tenido delante todo el rato y he sido un cobarde por no admitirlo antes.

—Qué bonito, Ben. Gracias por decirme algo así. Gracias por esto y, bueno, por todo en general.

—Gracias a ti por ser tan increíble, por mostrarme cómo eres. Te has abierto conmigo y me encanta lo que he visto en ti.

—A mí me encantas tú. Mírate...

Me ayuda a desprenderme de la camiseta y de los pantalones. Se toma unos segundos para devorarme con los ojos y, cuando ha

terminado, comienza a tocarme con sus cálidas manos. Sube y baja y yo me pierdo unos instantes, aunque pronto me espabilo porque me muero por sus gemidos.

Mentiría si dijera que no me excita jugar con lo prohibido cuando se trata de Savannah.

—Joder, Ben, ya estaba convencida de que quería quedarme, pero con esto solo puedo pensar en lo tonta que era creyendo que me iba a marchar...

—Chist... Disfruta del momento. Aunque vayamos a poder repetirlo cuando queramos, esta vez es especial. Pensemos que es la primera de muchas.

Seguimos jugando, tocándonos y jadeando en respuesta. Ella se permite llegar al orgasmo una vez y continúa casi sin detenerse a respirar; yo estoy a punto en varias ocasiones, pero le pido que pare de tocarme durante unos segundos, porque tengo la necesidad de alargar este momento. No quiero que se nos escape con la misma velocidad con la que el verano parece volar a veces.

Al final saco el preservativo y le pido que me rodee la cintura con las piernas, sentándose sobre mí. Me deslizo dentro de Savannah y la situación me altera tanto que no sé si aguantaré mucho, es inevitable con alguien como ella. Se agarra a mi nuca y me besa con tanta desesperación que creo que vamos a desgastarnos el uno al otro.

—Como sigas así vas a provocar en este coche un incendio de la misma magnitud que el que arrasó con la Biblioteca de Alejandría.

—A lo mejor es eso lo que quiero. Ver el mundo arder mientras tú y yo hacemos el amor.

No lo llama «sexo». No es solo algo físico para ella y eso me alegra.

—Eres lo mejor que me ha pasado este verano.

En respuesta incrementa el ritmo y me pierdo en su cuerpo, en sus besos, en las sensaciones explosivas que me recorren mientras ella se mueve sobre mí. Me mira a los ojos todo el rato y nos comunicamos de esa manera hasta que alcanzo el punto álgido del placer. He sentido placer muchas veces en mi vida, pero nunca he experimentado esto. Va más allá.

Nada se asemeja a lo que ella me hace. No podría.

Es demasiado increíble.

61



Savannah

—Si soy sincero, no creí que fueras a hacerlo.

Estamos terminando de cenar en el Sweet & Soul. Le debía una dichosa cena y lo he invitado hoy como plan improvisado, cumpliendo con mi parte del trato que hicimos. Hemos pedido unas hamburguesas con mucho queso, patatas, nachos y, al mismo tiempo, hemos escogido los batidos, igual que la primera vez. Juro que he probado muchos batidos en esta vida, tanto en Carolina del Norte como en otros estados a los que he viajado. Ninguno se acerca un mínimo a esto.

Theo, el camarero, ha pasado de intentar ligar conmigo a ser nuestro fan número uno. Cuando nos ha atendido nos ha dicho que hacemos una pareja preciosa y que no se ha podido olvidar de la actuación que Ben me dedicó la última vez que estuvimos aquí. De hecho, le ha dicho que se sienta libre si quiere volver a cantar. El nadador, por su lado, le ha dado las gracias y ha declinado la atractiva oferta con una sonrisa radiante. Supongo que ya no tiene el aliciente de la cena gratis y no volverá a colar.

—Hombre de poca fe... —Se me escapa una risilla tonta—. En realidad, yo tampoco lo tenía muy claro. No pensé que pasaría nada de esto.

—¿Y te arrepientes?

Clava sus ojos verdes en mis pupilas y juraría que atraviesa una a una las capas que forman parte de mí, como si tuviese el poder de leer todos mis secretos. He descubierto que simplemente no puedo fingir con él, no serviría de nada. Sabría ir más allá y presionar mis puntos de vulnerabilidad si fuera necesario, de la misma forma que sabe cómo hacerme sentir bien y tranquila en todo momento. Me conoce mejor que muchas de las personas que han pasado por mi vida en los últimos años.

Se ha esforzado en hacerlo, en saber cómo soy. Quién soy. Lo valoro porque soy la primera a la que le cuesta dar oportunidades a la gente, no juzgarla desde el principio. Ha jugado mucho más limpio que yo y se ha notado.

—No sé cómo tienes el valor de preguntarme si me arrepiento de lo nuestro después de lo que ha sucedido en mi coche hace escasos minutos.

Ahí está, esa sonrisa ladeada que hace que me tiemblen las piernas.

—Me encanta.

—¿El qué?

—Tu sonrisa. Tú.

Ben se estira para besarme, en señal de agradecimiento, y yo enrojezco al instante. Es la única persona en el planeta Tierra que consigue sacarme los colores en cualquier situación. Me deja totalmente expuesta y lo odio por ello.

En realidad no, no podría odiarlo. Pensaba que sí, pero me equivocaba. ¡Y tanto que me equivocaba!

—¿Hoy no me vas a calar?

—Si es lo que quieres...

Hace un amago de tirarme por encima la botella de agua que hemos pedido y le agarro el brazo, impidiéndole que siga mientras profiero unos gritos presa de los nervios del momento. Él parece encontrarlo muy gracioso y terminamos haciendo tonterías sin sentido una vez más.

—Pues ahora que lo dices... —Alzo la vista y me encuentro con la playa de frente, a través de la cristalera. Nos hemos sentado en la misma mesa que la última vez, la que tiene las mejores vistas—. Podríamos ir a la playa.

—Estamos recreando nuestra primera cita, ¿eh?

—¿Quién ha dicho que eso fuera una cita?

—Niégamelo. Dime que no sentiste nada en ningún momento.

Niego con la cabeza sin ser capaz de rebatir su argumento. Echo la vista atrás y me digo que no sé en qué momento exacto empecé a sentir algo por él; no tengo claro cuándo pasó de ser un extraño insoportable a la persona con la que quiero compartir mis secretos, pensamientos, sueños y miedos. Mi tiempo, que es una de las posesiones más valiosas que tenemos.

No se le regala tiempo a cualquiera. No deberíamos.



El agua está un poco más fría de lo que imaginaba y, por suerte, no hay mucha gente en la playa.

No es que me dé vergüenza que me vean en ropa interior porque, al fin y al cabo, se parece mucho a un bikini en cuanto a la cantidad de piel que queda al descubierto, pero sí es diferente porque llevo

lencería repleta de encaje y un sujetador de un tono de rojo demasiado llamativo.

Aún me entra la risa cuando recuerdo nuestro primer encuentro, tan estúpido como cierto, que implicó un choque inesperado y mi sujetador escapando de la maleta como si tuviera vida propia, lo que dio pie a algún comentario fuera de lugar por parte de Ben. Una parte de mí echa de menos esa dinámica que teníamos, aunque sé que no la necesitamos. Prefiero la complicidad que hemos ido creando entre los dos.

En ese momento me llegan salpicaduras de agua.

—¡Para, tonto!

Me imita con una voz muy aguda y chillona que, por supuesto, no se asemeja en nada a la mía. Pongo los ojos en blanco.

—Sin duda, algunas cosas nunca cambian.

Nada hasta donde me encuentro y me rodea con sus brazos. Lo hace con una firmeza y una seguridad muy atractivas, al mismo tiempo que me roza la piel con ternura. El frescor del agua y el calor de sus manos se fusionan en una mezcla perfecta que me altera casi en el instante en que me toca.

—O sí. Nosotros hemos cambiado.

—Sí, lo hemos hecho... —susurro.

Nuestros labios están muy cerca. No se rozan porque es mejor mantener esa tensión por momentos, nos gusta jugar y ambos lo sabemos. Me peino con los dedos el pelo mojado y él aprovecha que me he distraído para posar sus manos en mi culo, impulsarme hacia arriba y pegarme a él. Abro las piernas sin pensarlo mucho y lo rodeo con ellas, igual que otras veces en la piscina. La escasa luz que queda a esta hora del día le ilumina ligeramente los ojos y les regala un brillo precioso, especial. Le acaricio el pelo, que parece

más oscuro ahora que está mojado, después la nuca y por último la mejilla; las gotas de agua resbalan desde mis manos hasta su piel.

Me gusta esta sensación, tanto que quisiera quedarme a vivir en estos pequeños momentos.

—Ojalá tuviera una cajita mágica en la que guardar una impresión exacta de la realidad para poder visitar los recuerdos sin parar. Volvería a este instante tantas veces que perdería la cuenta.

Me besa en la comisura de los labios. Después se pasa la lengua por los suyos, humedeciéndolos.

¿Es normal que ya me esté poniendo a punto de caramelo otra vez?

—No te hace falta. Si quieres vivir este momento de nuevo, podremos repetirlo siempre que queramos. Aún me cuesta creer que no te vas, pero, si has decidido hacerlo, solo espero que te quedes mucho tiempo conmigo. Quiero que estemos juntos, Savannah. Sé que todo esto te sacará de tu zona de confort y me da igual, no me pienso callar ahora que por fin te tengo cerca. Quiero caminar por el pueblo y que vayamos agarrados de la mano. Quiero un curso académico en la universidad sabiendo que, tenga o no la beca, tú estarás esperándome en el campus cuando termine los entrenamientos. Quiero hacerlo todas las veces que estemos a punto de quemarnos y que todas las noches pueda darte un beso de despedida para que duermas bien. Quiero más veranos en Villa Springs y que tú estés en mi vida. Quiero hacerte feliz, Savannah, y quiero quererte.

No esperaba esta declaración. Tengo que pestañear y siento ganas de pellizcarme para asegurarme de que lo que acabo de oír no es una alucinación. Y, por el modo en el que me está mirando, no creo que lo sea. A juzgar por lo tensa que tiene la mandíbula, diría que incluso está nervioso por recibir una respuesta.

«Di algo que esté a la altura», me obligo.

Sin embargo, sé que jamás podré estar a la altura de lo que acaba de decir. Y eso está bien, porque mi modo de demostrar cariño no es tanto a través de palabras, sino de hechos. Él lo sabe, no espera más que una confirmación. Solo un pequeño compromiso que nos una de una vez por todas.

—Jamás lo habría dicho con esas palabras, pero sí. —Asiento, emocionada. Busco sus manos y las aprieto en un intento de transmitir todo lo que estoy sintiendo. La estampida de *El rey león* se queda corta si me pongo a comparar—. Es exactamente eso lo que quiero. Nunca imaginé que conectaríamos tanto, pero creo que es más que evidente. Me equivocaba, pensaba que este sería el verano más imperfecto de la historia, pero está siendo perfecto. Yo también quiero estar contigo, Ben, este y todos los veranos que estén por llegar.

Me besa con ganas, como si fuera la última vez que pudiéramos hacerlo, aunque sabemos que nos quedan muchos besos y vivencias por compartir; que nuestras lenguas aún no se han cansado y nuestros cuerpos buscan la cercanía del otro en todo momento.

Solo interrumpe el beso para decir algo que no puede resumir mejor todo lo que hemos vivido y lo que está por llegar.

—Un verano (im)perfecto —me susurra al oído. Con los dedos dibuja esos paréntesis tan necesarios—. No podría haber sido de otra manera.

—No, la verdad es que no.

Sonrío y él me sostiene la barbilla. Mis latidos se aceleran tanto que incluso yo misma me sorprendo.

—¿Sigues sin creer en el amor?

La pregunta es directa, sin rodeos. Apenas le doy vueltas, porque tengo claro lo que pienso al respecto.

—Estoy empezando a creer en ello.

—Si quieres, te ayudo un poco.

—Genial.

Me besa por toda respuesta. Tal y como prometía, me ayuda a creer con más fuerza. No solo en el amor, sino también en las segundas oportunidades, en las infinitas posibilidades que están por llegar. En nosotros y nuestros sueños.

Y, por encima de todo, ahora creo también en los veranos imperfectos que resultan ser perfectos.

62



Savannah

—¡Vamos a llegar tarde, Savannah!

Daisy está frente al armario, con las puertas blancas decoradas con aspas abiertas de par en par, mientras desordena todas y cada una de las baldas que hay dentro. Busca y rebusca intentando encontrarme lo que ella llama «un *outfit* de escándalo». Desecha lo que no le parece suficiente en un montón de ropa que ha ido formando en el suelo hasta que da con algo que le llama la atención. Se trata de un vestido negro con bordados perforados, es corto y el escote luce en forma de corazón, además de tener una caída muy bonita y favorecedora.

—Daisy, te juro que no pienso recoger ni una sola prenda de las que has desperdigado por la habitación. Ahora mismo esto parece un maldito mercadillo.

—Yo lo haré, no te preocupes. Tengo experiencia.

—Solo curraste un mes en la tienda de ropa surfera que hay a dos palmos de la playa. Tampoco trabajaste tanto, no te flipes.

—Por eso mismo, tuve mucho tiempo para aprender a doblar ropa como una verdadera profesional.

—Lo que tú digas...

Le sigo la corriente porque nadie le gana una discusión a Daisy, ni siquiera yo. Siempre tiene argumentos extra o algo que añadir y jamás abandona el barco: defiende su opinión hasta el final.

—¿Por qué nunca te he visto este vestido? Ni siquiera recuerdo que te lo hayas puesto para alguna fiesta.

Resoplo mientras me tiro en la cama, cuan larga soy, y me quedo mirando al techo como si fuera una adolescente frustrada. Es como si hubiera viajado en el tiempo a la época en la que el divorcio de mis padres se volvió inminente y se respiraba más tensión que aire. Bastian nunca estaba en casa porque prefería lidiar con el asunto a su manera, con sus amigos o pegando puñetazos a un saco en los entrenamientos de boxeo. En mi caso fue todo lo contrario, ya que me negaba a salir; sentía que no encajaba en el grupo de animadoras porque llevaba unos meses ausente y Daisy no estaba allí conmigo, así que no me interesaba ningún plan que no fuera comer helado mientras veía alguna película triste.

—¿Te acuerdas de cuando me obligaste a aceptar la invitación de aquel chico tan mono que me propuso una cita de museo más cena?

—Por supuesto. Como para rechazar algo así... Y fuiste tú y lo arruinaste todo en el último momento.

—Es que me enteré de que era el hermano de la mascota del equipo de fútbol del instituto enemigo, con quien casi llego a las manos en un partido. Como comprenderás, no le iba a decir después de la cita: «Oye, me gustas, pero odio a tu hermano. Estuve a punto de darle un puñetazo, así que nunca podré hacer planes con tu familia si está él delante». Mejor prevenir que curar, por eso no fui, así que no llegué a ponerme el vestido y se quedó ahí en el olvido.

—Nunca te perdonaré que lo dejaras escapar. Era tan simpático, dulce, atento... ¡Por no hablar de la pedazo de cita que había planeado! —Emite un quejido y se cruza de brazos, aún sujetando el vestido con ambas manos—. Tampoco me perdonaré a mí misma haber seguido alargando mi estúpida relación con Liam porque, si no, habría ido yo en tu lugar.

—Oye, oye, que, aunque no me haga mucha gracia que salgas con mi hermano, prefiero que estés con él a con cualquier otro tío. Al menos así somos cuñadas. —Río.

—En realidad te hace hasta ilusión, solo que eres demasiado terca para admitirlo.

Le lanzo un cojín.

—Ni siquiera sé por qué metí el vestido en la maleta. Supongo que pensé que quizá encontraría una excusa para ponérmelo. No tenía nada en mente, pero...

—Pero Benjamin Scott y su espalda de nadador se interpusieron en tu camino y... *voilà!* —Me tiende el vestido y después se lleva las manos al pecho, soñando despierta. Es demasiado peliculera—. Bueno, vístete. No querrás llegar tarde a la competición de tu novio.

Aún me choca esa palabra, aunque no digo nada al respecto. Estoy acostumbrándome a toda esta situación, a aceptar que somos algo más que amigos, algo más que meros extraños y que simples convivientes. Hemos cruzado la línea de no retorno y no me arrepiento para nada. De hecho, desde que lo hablamos todo ha sido simplemente... perfecto.

Excepto en este momento, que recuerdo la competición y me pongo tan nerviosa que creo que se me saldrá el corazón del pecho. Daisy se da cuenta y me abraza.

—Todo irá bien, ya lo verás.

Asiento mientras me pongo el vestido. Mi amiga me ayuda a cerrar la cremallera y, aunque intenta esconder con disimulo mis Converse negras bajo la cama, no se lo permito. Yo soy así, aunque sea un cuadro. Es parte de mí y no quiero cambiar.

Cada día estoy encontrándome un poquito más a mí misma y eso es bueno, muy bueno. He tenido mis momentos para asimilar todo lo que ha pasado y aceptar que necesito ir a terapia. Creo que voy a hacer muy bien apostando por mí misma y mi salud mental. Tengo ganas de aprender a gestionar todo de otra forma más saludable, bajar la intensidad y empezar de nuevo. Quiero aprender a dejar ir esas emociones que se me enquistan en el pecho, permitir que la ira me abandone por fin.

Estoy preparada para todo lo que está por venir, aunque sea un verdadero reto.

Bastian llama con los nudillos a la puerta, imitando una melodía que una vez se inventó y que repite desde entonces. Recuerdo lo bien que lo pasábamos siempre en esta casa. Pese a las peleas y los piques entre hermanos, solo tengo buenos recuerdos con él en Villa Springs..., este verano incluido.

—¡Pasa! —le doy permiso.

Abre la puerta y Daisy ya tiene una sonrisa gigante dibujada en el rostro. Está totalmente pillada, de una manera distinta a como la he visto en el pasado. Se muere por Bastian y no entiendo cómo no me había dado cuenta antes. Ella tiene razón: me alegro de que estén juntos muchísimo más de lo que creía.

Mi hermano se apoya en el marco de la puerta con aire chulesco y pienso que podría vomitarle encima, porque desde que está con Daisy se comporta como un seductor. Es ridículo, pero con ella parece funcionar. La pelirroja se lanza a sus brazos y casi se le ve la

ropa interior que lleva bajo la falda rosa cuando trepa por su cuerpo y se abraza a él como un koala.

—Casi te veo hasta el alma, reina.

—Nada que no hayáis visto antes.

Con ese plural me dan ganas de arrancarme los oídos y los ojos en este momento. Vaya suplicio...

—Dais un poco de asco —espeto, con una mueca de evidente desagrado.

—Yo también te quiero... —Bastian exhibe una sonrisa forzada que se va convirtiendo en una de oreja a oreja en sus labios. Suelta a Daisy y se despeina el pelo a propósito—. Por cierto, estás muy guapa. Ambas lo estáis.

—Alerta, tenemos a otro donjuán suelto por la casa —digo imitando una voz robótica.

Ambos se ríen. Bastian me lanza las llaves del coche y las cojo al vuelo.

—Vamos a buscar al donjuán número dos o nos perderemos cómo gana esa beca.

Dejamos atrás la habitación tras coger todas nuestras cosas y bajamos las escaleras casi corriendo porque vamos justos de tiempo. Ha sido culpa de Daisy, eso está claro.

—¿Y tú por qué eres el número uno? —pregunto cuando ya estamos sentados en el coche a punto de arrancar.

Miro por el espejo retrovisor para verlo. He decidido que prefería a Daisy de acompañante. Ahora, como es su novia, hacerle feos a mi hermano me resulta incluso más divertido que antes. Las amigas primero, *sorry not sorry*.

—Pues porque soy un Springs. Nosotros siempre vamos primero, hermanita.

Sonrío y pongo la música a todo volumen; *Déjà vu*, de Olivia Rodrigo, comienza a sonar por los altavoces y nos volvemos absolutamente locos. Mientras vamos de camino a la piscina donde tiene lugar el campeonato, gritamos esas canciones que nos han marcado durante los últimos tiempos. El pueblo parece diferente hoy, ya que se respira en el ambiente una energía distinta y mucho más festiva que cualquier otro día del año. Hay banderas colgadas por todas partes y ondean al viento. Además, hay música y mucha más gente celebrando fuera de casa, con vecinos disfrazados, actividades en las aceras y niños llenando el aire con sus risotadas.

Las calles están repletas de colores azules, blancos y rojos. Es 4 de Julio y está resultando ser todo lo contrario a lo que hace un mes pensé que sería.

Creo que al fin puedo afirmar que en este instante soy absolutamente feliz aquí.

63



Ben

No recuerdo haber estado tan nervioso y alterado en mi vida.

Ni siquiera el año pasado cuando tuve que enfrentarme a esta misma situación, solo que en otro lugar y con distintos competidores —algunos, ya que otros repiten como yo—. Al menos en esta ocasión no estará Austin en el agua y eso me deja más tranquilo, lo cual solo es otra señal de que hice lo mejor cuando me alejé de una persona que me hacía más mal que bien.

Decido que es preferible dejar la mente en blanco y no perderme en rencillas del pasado, ni pensar en cierta morena que estará viéndome desde las gradas este año, para que los nervios no me traicionen. Hace un rato que el entrenador se ha pasado a darme unos últimos consejos y un fuerte abrazo de buena suerte.

«Lo vas a hacer genial, chico. Tú vales mucho. Recuérdalo cuando estés en el agua dándolo todo», me ha dicho, aunque por alguna razón no me ha resultado convincente. Intuyo que solo es mi cabeza intentando boicotear mis sueños y eso no lo voy a permitir. Hoy se demuestra todo el trabajo realizado en estos años.

—Empezamos en cinco minutos —anuncia el entrenador cuando pasa por nuestro lado. Apenas lo escucho porque estoy comenzando

a sentirme un poco disociado a causa de los nervios.

Nunca tengo frío cuando estoy en bañador, así que es extraño que hoy me esté congelando. A pesar de haber entrenado durante un buen rato, noto que todos mis músculos están fríos y me da miedo que eso pueda jugar en mi contra. Claro que puede ser parte de una ilusión, un engaño perceptivo. Ya no sé ni qué creer. Compruebo mi respiración y veo que, por el momento, va todo bien.

«Tiene que ir bien.»

Tengo las gafas de nadar colgando del cuello y no dejo de darles vueltas y toquetearlas, preso de los nervios. Es en ese momento cuando me doy cuenta de que Savannah ya ha llegado a la grada, junto con el resto, así que me acerco sin pensarlo dos veces. Aún quedan un par de minutos para que dé comienzo la competición. Necesito hablar con ella.

Tiende la mano, colándola entre las barras de metal que nos separan. No me da tiempo a subir y abrazarla, pero así la siento igual de cerca.

Voy a decir algo cuando empieza a hablar.

—Guarda energía en esos pulmones, Scott. —Antes me parecía insultante que solo utilizara mi apellido o mi nombre completo para dirigirse a mí, pero ahora que todo ha cambiado me resulta incluso divertido. Y, no, no es buen momento para empalmarse—. Espero que no te hayas olvidado el inhalador. —Niego con la cabeza. He seguido la pauta a rajatabla—. Estupendo. Lo vas a hacer genial, ya lo sabes. Eres un gran nadador y sinceramente creo que has nacido para esto. Solo quiero que, pase lo que pase, disfrutes. Cierra los ojos e imagina que estamos los dos solos en esta piscina, entrenando como lo hemos estado haciendo todas estas semanas.

—Lo haré, te lo prometo.

—Cree en ti. Todos lo hacemos..., solo faltas tú.

Se agacha para besarme y me quedo enganchado a sus labios durante lo que debería haber sido una eternidad, porque, si por mí fuera, no me habría apartado en ningún momento. Sin embargo, el entrenador comienza a dar algunas indicaciones, así que le lanzo un beso y regreso a mi puesto.

Gracias a mi conversación con Savannah estoy un poco más tranquilo. Noto los músculos más cálidos y mi mente se ha silenciado lo justo y necesario para estar concentrado en lo que tengo que hacer: ganar esa beca. Es mi momento, me lo he ganado. Lo voy a conseguir.

Estoy más listo que nunca.

—¡A sus puestos!

Cuando dan la orden de salida, me lanzo con la adrenalina arañándome la piel. El agua me recibe como a un viejo amigo y yo nado a toda la velocidad que puedo.

Esta vez sí: voy a por todas.

64



Savannah

Brinco en mi sitio como si estuviera en el concierto de mi grupo favorito o en una competición de saltos.

Estoy muy nerviosa por Ben, de verdad. Ojalá pudiera cerrar los ojos y que terminase la competición, porque estoy al borde de un ataque. Daisy y Bastian también gritan y lo animan con todas sus ganas. Jess y mi padre parecen más tranquilos, aunque intuyo que es porque tienen una gran confianza en él. Al fin y al cabo, es uno de los mejores nadadores del equipo y ha trabajado mucho en los últimos dos años. Ha tomado su medicación, parece estar controlando los nervios como un campeón...

Lo está haciendo muy bien.

Pese a que lo he ayudado en alguno de sus entrenamientos matutinos, esto se escapa a mi conocimiento. Es lo que le he visto hacer en la piscina de casa, salvo que a lo grande. Todos los nadadores pelean por su puesto con uñas y dientes, pocos se quedan atrás. Apenas tienen tiempo para recobrar el aire entre las diferentes pruebas, o esa es la sensación que me da cuando lo veo a

él con la piel del rostro enrojecida debido al gran esfuerzo que está haciendo. Parece cansado, pero no se detiene. Se lanza al agua y continúa con lo que sea que le echen ante la atenta mirada de los jueces.

—Espero que lo estén valorando como se merece, porque si no...

Daisy se echa a reír y vocifera un par de gritos de ánimo antes de dirigirse a mí.

—Tranquila, reina, lo está haciendo genial. ¿Ahora qué toca, Bastian?

Mi hermano nos lleva explicando, desde que ha empezado la competición hace un buen rato, en qué consiste cada prueba y ambas lo agradecemos, especialmente Daisy, que habrá visto la natación sincronizada en los Juegos Olímpicos y poco más.

Ben se coloca en el poyete y lo distingo entre todos los demás con gran facilidad. Es como si su cuerpo fuera un mapa y yo tuviera la clave para descifrarlo; lo conozco bien: sus gestos, sus posturas, el modo en el que respira... El pecho se le hincha y deshincha con tanta rapidez que no puedo evitar alarmarme. Me tenso en mi sitio al mismo tiempo que Daisy me agarra la mano con fuerza. Todo apunta a que esto es el final y, por lo que parece, está muy reñido. Sin embargo, si sigue la misma estela que hasta ahora, ganará el campeonato. Estoy segura de que, aunque no ganase, se llevaría una de las becas de la universidad..., pero sé que él querría ganar. Sería una bonita manera de demostrarle al mundo —y a sí mismo— que cuando caes solo tienes que recomponerte y seguir. Que las metas, cuesten lo que cuesten, hay que perseguirlas hasta el final.

No sé si lo sabe, pero lo admiro profundamente por ello. En ese sentido quiero aprender a ser como él. Me hace querer ser la mejor versión de mí misma y eso es lo mejor.

—Ahora toca estilo libre —comenta Bastian. No deja de dar golpecitos con el pie en el suelo, inquieto—. Es la última prueba. Aquí se demuestra todo.

—Discrepo... —Mis labios se curvan en una sonrisa de seguridad. Respondo sin quitarle ojo a Ben—. Ya ha demostrado que es el número uno. Ahora solo queda cerrar el círculo.

No puedo dejar de mirarlo. Suena el pitido y se lanza al agua. Escoge el estilo crol y no me sorprende en absoluto. Lo he visto entrenar y lo domina, se siente cómodo, ya que mantiene la balanza equilibrada entre velocidad y fuerza, aparte de controlar la técnica a la perfección a nivel más específico. Recuerdo haberle oído decir que, además de la fuerza en la patada y la brazada, la rotación del cuerpo es también muy importante.

—¡Vamos, Ben! —grito. Tengo el corazón latiéndome en la garganta, así que es un milagro que me salga la voz.

Llega al muro y vira tras ejecutar una voltereta rápida que lo ayuda a impulsarse con los pies y continuar con el siguiente largo. Me quedo asombrada de la velocidad a la que está nadando y me llama la atención que, aun siendo el primero, el resto le pisa los talones. De hecho, otro competidor se ha acercado demasiado y por un momento pienso que podría superarlo, hasta que Ben vuelve a ganar distancia gracias al impulso del último viraje. Mis ojos lo siguen todo sin perder detalle.

—La última vuelta, chicas —murmura Bastian entre dientes.

—Por favor, por favor... —ruego al aire en forma de susurros que son casi inaudibles para los demás. Aunque sé que no sirve de nada, no puedo evitarlo.

Me pongo en pie cuando Ben realiza el último viraje y se encamina hacia el final de la competición. Solo queda un largo, nada más. Se le nota más cansado, igual que al resto, pero está aguantando bien

a nivel físico y emocional. Tiene mucha presión y pronto podrá descargarla.

Los segundos parecen eternos, como si el tiempo se hubiera ralentizado y todos los relojes del mundo hubieran dejado de funcionar. Todo se detiene y solo soy capaz de oír los latidos de mi corazón sonando en estéreo.

Boom.

Boom.

Boom.

Al son de mi último latido, Ben alcanza la pared. Los otros nadadores llegan casi a la par, aunque sin superarlo. Miro a los demás. Veo que lo celebran, saltan y ríen y se abrazan... Yo sigo inmóvil. No puedo reaccionar, no hasta que Ben sale del agua. Cuando lo hace, se quita las gafas y las lanza al suelo. Me busca con la mirada y salgo de la grada, corro para ir a buscarlo. No tengo ni idea de si puedo estar ahí abajo, seguramente no, pero me da igual. Tampoco me importa resbalar ni que me saquen de aquí a rastras si hace falta.

Necesito abrazar a Ben.

—¡Savannah!

Cuando me ve, se le iluminan los ojos y mi corazón termina de derretirse de una vez por todas. Es el cariño y el amor con el que me mira, que me hacen sentir algo muy especial. Son las ganas que tengo de besarlo y de decirle que lo quiero, que estoy orgullosa de él. Nos fundimos en un abrazo que desencadena en nosotros un huracán emocional. Ben se permite llorar y deja ir toda esa frustración, los nervios y la presión con la que ha cargado durante muchísimo tiempo.

—Ya está, ya está... Ha sido increíble, Ben... —le susurro al oído. Después le beso la sien y nos quedamos en ese abrazo durante un

buen rato, hasta que su entrenador aparece a nuestro lado.

Ben se separa de mí y lo abraza a él. De cerca parece más joven de lo que pensaba, aunque rondará los cuarenta y tiene alguna que otra cana en el pelo, lo cual le da un toque de madurez a su físico. Parece el típico padre de familia que en unas vacaciones familiares se pondría una camisa hawaiana por hacer la gracia, de esos que son un poco chistosos e insoportables a partes iguales. Ben siempre dice que es un buen tipo y que lo ha apoyado mucho.

—Siento interrumpir, pero quería felicitarte, Scott. Esa beca es tuya, te la has ganado. Ya era tuya desde hace mucho tiempo, solo que ahora es oficial.

—¡Oh, Dios, es el día más feliz de mi vida!

El entrenador se ríe y le alborota el pelo como si fuera un niño pequeño.

—No te confíes ahora, ¿eh? Te quiero fuerte durante esta nueva temporada. Sabes que eres una de las joyas del equipo, en estos momentos más que nunca.

Ben arquea una ceja como si no entendiera a qué se refiere.

—Has batido tu propio récord, Ben. Mejor marca personal. Enhorabuena y, ahora sí, bienvenido al equipo.

—Gracias, entrenador. No lo decepcionaré, lo prometo.

—Lo sé.

Nos guiña un ojo y poco después se marcha a hablar con otros nadadores. Lo abrazo una vez más, saltando por la emoción que tengo contenida en mi interior y que amenaza con salir al exterior por fin. Lo he pasado mal por él, pero ahora me siento en paz sabiendo que ha logrado el premio que merecía. Aprovecho que se ha distraído para acariciarle el rostro; lo sostengo entre mis manos cuando le repito lo emocionada, nerviosa y orgullosa que estaba viéndolo competir.

—Lo has hecho genial. Te lo mereces.

—Gran parte de todo esto también es gracias a ti, así que... ¡vamos a celebrarlo!

Me besa y parece como si solo existiéramos nosotros, aquí y ahora. No hay nadie más en esta piscina. Todo se desvanece, todo gira.

Es pura magia lo que conseguimos cuando estamos juntos.

65



Ben

La cena es posiblemente la mejor que haya tenido nunca. No solo porque soy un amante de las barbacoas de la noche del 4 de Julio, sino por el ambiente y las personas que hay alrededor de esta mesa. Estamos todos: Savannah, Daisy, Bastian..., incluso *Holland*, que corretea entre nuestros pies intentando mendigar trozos de comida extra.

La velada transcurre de la forma más agradable posible. Rick nos cuenta anécdotas de cuando sus hijos eran pequeños diablillos que correteaban por Villa Springs. Los mira con ternura mientras habla. Imagino que no es fácil ver a tus hijos crecer y sentir cómo se te escapan de entre los dedos, tal y como se describe en una de las mejores canciones de ABBA.

Rick y la tía Jess alzan su copa de vino proponiendo un brindis por cada uno de nosotros. No es Acción de Gracias, pero lo parece, porque todos nos sentimos agradecidos de estar aquí.

—¡Por nosotros y por este verano tan maravilloso en Holy Bay!

—¡Por nosotros! —repito.

Chocamos copas y bebemos, como dicta la tradición.

Savannah se pone en pie tras nuestro brindis y todos la observamos, procurando descifrar sus intenciones. Intuyo que va a decir algo y que por eso está tan nerviosa. Me fijo en que, por debajo de la mesa, sus Converse golpean el suelo con impaciencia. Apoyo la mejilla sobre mi puño para escucharla con atención y procuro contener la risa al ver que no es capaz de arrancar y que tiene que respirar varias veces.

Me parece gracioso porque sé que va a intentar ser amable en todo momento y sabemos de sobra que ese puede ser uno de sus puntos débiles a veces. No soy el único que se ríe, ya que Bastian también lo hace, salvo que su carcajada es más sonora y Savannah lo fulmina con la mirada. Para ayudarla a relajarse y volver a conectar con las emociones positivas que se esconden en su interior, le agarro la mano y la acaricio lentamente. Creo que funciona.

—Bueno, quería decir algo antes de que nos vayamos a la playa a seguir celebrándolo... —musita. No nos mira. No quiere.

No puede.

—Más alto, que no te oigo.

Daisy le da un codazo a Bastian que hace que este se queje y su novia termine poniendo los ojos en blanco. En respuesta él la rodea con sus brazos y la besa, intentando enternecerla como solo él sabe hacer. Es tan capullo como galán.

Según Savannah, su hermano sería capaz de seducir a todo Holy Bay si quisiera y no me sorprende en absoluto.

—Lo que quería decir, antes de que mi querido hermano me interrumpiera, es que lo siento mucho. De verdad. No he sido la mejor versión de mí misma este verano y me arrepiento infinito. Me duele haber llegado al punto de casi dejar fuera de mi vida a personas tan maravillosas como Ben y Jess. Aún no me puedo creer

que esté diciendo esto, pero... ¡me alegro tanto de que hayáis venido a pasar el verano con nosotros!

Mi tía se recoloca su vestido largo blanco y se acerca a Savannah para fundirse en un abrazo. Ni siquiera hago el esfuerzo de luchar contra las lágrimas. Estoy emocionado y este momento me ha tocado mucho la fibra sensible, la verdad.

—Jess, lo siento muchísimo. Eres una persona increíble y te admiro en todos los sentidos. Admiro tu pasión y dedicación al trabajo, a tu sobrino y a todas las personas que te rodean, incluso a las que no lo merecen. —Entrecierra los ojos, evidenciando que se refiere a sí misma—. Gracias por regalarme la oportunidad de conocerte mejor, por enseñarme tu pasión por los libros y dibujarme un futuro que era demasiado incierto. Es en parte gracias a ti que ahora es menos oscuro y ya no da tanto miedo.

—Gracias a ti, cielo. Tienes un gran corazón, no lo olvides. Eres humana y tenías derecho a sufrir, a estar enfadada. No pidas disculpas por sentir. Me alegro de que hayamos podido conectar de esta manera tan especial.

Le acaricia la cara y le limpia las lágrimas como solo ella podría hacerlo.

—Papá, contigo ya me he sincerado antes y sabes cómo me siento, así que solo puedo agradecerte una vez más que hayas estado ahí en todo momento y que me hayas ofrecido ayuda. Me habría sido complicado pedirla por mí misma y la necesitaba. La necesito —se corrige.

—Te quiero, cariño. —Alza su copa y la inclina en su honor—. Sueña a lo grande, princesa, que el mundo no tiene límites para personas como tú.

Joder, como esto siga así voy a llorar tanto que me voy a deshidratar. No sé qué habré hecho en otra vida, solo sé que ha

tenido que ser algo muy bueno para tener tanta suerte de estar aquí ahora mismo.

—Bastian, *mi rey* —lo llama con un acento muy marcado en español que, para qué mentir, me vuelve loco—, aunque a veces quiera matarte, eres mi hermano. Uno de los vínculos más importantes, fuertes y duraderos que tengo y tendré. Estoy orgullosa de la persona que eres y no puedo esperar a ver en lo que te convertirás. Y, sí, teníais razón, no puedo estar más feliz de la compañera de camino que has elegido. Daisy, eres la mejor amiga que puede haber en el mundo. Contigo me divierto como nunca y confío muchísimo en ti. No quiero que nada cambie eso, así que prometo que voy a mejorar para que puedas seguir confiando en mí.

Daisy le lanza besos desde la distancia y Bastian intenta fingir que no se ha emocionado, sino que se le ha metido algo en el ojo.

—¿Y yo qué? ¿No te quedan palabras bonitas para mí, Springs?

Le brilla la mirada y sé que, si quisiera, volvería a entrar una y otra vez en nuestro juego infinito. Yo también lo haría, pero ahora todo ha cambiado... para bien, claro.

Nunca había sentido algo tan intenso por alguien.

—Creo que me las voy a reservar para después.

Sonríe y me parece tan bonita que solo quiero besarla, agarrar su mano y marcharnos a la playa para rogarle que me susurre al oído todo lo que quiera decirme. O que nos quedemos en silencio mirando la luna. Cualquier plan me parece perfecto si es con ella, con mi Savannah.

Todos silban y vuelven a la mesa las carcajadas, las voces y todo lo que hace que esta noche sea increíble. La tía Jess anuncia que va en busca del postre y, cuando lo trae, todos nos quedamos alucinados por lo impresionante que es la tarta. Está decorada con crema blanca y una bandera americana en el centro. Cuando parte

el primer trozo somos capaces de apreciar que el bizcocho interno es de colores azules, rojos y blancos.

Nunca había devorado tan rápido un postre. Me muero por irme a la playa.

Me muero por ver los fuegos artificiales con ella.

Me muero, de verdad, por pasar esta noche con Savannah. Esta y todas las que vengan, hasta que salga el sol o hasta que todas las estrellas del universo se apaguen. Mientras sea a su lado, el resto me da igual.



Vamos camino de la playa los cuatro: Daisy, Bastian, Savannah y yo.

Cuando llegamos a nuestro destino, Bastian se propone hacerle cosquillas a su novia y esta intenta escaquearse mientras se deshace en carcajadas. Él corre tras ella y consigue atraparla rodeándole la cintura, así que ambos caen a la arena. Tienen que apretarse fuerte en la zona abdominal para soportar la risa. Son como críos y eso me encanta.

Es bonito ver cómo dos personas a las que quieres se enamoran delante de ti.

—Como sigáis rebozándoos en arena vais a marearos y no disfrutaréis de los fuegos —comenta Savannah.

—Pues mejor: experiencia en 3D.

—Payaso...

Los ayuda a levantarse y seguimos nuestro camino hacia una de las hogueras en torno a las que se han reunido muchos de los jóvenes del pueblo. A algunos los reconozco por ser vecinos, a otros no los conozco de nada; también está el equipo de natación al completo. Le digo a Savannah que voy a saludarlos y ella señala a

sus amigas, Mia, Ruby y Abigail, hacia las que sale corriendo y abraza con todas sus ganas. Cuando me acerco al equipo corean mi nombre e intentan cogerme entre todos para lanzarme por los aires. Si no los detengo a tiempo, harán papilla con mis huesos.

—Eh, eh, cuidadito, a ver si vais a matarme ahora que por fin he conseguido la beca.

—Bienvenido al equipo, Scott, ¡qué grande eres! —exclama Mike. Me da una palmada en la espalda y los demás lo imitan.

Tengo una sonrisa bien grande en la cara hasta que solo queda uno: Austin.

En cuanto Savannah se da cuenta del panorama se apresura a venir y se coloca junto a mí. Entrelaza sus dedos con los míos y agradezco tenerla a mi lado, porque me cuesta ser fuerte cuando se trata de Austin. La inseguridad me invade y los recuerdos no ayudan, me hacen flaquear y no me apetece. Me merezco algo mejor que esto.

Primero mira de arriba abajo a Savannah y tan solo me hace falta recordar lo que pasó la noche de la fiesta para que me entren ganas de darle un empujón. Menos mal que no soy violento y jamás caería tan bajo. No me pienso poner nunca a su nivel. Después me observa a mí y veo la duda en sus ojos, quizá arrepentimiento incluso. Sabe que hizo mal y que ahora está muy solo, pero no me puede importar menos cuando él se lo ha buscado.

—Bien hecho, Ben —dice al fin. No le tiembla la voz, pero sé que le ha costado horrores felicitarme.

—Benjamin —lo corrijo. Sueno muy hostil y es exactamente lo que quiero. Distancia. No somos colegas ni lo vamos a ser. Puedo perdonar, pero olvidar es mucho más complicado—. No puedo decirte lo mismo. Gracias igualmente.

—Tío, yo... Lo siento, es que...

Niego con la cabeza y siento cómo Savannah se tensa a mi lado. Va a saltar si no lo hago yo, así que le dedico a Austin toda mi indiferencia y no le permito continuar. No quiero disculpas inútiles. Yo lo que necesitaba era a mi amigo y no estuvo, me falló.

—Ya es un poco tarde para eso. Nos vemos en los entrenamientos, supongo. Adiós.

Me vuelvo sin darle opción a replicar y Savannah me sigue. Nos situamos frente a la hoguera y nos sentamos en la arena. Abro las piernas para que se haga un hueco entre ellas, de modo que queda pegada a mi pecho. La rodeo con un brazo y le beso el pelo, que huele a frutas. Inspiro el aroma y me tranquilizo. Todo lo que necesito para ser feliz está aquí, con ella y con Daisy y Bastian; con Rick, la tía Jess y *Holland*.

He de reconocer que antes la palabra «hogar» no significaba nada para mí, pero eso ha variado estas últimas semanas. Sí, es pronto y todo podría cambiar... Lo sé. Solo quiero acogerme a la posibilidad de que la felicidad que he vivido desde que llegué a Villa Springs se mantenga intacta para siempre. Es mi deseo de esta noche de 4 de Julio.

Algunos chavales, ya borrachos, cantan y cantan sin parar. El resto charla animadamente. Bastian y Daisy no han perdido el tiempo y ya están comiéndose la boca, ni siquiera han sido capaces de esperar a los fuegos artificiales. Son como dos preadolescentes hormonados. Savannah pone caras de asco e intenta no prestarles atención, así que se queda embelesada contemplando la hoguera. El crepitar se oye ligeramente y las llamas no dejan de deslumbrarnos. Se reflejan en el pelo rojizo de Daisy y en los ojos color miel de Savannah cuando me mira. Le acaricio la mejilla y eso le saca una sonrisa tan bonita que me pregunto cómo he podido tener tanta suerte de encontrarla.

—Antes he comentado que me guardaba mis palabras para más tarde y la verdad es que no quiero aguantar mucho más tiempo sin decirte que eres una persona maravillosa, Ben. No solo eres un gran nadador por naturaleza, sino que trabajas sin parar por conseguir tus metas y tienes sueños en los que creer. Aunque pensé que eras un imbécil de manual cuando te conocí, pronto me di cuenta de que tenías un buen corazón y que si te reías de mí no era con maldad, sino porque eres así: divertido. Contigo me río más que con nadie, contigo me puedo sincerar y ser yo misma, contigo puedo ser mejor. Me has ayudado a darme cuenta de que tengo que dejar de correr en dirección contraria, que nadar a contracorriente no sirve de nada porque solo logras agotarte y no saber qué hacer. Tengo que afrontar las cosas y aceptarlas para poder dejarlas ir.

—Oh, así que me escuchas cuando hablo... —bromeo.

Ella me propina un pequeño codazo que me obliga a callar. La miro y tengo claro que la quiero. La quiero de verdad.

—Te escucho más de lo que crees, lo he hecho desde el principio.

—Porque te morías por mis huesos desde el primer momento en el que nos vimos. Como eres incapaz de admitirlo, ya lo digo yo por ti...

—¡Eso no es cierto!

—Si me comías con los ojos, señorita.

—Eso es lo que tú hacías, no te confundas.

—Pero yo no lo niego —replico.

—Ben. —Me llama y me detengo por completo. Olvido lo que estaba diciendo o pensando para atenderla, para escuchar qué tiene que decir. Lo leo en sus ojos: va a decírmelo por fin—. Todo eso quiero hacerlo contigo a mi lado. Quiero que me acompañes en este proceso y que vivas conmigo mi primer año de universidad. Que cuando termine de estudiar sigas ahí para apoyarme con mis

sueños. Y yo mientras iré a verte a todas tus competiciones de natación. Gritaré hasta dejarme la garganta en el intento por animarte para que sigas peleando por ser el mejor o, al menos, por disfrutar de todo esto. Quiero mil noches en vela contando estrellas, dedicándonos canciones, compitiendo en el estúpido *Sing It* o besándonos sin parar en cualquier esquina. Pensé que jamás sería capaz de querer a nadie, Ben, pero tú le has dado la vuelta a todo. Has hecho que no quererte sea un imposible, una utopía. Ya no quiero un mundo en el que tú y yo no seamos un equipo, algo más.

—Yo también quiero más veranos (im)perfectos contigo —respondo acercándome a su oído. No me hace falta trazar los paréntesis, porque sé que los tiene en mente, pero por si acaso los dibujo en su espalda. Su melena rizada, que hoy se ha dejado suelta, me hace cosquillas en la nariz cuando el viento le desordena algunos mechones y me rozan la piel del rostro.

—Ben..., yo no quiero solo otro verano. Quiero también otoños, inviernos y primaveras (im)perfectas.

—Eso está hecho, Springs.

Los fuegos artificiales explotan en el cielo, pintándolo con elegancia. Todo se llena de colores y formas preciosas, pero nosotros apenas somos capaces de apreciarlos porque nos hemos quedado atrapados en los ojos del otro. Me encanta cuando eso nos sucede porque es como...

Es como volver a casa. Es la misma sensación de hogar de la que hablaba antes.

Diferentes figuras se van dibujando en el cielo y todo el mundo parece atrapado por ese bello lienzo lleno de colores y efectos especiales.

—Sé que quizá no sea el momento más apropiado para darte esto, pero, cuando me enteré de que hace unos meses fue tu

cumpleaños, el decimoctavo, me sentí mal por no haber podido celebrarlo contigo y regalarte algo.

Saco del bolsillo dos tickets y se los ofrezco. Los coge al vuelo y los examina.

—He conseguido entradas para ir a ver el concierto de 5SOS juntos.

—¿Qué?

—Y el día que Taylor Swift anuncie su *tour* te prometo que iremos también. Todo esto solo si tú quieres, ¿eh? Si no te gusta o te agobia o...

Me besa para acallarme y ahoga un grito de emoción. La ilusión se refleja en sus ojos cuando le doy las entradas que me había guardado en el bolsillo del bañador y se las lleva al pecho.

—¡Muchísimas gracias! Es el mejor regalo que me han hecho nunca... No sé ni qué decir.

Sigue flipando, no se lo esperaba. Me hace feliz haberla sorprendido y saber que le ha gustado tanto. Al fin y al cabo, era una apuesta casi segura. Es su grupo favorito y sé que lo vamos a pasar increíble.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena.

Sé que me lo está diciendo con la mirada, pero no es suficiente. Necesito oírlo aquí y ahora.

—Dilo, Savannah. No tengas miedo —le ruego.

Traga saliva.

«Por favor, dime que me quieres.»

—Te quiero, Benjamin Scott. Ben, mi Ben, te quiero de verdad.

—Yo también, Savannah.

Se gira para sentarse a horcajadas sobre mí. Aunque los fuegos no han acabado, le dan igual. Me acaricia la piel de la nuca, justo donde

el pelo comienza a crecer, y me arranca varios escalofríos. Mis manos ascienden por la piel desnuda de su espalda y tengo que recordarme que no estamos solos porque, por un momento, se me olvida todo lo demás y solo puedo pensar en ella. Ella sobre mí, ella besándome, ella y su intensidad. Porque Savannah no sabe ser ella misma si no es en estado puro.

Nuestras bocas se buscan y, cuando se encuentran, amenazan con no volver a soltarse. Es como si tuviera exactamente lo que yo necesito, algo que llevara toda la vida buscando y nunca hubiera logrado encontrar, sin saber qué era. Quizá solo se trataba de la necesidad de encontrar a alguien con quien compartir mis sueños, miedos, subidas y bajadas. Ella ha sido esa persona para mí y no puedo estar más feliz de que así sea.

No dejo de imaginar cómo será nuestro futuro a partir de ahora. Me muero de ganas de que empiece este curso universitario, ahora que la tendré mucho más cerca.

—Nunca me dijiste cuál era el tercer miedo.

La miro. Estaba deseando que en algún momento se acordara de eso.

—Ya no importa porque no se va a cumplir. —La miro a los ojos y me derrito al instante—. Me daba miedo que te marcharas, pero ahora estarás en casa. Conmigo.

Nos besamos y en ese beso van implícitos muchos recuerdos, incluso los que nos quedan por crear. La primera vez que nos vimos, cuando le canté en el Sweet & Soul, las conversaciones eternas en el coche, los juegos en la piscina, nuestros momentos intensos... En general, está siendo el verano más maravilloso que he vivido nunca.

Son demasiadas cosas para un lapso tan corto de tiempo, así que me cuesta imaginar todo lo que está por venir.

No puedo esperar a crear más recuerdos con Savannah, más veranos.

Más momentos imperfectamente perfectos.

Agradecimientos

He escrito muchas novelas a lo largo de mi vida, pero, sin duda, desde que tecleé a toda velocidad las primeras palabras de esta historia, supe que sería muy especial. Sentí la chispa. Entre todas las ideas que tenía, esta rompió con todo, y no pude evitar dejarme llevar. Recuerdo escribir sin parar y pasarme el día perdida en mi imaginación... En resumen, viviendo ese verano (im)perfecto junto a los protagonistas.

Cuando leía los libros de MatchStories, siempre soñaba con ver uno de los míos publicados bajo un sello que me gustaba tanto, y en una editorial tan importante como lo es Planeta. Cuando recibí la noticia de que mi sueño se haría realidad, no me lo podía creer. Hoy todavía me cuesta asimilarlo, pero puedo decir con total seguridad que he cumplido mi gran sueño y que nada podría hacerme más feliz.

Llegar hasta aquí no habría sido posible sin el apoyo que he recibido de personas muy especiales. Tengo la gran suerte de estar muy bien rodeada.

Como siempre, mi agradecimiento más especial va para mis *aitas*, que me han impulsado a perseguir mis sueños, por difíciles que fueran. Estos últimos años no han sido fáciles, así que vuestro cariño incondicional, acompañándome en cada paso, ha sido fundamental. *Eskerrik asko, aita*, por hablar siempre con tanto orgullo de lo que escribo y de mis logros. Yo también estoy muy orgullosa de los tuyos. No sabes lo que significa para mí que te leas todos mis libros.

Ama, sabes que me sobran palabras de agradecimiento para todo lo que has hecho por mí. Eres la mejor *ama* y amiga que se puede tener. Me comprendes mejor que nadie, vives mis sueños como si fueran tuyos y me haces darme cuenta de lo bonito que es vivir. Has sido la fan número uno de esta historia desde que la empecé: fuiste la primera en leerla y en creer en su potencial. Nunca olvidaré ese verano, mientras observaba tus reacciones y tú *fangirleabas* sobre el libro. Gracias por estar ahí desde el minuto uno. Sin ti, mis historias no serían lo que son. Yo no sería quien soy.

A mis *aitites*, gracias por cuidarme desde el cielo y por todos esos arcoíris que tan feliz me hacen. Y a los que estáis aquí a mi lado, gracias por estar tan orgullosos de mí.

Ekain, qué bonito es ir descubriendo la vida a través de tus ojos. Y tú, Ugaitz, nunca dejes de soñar. Os quiero con locura.

Lander, gracias por tu apoyo incansable, por regalarme la calma que tanto necesito. Pero, sobre todo, por tu amor infinito. Sabes que yo también te quiero muchísimo, y que estos diez años a tu lado son lo mejor que me ha pasado. Gracias también a tu familia, que siempre me ha hecho sentir como una más.

A mis amigas, tantas que no puedo nombrar una a una, pero que habéis formado parte de mi camino desde siempre: gracias por estar ahí. Savannah tiene mucha suerte de tener a las amigas que tiene, y en eso, sin duda, nos parecemos mucho. Yo también tengo a las mejores.

A mis lectoras beta, Amets y Lucía, gracias por querer ayudarme con esta historia y por lo mucho que habéis amado a los personajes. Y a Isa y a Javi, que aunque todavía no habéis leído esta novela, habéis sido mis compis y amigos de escritura desde el principio. Hemos vivido mucho... ¡y todo lo que nos queda por vivir!

Al equipo de MatchStories y Editorial Planeta, gracias infinitas por darle a esta novela la mejor casa que podría tener. No puedo estar más feliz con todo el proceso y con el cariño con el que me habéis tratado. En especial a Esther, mi editora: trabajar contigo ha sido una experiencia maravillosa. Y a Marga, que ha hecho realidad la cubierta exactamente como la imaginaba.

A todas esas personas que habéis seguido el #ProyectoImperfectos en redes, que me habéis enviado mensajes llenos de cariño y habéis venido a verme a los eventos: gracias de corazón. Y, sobre todo a ti, que me estás leyendo y tienes este libro entre tus manos. Gracias por dedicarme tu tiempo y por apoyar mi sueño.

¡Y que sigan nevando palabras en nuestras vidas!

Banda sonora

Umbrella, ℗ 2016 Def Jam Recordings, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Rihanna con la colaboración de Jay-Z.

Youngblood, un lanzamiento de Capitol Records en el Reino Unido; ℗ 2018 One Mode Productions Limited, bajo licencia exclusiva de Universal Music Operations Limited, interpretada por 5 Seconds of Summer.

As It Was, ℗ 2022 Erskine Records Limited, bajo licencia exclusiva de Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Harry Styles.

I Don't Dance, esta compilación ℗ 2007 Walt Disney Records, Lucas Grabeel y Corbin Bleu.

Don't Blame Me, ℗ 2017 Apollo A-1 LLC, interpretada por Taylor Swift.

Cake by the Ocean, ℗ 2016 Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por DNCE.

Cruel Summer, ℗ 2019 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

Reputation (álbum), ℗ 2017 Apollo A-1 LLC, interpretado por Taylor Swift.

Lover (álbum), ℗ 2019 Taylor Swift, interpretado por Taylor Swift.

Paper Rings, ℗ 2019 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

Lover, ℗ 2019 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

Daylight, ℗ 2019 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

I Did Something Bad, ℗ 2017 Apollo A-1 LLC, interpretada por Taylor Swift.

Lover of Mine, ℗ 2020 5 Seconds of Summer, bajo licencia exclusiva de Interscope Records, interpretada por 5 Seconds of Summer.

Heartbreak Girl, un lanzamiento de Capitol Records UK; ℗ 2014 One Mode Productions Limited, bajo licencia exclusiva de Universal Music Operations Limited, interpretada por 5 Seconds of Summer.

A Million Dreams, ℗ 2017 esta compilación es propiedad de Atlantic Recording Corporation para Estados Unidos y de WEA International Inc. para el resto del mundo. Las ilustraciones, fotos, marcas comerciales y logotipos de Fox son propiedad de Twentieth Century Fox Film Corporation y © 2017, interpretada por Ziv Zaifman, Hugh Jackman y Michelle Williams.

Never Enough, ℗ 2017 esta compilación es propiedad de Atlantic Recording Corporation para Estados Unidos y de WEA International Inc. para el resto del mundo. Las ilustraciones, fotos, marcas comerciales y logotipos de Fox son propiedad de Twentieth Century Fox Film Corporation y © 2017, interpretada por Loren Allred.

Whatever It Takes, ℗ 2018 KIDinaKORNER/Interscope Records, interpretada por Imagine Dragons.

New Rules, bajo licencia exclusiva de Warner Records UK, una división de Warner Music UK Limited, ℗ 2017 Dua Lipa Limited, interpretada por Dua Lipa.

Can I Have This Dance, ℗ 2008 Walt Disney Records, interpretada por Vanessa Hudgens y Zac Efron.

Déjà vu, ℗ 2021 Olivia Rodrigo, bajo licencia exclusiva de Geffen Records, interpretada por Olivia Rodrigo.

Biografía



ENARA ZIARAN nació en Bilbao en 1999. Es escritora y también psicóloga interna residente (PIR), sus dos profesiones soñadas. Es autora de *Acordes de un océano, Crecer en Nunca Jamás* (un retelling de Peter Pan escrito a cuatro manos junto a Isabelle Parrish) e *Historias a Medianoche*. También ha publicado dos relatos en la *Antología Superinfancia*, una recopilación benéfica de cuentos.

Si quieres más información de la autora, puedes encontrarla en sus redes sociales:
Instagram: @nevandopalabras

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Un verano (im)perfecto
Enara Ziaran

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Ilustración de la cubierta: Margarita H. García
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

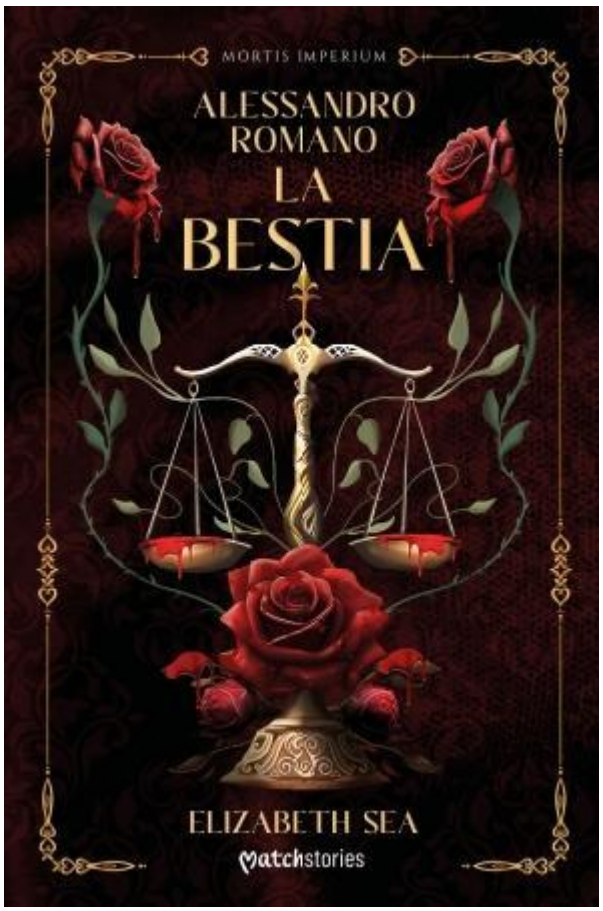
© Enara Ziaran, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2025

ISBN: 978-84-08-30603-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


MORTIS IMPERIUM
ALESSANDRO ROMANO
LA BESTIA
ELIZABETH SEA
matchstories

Alessandro Romano. La Bestia

Sea, Elizabeth
9788408307372
448

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un dark retelling de La Bella y la Bestia en el corazón de la mafia.

Alessandro Romano, alias la Bestia, lidera con puño de hierro **la Cúpula, la organización criminal más peligrosa del mundo.**

Isabella Lafevre, fiscal contra el crimen organizado en Nueva York, **lleva años tras su pista, sin éxito.**

Pero, cuando **una redada liderada por Lucien Gaston, el prometido de Isabella** y teniente de los SWAT, **acaba con la vida de la prometida de Alessandro,** el destino de la fiscal **cambiará para siempre.**

En un mundo donde **el poder se impone con sangre y el deseo es un arma,** Isabella deberá elegir entre **la justicia o la supervivencia.** Pero hay una **regla sagrada en la mafia: si la tocas, mueres.**

Él tenía una promesa: destruirla. Ella tenía un objetivo: acabar con él.

¿Podrá Isabella escapar de la Bestia… o se convertirá en su reina?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Te encontré en Bisáu

Cámara, Sonia
9788408305156
352

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El legado inolvidable de Sonia Cámara: una historia de amor que rompió todas las barreras.

«Nunca imaginé **el giro que daría mi vida** cuando en abril de 2018 me ofrecieron una misión en Bisáu como enfermera. **Casi diez meses allí lo cambiaron todo.** No solo descubrí un país, **un idioma y una cultura diferentes, sino que además hice amigos que dejaron una huella profunda en mí.** Y, sobre todo, **encontré a Du,** quien se convirtió en **mi compañero.** Pero también tuve que afrontar la dureza de lo que significa un **"amor prohibido"** y los obstáculos diarios para luchar por él.

Siempre que compartía mi historia con Du, alguien me decía que debía escribir un libro y contar **el camino que recorrimos para ser quienes fuimos.»**

Este proyecto era el sueño de Sonia, pero la enfermedad no le permitió terminarlo.

Du, el amor de su vida, ha hecho posible que su historia vea la luz. Como una promesa cumplida, como el testimonio de **una historia que merecía ser contada.**

Ahora será también vuestra, como Sonia siempre quiso, como Sonia siempre soñó que sería: **eterna.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Una Navidad muy fun, fun, fun

Maxwell, Megan
9788408296409
464

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una historia de amor tan mágica como la Navidad.

Adriana Peña, técnica de sonido de Navacerrada, **vive tan enamorada del famoso cantante estadounidense Deacon Black** que incluso lleva tatuada una frase de una de sus canciones. Por eso, cuando le ofrecen trabajar en la gira asiática de Deacon, acepta emocionada. Aunque su **relación es puramente laboral**, una noche coinciden en el *spa* del hotel y hablan de todo menos de trabajo. Disimular estando a solas con su *crush* se le hace muy difícil, pero debe ser profesional, así que se **calla sus sentimientos**.

Tras una dolorosa ruptura, **Deacon se sumerge en su gira** mundial y no quiere saber nada de su ex. Al finalizar el tour, Adriana **lo invita a pasar las fiestas en su hogar** en Navacerrada. Deacon, que odia la Navidad, acepta sin saber que el espíritu navideño lo espera.

¿Cómo lograrán Deacon y Adriana sobrevivir con sus diferencias?

Una historia de amor ambientada en Navidad con la que soñarás y te enamorarás, y en la que nada de lo que ocurra te dejará indiferente.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Las guerreras Maxwell, 10. Una herencia salvaje

Maxwell, Megan
9788408300243
632

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Adéntrate en la décima entrega de «Las guerreras Maxwell» y descubrirás que el amor es capaz de desafiar el destino y unir dos corazones en un solo latido.

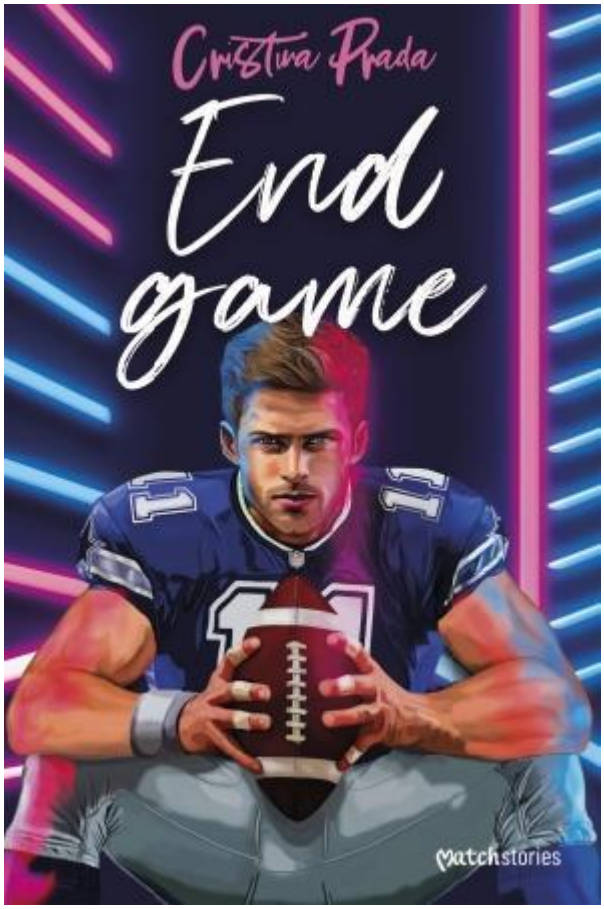
Amanda McRae, la hija pequeña de Duncan y Megan, es **una joven apasionada y de fuerte carácter**, conocida por su franqueza y su amor por los niños. Desde siempre ha soñado con unos misteriosos ojos grises que cree que pertenecen al hombre de su vida, por lo que descarta a cualquier pretendiente que no posea esa mirada enigmática.

Brodrick Fraser, conde de Aviemore, acaba de quedar viudo tras un matrimonio sin amor que terminó en tragedia y con dos pequeños a su cargo.

El destino los reúne cuando Amanda y sus padres visitan el castillo del conde para presentarle sus condolencias. Durante su estancia, **la conexión que sintieron meses atrás en el castillo de Eilean Donan resurge con una fuerza inesperada**.

Lo que **comienza como una mera obligación** se convertirá en una **apasionada y emotiva historia de amor**. Amanda y Brodrick descubrirán que, a veces, el amor surge de las situaciones más inesperadas y complicadas; que vale la pena luchar por lo que realmente importa, y que los sueños se cumplen no solo soñándolos, sino también trabajando por ellos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



End game

Prada, Cristina
9788408291626
432

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El mejor sport romance de la temporada.

Una estrella de la NFL. Una chica llena de sueños. Un matrimonio fingido.

Troy Carson es la estrella de los Cowboys de Dallas. Guapo. Arrogante. Vive su vida exactamente como quiere.

Maya Smith es una chica normal con una vida normal, pero piensa cumplir todos sus sueños.

Ellos ya se conocen, hace mucho que decidieron odiarse, aunque todo puede dar un giro de ciento ochenta grados sin que ni siquiera sean capaces de verlo venir.

Pasar tiempo juntos. Compartir casa. Fingir que quieres a alguien, que lo deseas, que estás enamorada..., y ¿en qué momento has dejado de fingir?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)